

SENSIBILIDAD Y POBREZA

ACERCA DE LAS CLASES MEDIAS, LAS POLÍTICAS DE ASISTENCIA
Y SEGURIDAD
(SAN LUIS 2004-2010)

SENSIBILIDAD Y POBREZA.

ACERCA DE LAS CLASES MEDIAS, LAS POLÍTICAS DE ASISTENCIA Y SEGURIDAD (SAN LUIS 2004-2010)

Primera edición. Julio de 2015.

PUÑO Y LETRA Editorialismo de Base, Rosario, Argentina.

SOBRE EL AUTOR: Emilio J. Seveso Zanin. Doctor en Estudios Sociales de América Latina y Licenciado en Sociología. Docente de la Facultad de Ciencias Humanas de la UNSL (Argentina). Investigador Asistente del CONICET/LICIC. Integrante del Programa sobre Ideología y Prácticas sociales en conflicto del CIECS/CONICET.

DEL PRÓLOGO: María Eugenia Boito. Doctora en Ciencias Sociales UBA. Magister en Comunicación y Cultura Contemporánea CEA/UNC. Licenciada en Trabajo Social y Comunicación Social UNC. Profesora Adjunta UNC. Investigadora Adjunta CONICET/CIECS-UNC. Directora del Programa sobre Ideología y Prácticas Sociales en Conflicto del CIECS/CONICET.

COMITÉ ACADÉMICO

Margarita Camarena Luhrs. Doctora en Ciencia Política por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Magister y Licenciada en Economía. Investigadora titular “B” de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Profesora de la Maestría en Trabajo Social de la UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), Conacyt, nivel II.

Ramon Sanz Ferramola. Doctor en Filosofía UNCuyo. Profesor Titular, Facultad de Ciencias Humanas UNSL (Argentina). Docente de grado y posgrado. Co-Director del Doctorado en Educación UNSL. Investigador Categoría II Programa de Incentivos. Director de la Revista Fundamentos en Humanidades.

María Marta Santillán Pizarro. Doctora en Demografía UNC. Magister en Demografía UNC. Profesor Adjunto (DSE) CEA/UNC. Investigadora Adjunta CONICET. Docente e investigadora de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales UCC. Docente de la Maestría en Gestión Pública de la Universidad Nacional de Rosario.

AUTORIDADES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

Rector: Dr. Francisco Tamarit

Vicerrectora: Dra. Silvia Barei

Secretario General: Dr. Alberto E. León

Pro secretario General: Dr. Marcos Oliva

Secretario de Ciencia y Tecnología: Dr. Joaquín Navarro

Subsecretaria de Promoción y Desarrollo de la Investigación Científica y Tecnológica: Dra. Beatriz Ammann

Subsecretario de Innovación, Transferencia y Vinculación Tecnológica: Dr. Pablo Manzo

Directora del Centro de Estudios Avanzados (UNC): Dra. Alicia Servetto

Directora del Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CONICET y UNC): Dra. Dora Celton

SENSIBILIDAD Y POBREZA

ACERCA DE LAS CLASES MEDIAS, LAS POLÍTICAS DE ASISTENCIA
Y SEGURIDAD
(SAN LUIS 2004-2010)

EMILIO J. SEVESO





CORRECCIÓN: Sabrina López Decón
FOTO DE TAPA: Fernando (Petu) Seveso
MAQUETACIÓN Y DISEÑO DEL INTERIOR: Elisabet Secanell
DISEÑO DE TAPA: Manuel Marquez

PUÑO Y LETRA Editorialismo de Base

pyledicionescriticas@gmail.com / www.pylediciones.com.ar
Catamarca 1941 - Dpto. 2 - (2000) - Rosario, Argentina
Tel.: 0341-153136909


ISBN 978-987-3908-01-9
Impreso en Argentina, Julio 2015

 **Creative Commons**

 **Creative Commons.** Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:

 **Atribución:** se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).

 **No comercial:** se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.

 **Mantener estas condiciones para obras derivadas:** sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

Quiero agradecer ante todo:

A Eugenia Boito, instructora, consejera y guía, por su sensibilidad en todo momento, quien supo señalar el camino y multiplicar los sentidos.

A Adrián Scribano y Roxana Vuanello, por reconocer el propósito y animar la marcha, por su confianza, apoyo y compañía.

A las autoridades del Centro de Investigaciones en Estudios Sobre la Cultura y la Sociedad (CIECS/CONICET-UNC), que apoyaron este proyecto y brindaron un espacio de trabajo y encuentro.

A quienes fueron compañeros y colegas de trabajo, que entre encuentros, reuniones y congresos, fueron este proyecto y mucho más. Irremplazables.

A las amistades de ayer, de hoy y de siempre, en la constancia de su fraternidad, por los tiempos de estar y alentar, por la entrega y la comprensión, aún en la distancia, especialmente por sus puntadas y costuras ante las heridas.

A Laura y Efrén, mis semillas, a Fernando y Javier, mis compañeros de vida, a María Pía, una luz en el camino. Para ellos no alcanzan las palabras, porque han sido y serán siempre el germen de mis días.

Gracias

ÍNDICE GENERAL

Prólogo	
por <i>María Eugenia Boito</i>	17
Introducción	25
Estrategia de indagación y organización expositiva	31
Capítulo I. Marco teórico-metodológico	45
I. Antecedentes en estudios latinoamericanos: desigualdad y pobreza	46
II. Trama teórica y conceptos principales	66
A. Estructuras del percibir/sentir	69
B. Mirada social, estereotipo y estigma	90
C. Un mapa relacional entre sistema capitalista y orden de expulsión	102
III. Método de indagación: perspectiva analítica, tratamiento de fuentes y construcción de relatos	114
A. Diseño de la investigación y supuestos analíticos	115
B. Procedimientos utilizados para el registro de la información	119
C. Tipologías y relatos: una propuesta constructivista para la organización de datos	122
Capítulo II. Sociedad, dinámica productiva y expulsión en San Luis	127
I. Esbozos generales sobre la dinámica productiva y sus consecuencias económicas, demográficas y sociales en la ciudad	129
A. Características e implicancias económico-urbanas del desarrollo industrial	131
B. Desajustes y consecuencias estructurales del modelo	143

II. Geopolítica de la pobreza: la matriz compensatoria/represiva estatal	151
A. Modalidades compensatorias: desde la asistencia y la focalización a la transferencia condicionada	153
B. Transformaciones en política de seguridad: los pliegues dilatados de la represión	161
C. San Luis: el Plan de Inclusión Social	171
D. Seguridad Pública y Protección Civil: vecinos y beneficiarios en tensión	181
D.I) Delincuencia, inseguridad y reforma institucional	183
D.II) Democratización y socialización de la seguridad: el Programa de Seguridad Pública y Protección Civil	190

Capítulo III. El Programa de Seguridad Comunitaria en el contexto de las experiencias sobre la ciudad 207

I. Experiencias y prácticas situadas en la clase media	208
A. Los de afuera, nosotros y los otros	210
B. El hacer cotidiano de la seguridad	233
II. Sentires sobre el Programa de Seguridad Comunitaria	246

Capítulo IV. Percepciones y emociones sobre los protectores del Programa de Seguridad Comunitaria 265

I. Una primera aproximación a los relatos sobre los protectores.....	266
II. Tres relatos, como posible reconstrucción de la sensibilidad de clase	279
A. Relato de afinidad sobre los buenos protectores	281
B. Relato de invalidación sobre la gente pobre	292
C. Relato de barbarización y criminalización sobre la mala gente.....	306
III. Para una abstracción en tres tipologías	324

Capítulo V. Sensibilidad y pobreza. Entre experiencias y prácticas clasistas	331
I. Experiencias y sentires desde la sensibilidad clasista	332
A. El mandato del sacrificio y las temporalidades de vivir en la pobreza	335
B. Tipos de gente: entre el estar pobre y el ser pobre	341
C. Limpiar o potabilizar el programa, pero sin discriminar	350
II. Prácticas sociales y afectación de realidad	358
Conclusiones	371
Referencias bibliográficas	383
Anexos	407
I. Instrumentos de recolección de datos y procedimiento de aplicación	407
A. Descripción y tratamiento de la base de datos secundaria	408
B. Diseño e implementación de entrevistas (instrumento primario)	415
II. Cuadros y cifras referenciales	424
A. Indicadores demográficos, económicos y sociales	424
B. Condiciones delictivas y política de seguridad	428
C. Períodos de gobierno y dirigencia política	429
D. Evolución del PIS y del PSPPC en cifras	430
E. Cargos de jefatura en el PSPPC	431

ÍNDICE DE GRÁFICOS, MAPAS, FOTOGRAFÍAS Y TABLAS NO CONTENIDAS EN EL ANEXO

Capítulo I

- Gráfico N°1. Esquema de capítulos	40
---	----

Capítulo II

-Gráfico N°2. Relaciones entre estructura social, destrezas del sujeto qua-agente y expresividad lingüística	117
- Mapa N°1. Cartografía de la ciudad capital 1970-2001	137
- Fotografías N°1. Dos escenas de desarrollo urbanístico reciente.....	141
-Tabla N°1. Principales líneas de actividad en el Plan de Inclusión Social (2003-2004)	178
- Fotografías N°2. Parcela del Plan de Inclusión Social	180
- Fotografías N°3. Programa de Seguridad Comunitaria	195
- Gráfico N°3. Programa de Seguridad Comunitaria. Esquema de organización de tareas	198
-Fotografías N°4. Uniformes: Programa de Seguridad Comunitaria	200

Capítulo III

-Mapa N°2. Georreferenciación de la ciudad capital según estrato socio-económico. San Luis 1975-2000	212
- Mapa N°3. Referencia geográfica de las entrevistas. Distinción según estrato socio-económico	225
- Mapa N°4. Comisarias en la ciudad de San Luis (2015)	236
- Gráfico N°4. Opiniones sobre la implementación del PSPPC en San Luis	251

Capítulo IV

- Tabla N°2. Preguntas del cuestionario y categorías resultantes	268
--	-----

-Gráfico N°5. Caracterización de los beneficiarios	272
- Gráfico N°6. Caracterización del programa/las tareas	275
- Tabla N°3. Relato 1	282
- Tabla N°4. Relato 2	292
- Tabla N°5. Relato 3	307
-TablaN°6. Síntesis interpretativa de los relatos.....	325

Capítulo V

-Gráfico N°7. Sentir sobre la asistencia compensatoria en tensión a la representación del trabajo asalariado	341
-Gráfico N°8. Clasificación de los pobres en el marco de la asistencia compensatoria	349
- Gráfico N°9. Esquema de la sensibilidad. Proceso de movilidad en el PIS/PSPPC	354

REFERENCIAS TIPOGRÁFICAS PARA LA LECTURA

“...” Cita textual de bibliografía o fragmento de discurso.

‘...’ Sentido figurado.

«...» Resalta un término nativo o concepto experto.

[...] Contenido añadido/adicionado en la cita textual.

PRÓLOGO

Por *María Eugenia Boito*

No se puede jugar con la ley de la conservación de la violencia: toda violencia se paga y, por ejemplo, la violencia estructural ejercida por los mercados financieros, en la forma de despidos, pérdida de seguridad, etc., se ve equiparada, más tarde o más temprano, en forma de suicidios, crimen y delincuencia, adicción a las drogas, alcoholismo, un sinnúmero de pequeños y grandes actos de violencia cotidiana.

Pierre Bourdieu

Cuando pensaba en escribir el prólogo de *Sensibilidad y pobreza. Acerca de las clases media, las políticas de asistencia y seguridad (San Luis 2004-2010)*, trabajo de Tesis de Doctorado en Estudios Sociales de América Latina realizada por Emilio Seveso, recordé esta referencia a la violencia estructural indicada por Bourdieu. En el lugar de lectura e interpretación sobre el objeto que construye el autor, la violencia no es un impensado sino que aparece desafiando ser inteligida. Desde esta instancia, *Sensibilidad y pobreza* como nodos conceptuales aparecen en una conjunción productiva, en términos descriptivos y analíticos, para indagar la violencia tanto a nivel estructural -distintiva de las formaciones sociales capitalistas contemporáneas, desplegada como “relaciones de destrucción

capitalistas”, en el sentido de L. Silva- como en la operatoria cotidiana que marca uno a uno los cuerpos, produce sensaciones y va conformando disposiciones específicas en la naturaleza sensible de nuestras prácticas.

La violencia es una categoría de lectura que atraviesa el escrito, aunque el autor no la tematice de forma explícita. La investigación sigue ese hilo rojo al momento de indagar sobre las percepciones y las emociones que los vecinos de la ciudad de San Luis actualizan con relación a los protectores/asistidos en el marco del Programa de Seguridad Pública y Protección Civil, tomando como particular encuadre para el análisis las experiencias de los sectores de clase media durante el período 2004-2010.

Nuevamente, la referencia a Bourdieu se fundamenta, a partir de la estrategia metodológica seguida por el autor, orientada a tramar los cambios socio-históricos específicos -en este caso, la indagación sobre la dinámica productiva y sus consecuencias económicas, demográficas y sociales en la ciudad de San Luis- junto a las maneras de pensar/sentir/actuar de los vecinos, ante la presencia de -y la interacción con- los destinatarios de la política pública referida. Dice Bourdieu en *La Miseria del Mundo*:

“«[n]o lamentar, no reír, no detestar, sino comprender». De nada serviría que el sociólogo hiciese suyo el precepto spinozista si no fuera capaz también de brindar los medios de respetarlo” (1993: 7). La indagación que prologo retoma *la pregunta fundamental* de la sociología contemporánea (¿cómo relacionar acción y estructura social?) y los medios para dar una respuesta orientada a la comprensión, proponiendo una convergencia de técnicas cuantitativas y cualitativas, reflexivamente articuladas en vistas de inquirir en la citada dialéctica entre acción/estructura, en el marco de la cual la resultante del comprender es genérica y genética: “hay que plantear que *comprender y explicar son una sola cosa*” (Bourdieu, 1993: 532).

El cruel lazo espiralado que en sus torsiones muestra las realizaciones de la violencia en tanto posiciones en la estructura, disposiciones para la acción, hexis corporal, también encuentra en el lenguaje un registro que la objetiva. Como ya antes había indicado Marx, el lenguaje es una forma particular de la naturaleza sensible de nuestras prácticas, en este caso como discurso o práctica discursiva. En la investigación doctoral, se evidencia que lo que sienten los sujetos se hace voz y palabra, como pensar/sentir con el cuerpo que se vuelve materia lingüística; expresiones que son huella de los procesos sociales que van estructurando sus sensibilidades. Los dichos fueron articulados por el investigador en tres *relatos* sobre los protectores, en tanto reconstrucciones -posibles- de la sensibilidad de clase: relato de afinidad sobre los “buenos protectores”, relato de invalidación sobre la “*gente pobre*” y relato de barbarización/criminalización sobre la “*mala gente*”.

Por lo dicho, determinados términos o palabras y también frases condensan sintomáticamente los pensamientos y sentimientos de los actores; clave de lectura que remite a la obra de R. Williams, -otro de los pensadores que habitan el lugar de interpretación que ha construido el autor. Para el teórico inglés, la experiencia social en formación se puede indagar en lo que denomina “estructuras de sentimiento”. Si lo social está formado -pero a la vez se encuentra en permanente proceso formativo- es preciso encontrar términos para la “experiencia del presente” (Williams, 1997:151), la que puede resultar objetivada en diversos y heterogéneos objetos -los objetos estéticos, que Williams interroga en *Marxismo y Literatura*- pero también en relatos como los reconstruidos analíticamente por el autor de esta indagación.

El concepto de “estructura de sentimiento” -y la definición alternativa “estructura de la experiencia”- es un instrumento que permite captar significados y valores *vividos* en el presente, y como

hipótesis es fundamental para inquirir sobre transformaciones culturales en períodos de larga duración. Centrado en la escucha y el registro atento sobre lo que dicen los vecinos de San Luis con relación al “otro” de clase que encarnan los “protectores”, Seveso aborda “lo que se dice” en los tres relatos antes señalados, indicando convergencias y divergencias entre los mismos en cuanto a las formas y contenidos de lo expresado (*forma y contenido* social que muestra la indisoluble articulación de “pensamiento tal como es sentido” y “sentimiento tal como es pensado” [Williams, 1997: 181]); pero a la vez, no deja de indicar en esta torsión de la violencia como manifestación discursiva, la *forma expresiva* -no refleja- de las fijaciones, desplazamientos y movimientos en las posiciones sociales de los actores a nivel de la estructura.

Desde este lugar en el que inscribe su interpretación sobre *Sensibilidad y pobreza*, logra reconocer que, en la instancia de relación/interacción con el otro de clase, aparece en acto la disposición de pensar (no solo sentir) con el cuerpo, conjugando en esta instancia la convergencia de potencias largamente escindidas, e instituyendo al cuerpo o, más precisamente, a la dimensión sensible de la práctica, como lugar fundamental de inscripción del conflicto y del orden social.

Dice el autor en las conclusiones de su recorrido:

“El ejercicio de una Sociología reflexiva, como trabajo de crítica sobre lo real, se inició en este trabajo como un instante de batalla por restablecer el horizonte de relevancia del saber; pugnando precisamente por las interpretaciones de realidad construidas, tanto de sentido común, como burocráticas y científicas (todas ellas políticas) en una apuesta por comprender las relaciones de conflictividad entre clases desde un enfoque materialista del sentir. Esto significó a su vez sostener una interpretación relacional, reflexionando sobre la experiencia sensorial como actividad práctica, concibiendo a los individuos implicados en sus relaciones comple-

jas, reelaborando de este modo los marcos de observabilidad de lo social para revelar su textura” (2015: 264-265).

Nuevamente, remito a Bourdieu al momento de marcar la política como fuerza que hizo posible la escritura de esta investigación. Para el joven autor, el *trabajo de crítica sobre lo real se inicia como un instante de batalla por restablecer el horizonte de relevancia del saber*; como una especie de contrafuego con relación al fuego de las violencias ya editadas e inéditas que fueron sucesivamente identificadas en los enunciados de los actores y en la observación de los marcos de constricción/posibilidad de la acción inter-classes. Contrafuego, como disposición reflexiva/emotiva para producir un momento de barbarie inicial que limpia el territorio reflexivo y que *pugna con las interpretaciones de realidad construidas, tanto de sentido común, como burocráticas y científicas (todas ellas políticas) en una apuesta por comprender las relaciones de conflictividad entre clases*. Fuego y contrafuego, como posibilidad de generar un instante de detenimiento, para que el presente pueda quedar expuesto en cuanto a ciertos estados de la sensibilidad inter-classes; contrafuego, como ejercicio de escritura cruda para hacer visible con relación al objeto -pero también en la matriz hegemónica que organiza los debates actuales- la forclusión de la violencia estructural en la contemporaneidad del despliegue del capitalismo a escala planetaria. Violencia que el autor de este trabajo logra leer en la filigrana de un Programa de asistencia social como el abordado (“Programa de Seguridad Comunitaria”), -violencia en el cuerpo de la letra y en la escritura/trazo sobre los cuerpos que interactúan: nueva torsión que expone la orientación de ciertas políticas y programas sociales formulados y aplicados por gobiernos que acaban *castigando a los pobres* (Wacquant, 2010).

Bourdieu afirma *que no se puede jugar con la ley de la conservación de la violencia: toda violencia se paga*. Me atrevo a transformar en pregunta esa afirmación: ¿toda violencia se paga? En los

relatos y en las observaciones que realiza el autor, se hace evidente la sobreimpresión discursiva y corporal de la violencia estructural con relación a los destinatarios de la política pública abordada, que encuentra manifestaciones institucionales, programáticas, interaccionales. Violencia en el presente, a más de treinta años del retorno de la democracia y en un programa asistencial. Entonces, nuevamente: ¿toda violencia se paga? Y encuentro una posible respuesta en la pintura que es la tapa de este libro, llamada “Vértigo”, realizada por Fernando Seveso. Vértigo etimológicamente deriva de verter: girar, dar vuelta, derribar, cambiar, convertir. Las palabras asociadas y derivadas son significativas: vertiente, vértebra, vértice, verticalidad, vértigo, verso, advertir, convertir. En una perspectiva inscrita en una consideración materialista del decir como la desarrollada, que no olvida el carácter ni el lazo corporal de las palabras y que concibe la experiencia sensorial como actividad práctica, la elección y el título de la pintura no constituyen un marco o mera ilustración.

Por lo anterior, considero que este trabajo *convierte* en escritura, vuelve observable e inteligible, formas y contenidos de la violencia asociados al abordaje de la cuestión social estudiada y *advierte* sobre las complejas y crueles relaciones en las que están implicados los actores, en la cuenta de lo pago/lo impago del espiralado lazo de la violencia. Violencia que, vuelta materia de pensamiento/sentimiento mediante la reflexión del autor, nos conmina a atravesar el *vértigo* como primera marca sensorial y epocal ante este impensable, y de este modo lograr responder, con la propia voz encarnada, visceral, al llamado de la vocación científica que, en palabras de Seveso “constituye una lucha política central para la construcción de una sociedad más justa”.

Referencias bibliográficas

BOURDIEU, Pierre (1999); *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.

SILVA, Ludovico (1970); *La plusvalía ideológica*. Universidad Central de Venezuela: Caracas.

WILLIAMS, Raymond (1997); *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

WACQUANT, Loïc (2010); *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Gedisa: Buenos Aires.

INTRODUCCIÓN

Este libro contiene los principales resultados de mi investigación doctoral, desarrollada entre los años 2008 y 2013 en la ciudad de San Luis (Argentina). En él, abordo el cruce entre cuatro ejes temáticos: la expresión de la dinámica productiva como expulsión social, la construcción ideológica de la pobreza como fantasma, la matriz compensatoria/represiva como mecanismo de regulación estratégico estatal y la(s) sensibilidad(es) de clase como reproductoras de estos procesos. A través de este cuadro relacional, procuro revelar una instantánea conflictiva del capitalismo, elaborada desde una perspectiva comprensiva y a la vez deconstructiva que interroga sobre la dinámica de las ciudades latinoamericanas contemporáneas.

Empezaré por enmarcar el problema de interés; luego puntualizaré los objetivos que orientaron la investigación.

Desde hace más de diez años, en la ciudad de San Luis se ejecutan actividades de vigilancia y prevención urbana a través del “Programa de Seguridad Pública y Protección Civil” (PSPPC), más conocido como Programa de Seguridad Comunitaria. Según codifica el discurso oficial, las tareas son efectuadas por personas en situación de «desocupación» y «exclusión», quienes a cambio de la asistencia social que reciben realizan rondas callejeras y guardias en edificios públicos. Su actividad está orientada a “velar por la protección de los ciudadanos y de sus bienes”, así como a “prevenir y reducir el estado de vulnerabilidad social y de esta manera revertir la sensación de inseguridad.” (Decreto N 473-MLyRI-2003).

La particularidad de esta política es que se inserta en el Plan de Inclusión Social, nacido como respuesta al escenario de desempleo masivo y pobreza que visibilizó la crisis económico-financiera del año 2001. Bajo el formato de un Programa de Transferencia Condicionada¹, este plan rector dio lugar a diferentes espacios de tarea, como el PSPPC, conformando una patrulla de vigilancia urbana compuesta por una porción de la fuerza de trabajo desocupada.

La naturaleza institucional del Programa de Seguridad Comunitaria muestra una serie de incompatibilidades que impiden que se cierre como totalidad, particularmente por la dualidad que implica su diseño. Su forma a la vez asistencial y represiva ha dinamizado experiencias ambivalentes, así como reacciones tanto positivas como negativas entre diferentes sectores de la sociedad. Para ejemplificar esta situación creo que es oportuno adelantar algunas referencias.

Durante un encuentro de entrevista que tuvo lugar en el año 2010, una vecina de San Luis indicó una estrecha relación entre la protección de su familia y las acciones ejecutadas desde el programa: *“yo tengo hace ya más de un año roto la llave de la puerta de entrada. La señora del negocio me dice “¿cómo puede ser que usted no enllave?”. No enllavo, porque yo sé que hay alguien siempre”*. Otra entrevistada relató una experiencia diferente: *“sabes que es gente que no está preparada, ¿qué puede hacer más que vigilar? No, no sé, no conozco a ninguno de ellos, no he tenido problemas con ellos ni*

1 Este tipo de modalidad compensatoria se distingue de la asistencia “típica” de los ’90 porque la partida monetaria está sujeta al cumplimiento de una contrapartida por parte del asistido. El objetivo hipotético de este mecanismo es doble: en el corto plazo se busca aplacar la situación de pobreza/indigencia a través de la transferencia directa de dinero; mientras tanto, en el mediano plazo, las actividades condicionales pretenden potenciar los activos disponibles de los sujetos («capital humano») a fin de que enfrenten tanto las manifestaciones de su pobreza como las causas que la producen; por este camino, se asume la posibilidad de alcanzar su inclusión en la sociedad (León, 2008: 141-142).

contacto con ellos, viste, pero, pero no, para mí no, el Plan nunca resultó". Finalmente, en radical distancia a la primera de estas referencias, un vecino del mismo barrio supo enfatizar un profundo sentimiento de inseguridad: *"saben la casa de cada uno, que está uno, que está el otro (...) Y ellos están siempre ahí, ¿me entendés?, entonces toda esa gente que hay atrás de ellos te das cuenta, para mí, para mí es un peligro, así te lo digo sinceramente"*.

Como es posible observar en estos fragmentos, un particular estado de conflictividad se estructura en torno a los sujetos asistidos. 'Capitalizados' por el gobierno local para confrontar el delito y regular la inseguridad en el marco de la política asistencial, como sujetos "desocupados" y "excluidos", el programa los ha puesto 'cara a cara' con otros segmentos sociales (especialmente la clase media, a quien la actividad de protección afecta principalmente). Los denominados "protectores" constituyen desde hace tiempo un particular foco de conflictividad en la experiencia de la ciudad. Estereotipos, marcas de estigma y etiquetas desitutivas confirman esta situación, como lo hacen también diversas acciones de rechazo y agresión que recaen sobre ellos.

Desde el punto de vista que asumo en esta investigación, uno de los elementos más importantes del caso yace en las tensiones que manifiesta, visibilizadas en relatos que fluctúan entre la aceptación y el rechazo de las medidas adoptadas, tanto como en interpretaciones tensivas sobre las acciones e intenciones de los asistidos/protectores, sean éstas efectivas o potenciales. Claramente, la singularidad que reviste el diseño institucional es fundamental. Entender cómo las transformaciones en la asistencia y la seguridad enmarcan y explican las posibilidades históricas de este programa, su diseño y sus objetivos, no puede ser pasado por alto. Pero en la sensibilidad se encuentra a su vez una de las piezas claves de su estructuración.

Como intentaré mostrar, las construcciones disímiles de sentido observadas son una vía de caracterización de la desigualdad,

expresada en la organización y el funcionamiento desapercibido de dispositivos de regulación del sentir que sintetizan las tensiones entre las condiciones de expulsión, la política de gestión estatal y la experiencia de clase. Estas singulares formas de apreciación, sedimentadas como relatos, dan cuenta de la presencia de un “otro” (una otredad) como problema, en la conexión entre aquello que es visibilizado como diferente y a la vez como diferencia desde el punto de vista que compone el sentir clasista. Esto permite evidenciar aspectos claves en las políticas de asistencia y seguridad, como también problematizar el estado actual de la conflictividad entre clases. El Programa de Seguridad Comunitaria se constituye desde este lugar en un escenario productivo para examinar las sensibilidades existentes sobre «la pobreza» y sus modos singulares de actualización.²

Para ser más preciso, en este trabajo busco identificar, describir e interpretar la sensibilidad que los vecinos de la ciudad de San Luis actualizan sobre los protectores/asistidos del Programa de Seguridad Pública y Protección Civil, entendiéndola como fragmento de un sentir/una experiencia de clase (Williams, 2000) anclada en prácticas específicas (Bourdieu, 1989). Desarrollo esta propuesta teniendo en cuenta las complejas transformaciones económicas e institucionales que tomaron lugar en Latinoamérica durante los últimos años, bajo el supuesto de que entender los cambios en los modos de pensar, sentir y experimentar las relaciones sociales, implica asumir un enfoque multidimensional situado en una mirada de larga tendencia.

2 Aquí utilizo el lexema «pobreza» como resonancia del uso que recibe en el lenguaje cotidiano, como ropaje de un estado de desigualdad socialmente naturalizado y desapercibido, en distancia a la relación conflictual y sistémica que implica un punto de vista crítico (analíticamente construido) desde la dimensión de clase. En este sentido, como muestro a lo largo del trabajo, la desigualdad es presentada y representada usualmente como el producto de procesos transparentes, derivada de situaciones de competencia en la economía, la estructura de oportunidades vigentes y la eficacia del mercado.

Así, retomar la pregunta por la modulación del sentir es pertinente debido a los profundos cambios acontecidos en nuestro país, pero también en la región latinoamericana en general, durante los últimos años. El usufructo del modelo agro-exportador, favorecido por los términos de intercambio en ciertos anclajes productivos, se ha combinado con una alta competitividad, generando como contrapartida un escenario extensivo de desigualdad, signado por la precarización laboral, la fragmentación del espacio, el incremento del delito y la inseguridad urbana (Adasko, 2011; CEPAL, 2009; PNUD, 2007). Los pobres y la pobreza se evidencian en este contexto como un campo problemático que tensiona las relaciones cotidianas, el encuentro corporal y la habitabilidad de la ciudad, como piezas de un sector diferenciado y diferenciable, dispuesto para la regulación constante bajo los diversos ropajes que conforman la política estatal.

En esta trama, la mutua implicación entre experiencias, formas del sentir y prácticas demandan una lectura dialectizada con los procesos de estructuración, a través de las cuales se (re)producen modos de clasificación, estereotipos y formas de nominación sobre aquello que resulta disímil y/o antagónico respecto a la cuadrícula reglada de la ciudad y el orden normativo de la sociedad. Dar cuenta de estas configuraciones, entendidas como encuadre de las distancias y diferencias elaboradas posicionalmente en la cartografía del mundo, es una de las vías privilegiadas para evaluar el lugar de la sensibilidad en tanto arquitecta del mundo, como cifra de las condiciones materiales de existencia en su particular dimensión de clase.

En este camino, partiendo del encuadre que define la política estatal bosquejada, me pregunto por los estados del sentir de aquellos sectores que han sido los principales beneficiarios de las actividades que provee el PSPPC: la clase media. De todos modos, para que se comprendan los alcances y límites de la propuesta, es importante especificar los propósitos que guían el trabajo.

En términos del *objetivo general*, propongo identificar, describir e interpretar la sensibilidad que los vecinos de la ciudad de San Luis actualizan sobre los protectores/asistidos, tomando como encuadre las experiencias de los sectores de clase media durante el período 2004-2010.³

A su vez, en relación con los objetivos específicos, considero relevante:

- Identificar el entramado de percepciones y emociones existente, como clave interpretativa de la sensibilidad.
- Tipificar y describir las relaciones que expresan, en tanto posibles relatos diferenciales sobre el hecho social estudiado.
- Comprender el enlace entre estas formas del percibir/sentir y los procesos de estructuración de la experiencia en la ciudad.
- Reconocer la implicancia de estas relaciones en la configuración de prácticas, en el cruce entre las sensibilidades existentes y los cursos de acción/intervención deseados/posibles.

De acuerdo con los objetivos explicitados, existen dos líneas de interrogantes que orientan la investigación. Por un lado, planteo la pregunta por el modo en que los vecinos de la ciudad experimentan su relación con los protectores. Partiendo de las caracterizaciones y tensiones que manifiestan ante el rol de los centinelas en seguridad inscriptos como asistidos en la política compensatoria, busco identificar, caracterizar y comprender las percepciones y emociones configuradas en torno a la presencia de las cuadrillas de trabajo en la zona céntrica y en ciertos barrios de clase media. ¿Qué formas de apreciación y/o relatos principales se articulan?, ¿qué especificidades revisten estos diferenciales puntos de vista?,

3 El análisis toma inicio durante el año de consolidación del PSPPC y avanza hasta un momento de 'inflexión' en los marcos institucionales (año 2010), durante el cual se abre el tiempo a una nueva fase de implementación. Este corte temporal está fundado en la reconstrucción histórica del programa, desarrollada sobre el final del segundo capítulo.

¿existe un lugar común desde el cuál puedan ser interpretados?, ¿de qué forma se relacionan con las condiciones y procesos de organización de la ciudad?

Desde esta inquietud inicial, que orienta a explorar ‘qué se percibe’ y ‘qué se siente’ sobre los protectores, planteo una segunda línea de interrogantes tramada con las prácticas: ¿qué tipo de vínculos entre-los-sujetos van materializando estas formas del percibir/sentir?, ¿qué consecuencias tienen para las relaciones existentes y posibles entre ellos?; o en otras palabras, ¿qué derivaciones impone la sensibilidad para la estructuración de interacciones y relaciones cotidianas? En estos términos, considero que estudiar los estados de la sensibilidad vigente, en tanto huellas de un sentir/una experiencia cotidiana desapercibida, constituye una de las vías potenciales para comprender cómo operan y se desenvuelven cotidianamente imperativos prácticos que sostienen la continuidad de los estados de desigualdad en tanto realidad naturalizada e incuestionada. Del mismo modo, esto permite pensar la aceptabilidad y voluntad de realización que adquieren las acciones de regulación y represión contra los sectores expulsados en nuestras sociedades contemporáneas.

ESTRATEGIA DE INDAGACIÓN Y ORGANIZACIÓN EXPOSITIVA

Con el objetivo de tipificar, describir e interpretar la sensibilidad que los vecinos de la ciudad expresan sobre los protectores del Programa de Seguridad Comunitaria, establecí una estrategia diferenciada en tres momentos. En ellos retomo los objetivos de investigación, en un camino que va desde la construcción teórica del objeto, pasando por la descripción del escenario contextual que implica al caso, hasta llegar al análisis interpretativo de los datos.

Para ello, el juego analítico de la mirada implicó un acercamiento sucesivo desde dimensiones estructurales y microsociales, en una alternancia de enfoque y proyección desde el ámbito latinoamericano hacia las experiencias situadas en la ciudad de San Luis. Esta estrategia obedece a que (desde las primeras versiones del proyecto) consideraba que el plan de trabajo debía contemplar las complejidades del sentir como fenómeno sociológico, reconociendo primeramente las transformaciones situadas a nivel del sistema social, para desde allí intentar comprender las particulares formas de materialización de la experiencia, asibles desde la perspectiva de los actores involucrados.

En lo que podría ser entendido como *un primer camino de indagación*, fue necesario revisar los antecedentes de estudio sobre la pobreza y la desigualdad a nivel regional, con particular énfasis en las dos últimas décadas. Identificando los principales énfasis teóricos y desplazamientos interpretativos en estas corrientes, avancé hacia un marco conceptual que me permitiera ponderar la doble relación teórica entre posición de clase, mirada del mundo y sensibilidad, así como entre sistema social, procesos de expulsión y distanciamiento clasista. Este encuadre teórico tuvo la intencionalidad de comprender, examinar y reconocer el problema, antes que aplicar una caja de herramientas ya concebida para su estudio. Por lo tanto, su singularidad implicó una búsqueda interpretativa según lo demandaba el caso y no a la inversa -según el caso ajustado a la teoría.

El marco teórico se sustenta en una Sociología de la Sensibilidad/del Sentir, retomando aportes clásicos de autores como Raymond Williams y Pierre Bourdieu en la línea del pensamiento estructural, así como de Erving Goffman, Peter Berger y Thomas Luckman en una vía meso-social. En la convergencia que implica una teoría de la estructuración, las primeras contribuciones resultaron fundamentales para pensar el arraigo de la sensibilidad en

las relaciones de clase, así como su (re)producción en conexión a la transformación de la experiencia. Igualmente, el abordaje desde un enfoque meso-social me permitió comprender el modo en que aquellas se van elaborando cotidianamente a partir de percepciones y emociones desapercibidas ‘hechas cuerpo’, viéndose ancladas en la elaboración de prácticas específicas. Enlazado a un diagnóstico general sobre la metamorfosis del capitalismo contemporáneo, este doble juego analítico dio anclaje a una perspectiva que permite re-conocer e interpretar la experiencia de la pobreza desde el lugar naturalizado y desapercibido que implica la sensibilidad clasista.

Simultáneamente, esto abrió el camino hacia una propuesta metodológica centrada en el análisis descriptivo-interpretativo. Partí de reconocer a los sujetos como agentes, capaces de exponer los principios generadores y organizadores del mundo a través de su reflexividad práctica (Giddens, 2001). En tanto método de abordaje del campo, la palabra operó como vehículo de expresividad de la experiencia en el ‘juego de bisagra’ entre percepciones y emociones que son indicio de la sensibilidad; la entrevista y la encuesta funcionaron a su vez como soportes de las aludidas experiencias relatadas, mientras las tipologías construidas sirvieron como síntesis analítica de la información disponible.

Desde una segunda vía, que debe ser entendida como un momento de indagación paralelo a la construcción teórica y metodológica, me acerqué al campo mediante una historización de las transformaciones que tomaron lugar en San Luis durante las últimas décadas, utilizando para ello datos de adecuación provenientes de bibliografía especializada, estadísticas, informes y documentos de investigación.

Al respecto, es necesario realizar algunas aclaraciones sobre los alcances del problema. La óptica de lo próximo, centrada en la sensibilidad, requirió un simultáneo ejercicio de distancia, de com-

plementariedad y ampliación a través de un enfoque de procesos. Es así que para comprender la experiencia de los sujetos, comencé por explorar el período bajo análisis, ceñido en principio a la ciudad capital durante los años 2003-2010, realizando a su vez una tarea de reconstrucción de los influjos del modelo neoliberal desde los años '80 hasta la actualidad. Esta mirada sobre grandes procesos, resultó imprescindible para reconocer la compleja transformación urbana, demográfica, estatal y gubernamental, evocada y recordada por los sujetos en sus experiencias. A su vez, orientó las observaciones empíricas del caso hacia los adultos mayores de primera y segunda generación (28 a 42 años y 43 a 59 años, respectivamente), al constituir una cohorte apropiada para comprender las transiciones históricas analizadas.

Conforme al segundo momento de indagación al que aludo, a los fines de comprender el contexto en el que se constituye la sensibilidad de los vecinos sobre los protectores, reconstruí la política de promoción empresarial (industrial y tecnológica) abordando los cambios en el sistema productivo, estableciendo un diagnóstico situacional de sus efectos económicos, urbanos y sociales en la infraestructura de habitabilidad y en la densidad de la malla urbana.⁴ Esto me permitió dar cuenta de la vivencia encarnada de riesgos y padecimientos cotidianos en el habitar de la ciudad, que encuentra un particular epicentro expresivo en el sentimiento de inseguridad sobre ciertas poblaciones identificadas como conflictivas y/o peligrosas. Esta experiencia, signada por los desajustes del empleo

4 Es importante recordar que el principal instituto de información nacional, el INDEC, se encuentra intervenido desde enero del año 2007. Por lo tanto, no siempre fue fácil obtener datos de calidad para establecer un cuadro representativo de los procesos sociales a los que me refiero. De este modo, destaco que los datos presentados son los que en su momento se hallaban disponibles en forma pública, habiendo recurrido a fuentes diversas, no siempre actualizadas, que suelen marcar distancia con la voz oficial.

y los procesos de socio-segregación, es también fundamento de las crecientes demandas por regulación social y represión policial, devenidas en prácticas de resguardo y protección personal en los sectores de clase media.

En convergencia interpretativa a este proceso, se fue volviendo comprensible la génesis e implementación del Programa de Seguridad Comunitaria en la provincia de San Luis. Para ello, realicé un ejercicio teórico y empírico adecuado a su particular complejidad, partiendo de un mapeo de las estrategias institucionales aplicadas en la región y su influencia en la política pública local. El propósito fue establecer un diagnóstico sobre la geopolítica internacional de «combate a la pobreza» en su doble trama compensatoria y represiva, que me permitiera entender la singularidad de la política local.

Por un lado, indagué en las mutaciones sufridas por la política social en las últimas décadas, desde las modalidades asistenciales y focalizadas hasta las actuales medidas de transferencia condicionada. Esta plataforma interpretativa me permitió enfocar al Programa de Seguridad Comunitaria desde su anclaje en el Plan de Inclusión Social, interpretándolo como estrategia de gestión/contención de los sectores expulsados. Por otro lado, avancé sobre los rasgos que reviste el PSPPC en tanto política de seguridad, partiendo de una contextualización de las estrategias represivas en América Latina y las modalidades implementadas en San Luis durante los últimos años. Rastreando los orígenes y antecedentes de la política, fue posible reconocer sus características generales como instrumento de prevención del delito y sus principales momentos de transformación a lo largo del tiempo.

La realización de estas tareas implicó una descripción crítica de fuentes científicas especializadas, así como la reconstrucción del fenómeno desde notas periodísticas y documentos oficiales que incluyen discursos de gobierno, decretos y leyes. Mapas y fotogra-

fías también formaron parte del proceso de indagación, al actuar como escenas instanciadas para la mirada que materializan las relaciones de clase que toman lugar en el espaciamiento urbano.⁵ Del mismo modo, en diferentes momentos, fui rescatando las voces de los entrevistados como parte de la trama expositiva y argumental, dando anclaje a los procesos y relaciones que describo desde la experiencia situada.

Como momento final de indagación, abordé en forma interpretativa la sensibilidad que los sectores de clase media expresan sobre los protectores. Un principio de artesanía intelectual (Mills, 2005: 233 y ss.) puede ser apreciado en la pluralidad de procedimientos y técnicas utilizadas; particularmente en el uso de dos fuentes de información: los registros de una encuesta aplicada en 2004 en la zona centro de la ciudad capital, sobre la cual realicé una codificación de respuestas y análisis hermenéutico, y una serie de entrevistas semi-estructuradas (años 2010/2011), que me permitieron profundizar en las pistas iniciales que fueron arrojadas por el mencionado registro. El objetivo de combinar estas fuentes estuvo en identificar las dimensiones principales del problema en la extensa temporalidad bajo análisis, brindando un apoyo de interpretación recursivo sobre ciertos nodos temáticos que observaba en el rastro de la palabra.

Tanto para la utilización de los datos de la encuesta secundaria como para la realización de las entrevistas, tuve en cuenta la definición (construcción) del objeto desde la dimensión de clase a partir de una aproximación a la condición de estrato poblacional, considerando como base el ingreso del hogar, el nivel educativo, la

5 “Por su particularidad técnica, mapas y fotos actúan en términos de ‘crítica ideológica’ al permitir indagar ‘con cautela’ las imágenes, generando el detenimiento en las mismas e instaurando la posibilidad de volver una y otra vez sobre ellas, reconociendo los contornos de las figuras de la regulación de la socio-afectividad de la experiencia viviente/presente entre clases” (Scribano y Boito, 2010).

infraestructura de vivienda, el espacio urbano y la actividad laboral de los sujetos.⁶ Esto es lo que me ha permitido centrar las indagaciones en la perspectiva de aquellos sectores que, en los hechos, fueron los principales beneficiarios de la política estatal: la clase media. A su vez, habida cuenta de las relaciones entre espacio social y espaciamento físico (en el sentido entendido por Bourdieu), he procurado un abordaje desde la inscripción de los contextos de experiencia recuperando la dimensión socio-territorial. Desde allí, introduzco el apelativo de *vecinos*, con intención de recuperar los sentidos de experiencia, pertenencia y referencia que considero compartidos por los sujetos.⁷

Desde este mapa contextual, en el que la articulación entre las transformaciones de la ciudad, la política asistencial y las estrategias de seguridad arrojan luz a la dinámica del capitalismo en el ámbito local, avancé hacia el análisis de las experiencias partiendo de una perspectiva de enfoque múltiple. En primer lugar, evaluando el nivel de aceptación y el tipo de valoración que recibió el

6 Estrato y clase no son homologables, en la medida en que el cruce de dimensiones que supone el primero sólo es indicativo del segundo. En este sentido, en el apartado teórico retomo la noción de posición y condición de clase de Pierre Bourdieu, a fin de caracterizar desde una amplitud de mirada la relación entre capitales, estructuración del *habitus* vuelto cuerpo, a la vez expresado en percepciones y emociones.

7 De ninguna manera pienso la clase media como una categoría social monolítica. En todo caso, la referencia múltiple de posición socio-económica, formación educativa, residencia y vínculos, es una pista de aproximación y a la vez rasgo particular de distinción de *un* sector de clase que es al que me refiero, nominado como clase media en tanto vía de aproximación interpretativa. La técnica de cadena o bola de nieve aplicada en las entrevistas implica que la mayor parte de los sujetos se conocen, a la vez que comparten cierta condición de habitabilidad y posición socio-económica. A su vez, la cercanía física con los protectores, los trayectos de vigilancia que muchas veces se repiten y las referencias ‘cruzadas’ sobre sus formas de actuación, van definiendo un punto de comparación sobre el emplazamiento de aspectos conocidos y compartidos por todos ellos.

programa en el momento inicial de su aplicación, haciendo uso de algunas de las dimensiones que deja entrever la encuesta en juego interpretativo con la sensibilidad de las personas entrevistadas. En segundo lugar, identificando y diferenciando las percepciones y emociones actualizadas por los vecinos en relación con los protectores, para tipificar desde allí tres relatos según el sentido disímil de las formas de clasificación, caracterización y nominación existentes, tensionando de este modo sus significados. Finalmente, procurando abordar la trama del sentir subyacente a estos relatos, reconociendo su lógica común de diferenciación y distanciamiento entre 'un nosotros' (los vecinos) y 'un ellos' (los protectores). En estos términos, en el complejo entramado experiencial del cual dan cuenta los sujetos, en una mirada de acercamiento y sucesivo alejamiento, procuré valorar las complejidades inscriptas en la sensibilidad: percepciones y emociones distinguidas, por un lado, según el tipo de caracterización a la que refieren (ya sea que se trate de relatos de afinidad, invalidación o criminalización/barbarización, como veremos) y, por otro lado, re-ligadas como parte de una estructura del sentir más allá de sus particulares diferencias.

En la línea de interpretación sugerida, algo que puede extrañarse es la voz de los sujetos afectados; es decir, la experiencia de los propios protectores. En la primera fase de elaboración, este proyecto contemplaba un universo de trabajo más extenso, fundado en la interpretación dialógica de los relatos de los vecinos, la perspectiva de los técnicos estatales y las experiencias de los protectores. La complejidad del problema, que merecía un tratamiento profundo (y no menos importante fue el apremio de los tiempos institucionales), me llevó a reelaborar los objetivos y a poner acento sobre uno de los ejes de la relación, desde mi punto de vista, el menos evidente y más sustancial. Pero no es cierto que estas voces se encuentren completamente ausentes. Dado que el trabajo de campo fue realizado en su totalidad (sosteniendo encuentros con

los diferentes actores, llevando adelante registros de campo y notas interpretativas parciales), las diferentes experiencias sirvieron como telón de fondo al análisis, permitieron comprender mejor el problema, facilitaron la identificación de dimensiones relevantes y confluyeron en la “triangulación” de datos (aunque esto no resulte evidente en la redacción de este libro).

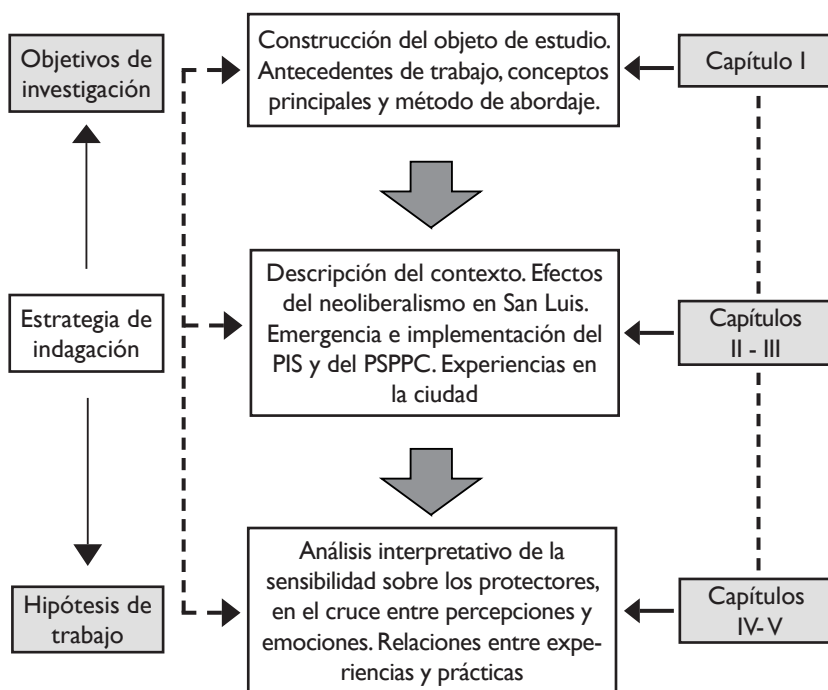
Sirvieron como plataforma para la finalización de este trabajo diferentes momentos de formación, implicando becas de posgrado otorgadas por el CONICET y la Red de Macro Universidades de América Latina y el Caribe, así como espacios curriculares de la Maestría en Sociología y del Doctorado en Estudios Sociales de América Latina (CEA/UNC). En este proceso, el marco que fuera propiciado por el Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social resultó fundamental⁸, ya que me permitió articular algunos de los ejes y relaciones teóricas, metodológicas y empíricas principales, a través de diversos proyectos colectivos que dieron forma general a los problemas y progresos aquí evidenciados. Hoy, afortunadamente, la tarea pendiente de análisis a la que antes aludía, sigue su camino mediante el financiamiento posdoctoral del CONICET en el área estratégica “Inclusión Social/ Sector desarrollo y tecnología social”.

Para organizar la presentación del libro, he optado por reproducir de manera aproximada la anterior cartografía de pesquisa, organizada en capítulos diferenciales para su exposición. Respecto a su versión original, algunas secciones podrían ser reescritas, sobre todo, a casi dos años de cristalizarse como momento particular de formación. Sin embargo, considero con firmeza que el esfuerzo de “cierre”, aún siendo provisional e inconcluso, merece su revelación. Por hallarse en el fluir de una reflexión continua y persisten-

8 Actualmente inscripto en el CIECS/CONICET-UNC bajo la dirección del Dr. Adrián Scribano y la codirección del Dr. Pedro Lisdero.

te, el producto ha sido ligeramente modificado con el solo propósito de facilitar la lectura. En definitiva, el siguiente cuadro pretende sintetizar de manera esquemática la narrativa que propongo.

GRÁFICO N° I
ESQUEMA DE CAPÍTULOS



En el primer capítulo, presento un conjunto de antecedentes sobre la pobreza y la desigualdad en los estudios latinoamericanos. Desarrollo y problematizo cinco enfoques principales (teoría de la marginalidad, de la exclusión, de la vulnerabilidad, de las capacidades y del capital) y tres campos de análisis destacados (dinámica

institucional, estrategias de acción y escenario culturalista), que me permiten fundamentar la relevancia de un marco teórico desde la sociología del sentir, enfatizado en las dimensiones histórica, relacional y conflictiva. A través de las intersecciones analíticas entre procesos de estructuración capitalista, experiencia y sensibilidad, presento los principales conceptos que utilizo como marco interpretativo y la estrategia metodológica centrada en un diseño descriptivo/interpretativo.

En el segundo capítulo, contextualizo el problema de investigación, historizando los efectos de la dinámica neoliberal en las estructuras económica, urbana y poblacional de San Luis. Esto me permite interpretar la aplicación del Programa de Seguridad Comunitaria/Plan de Inclusión Social como respuesta a los conflictos sociales emergentes, en tanto política orientada a contener (doblemente) las situaciones de desocupación/pobreza y el incremento del delito/la inseguridad urbana.

En el tercer capítulo, retomo estas consideraciones desde la sensibilidad que expresan los sectores de clase media. Indago en sus experiencias sobre la ciudad, el creciente anonimato urbano, la desconfianza interpersonal y el sentimiento de extranjería disonante que experimentan, así como en su miedo enraizado y la inseguridad paranoica frente al delito, ante los cuales se organizan emociones de miedo, bronca e impotencia. En este complejo escenario, en el que se exhiben demandas por medidas de control y represión creciente, analizo la recepción del Programa de Seguridad Comunitaria entre la población local, destacando el particular momento de disonancia que despiertan los cuerpos de los protectores, como existencia y presencia, a la vez familiar y extraña, en una ciudad poblada de conflictos.

En el cuarto capítulo, identifico y describo tres relatos sobre los protectores que se elaboran en el cruce entre las percepciones y emociones que evocan los sectores de clase media. Estos relatos

son: afinidad, invalidación y criminalización/barbarización. Doy cuenta de sus singulares características, entendiéndolos como sentido en el que se sintetizan experiencias y sensibilidades clasistas sobre la pobreza. Luego de caracterizarlas y describirlas, elaboro un conjunto de categorías que funcionan como síntesis interpretativa.

Finalmente, en el capítulo cinco examino una posible trama entre los relatos, como sinopsis de una estructura del sentir que atraviesa y configura el conjunto de experiencias y sensibilidades situadas. Al respecto, observo una serie de escenas que enfatizan los momentos de distancia/diferenciación entre los vecinos y los asistidos, evidenciando la existencia de prácticas de rechazo y demandas por una regulación/represión crecientes. En los relatos identificados, se destacan estereotipos, etiquetas y formas de clasificación que nombran el lugar socialmente asignado/asignable a los sujetos de y en la pobreza. Del mismo modo, pongo particular acento en las prácticas que se elaboran como quehaceres programáticos de lo social, vinculando los relatos diferenciados sobre los protectores desde las formas generales de gestión y control de la pobreza.

Desde la trama interpretativa que propongo, es posible reconocer cómo la dinámica del capitalismo se inscribe y a la vez se expresa en las porosidades de la sensibilidad. La experiencia de la pobreza se estructura como parte de una vivencia ‘dada por sentido’, que a la vez ocluye y desplaza la atención sobre la conflictividad entre clases. Los diferentes relatos del mundo identificados jalonean, sostienen y posibilitan la aceptación de los estados de expulsión, así como las estrategias de control y prácticas de intervención que recaen sobre los sujetos. En otras palabras, impiden reconocer y volver explícitas las condiciones subyacentes y contiguas a los procesos de producción y reproducción de la desigualdad, que por este camino se van haciendo “carne”.

Vuelta la mirada sobre este proceso de indagación, podrá reconocerse que la tarea de análisis no consta de un llano combate a “las frases de este mundo” (Marx y Engels, 2004: 11), sino de una búsqueda por comprender la realidad sensible, no en su sentido inmaterial y onírico, sino como parte de la actividad humana, en tanto lado activo del modo sensorial. En otras palabras: aspiro a comprender la actividad humana como actividad objetiva, el mundo existente en cuanto práctica.

MARCO TEÓRICO–METODOLÓGICO

Esta primera parte está compuesta por tres secciones que atraviesan la revisión de antecedentes teóricos, pasando por la elaboración conceptual, hasta llegar a la presentación de la estrategia metodológica. Las mismas funcionan como encuadre analítico de la investigación en curso, teniendo como propósito la construcción del objeto de estudio y la fundamentación de su abordaje empírico.

Parto de reconocer que el conocimiento sociológico se inscribe en tres destrezas concurrentes: es un instrumento reflexivo que guía la comprensión de la realidad, opera como herramental crítico de sus relaciones y se establece como una potencia para transformar la vida humana. Así, con Pierre Bourdieu, es posible asumir una metáfora válida e igualmente valiosa acerca de la Sociología, entendiéndola como un “deporte de combate”, en tanto juego de trabajo crítico entablado como lucha por objetivar lo objetivado. En este marco, el saber de las ciencias sociales no se fundamenta en el solo interés por la construcción teórica, sino por su capacidad para dar forma a las prácticas, implicando una mirada dialectizada entre mundo y saber, en tanto perspectiva incómoda que es capaz de desfamiliarizar lo familiarizado (Bourdieu, 1990).

Tomando estas consideraciones, y a los fines de dar cuenta de la especificidad de la propuesta de trabajo, el mapeo de antecedentes que presento, en primera instancia, recupera los campos

de indagación y líneas de interpretación principales sobre los que se viene desarrollando el estudio de la desigualdad y la pobreza en América Latina. En tensión con ello, en la siguiente sección argumento sobre la importancia de enfatizar y profundizar en una perspectiva desde la sensibilidad, en tanto forma de acceder al modo en que los sujetos sienten y experimentan el mundo como realidad naturalizada, incuestionada, desde su particular posición y condición de clase. Finalmente, presento la estrategia metodológica que utilicé para su abordaje, tomando como eje de indagación las percepciones y emociones.

I. ANTECEDENTES EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS: DESIGUALDAD Y POBREZA⁹

En tanto ciencia, la Sociología no supone la sola elaboración de 'ideas', sino, antes bien, la destreza de producción de un objeto para su comprensión. Como perspectiva y campo de conocimiento, su saber adviene en la capacidad de dar visibilidad al mundo social, no solo en términos de lo que puede ser reflejado a través de un proceso de captación -es decir, según la comprensión de la ciencia como espejo de lo real-, sino mediante la adopción de una práctica reflexiva y diestra que (en lo fundamental) permita volver a mirar los hechos para revelarlos. Esto supone reconocer la plasticidad científica del mirar, elaborada en los intersticios de lo que no está siendo dicho, visto y sentido a través de otros actos de conocimiento, en la articulación entre mirada, procedimiento y relacionamiento de fenómenos.

Así, la Sociología se produce en el enlace entre tres campos: el epistemológico, el teórico y el metodológico, concertados y atra-

⁹ Una versión de este acápite se encuentra publicada en Seveso Zanin (2014).

vesados a su vez por el resultado de las prácticas de un reflexionar, un observar y un hacer. En estos pliegues, se genera una constante tensión entre conocimiento producido, visibilidad de objeto y posibilidades de intervención, como dialéctica de la reconstrucción permanente, ya que dar testimonio, mostrar o lograr un hacer sobre cierta 'realidad', vuelve a una existencia posible.

En relación con la pobreza, precisar sus campos temáticos de trabajo, las dimensiones de relevancia en donde empieza y termina su estudio, los escenarios que articulan su acontecer como problema, implica brindar una definición de objeto en términos de encuadres posibles, sobre el modo en que puede ser explicada e incluso transformada su existencia. La tarea del conocimiento, a partir de una Sociología que se proponga abordar su complejidad, debe partir de un ejercicio crítico sobre los marcos hegemónicos del saber para pugnar por los sentidos de realidad construidos, sobre las formas en que el hecho social en cuestión está siendo observado, nombrado y reproducido desde el hacer científico. Este es el primer paso (como instancia de batalla científica) que permite abrir las posibilidades de su comprensión.

Ciertamente, un mapeo integral de los esfuerzos que se vienen desarrollando para conceptualizar, interpretar e intervenir la pobreza, sería virtualmente imposible de realizar, incluso si tratara de ceñir el diagnóstico al solo ámbito de los estudios latinoamericanos. Esto tiene que ver, particularmente, con la larga historia y los diversos cruces constitutivos del fenómeno, así como los múltiples campos que implican el uso y aplicación del término. Por ejemplo, Else Øyen (2005: 6, 2003: 31) *señala que* existen más de doscientas definiciones expertas para la noción teórica. Mientras tanto, Paul Spicker (2009) ha identificado doce posibles formas de interpretación de la pobreza en las ciencias sociales: según juicio moral, necesidad, patrón de privaciones, limitación de recursos, nivel de vida, clase social, desigualdad, posición económica, dependencia,

carencia de seguridad básica, ausencia de titularidades y exclusión; las cuales pueden ser distinguidas a su vez según condiciones materiales, económicas y sociales. Iglesias Fernández señala algo similar, ya que el concepto puede referirse a campos múltiples y ser estudiado desde criterios diversos, entre los que señala:

“pobreza tradicional (precariedad económica, indigencia, miseria), pobreza cultural (analfabetismo, ignorancia), pobreza ecológica (calidad del hábitat), pobreza rural/urbana, pobreza absoluta/relativa, pobreza de solemnidad (dependencia de los demás para sobrevivir), pobreza subjetiva (incapacidad de comunicar y entender), pobreza psicológica (abandono, pasividad), pobreza persistente (desarraigo y subsistencia en base a la mendicidad, delincuencia, prostitución), nueva pobreza (falta de aptitudes para responder a los cambios introducidos por las nuevas tecnologías)” (Fernández, 1989: 14).

Dada esta complejidad, para la revisión de antecedentes mantendré un doble recorte, partiendo de los lineamientos enfatizados por los estudios latinoamericanos desde los años noventa hasta la actualidad, organizados a su vez por los principales cuerpos de interpretación teórica que he identificado y sus diversas articulaciones en campos temáticos. Mediante esta exposición, no considero estar agotando el universo analítico existente. Lo que pretendo, en todo caso, es mapearlo y acotarlo en sus corrientes preponderantes. Esto me permitirá, a su vez, esclarecer los rasgos distintivos de una propuesta relacional y de totalidad en tensión con la hegemonía de pensamiento en la región.

Por un lado, los análisis actuales pueden ser ordenados teniendo en cuenta cinco marcos temáticos: la teoría de la marginalidad, la concepción de la vulnerabilidad, el modelo de la exclusión, el

enfoque de las capacidades y la teoría del capital.¹⁰ Los mencionados puntos de vista remiten por otro lado a tres planos principales: estudios sobre Estado y políticas de gestión de la desigualdad, prácticas y estrategias de supervivencia de los sujetos marginados/excluidos y posiciones culturalistas que indagan en las formas de vida, valores y comportamientos. Finalmente, algunos ángulos temáticos que atraviesan estos estudios son el género, la raza y el territorio.

En todos los casos, creo que es necesario diferenciar las propuestas *teóricas* de los informes sobre desarrollo, los cuales tienen como propósito inmediato influir en el diseño de políticas sociales, planificación e intervención social/estatal. Si bien la distinción no pretende ser taxativa, ya que existen instituciones que cumplen el doble objetivo de producción de conocimiento y regulación de la pobreza, la comprensión del fenómeno desde el hacer científico (no solo técnico) implica el planteo de nuevos problemas, en sus raíces y relaciones de estructuración, muchas veces ausentes en aquellos.

A continuación, me detendré en cada uno de los marcos, planos y ángulos que mencionaba anteriormente, en tanto perspectiva hegemónica sobre la pobreza. En el uso de esta palabra como concepto, entiendo que una *perspectiva* refiere a la objetivación de las representaciones parciales e interesadas que los agentes producen como competidores en un campo específico del conocimiento. Se trata del “conjunto de puntos de vista (en el doble sentido de visiones adquiridas a partir de un punto del campo y de posiciones de éste a partir de las cuales se adquieren estas visiones interesadas), que implica una toma de distancia con respecto a cada uno

10 La identificación de estas líneas temáticas se inspira en los recorridos realizados por Verdera (2007), CEPAL-UNIFEM (2004), Feres y Mancero (2001), Lo Vuolo, et. al (1999) y Farah (1990). Para una presentación extensa de antecedentes internacionales, incluido un capítulo dedicado a América Latina, ver Øyen (2005).

de los puntos de vista particulares y cada una de las tomas de posición, corrientemente críticas” (Bourdieu, 2000: 98). De este modo, siguiendo una analogía pictórica, es posible indicar que toda perspectiva se compone “a partir de”, a la vez que con-forma, puntos de mirada posibles sobre un objeto, vinculados (al menos) por su similar línea de horizonte en su posición y profundidad, así como por puntos de fuga comunes respecto a la “realidad” que enmarca.

En lo que respecta a los marcos teóricos sobre la pobreza, todos retoman el debate sobre la desigualdad, poniendo acento, cada una a su modo, en el estado de distribución y concentración de recursos, ampliando, discutiendo e incluso redefiniendo el alcance interpretativo y relacional de la dimensión socioeconómica. En esta trama, incorporan factores institucionales y, en ciertos casos, de naturaleza cultural y actitudinal. Sin embargo, uno de los problemas significativos que presentan es que la ponderación material excluye una comprensión integral de la condición humana, a la vez que cercena su historicidad y conflictividad. Del mismo modo, por lo general desplazan el lugar interpretativo de la experiencia y del sentir.

La *teoría de la marginalidad* (de un extenso desarrollo en la literatura), ha procurado captar algunas de las principales transformaciones de la pobreza a la luz de los cambios globales sufridos por el capitalismo industrial. Por lo tanto, articula el concepto desde diversas temporalidades y nodos problemáticos: partiendo de la mirada ecológico-urbana que estudia los conglomerados habitacionales de carácter precario durante la primera mitad del siglo pasado; acentuando aspectos relativos a la privación de derechos civiles, políticos, económicos y sociales en los sectores empobrecidos, sobre todo en sus desarrollos durante la década del '70; pudiendo ser utilizada de manera más reciente no solo para comprender las condiciones de habitabilidad urbana y rural, sino también las condiciones de segregación en el mundo del em-

pleo y el consumo (Jaume 1989; Benholdt Thomsen 1981: 1506). Sin embargo, como término utilizado en la vertiente dominante del funcional-culturalismo, la teoría de la marginalidad permite caracterizar centralmente la topografía social de acuerdo con el esquema centro-periferia, refiriéndose, en el marco interpretativo del desarrollismo, a las poblaciones con déficit de integración que persisten por fuera del desenvolvimiento urbano (Enríquez 2007: 60 y ss.; Bartolomé 1985: 25).

Por su parte, el modelo de la *exclusión social* enfatiza los procesos y dinámicas que impiden la pertenencia plena de los sujetos a la sociedad en los términos que implica una óptima cohesión. Por un lado, pone acento en la caracterización de los mecanismos que generan esta situación y, por otro, en las oportunidades y recursos que deben ser tenidos en cuenta para superarla. Al implicar una mirada relacional, reconoce no sólo a los activos asociados al mercado –esto es, al trabajo y los ingresos regulares–, sino también a aquellos que resultan de los complejos enlaces entre individuo, colectividad, Estado y mercado, que van configurando formas de exclusión ligadas a los bienes y servicios, al espacio, la política institucional, la cultura y la identidad, entre otras. En estos términos, “[l]a idea fuerza en la reflexión sobre la integración social o la exclusión, es que al margen de la disposición de ingresos, existen un conjunto de comunidades sociales respecto de las cuales los individuos pueden ser sustraídos o débilmente incorporados” (Sojo, 2000: 51).

La concepción sobre la *vulnerabilidad* se enfoca en las condiciones de riesgo que producen la caída de los sujetos en estados de privación y pobreza. Destaca la fragilidad de la inclusión social, puesto que ciertas poblaciones pueden verse fácilmente afectadas por la dinámica sistémica, como el alza de precios en la economía y diversos factores coyunturales como la pérdida del empleo y accidentes. En esta línea interpretativa, Kaztman

ha caracterizado como vulnerabilidad al “desfasaje o asincronía entre los requerimientos de acceso de las estructuras de oportunidades que brindan el mercado, el Estado y la sociedad y los activos de los hogares que permitirían aprovechar tales oportunidades” (1999: 278); entre tanto, Filgueria y Peri se han referido a ella “como la escasa capacidad de respuesta individual o grupal ante riesgos y contingencia y también como la predisposición a la caída del nivel de bienestar, derivada de una configuración de atributos negativa.” (2004: 21–22).

El enfoque *de las capacidades y de los funcionamientos* ha sido desarrollado en forma pionera por Amartya Sen, quien rechazando las formas de evaluación de la desigualdad con base en el ingreso monetario o la posesión de bienes, incorpora como medidas del bienestar la capacidad de elección y la libertad (Sen, 2000A; 2000B). Al respecto, sostiene que “el actuar libremente y el poder elegir favorece directamente el bien-estar, y no sólo porque una mayor libertad implique la oferta de más alternativas” (Sen, 2000A: 65). Desde este punto de vista, la lucha contra la desigualdad no consiste sólo en llevar adelante una política de mínimos contra casos extremos (garantizar asistencia nutricional, salud y educación, como formas vitales para permanecer vivo), sino en identificar y potenciar los recursos necesarios para que las personas puedan mejorar sus funcionamientos actuales y sus capacidades de elegir el tipo de vida que quieren llevar.¹¹ Este resulta ser un criterio contrastante con el supuesto de la teoría consumista clásica, “en la que

11 Al respecto, apunta Sen: “[e]n situaciones de privación duradera las víctimas no siguen quejándose y lamentándose todo el tiempo y, muy a menudo, hacen grandes esfuerzos para gozar de los pequeños placeres a su alcance y reducir sus deseos personales a proporciones modestas y «realistas» (...) Por tanto, el grado de privación de una persona puede no aparecer en absoluto en la métrica de la satisfacción de deseos, incluso si esa persona no está adecuadamente alimentada, decentemente vestida, mínimamente educada y convenientemente alojada” (Sen, 2000: 68-69).

la contribución al bien-estar de un conjunto de elecciones factibles se evalúa exclusivamente por el valor del mejor elemento posible” (Sen, 2000A: 65).¹²

Finalmente, la teoría del *capital* puntualiza en el complejo de activos potencialmente acumulables y movilizables para la producción de bienestar, así como en las circunstancias de pérdida, desgaste o limitación de estos factores. Ciertamente, el análisis tradicional de la pobreza, así como los enfoques de la vulnerabilidad, la exclusión y de las capacidades/funcionamientos, no desconocen la importancia de activos como la educación y el empleo que afectan a los sujetos y serían necesarios para superar la pobreza, pero esta perspectiva intenta ofrecer un cuerpo sistematizado de los factores de posesión, control e influencia, vinculando de manera explícita la mirada de los sectores afectados (visión subjetiva) en la ecuación. En esta línea, existe cierto énfasis en la identificación y el análisis del denominado «capital social», entendido como el complejo de redes de influencia, vínculos familiares e interaccio-

12 Ampliamente reconocido por sus contribuciones, el enfoque de Sen ha sido igualmente criticado por quedar a mitad de camino entre la concepción económica utilitaria y una comprensión integral del desarrollo humano. Entre otros planteos, se encuentran los de Bernard Williams, Gerard Cohen, John Rawls y Frances Stewart. Por su parte, Julio Boltvinik lo considera “mecanicista”, porque estrecha la noción de capacidades al uso de titularidades para el acceso y uso de bienes/servicios; de allí que postula la necesidad de “ampliar la mirada” sobre la pobreza (Boltvinik, 2007, 2005) pasando desde el “eje de nivel de vida” (preponderancia de la dimensión económica/material) al “eje de florecimiento humano” (asociando las capacidades a las condiciones del estar y el desarrollo del ser en los sujetos). Si estas críticas son justas, es precisamente la estrechez de la mirada de Sen (que lo devuelve una y otra vez al eje del nivel de vida) lo que permite explicar su alcance en las ciencias sociales, ya que altera superficialmente el discurso científico sin tocar las estructuras de comprensión e intervención sobre la pobreza. De todas maneras, ninguno de los ejes que propongo más adelante (historicidad, relacionalidad y conflictividad) aparecen como centrales en estas miradas críticas.

nes regulares que establecen los sujetos. Siguiendo las hipótesis del clásico estudio de Robert Putnam (1994), la teoría estipula que generar o reforzar el bienestar supone potenciar redes no-monetarias, que en tanto recursos intangibles permitan a los sujetos acceder de manera individual o colectiva a la satisfacción de necesidades (Ocampo, 2003; Fukuyama, 2003). Huelga decir que existe una distancia significativa, tanto conceptual como interpretativa, entre este enfoque y la visión de Pierre Bourdieu centrada en una Sociología de la Cultura, la cual retomamos en el apartado conceptual.

Estos enfoques resultan predominantes en el campo científico actual, imponiéndose por sobre otras miradas que parten de contenidos comprensivos diversos. Para dar sólo algunos ejemplos, la teoría de la marginalidad como noción ecológico-urbana y culturalista ha invisibilizado los conceptos de “polo marginal” de Aníbal Quijano y de “masa marginal” de José Nun, ambos de raíz crítico-marxista; por su parte, la visión eurocéntrica sobre la pobreza pone en las riberas el enfoque interpretativo postcolonial, desarrollado por pensadores de la talla de Edgardo Lander, Walter Mignolo, Aníbal Quijano, Arturo Escobar y Santiago Castro-Gómez, con el objeto de denunciar la vigencia de las relaciones de dominación continental en la cultura, más allá del plano político-económico. Propuestas como las de Julio Boltvinik (2007, 2005, 1997), que complejizan el análisis empírico y la medición de la pobreza, tampoco reciben demasiada atención. Es en este sentido que puede comenzar a apreciarse la existencia de un campo de producción científica hegemónica en la región, que en su puesta en juego ha configurado y orientado el campo de comprensión e intervención durante las últimas décadas.

Por otro lado, mencioné con anterioridad que, en América Latina (y particularmente en Argentina), existen al menos tres grandes *planos temáticos* que han sido prioritarios para el estudio de la pobreza.

Una de las áreas más visitadas refiere al papel del Estado y su incidencia en la pobreza. En este camino, una serie variable de estudios procura especificar la dinámica de mutación y los efectos producidos tanto por las políticas compensatorias como represivas en el marco singularizado del modelo neoliberal. A su vez, revelan las diferentes vías de inclusión/exclusión que posibilitan las modalidades de intervención institucional, tendientes a regular las situaciones de conflictividad asociadas a los escenarios de marginalidad, vulnerabilidad y exclusión. Algunas trabajos abordan directamente la evaluación y adecuación de los programas para la reducción de la pobreza, discutiendo desde un punto de vista analítico las miradas de mundo de los organismos intervinientes, las formas de medición que promueven y las consecuencias de sus intervenciones (Zibechi, 2010; 2008; Barba Solano, 2008; Lo Vuolo y Goldberg, 2006; Lo Vuolo *et al.* 1999; Minujín, 1995). Otros enfatizan el modo en que diferentes expresiones de la desigualdad (fragmentación urbana, violencia social, delito común, inseguridad) son gestionadas socialmente por vía represiva para contrarrestar los procesos de desintegración sistémica (Scribano y Seveso, 2012; Sain, 2010; Kessler, 2009; Sozzo, 1999).

Otro plano de indagación, relacionado con el anterior, remite al modo en que los actores (individuales y colectivos) procuran saldar cotidianamente las situaciones de ‘falla’ y ‘vacío’ institucional que produce el modelo económico en los ámbitos del empleo, la salud, la educación y la vivienda, por destacar sólo algunas dimensiones relevantes. En un ‘más acá’ de las intervenciones ejecutadas por el Estado, diversas investigaciones plantean el problema de las prácticas de auto-organización, cooperación y solidaridad en contextos de pobreza, partiendo de diferentes lugares teóricos como el de redes de supervivencia, capacidades/funcionamientos y capital social (Gutiérrez, 2004; Ocampo, 2003; Fukuyama, 2003; Bartolomé, 1985; Torrado, 1981; Alberti y Mayer, 1974). Esta línea

de estudios puede ser caracterizada por su particular atención en las potencialidades y límites de las formas cotidianas de organización, que permiten que los sujetos sobrelleven de manera colectiva, familiar y/o individual, su situación de privación material, desatención, institución y/o segregación urbana. Así, se plantea una constante tensión entre aquello que expulsa a los sujetos dentro del orden capitalista, como escenario particularizado que define los accesos no disponibles, y los activos que los pobres sí poseen más allá de las influencias del mercado de trabajo y las políticas de Estado vigentes.

En tercer lugar, existe una serie de trabajos que atienden a los patrones de estilo de vida, comportamiento, valores y actitudes de los sujetos, inscriptos en una orientación que podríamos caracterizar como culturalista. Distanciados por su mirada crítica de la tradición inaugurada por Oscar Lewis (1969), estos desarrollos actualizan las inquietudes por la subjetividad, las formas simbólicas y conductuales, configuradas como prácticas/vivencias en el mundo de la pobreza. En tanto dimensión particularizada del problema, existen diversos trabajos que profundizan en el punto de vista que asumen los usualmente denominados “pobres estructurales” y “nuevos pobres” (Gutiérrez, 2004, 2003, Svampa, 2003, Auyero, 1993), a partir de la capacidad comunicativa de sus experiencias.

Sin abandonar los anteriores aportes, es posible mencionar finalmente tres ángulos de discusión que atraviesan los trabajos de investigación en ciencias sociales, llegando a constituir hasta cierto punto campos particularizados de indagación. Estos son: género, raza y territorio. Desplegados bajo un supuesto según el cual “la probabilidad de ser pobre no se distribuye al azar en la población”, como bien ha afirmado Gita Sen (1998), ciertos estudios evalúan el modo en que la pobreza se (re)produce de manera diferencial por la mediación de factores de sexo y raza, tanto en el ámbito laboral como doméstico, en los escenarios de participación política, en el orden cultural y el mercado de consumo (Zabala Argüelles, 2008;

CEPAL-UNIFEM, 2004). Otros se detienen en la grafía urbana, en el modo como es afectada y a la vez afecta los procesos de acumulación, transformando las modalidades de relación y vínculo cotidiano, escindiendo a los sectores sociales y reproduciendo por este camino las situaciones de pobreza (CEPAL, 2007; Rodríguez y Arriagada, 2004).

Como indicaba, los marcos teóricos, campos temáticos y ángulos de indagación repasados no implican un inventario exhaustivo de la producción en ciencias sociales, sino que remiten a aquellas líneas que he podido identificar como predominantes en los estudios de América Latina, con cierto énfasis en el caso argentino. Como tales, son de particular valor para enmarcar algunas discusiones que serán desarrolladas en este trabajo. Manifiestan la complejidad del fenómeno de la pobreza, favoreciendo a su comprensión desde las dimensiones de la privación material y simbólica, desde la configuración subjetiva y cultural, atravesada por procesos históricos y coyunturales que implican simultáneamente al mercado, a la sociedad civil y al Estado. Del mismo modo, resultan fundamentales para pensar la desigualdad como producto social, constituida en la compleja trama que interseca condiciones materiales de vida y vivencia, modelo productivo, políticas de Estado y relaciones cotidianas. Es por esta razón que serán retomadas en diferentes momentos del análisis, entendidas como imágenes de mundo que de manera reproductiva viabilizan y/o proyectan representaciones sobre la pobreza asociadas con las sensibilidades del sentido común.

En virtud de ello, observo ciertos énfasis en las vertientes repasadas, las cuales pueden ser interpretadas como deslizamientos en la construcción del objeto. La clasificación que ha sugerido Spicker para los diferentes usos que recibe la noción de pobreza en la actualidad (ya citada en páginas precedentes), tiene la virtud de mostrar, precisamente, no sólo el carácter polisémico que asume toda conceptualización en las ciencias sociales, sino también las disecio-

nes y recortes posibles que todo trabajo teórico puede ejercer sobre un determinado *objeto* de estudio. Así, despunta cómo la destreza científica hace viable y a la vez imposibilita la existencia de zonas, superficies y círculos de estudio, delimitados a partir de construcciones significantes que demarcan aquello que se vuelve pensable, observable y por lo tanto intervenible en tanto definición de lo real.

Del mismo modo, la producción de saberes no puede ser disociada de las tramas históricas que la constituyen. Cuando hablamos de los estudios sobre pobreza durante las últimas décadas, es innegable el enlace entre los puntos de vista asumidos, el sello impuesto por el paradigma neoliberal en la región y los lineamientos políticos propiciados por los organismos internacionales. Es así que, como resultado, una perspectiva atomista y a-histórica, fuertemente economicista y tecnicista, se ha desarrollado como forma de abordaje, des-tensionando el debate sobre las situaciones de desigualdad y las relaciones de dominación.

Por un lado, se invisibiliza la dimensión *conflictual* que, a mi criterio, se encuentra implicada en toda relación social y es ineludible a la hora de emprender cualquier análisis sociológico. La conceptualización del fenómeno de la pobreza, por lo general, se lleva adelante tal como si se tratara de un campo cerrado e integrado, el cual se implica a sí mismo como fenómeno exegético, sin que se destaquen los entramados de dominación social y las conexiones entre clases. A su vez, por otro lado, en el realce de la dimensión socio-económica, se pierde la riqueza conceptual que aporta una comprensión integral del fenómeno, obliterando el lugar del sentir y la experiencia, tal como sucede en los enfoques centrados en la disposición de «activos» o «recursos». El acento que, por otro lado, recibe el factor identitario (sólo cuando es retomado por ciertas perspectivas y no aparece como mera mención ocasional y accidental), pierde de vista el proceso de producción y reproducción del fenómeno en términos materiales, como sucede en algunos abordajes culturalistas. Esto lle-

va a sesgos en el análisis que eluden la facticidad de la construcción de un objeto multidimensional, cerrando las posibilidades de representación y visibilización de los procesos que estructuran la pobreza.

Al reflexionar críticamente sobre estas producciones científicas y avanzar hacia los intersticios a los que renuncian o bien dejan velados, estas observaciones permiten restablecer el horizonte de relevancia del saber, ya que aquello que no es delimitado como espacio de trabajo no puede ser cultivado en la elaboración comprensiva. Es necesario abrir los campos definidos y roturados, acompañándolos de dimensiones de relevancia no ponderados que resultan importantes a la hora de definir la realidad de la pobreza y su (re)producción como fenómeno. Desplazarme hacia ciertas claves ‘otras’ es fundamental para lograr un nuevo trazado de lectura: una redefinición de campos de pertinencia para el estudio, en este caso, recuperando el aspecto conflictual y a la vez relacional que implica la noción de clase y el sitio destacado que merece la sensibilidad.

A]. Principalmente en las vertientes interpretativas de la marginalidad, la vulnerabilidad y la exclusión, y en menor medida en las perspectivas del capital social y de las capacidades/los funcionamientos, el énfasis puesto en las posibilidades, probabilidades y condiciones de acceso diferencial a bienes y servicios-mercancía, lleva a detener la mirada en la dimensión socioeconómica. Esto ha sido señalado repetidamente por los analistas. El énfasis puesto en bienes, activos, líneas, franjas y campos, revela diferentes ‘rostros’ del fenómeno con base en los estados de ‘falta’ que registran los sujetos, construyendo una imagen congelada (fotográfica) de las relaciones sociales, dispuestas como un dato o ‘estado de cosas’ para la intervención.¹³

13 Siguiendo a Scribano (2008b), es posible puntualizar tres imágenes que atravesaron a los estudios sobre la pobreza en Argentina durante los '90. En primer lugar, ha existido una comprensión geológica que interpreta las distancias socioeconómicas en términos de “capas” o “estratos” superiores o inferiores, a los cua-

En una mirada de contraste, es necesario reiterar y enfatizar la historicidad de todo fenómeno, su carácter multidimensional en el enlace entre estructura y superestructura, materialidad y cultura, y el entramado de posiciones sobre las que se configuran. Realizo entonces un corrimiento desde la idea de “pobreza” hacia la noción de *clase* (Bourdieu, 1990), desde la que es posible reconocer los contornos multidimensionales de la desigualdad, el abanico de activos, recursos y accesos sobre los que se constituye (sociales, económicos, culturales), así como su distribución diferencial y asimétrica, configurada en la relación entre posiciones dominadas y dominantes, tanto como en los procesos sistémicos que las envuelven. Cada vez que en este trabajo utilice los lexemas “pobres/pobreza” –como hasta aquí– será con dos sentidos precisos: primero, al remitir a ‘cifras’ estadísticas o a teorías que consienten su utilización como términos dominantes; y segundo, cuando evoque el punto de vista radicado en la sensibilidad, como eco del lenguaje cotidiano, en donde el estado de desigualdad es naturalizado en distancia con las relaciones sistémicas y conflictivas que implica.

les se requiere alcanzar o cubrir mediante acciones de reparación. La metáfora médica, por otro lado, ha expuesto el problema como aquello que se encuentra corrompido o contaminado, de manera que la oposición entre experticia técnica (especialista) y cuerpo social (problema) estructura un vocablo de prácticas que buscan “extirpar”, “mitigar”, “curar” y “sanear”. Finalmente, la analogía militar se ha forjado como una dualidad amigo-enemigo que impone términos como los de “combate”, “lucha”, “abatimiento” y “eliminación”, proveniente de un arquetipo bélico. Esta tríada ha reglado y dictaminado los modos de comprensión del fenómeno de la desigualdad y su gestión política durante largo tiempo, por lo que pueden ser rastreadas – como bien ha hecho el autor – en los estudios locales e informes internacionales sobre la temática. En un escenario en el que el crecimiento y la heterogeneización de la pobreza advienen como efecto de la transformación global que sobrelleva el capitalismo, considero que estas producciones teóricas se fundamentan reprimiendo o invisibilizando la dimensión conflictual que comporta la lucha de clases y la relevancia que suponen las relaciones entre condiciones materiales, culturales y experiencia en nuestras sociedades.

En la misma dirección, el concepto de *expulsión social* sustituye a nociones como las de «marginalidad» y «exclusión». Mientras que éstas nominan un estado cristalizado de cosas, aquí pretendo expresar su modo constitutivo, fundamentando las relaciones que hacen posible los estados de pobreza (*Duschatzky* y *Corea*, 2002: 18–19). Reconociendo la existencia de principios de producción, no acepto una imagen “disfuncional” del sistema capitalista. Las desigualdades, en sus diversas formas, no pueden ser sorteadas echando mano a la hipótesis de una “falla transitoria” que ha de ser superada. Remarco, por lo tanto, el acto de desposesión implicado en las situaciones de pobreza y su carácter móvil articulado como proceso histórico, el cual da forma a un «orden de expulsión» que es consustancial al funcionamiento del capitalismo en su trama lógica. En tal caso, entiendo que lo expulsado es aquello que se sitúa tras los límites de lo que ha sido exteriorizado respecto a un determinado centro.

Sobre estas nociones volveré en el apartado teórico de este capítulo, con el fin de dar cuenta de la serie de procesos convergentes que consuman y perpetran el mundo de la pobreza como situación conflictiva de clase y expulsión.

B]. En segundo lugar, más allá de las diferentes teorías y tematizaciones existentes, es posible remarcar –con *Else Øyen* (2003)– que, hasta el momento, la mayoría de los estudios de campo se han enfocado en “la vida de los pobres”, principalmente porque se considera que la mejor manera de ingresar al problema y confrontarlo es adoptando como primer punto de vista (punto de vista privilegiado, se ha afirmado) la mirada de los sujetos afectados. Se reúnen bibliotecas enteras sobre esta temática, alimentadas no sólo por investigaciones académicas, sino también por corporaciones y organismos multilaterales que frente a la expansión crítica del capitalismo se preguntan por el acceso a los recursos en la población y los efectos que generan las políticas institucionales, las estrategias y las relaciones de comunidad, así como sobre los modos del sentir de los sujetos.

No pretendo negar la importancia de esta perspectiva. Sin embargo, en su conformación sociológica –esto quiere decir aquí: relacional–, ésta constituye solo una de las aristas del problema, que requiere contemplar también a los sectores que, implicados en esta relación, producen y sostienen (directa o indirectamente) las condiciones materiales y simbólicas vigentes. Es preciso dirigir la mirada hacia las concepciones del mundo, estilos de vida, prácticas y modos de relacionamiento que, forjados ‘externamente’ o ‘al otro lado de’ la pobreza, influyen en su complejo proceso de estructuración.¹⁴ Precisamente, esta consideración demarca el eje temático de mi estudio, centrado en los modos en que es sentida/experimentada la pobreza en los sectores de clase media de la ciudad de San Luis, teniendo como centro de diagnóstico la sensibilidad existente sobre los protectores del PSPPC.

Lo que ha sido nombrado aquí como «orden de expulsión», debe ser entendido en una dirección de análisis que engloba, demarca y define en su mayor extensión aquello que generalmente es estudiado como el contexto de la desigualdad ceñido a «la pobreza». Lo que generalmente queda *dentro* de esta última inscripción problemática de estudio, es resultado de un proceso de selección discrecional operado por el ojo que mira (desde las ciencias sociales), pero que en términos interpretativos no puede ser desvinculado de las relaciones

14 La atención que merece este eje ha sido destacado por otros investigadores, entre los que se encuentran Nancy Fraser y Amartya Sen (*Øyen*, 2003). “[E]l mal que asalta a la sociedad no sólo se alimenta gracias a aquellos que contribuyen de manera intencionada a mantener subyugadas a las personas, sino también a todos aquellos que están dispuestos a tolerar las inaceptables penurias de millones de seres humanos. La naturaleza de dicho mal no guarda relación con el diagnóstico de determinados generadores de mal. Debemos pensar cómo las acciones y las inacciones de muchas personas desembocan en este mal social, y cómo un cambio de nuestras prioridades –nuestras políticas, nuestras instituciones, nuestras acciones individuales y colectivas – puede ayudar a eliminar la atrocidad de la pobreza” (Sen, 2008: xviii).

más extensivas de clase y hegemonía. La posibilidad de comprender los procesos que configuran la pobreza en su complejidad, implica que el conocimiento no se convierta en una modalidad de la razón cerrada. La expulsión en los límites de millones de sujetos, demanda el reconocimiento de los centros del poder y de los modos en que estructuran la realidad de desplazamiento y subordinación de los sujetos.

C] Sobre la vía mencionada, la presente investigación realiza una apuesta analítica y comprensiva desde la sensibilidad. Se asienta en el estudio de las percepciones y las emociones, intentando dar cuenta del modo en que la pobreza se consume y perpetra como realidad inherente al sistema capitalista, evidenciándose en experiencias, sentires y prácticas.

De este modo, si a través de los campos ya identificados en el estudio de la pobreza es posible dar cuenta de un conjunto de enfoques que enfatizan las dinámicas institucionales, las estrategias de acción de los sujetos y su existenciarío subjetivo-cultural, también es posible avanzar hacia una perspectiva que se detiene en las relaciones entre estructuración y sensibilidad, de la cual existen recorridos propicios en la Sociología contemporánea. Desde mi punto de vista, esta mirada debe incorporar las implicancias y determinaciones que definen las reglas del “sentido del tener” (Marx, 1999: 148) por la relación entre propiedad, clase y diferencia que se sustentan en la economía política de la moral, posible de ser indagada a través de los relatos que los sujetos sostienen sobre el mundo.

Como antecedentes es posible mencionar, por un lado, estudios que tematizan los vínculos entre sistema social y prácticas de discriminación, xenofobia y racismo, sirviendo como soporte comprensivo a las relaciones de diferenciación y distanciamiento intersubjetivo (Zabala Argüelles, 2008; CEPAL, 2004; INADI, 2008). Sin embargo, siguiendo la reconstrucción realizada por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL, 2007: 102), en estos

casos existe un énfasis en los grupos vulnerables de género y raza, de modo que la dimensión de clase recibe una atención limitada al ser abordada en el cruce de otros factores de peso estructural.¹⁵

Por otro lado, un segundo campo remite a las percepciones y las emociones, articulado por una conexión temática que engloba el problema de la desigualdad y la pobreza a través del estudio de los miedos, la inseguridad y las tensiones que atraviesan la vida en las ciudades (Scribano y Lisdero, 2010; Scribano y Figari, 2009; Kessler, 2009; Pinheiro Koury, 2008; Wortman, 2007; Reguillo, 2007, 2000, 1999, 1996; Entel, 2007; Lindón, et al. 2006; Luna Zamora, 2005; Canclini, 2005; Vasilachis, 2003; Gayol y Kessler, 2002; Lechner, 1998). Pese a la heterogeneidad que representan estos trabajos, la conceptualización de los sentimientos, las emociones, los imaginarios, las pasiones y las representaciones, muestran un camino por el que las desigualdades son codificadas de acuerdo con las diferencias y distancias sociales, ideológicamente construidas como problema en la esfera de la cultura y manifestadas en las relaciones de comunidad, los medios de comunicación y las políticas de Estado.¹⁶

15 Este énfasis ha estado relacionado con el hecho de que los procesos de expulsión y segregación, diferencias de influencia y poder, se expresan principalmente (aunque no de manera exclusiva) en los grupos vulnerables de raza y género. En efecto, las mujeres, así como las colectividades e individuos de raza negra e indígena, cuentan con activos materiales y sociales más escasos, expresado en ingresos inferiores, conocimiento cultural depreciado, capital social más restringido, lo que los sitúa en un mayor riesgo frente a la pobreza, la marginalidad y la exclusión. Una premisa de la que parten los análisis contemporáneos es la complejidad de la discriminación, por lo que prevalecen los estudios con una visión multidimensional y relacional, en la que se destacan aristas económicas, sociales, políticas, culturales, atravesadas por los ejes de género, raza, etnia, espacio, entre otros. La clase juega en este sentido un papel parcial junto a otros múltiples componentes de relevancia.

16 Desde la redacción original de este trabajo, a principios de 2013, se han pu-

En su entramado, es posible observar una mayor atención a la sensibilidad y sus relaciones con el sistema capitalista. Los autores instalan la pregunta por los esquemas de percepción, las estructuras emocionales e incluso las diferencias de clase como eje comprensivo de la desigualdad y la pobreza. En la referencia particular que implican para esta investigación, estas contribuciones me permitieron rastrear diversos mecanismos que en las ciudades latinoamericanas extienden y profundizan las consecuencias de la expropiación capitalista, organizando muros materiales y fronteras simbólicas. Del mismo modo, a partir de ellos pude comenzar a observar el modo en que las formas del sentir/experimentar las diferencias y distancias de clase se traducen en estereotipos, esquemas y formas de nominación que, reproducidos a su vez en prácticas de clase, conllevan procesos de naturalización y soportabilidad del mundo.

En el próximo apartado, retomaré las discusiones bosquejadas hasta aquí con el propósito de definir el marco teórico-contextual en el que se inscribe el objeto de estudio. Un lugar de especial relevancia ocupan las dimensiones de clase y la sensibilidad, como vías comprensivas de los procesos que configuran al capitalismo y sus conflictos.

blicado en Argentina diversos estudios sobre la sensibilidad, destacándose los de la editorial ES-Editora inscripta en el Centro de estudios Sociológicos (CIES).

II. TRAMA TEÓRICA Y CONCEPTOS PRINCIPALES

*La verdadera noción de historia se tornaría absurda si no
comprenderíamos «lo que se dice de los hombres»*

Raymond Williams (2000: 77)

*[E]s preciso examinar la parte que corresponde a las palabras
en la construcción de las cosas sociales, y la contribución que la
lucha de las clasificaciones, dimensión de toda lucha de clases,
aporta a la constitución de clases*

Pierre Bourdieu (2001)

*[L]a única materialización de estos procesos abstractos
se consigue por el retorno a una referencia general de la
totalidad del proceso social material (que por ser abstracto es
efectivamente completo)*

Raymond Williams (2000: 79)

La clásica separación entre cuerpo/mente y emoción/razón efectuada por la tradición filosófica cartesiana, hace más de tres siglos, ha influido de manera profunda en las bases de las ciencias sociales, situando de este modo a la sensibilidad como un tópico problemático y difícil de ser abordado. El pensamiento sociológico, en parte heredero de esta tradición, concreta esta relación en los campos epistemológico, teórico y metodológico, en donde las prácticas del observar, el hacer y el reflexionar no han sido dispuestas tradicionalmente para volver inteligible los sentimientos y las emociones, los deseos y placeres, el goce y la festividad, el cuerpo y el malestar, relegados a un segundo plano respecto a los grandes intereses de estudio sobre el orden y el cambio social (Luna Zamora, 2010).

Sin embargo, ya en sus manuscritos de juventud, Carlos Marx subraya la importancia de abordar la sensibilidad -“base de toda ciencia” (Marx, 1999: 152)- como uno de los caminos a partir de los cuales lo social toma forma, se cristaliza y se transporta más allá de toda individualidad. Así, esta dimensión de análisis nunca fue completamente ajena a la Sociología. “La formación de los cinco sentidos es un trabajo de toda la historia universal hasta nuestros días” (Marx, 1999: 150), como capacidad subjetiva y objetiva de la exteriorización vital, como fuerza que afirma a todo sujeto en el mundo en su forma corporal, espiritual y práctica. Los sentidos son el producto de la producción, reproducción y reconstrucción del mundo, por lo que no pueden ser considerados una abstracción frente a la «sociedad», porque la exteriorización y afirmación de la *vida social* se encuentra ya en su formación. El oído musical, el ojo mercantil, el olfato del goce, son relación social que da cuenta de cómo los sujetos se despiertan cada día como seres anclados a su experiencia cotidiana.

Partiendo de esta referencia es posible dar cuenta de que diversas preguntas sobre el sentir social, la sensibilidad, las percepciones y emociones, se encuentran en las bases mismas de la Sociología. Cuando Marx se cuestiona sobre la función y operación del dinero como fetiche, del trabajo alienado como producto de la explotación o sobre la ideología en su relación con la estructura; Durkheim sobre los modos de solidaridad y la génesis de la moral, las formas elementales que asume la vida religiosa y (en su debate con la Psicología) sobre las representaciones individuales en distancia con aquellas de naturaleza colectiva; Weber sobre la acción social, el espíritu del capitalismo y la racionalización del mundo; en todos estos casos, como en otros que se remontan a las bases fundantes de nuestra ciencia, se plantea el problema de cómo los sujetos captan el mundo y cómo interviene en ello la afectación de los hechos sociales. Es cierto, sin embargo, que la sensibilidad no

siempre está allí como objeto central de indagación, pero sí como dimensión emergente e ineludible a ser considerada.

Desde una diversidad de planos, el principal aporte de la Sociología naciente fue reconocer que el saber y el sentir tienen que ser comprendidos a través de circunstancias relacionales, lo que en otros términos significa: no como inmanencia derivada de causas extra-sociales, sagradas o naturales. Por esto es que puede pensarse el sentido subjetivo de la acción en un escenario de desencantamiento mágico y racionalización del mundo (Weber, 1993), a los hechos sociales –y a los prejuicios– como “cosas” que pueden ser estudiadas con la precisión del método científico (Durkheim, 2003) y por lo tanto observar a la práctica, a la acción de sujetos conscientes, por relación con sus condiciones materiales de existencia (Marx y Engels, 2004). En este camino, la Sociología tiene la capacidad de asumir una postura incómoda y desestructurante sobre el mundo (que es experimentado a través de los sentidos), permitiéndonos comprender su formación en íntima conexión con la actividad social, en la compleja penetración y configuración, productiva y reproductiva, estructurada y estructurante, que existe en ella.

Precisamente por su importancia, en diferentes corrientes y marcos interpretativos contemporáneos se pueden observar esfuerzos por restituir la proscripción temática a la que ha sido sometida la sensibilidad. En ellos encontramos una variable relación explicativa que enuncia conexiones posibles entre sujeto y sociedad, así como entre mundo interno y externo. En esta investigación, opto por abordar estas relaciones partiendo de una serie de aportes estructurales y contribuciones de análisis meso-social, que en el camino de elaboración de una sociología del sentir me permiten abordar el debate sobre la configuración de la pobreza.

El énfasis está puesto en la materialidad que comportan las expresiones del sentir, ya que la sensibilidad tiene su historia en la construcción de lo social; y así en el lenguaje, que en tanto proceso

que se evidencia exteriormente como ‘abstracto’ es expresión de las luchas cotidianas de clase, del proceso de clasificación y definición del mundo que delimita aquello que se dice y puede ser dicho acerca de los hombres. Resaltando de este modo las conexiones entre sentir y clase, por un lado, y entre proceso social material y lucha por las clasificaciones (ambas ya destacadas en las citas iniciales de este apartado), a continuación -y en primer lugar- presento una serie de lecturas puntualizadas sobre Raymond Williams y Pierre Bourdieu. A partir de ellas, es posible comprender los procesos de estructuración de «la conciencia» (en expresión del propio Marx), teniendo en cuenta las mutuas implicancias entre capitalismo, condiciones de vida, modos de representación y formas del sentir. En segundo lugar, remito a los aportes de Peter Berger, Thomas Luckman y Ervin Goffman, a fin de explicitar los modos activos que las mencionadas relaciones asumen en mecanismos específicos de la práctica cotidiana. En el último apartado, finalmente, planteo la estrategia metodológica para el abordaje del objeto, centrada en un diseño cuali-cuantitativo que desde el juego del diálogo y la expresividad permite tener ‘acceso’ a la sensibilidad, a las percepciones y emociones, a partir de la palabra. Expongo igualmente el procedimiento analítico utilizado, fundamentado en la elaboración de tipologías que me permiten diferenciar y ordenar las apreciaciones del sentir en dimensiones relevantes, en su integración hermenéutica como relatos que se elaboran de manera pragmática y programática en el devenir de las prácticas.

A. Estructuras del percibir/sentir

En términos de una caracterización posible, la «sensibilidad» adviene como parte de la reflexividad de un sujeto, en el paso desde su subjetividad y experiencia sobre el cuerpo a la designación

de la realidad como agente (Scribano, 2007: 126). En tanto momento expresivo de la actividad concreta, entiendo que debe ser estudiada como constituida y constituyéndose al menos en un doble sentido: por un lado, como formación de larga tendencia, puesto que la totalidad estructurante del sistema social da forma a las experiencias en su configuración histórica y, en segundo término, en relación con la condición de clase, que instala un ‘momento materialista’ fundamental que configura las percepciones y las emociones por mediación de mecanismos cognitivos/afectivos específicos. A los fines de abordar ambas relaciones, es pertinente retomar los conceptos de estructura del sentir/estructura de experiencia en Raymond Williams así como la noción de *habitus* elaborada por Pierre Bourdieu.

El materialismo cultural de Williams, expresado como hipótesis de larga tendencia, permite resaltar la relación entre sensibilidad y estructura social como trama del sistema capitalista.¹⁷ El conjunto de significados y valores tal como son vividos y sentidos activamente por los sujetos, se configura como parte de una estructura organizada en términos epocales, como “una conciencia práctica de tipo presente, dentro de una continuidad viviente e interrelacionada” (Williams, 2000: 155). La actividad social se concreta, de este modo, en

17 En su libro *El campo y la ciudad* [1973] Williams va desplegando una hipótesis singular, sugiriendo la importancia de pensar al sistema de ideas y a la cultura en su largo proceso histórico. Propone hacer uso de “una cinta transportadora” hacia el pasado para mostrar los diversos tonos de sentido que en la literatura fue adquiriendo el modo de vida “natural” o “campestre” en su tránsito desde la aldea a la villa, hasta llegar a las grandes urbanizaciones. Desde allí explicita diferencias y continuidades que se van acentuando como fracción de las transformaciones que, en el mismo tono, constituyen a la sociedad en su conjunto. En este contexto, va emergiendo su hipótesis sobre las estructuras del sentir/de la experiencia desde una perspectiva materialista, la cual retomo aquí desde una obra posterior denominada *Marxismo y Literatura* [1977], en donde sus ideas son sistematizadas desde un nivel de abstracción teórica mayor.

un escenario material y simbólico específico. La formación social del capitalismo envuelve y configura las particulares maneras de apreciar el mundo. Tanto en el pensamiento como en los sentimientos, se expresarían su forma y cambio como parte de un proceso común, por el juego de alteración en la conciencia que traduce la historia de las relaciones sociales a través de mecanismos hegemónicos cristalizados ('ya dispuestos') que regulan los encuentros entre-clases.

La experiencia y el sentir configuradas por el complejo proceso de estructuración sistémico hacen que la actividad sensorial sea mucho más que una formación estática, porque la "profundidad y minuciosidad" de su regulación se halla en la propia formación materialista de la vida. A partir de los momentos de configuración que esta materialidad implica, se hace posible definir la "cualidad particular de la relación y la experiencia social, históricamente distinta de cualquiera otras cualidades particulares, que determina el sentido de una generación o de un período" (Williams, 2000: 154). Es así que "[l]a conciencia es considerada como una parte del proceso social material humano, y sus productos en 'ideas' son tanto una parte de este proceso como los propios productos materiales" (Williams, 2000: 76).

Esa dinámica no se presenta como superestructura ligada a las formas culturales que la implican, en tanto epifenómeno de lo social; no es una formación nebulosa y desanclada (como punto de vista idealista), ni está regida como reflejo de lo material (en tanto concepción determinista), sino que adviene en la trama de relaciones que, en la formación de las clases, va conformando un punto de vista compartido que es expresión (manifestación) de ese mundo. Las "sublimaciones en la conciencia" pueden ser entendidas, de este modo, como una expresión de los ejercicios reiterados y desapercibidos que regulan el acontecer viviente/presente, a partir de los cuales se testifican los instantes de conflictividad entre clases mediante formas específicas del percibir/sentir que se hallan

en sintonía y modulación con el orden sistémico. Los procesos de producción material se conectan y armonizan de este modo con las particulares formas que asume la experiencia y, con ella, el propio sentir.

En este contexto, las instancias de hegemonía resultan fundamentales.

La hegemonía constituye todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo. Es un vívido sistema de significados y valores –fundamentales y constitutivos que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen confirmarse recíprocamente (...) Es decir que, en el sentido más firme, es una ‘cultura’, pero una cultura que debe ser considerada asimismo como la vívida dominación y subordinación de las clases particulares (2000: 131-132).

Según caracteriza Williams, el orden de hegemonía opera como un sistema cultural que regula (rige) la totalidad de la vida. El modo en que los sujetos definen lo social y el sí mismo, como instancia de reflexividad sobre las prácticas, está vinculado con esta relación, ya que las percepciones y significados, prácticas y expectativas, asumen su forma y contenido en virtud del contexto que las vuelve existentes y posibles. Así se define una estructura del sentir/de la experiencia que se produce desde la configuración material del mundo, a partir de las formas de la conciencia, los sentidos y las dosis de energía disponibles, desarrolladas y desplegadas, como momento de subordinación y dominación de una clase (o sus fracciones de clase) sobre otras.

Esto nos permite comprender las conexiones indisolubles entre producción material y cultural, actividad cotidiana y conciencia; dar cuenta de la organización sistémica de larga tendencia que

implica a las distancias y diferencias de clase en las que se enuncia la experiencia (los relatos que puede asumir la pobreza) en particulares manifestaciones históricas de la sensibilidad.

Situando de este modo al sentir como parte de los procesos de estructuración, es posible desplazar la pregunta desde el *porqué* sentimos y percibimos (apreciación vital) hacia el *cómo* lo hacemos (apreciación social); detenernos en una reflexión sobre los mecanismos que modulan las experiencias y sensibilidades, dándoles su frecuencia y sintonía. Así, ¿cómo es posible entender en términos sociológicos la ‘mecánica’ que posibilita la aprehensión del acontecer social mediante los sentidos, el registro de la experiencia en la conciencia? Luego, ¿cómo es que los condicionamientos de lo social (materialidad del mundo), en tanto capitales expropiados y apropiados diferencialmente en el vínculo establecido con-los-otros, se expresan en la elaboración de percepciones y emociones?

Una primera especificación analítica para responder a estos interrogantes, supone reconocer la mirada que va forjando todo sujeto desde su posición y condición social, *asumida como propia*, en tanto forma de sentir y experimentar el mundo. Retomando en este punto a Pierre Bourdieu y sus contribuciones a la Sociología de la Cultura, es posible cualificar la noción de clase a la que me he referido hasta aquí a partir de la idea de *habitus*. Esta tarea posibilita, doblemente, especificar el entramado de relaciones que conforman la posición social de todo sujeto en el mundo y, a la vez, concretar el proceso a partir del cual se va configurando la sensibilidad mediante percepciones y emociones reguladas.

Desde este enfoque, la sociedad puede ser representada como una topografía en la que los sujetos se ubican de acuerdo con los capitales de los que se hacen poseedores (Bourdieu, 1990). El lugar relativo que se ocupa en el «mapa del mundo» queda definido por el volumen, composición y trayectoria de los capitales disponibles

(económicos, culturales, sociales y simbólicos)¹⁸, de manera tal que un conjunto de propiedades pueden ser analíticamente consideradas como “posicionales”; es decir, ejes desde donde leer el sitio de la mirada o –en un sentido más específico– la formación de las experiencias y el sentir. Unos modos de vida que en términos económicos, culturales y sociales se parecen pueden ser ‘reunidos’ en comparación con otras categorías o conjuntos, demarcando así una cercanía en el espacio o, en viceversa, una distancia en tanto clase según se detentan capitales de diverso volumen y calidad. Las posiciones asignables, analíticas en principio, se pueden rastrear como pista en expresiones efectivas de lo cotidiano: en las características de la familia de crianza, en el proceso educativo, en

18 El capital económico se ostenta como estado patrimonial. El capital cultural se presenta de tres maneras: en su estado incorporado, como disposiciones aprendidas que quedan inscritas en el organismo, de modo que la educación – que es un “tener” – se convierte en “ser”; en estado objetivado, a través de bienes culturales que son «poseídos» en su propiedad, de los cuales se conoce los códigos de interpretación y uso (libros, instrumentos de trabajo, máquinas); e institucionalizado, por vía de la materialización legítima, como los títulos académicos que certifican las competencias de un sujeto. Luego, el capital social está conformado por las redes de relacionamiento y vínculo duraderas que posee un sujeto, que demarcan su pertenencia a un grupo y sus posibilidades de movilización de recursos. Finalmente, el capital simbólico supone la capacidad de “nombrar”, de construir, de hacer ver y creer, mediado por un acto que es percibido como legítimo en su forma de prestigio. El valor de estos capitales es diferenciado y diferenciable, pudiendo ser ellos acumulados, intercambiados, como así también (des)valorizarse. En términos generales, la estructura del campo económico define muchas de las relaciones en otros campos (que no dejan de contar por ello con autonomía relativa), asumiendo así un mayor peso, siendo el principal medio de acceso a los demás (Bourdieu, 1990). Se comprenderá fácilmente que un enfoque de este tipo envía a una concepción del sujeto socialmente situado en tanto «cuerpo»; a su *hexis corporal*. Esta es una dimensión a la que hemos atendido en otros trabajos (Seveso y Vergara, 2012; Ibáñez y Seveso, 2010) pero que no retomamos como central aquí por exceder la inscripción de los nodos analíticos. Por lo tanto, queda asentado que esta dimensión es dada por supuesta en las referencias.

el ámbito del trabajo y, sobre todo, en la trayectoria de vida y el espacio físico en el que se habita (Bourdieu, 1990), así como en el lenguaje que es habitualmente utilizado y los códigos del narrar que son distintivos de ‘un modo de vida’ (Bourdieu, 2001).

Las relaciones sociales van tomando forma en base a los lugares de cercanía o distancia social que de este modo se establecen entre los sujetos, de acuerdo con los capitales acumulados y las relaciones actuales o potenciales que (a partir de ellos y con ellos) son posibles de ser establecidas. Es en la configuración de esos espacios, que definen posiciones dominadas y dominantes, en donde se producen y reproducen los esquemas de clasificación del mundo, en tanto mecanismos de distinción y diferencia, que son aprehendidos como grafías incontrovertibles de lo que el mundo, simple y llanamente, es. Así, un punto asimétrico en el espacio topográfico es también constitutivo de un punto de vista, construido en la conexión entre condiciones de producción y re-producción de la trayectoria y forma de vida, pudiendo ser recortado como inscripción originaria de clase.

[E]l punto de vista es una perspectiva, una visión subjetiva parcial (momento subjetivista); pero es al mismo tiempo un panorama, tomado desde un punto, desde una posición determinada en un espacio social objetivo (momento objetivista) (Bourdieu, 1994: 102).

Entendido en relación con el *habitus* –que Bourdieu define como estructuras estructuradas (disposiciones durables, reguladas y regulares) predispuestas a funcionar a su vez como estructuras estructurantes (Bourdieu, 2007: 86)–, el sentido sobre el mundo se dibuja como parte de la historia incorporada, naturalizada y por lo tanto ‘olvidada’ sobre lo social. Es un camino por el que se forja la aceptación tácita de la propia posición (*sense of one’s place*), que lleva a los sujetos a asumir el mundo tal cual se encuentra constituido.

Las percepciones pueden ser entonces entendidas como esquemas de clasificación o dispositivos de apreciación que operan de manera anticipada, a través de acervos de conocimiento que han resultado de experiencias previas. La distinción y valoración de los objetos que actualiza lo social vuelto cuerpo actúan en forma permanente a partir de asociaciones y homologías que, en principio, no tendrían una conexión necesaria. Puesto que “las estructuras mentales son estructuras sociales interiorizadas” (Bourdieu, 1990: 96), el lugar desde el que se va configurando la mirada en tanto visión del mundo nos permite comprender, en un sentido de probabilidad, el modo naturalizado en que los sujetos dan cuenta de lo social.

Las emociones, por su parte, se inscriben en la trama dialéctica entre las impresiones que captan los sentidos y las sensaciones que éstas generan en juego con las percepciones, actualizando de esta manera modos de sentir en el acontecer de la experiencia (Scribano, 2007). No hay sujeto, acción ni relación social posible sin dimensión afectiva, sin sentimientos, razón por la que los actos de re-conocimiento (diferenciación y distinción) involucran siempre la aceptación tácita de los límites en base a las “emociones corporales” (Bourdieu, 1999: 55). En esta línea, es posible aceptar la íntima conexión que existe entre afectividad y perceptividad social: “un hombre que piensa es un hombre afectado (...) No hay proceso cognitivo sin que se ponga en marcha un juego emocional y viceversa” (Le Breton, 2012: 70).

De acuerdo con Arlie Russell Hochschild -quien es una de las principales figuras en el campo de estudios sobre las emociones-, la afectividad constituye un elemento imprescindible para comprender la experiencia del mundo, ya que forma parte de los modos en que se imprimen y se sostienen las percepciones a la vez que adquieren forma y se reviven. Se comportan como un componente activo del orden, siendo una vía a través de la cual los complejos

de interacción y, más ampliamente, la constitución cotidiana, tiende a verse regulada (Hochschild, 2008). Desde este punto de vista, es posible asumir una postura construccionista-interactiva, entendiendo que las emociones son fenómenos psicológicos subjetivos fuertemente arraigados a las experiencias y al orden sociocultural, vinculados a la unicidad del individuo.¹⁹ En el sentido entendido por David Le Breton (2012), remiten a vectores culturales que generan significación e interpretación del acontecer, a la vez que permiten la expresión, relación y regulación de los intercambios, particularmente porque se despliegan a través de un conjunto de signos socialmente producidos, vinculados a su vez con la evaluación de eventos específicos. Igualmente, de acuerdo con Martha Nussbaum, “las emociones siempre implican la idea de un objeto junto con la idea de su prominencia o importancia; en este sentido, siempre involucran apreciación o evaluación” (citado en Jasper, 2012: 50).

En la medida en que las emociones operan como formas indicativas de las relaciones sociales existentes, se soslaya parcialmente el problema de adecuación entre los estados internos de los

19 Luna Zamora (2010, 2005) sigue a Hochschild para distinguir tres tipos de abordajes posibles sobre las emociones. La perspectiva *orgánica o naturalista* considera que las emociones están regidas primariamente por factores fisiológicos de rai-gambre natural, como mecanismo ligado al proceso de adaptación y supervivencia. Desde este punto de vista, la influencia social sobre las emociones es periférica, ya que sólo modula su intensidad y expresión pero no define el tipo de afectividad. Una segunda postura, *interactiva o construccionista no radical*, da cuenta de la importancia relativa de ambas dimensiones, la neurofisiológica y la social, remarcando la importancia de las ciencias sociales en el estudio de la dimensión sociocultural. Finalmente, el *construccionismo radical* sostiene la premisa de que las emociones son un completo fenómeno social; sólo advienen en las interacciones, no como estado ‘interno’ ni como producto de las situaciones que envuelven a un sujeto individual. Partiendo de esta postura, todo emoción “va más allá de la dimensión personal, más allá de lo que ‘sentimos’ en determinadas circunstancias y en relación a las historias de vida particulares” (Luna Zamora, 2010: 21).

sujetos y los términos que son usados para su expresión, en tanto es posible remarcar que las emociones pueden o no ser ‘vividias’ y ‘sentidas’ cuando se expresan. Es así que James Jasper propone entender “a las emociones como si fueran cosas con rótulos claros que reconocemos en su mayoría. A pesar de sus límites, no veo otro punto de partida debido a que como analistas debemos emplear términos lingüísticos; y de hecho, cuando los seres humanos ponen etiquetas a sus propios sentires, estas comienzan a proveerle forma y dirección a sus sentimientos (...) Esto es lo que hacen la cultura y el lenguaje por y en nosotros” (Jasper, 2012: 59).

Ciertamente, en su raíz ‘natural’, la experiencia sensorial y afectiva de un sujeto toma forma en el cruce entre las constricciones que impone el sistema nervioso, sus soportes fisiológicos y los procesos psíquicos (Abascal et. al., 2004: 81). Pero en términos de un enfoque sociológico, las percepciones y emociones adquieren su cabal sentido en la estructuración social, por el juego –que no es absoluto ni determinado– entre impresiones y sensaciones vividas activamente como experiencia cotidiana. Los pensamientos y sentimientos se forjan como interiorización de los condicionamientos históricos, actualizados por las marcas que imprime la totalidad estructurante, como (re)creación cognitiva/afectiva vuelta cuerpo.²⁰

De este modo, si bien la realidad perceptual y emocional suele ser vivida por un sujeto como un movimiento interior e individual, también existe ‘hacia fuera’, organizada por la sociedad respecto al qué, cómo, cuándo y cuánto ver y sentir de acuerdo con ciertas circunstancias y objetos/sujetos referenciales. Más precisamente,

20 El juego entre impresiones y sensaciones, sus procesos cognitivos y emotivos, así como las respuestas fisiológicas y actitudinales que implican, resultan de gran interés, pero tocan a una materia compleja que se encuentra más allá de esta investigación. Para mayor detalle, ver Fernández-Abascal et al. (2004); especialmente los capítulos 3 y 9 en los que se expone la actividad perceptiva y emocional desde el punto de vista de los procesos biopsicológicos.

es posible hablar de «esquemas de percepción» (Bourdieu) y «reglas del sentir» (Hochschild) que se distribuyen de acuerdo con variedades fijas para ciertas épocas, clases sociales y géneros, así como para objetos definidos que, ‘a flor de piel’, inspiran aficciones específicas. En tanto operaciones de ordenamiento, selección e interpretación sobre las experiencias, las percepciones y emociones (ancladas a estructuras del sentir) permiten informar sobre las relaciones sociales existentes.

Volviendo a Williams, esto debe ser contextualizado en términos de los procesos que rigen al sistema social capitalista. La sensibilidad se configura como interiorización de los condicionamientos históricos materiales vigentes en el presente como circunstancias objetivas, a través de los cuales se despliegan los principios generadores y organizadores del mundo, que definen las relaciones cotidianas, los vínculos e intercambios actuales y potenciales. Esto se cumple para todo aquello que los sujetos experimentan, sienten, perciben y piensan;²¹ y así también para aquello que ‘dicen’ y esgrimen como relatos de este mundo, en tanto “elementos indisolu-

21 Por demás, es posible conciliar la idea de estructuras del sentir/de la experiencia de Williams con las nociones de percepción y emoción. En el sentir [*structure of feeling*], *to feel* implica a aquello que toca al sujeto a través de los sentidos, de manera que remite a las emociones en estrecha vinculación con las ideas y al saber *sentido* que lleva a la creencia. Es un camino similar al que supone la misma noción entendida como estructura de la experiencia [*structure of experience*]: no como aquello que se ha vivido (el pasado), sino como aquello que se experimenta activa y animosamente en el presente como percepción y sentimiento. Se comprende entonces la preferencia por estos términos: percepción y emoción acentúan lo que es re-vivido en el acto de la narración, mientras que la idea de “representación” y “sentimiento” remiten antes bien a sustratos asentados, cristalizados, evocados en la actualidad. Precisamente en la mutua implicancia entre percepción y emoción es que puede entenderse que durante una entrevista un sujeto que ‘recuerda’ experimenta en ocasiones estados afectivos de dolor, enojo, alegría, temor, etcétera, y que en el mismo acto ilocucionario se actualice el conocimiento por la reverberación de lo perceptual/emocional.

bles del proceso social material involucrados permanentemente tanto en la producción como en la reproducción” (Williams 2000: 120).

Es cierto que el lenguaje, del que los sujetos disponen en tanto acervo cultural, apenas resulta suficiente para dar cuenta de las vivencias. Las complejidades del sentir y el experimentar deben ser entendidas en la riqueza y la complejidad del contexto, a través del encuadre referencial de los significados. De allí que en las citas iniciales a este apartado se exprese que aquello que “se dice de los hombres” es un componente fundamental para entender la verdadera noción de historia (Williams, 2000: 77), puesto que las palabras son un fundamental punto de anclaje de “la construcción de las cosas sociales”, pero que “la lucha de las clasificaciones” es también una “dimensión de toda lucha de clases” (Bourdieu, 2001), que sólo puede ser comprendida cabalmente si se regresa a su referencia en la totalidad del proceso material (Williams, 2000: 79).

Sobre esto habría que dejar en claro que existen dos formas en que operan y se manifiestan los modos del sentir/de la experiencia: como estructura y en tanto proceso, y que para que puedan ser comprendidos deben ser enmarcados en las lógicas de apropiación, propiedad y diferenciación que se sustentan en las condiciones de mercantilización de la vida en contextos capitalistas.

En esta vía es que Williams, apelando a metáforas químicas, nos habla del sentir según formaciones sociales “precipitadas” y “en solución”. La idea de *estructura* expresa la primera de estas formas, como una determinada mirada que prevalece sobre el mundo, implicando al conjunto de las relaciones actuantes en tanto arreglo social vivido, derivado de relaciones existentes y creencias sistemáticas de larga tendencia. Se trata, en estos términos, de una sensibilidad ‘asentada’, que envuelve a las acciones e interacciones cotidianas desde un fondo. En este escenario

es preciso insertar el juego de las instituciones, es decir, las fuerzas que se tejen entre condiciones materiales, representaciones sociales y el sistema general de producción de saberes colectivos. El resultado de la complejidad social contemporánea señala que el bagaje que compone nuestra biografía cultural ‘común’ se instala no sólo desde lo cercano e inmediatamente aprehensible, sino también desde el orden de sentido que van definiendo las instituciones, tales como el sistema educativo, los medios de comunicación, el orden político del Estado y la ciencia, al igual que el sistema jurídico organizado en la ley y el derecho, imponiendo relaciones estrechas entre el conocimiento socialmente disponible y los discursos hegemónicos.

El mundo es aprehendido, las prácticas son orientadas y las acciones motivadas por mediaciones. El ‘gobierno de las percepciones y de las emociones’ se encuentra regido por la determinación de posiciones y actores que (re)producen y actualizan los modos del sentir/experienciar el mundo, configurando las máscaras del nosotros y los otros. Así, la experiencia se ve sometida a un momento de trabajo ideológico, configurando (de manera cooperativa con las instituciones) la sensibilidad.

Por otro lado, siendo formaciones estructuradas, los modos del sentir/de la experiencia pueden ser entendidos igualmente como flujos, como relaciones sociales persistentes que de todos modos se encuentran igualmente en mudanza, en perpetua generación. Por esta razón, la sensibilidad puede ser referida también como un *proceso*; esto es, como forma no estática que se conforma, mostrándose en expresiones particulares, emergentes e idiosincrásicas que van tomando carácter en la práctica cotidiana. Una de las definiciones que el mismo Williams da a las estructuras del sentir es precisamente la de ser “experiencias sociales *en solución*” y por lo tanto no siempre formaciones precipitadas (Williams, 2000: 156). Sentir y experiencia desplazan nuestra mi-

rada hacia campos de estructuración que se encuentran más allá de relaciones explícitas, de instituciones y creencias arraigadas en formaciones típicas asentadas en un fondo, puesto que la dominación involucra un ejercicio de hegemonía (del hacer dominante) que se da a través de relaciones y actividades que se renuevan, recrean y modifican de manera continua en el hacer cotidiano (Williams, 2000: 134).

En el gozne entre estructura y proceso, se va estableciendo una *realidad social* que atraviesa y compromete tanto a las posiciones dominantes como dominadas, en tanto construcción hegemónica transclasista conformada históricamente. En conexión con la idea de *habitus*, esto permite comprender que las nociones referidas al mundo de la pobreza (teorías expertas, conceptos situacionales, productos literarios, saberes de sentido común, modos de clasificación, frases y nominaciones) están directa o indirectamente relacionados con los códigos que ofrece el sistema social, en tanto formaciones ideológico-culturales que definen las maneras ‘adecuadas’ de entender aquello que sucede y circunda en el acontecer. La producción y reproducción de las formas del sentir/experimentar la pobreza pueden ser vistas de este modo como construcciones ‘ajustadas’ al orden social existente.

A su vez, la formación de la sensibilidad remite al registro de la materialidad. Las percepciones y emociones son moduladas como encuadres del hacer y del pensar según las formas de propiedad y apropiación existentes en una sociedad.²² Los capitales expropiados y apropiados diferencialmente conforman del mismo modo la condición y posición de clase de un sujeto como sentido del lugar. En este

22 “Así como la sociedad en formación [el capitalismo] encuentra a través del movimiento de la *propiedad privada*, de su riqueza y su miseria – o de su riqueza y su miseria espiritual y material – todo el material para esta *formación*, así la sociedad constituida [el comunismo] produce, como su realidad durable, al hombre en esta plena riqueza de su ser, al hombre *rica* y profundamente *dotado de todos los sentidos*” (Marx, 1999: 150-151).

punto, resulta pertinente volver la mirada hacia los aportes clásicos de Marx, quien establece relaciones significativas entre el proceso de mercantilización de la vida, la configuración de la sensibilidad y el sentir sobre los sujetos expulsados.

Ya en el dinero, extraordinaria y a la vez potente creación, Marx advertía el carácter estructurante aludido, puesto que en el capitalismo es una medida de lo social que se proyecta como relato del ser. Así, nos dice que “lo que el dinero puede comprar, eso *soy yo*, el poseedor del dinero mismo. Mi fuerza es tan grande como lo sea la fuerza del dinero (...) Lo que *soy* y lo que *puedo* no están determinados en modo alguno por mi individualidad”; y en la página siguiente especifica que “[s]i el *dinero* es el vínculo que me liga a la vida *humana*, que liga a la sociedad, que me liga con la naturaleza y con el hombre ¿no es el dinero el vínculo de todos los *vínculos*? ¿No puede él atar y desatar todas las ataduras? ¿No es también por esto el medio general de separación?” (Marx, 1999: 178–179).²³

Las mercancías dan vida y vitalizan el régimen productivo capitalista; el dinero es su materialización fetichista y su flujo constituye el modo universalizado para el intercambio. Por esta razón es el vínculo de todas las cosas, aquello que une y separa todas las relaciones. Y así como este flujo media las interacciones humanas, convirtiendo la intensa división social del trabajo (interdependencia) en una larga serie de intercambios que parecieran desarrollarse no entre sujetos, sino entre cosas (Marx y Engels, 2004), el fetichismo del dinero va estableciendo las brechas materiales y simbólicas que dan cabida no sólo a los procesos de apropiación

23 En los Manuscritos de Economía y Filosofía” (1999) se puede seguir de cerca – con Feuerbach – el bosquejo de una teoría de la mediación y la sensibilidad en Marx; especialmente, ver pp. 148 y ss. Veremos a continuación que estas reflexiones muestran la íntima implicancia entre propiedad, diferencia social y clase; por eso es que el “sentido del tener” (que toma por base a M. Hess) es desarrollado por Marx en contigüidad a las reflexiones sobre el lugar de los sentidos y la sensibilidad.

diferencial, privada y unidireccional de la riqueza, sino también a la binarización de las relaciones, a la distinción entre los unos y los otros, en tanto indicio de los procesos de posesión y desposesión. Desde este lugar de propiedad y apropiación se organizan los sentidos, influyendo en el modo en que percibimos el mundo, a nosotros mismos y a los otros (Jedlowski, 2010: 133).

Esto es así porque en el capitalismo la lógica de mercantilización opera como un imperativo moral. La economía de mercado convierte las conexiones entre los sujetos en vínculos que confirman la realización de las reglas del “sentido del tener” (Marx, 1999: 148), transfigurando las formas humanas de acuerdo con el orden de capitalización individual. “¡Sea Mercancía y no muera en el intento!”, es una expresión que sintetiza la forma procedimental y praxiológica del capitalismo (Scribano, 2007: 119), porque es mediante la inclusión a la dinámica productiva y a la explotación, en el cumplimiento del *dictum* que explicitan la ética del trabajo y la ética del consumo (Bauman, 2000), que se define el momento superlativo para la formación del ‘yo y el tú’ en nuestras sociedades.

En el juego que los sujetos establecen en intercambio variable con los objetos, un buen poseedor adquiere poderes y ventajas que serían impensables en condiciones naturales. El escenario de segunda existencia que configura el capitalismo permite movilizar (comprar) conocimientos, capacidades y miembros proteicos que elevan a cualquier sujeto por sobre las coerciones que impone el mundo, tanto aquellas biológicas como sociales. Y así es como los buenos intercambios (y los buenos mercaderes) van conformando identidades exitosas mediadas por la observancia al imperativo de la posesión individual.

Soy feo pero puedo comprarme la mujer más bella. Luego no soy feo, pues el efecto de la fealdad, su fuerza ahuyentadora, es aniquilada por el dinero. Según mi individualidad soy tulli-

do, pero el dinero me procura veinticuatro pies, luego no soy tullido; soy un hombre malo, sin honor sin conciencia y sin ingenio, pero se honra el dinero, luego también a su poseedor (Marx, 1999: 178).

Estas reflexiones muestran la implicancia entre propiedad, diferencia y clase. En sociedades en que los objetos son un exterior dispuesto como mercancía, en el que se ha quebrado el acto *creativo* que une al sujeto con las *cosas*, la posesión entre manos afirma la individualidad; lo hace sentirse humano a la vez que lo convierte en alguien digno de *ser* (visto, escuchado, admirado, reconocido) en su relación con los otros.²⁴ Las mercancías, y el dinero su mediador, ponen entre manos el mundo de la Economía Política, transformando todas las carencias en su contrario, haciendo que lo que un sujeto puede pagar sea todo suyo. Así, las cualidades de la honestidad se adquieren al no tener que molestarse por la deshonestidad (robo, rapiña) o el ingenio se desarrolla debido a la capacidad (del dinero) de contar con agentes ingeniosos a la mano.

En la materialidad de los estilos de vida toman forma de este modo figuras sociales diversas, dibujadas a través de trazos de sentido, esquemas de distinción y diferencia, que se definen mediante las coordenadas del capital: el trabajo, las mercancías, el dinero. Indiscutiblemente, en condiciones sociales capitalistas el sentido del tener hace al sujeto en su existencia. Por lo tanto, esto conforma una suerte de afuera social expulsado, un doblez de relaciones que se instala a la par de las identidades exitosas, en contraste con el satisfactorio tener que garantiza la inclusión.

24 El enriquecimiento del sujeto no pasa por el valor de la actividad trabajo sino por la posesión de los objetos; “la propiedad privada nos ha hecho tan estúpidos y unilaterales que un objeto sólo es *nuestro* cuando lo tenemos, cuando existe para nosotros como capital o cuando es inmediatamente poseído, comido, bebido, vestido, habitado, en resumen, *utilizado* por nosotros” (Max, 1999: 148).

[L]a Economía Política no conoce al trabajador parado, al hombre de trabajo, en la medida en que se encuentra fuera de esta relación laboral. El pícaro, el sinvergüenza, el pordiosero, el parado, el hombre de trabajo hambriento, miserable y delincuente son *figuras* que no existen *para ella*, sino solamente para otros ojos; para los ojos del médico, del juez, del sepulturero, del alguacil de pobres, etc.; son fantasmas que quedan fuera de su reino (Marx, 1999: 124).

La mercantilización, bajo sus diversas formas, es la sanguinaria base que constituye las relaciones sociales capitalistas. “Todo lo tuyo tienes que hacerlo *venal*, es decir, útil; (...) la moral de la Economía Política es el *lucro*, el trabajo y el ahorro, la sobriedad” (Marx, 1999: 161). Es a través de ella que se promete a los sujetos la satisfacción de sus necesidades, el goce, el disfrute, la libertad. Trabajo, educación, ahorro, descarnada competencia y riqueza con virtud, hablan moralmente sobre el sujeto poseedor, en un sentido que depende –tal como lo afirmara Marx– de un juego de reglas particulares, centrados en la moral de la Economía Política.

La larga fila de sujetos expulsados de la actividad del trabajo y del consumo –entre otros círculos que se ven constituidos a través de los vínculos asimétricos producidos por el sistema (esto es, por las acciones de los sujetos en interacción mediada por la producción capitalista y sus mercancías)–, es presentada como una realidad casual e irrelevante, mostrada como si fuera una excepción al imperativo productivo. Ante la percepción, el vínculo de todas las cosas (que es el dinero) ocluye el estado de interdependencia entre los sujetos, de manera tal que *el problema* de los expulsados (si es que en realidad existe tal cosa para la economía política) aparece como un asunto de ineficiencia o improductividad individual, de mala competencia bajo la figura del ‘perdedor del mercado’ y no como un asunto de organización sistémica.

Las figuras emergentes como “fantasmas” son el producto de la herencia de las muertes en lo social que retornan para oprimir la cabeza de los vivos (Marx, 2003: 17). Son “pasado que no se asume como tal, sombra de un cuerpo ausente que rehúsa abandonar el escenario de la historia” (Boito, 2006: 27). Por eso es que, si existe algo a lo que se procura dar muerte definitiva y enterrar en el capitalismo, es a esos espectros, que regresan una y otra vez ante la imposibilidad de escucha sobre la vivencia del dolor y la opresión. Ante ellos adviene la construcción de conjuros sociales, consignas y ropajes prestados que representan escenas de resolución deseadas y consideradas posibles.

En este camino, los momentos de expropiación y desposesión pueden seguir (re)produciéndose como parte de un vivir en el mundo de las mercancías, ‘blanqueados’ y sostenidos por las fronteras sociales y muros mentales que en las prácticas cotidianas el capital instala como consecuencia de los actos de obturación de la sensibilidad. Dadas las distancias y quiebres que se inmiscuyen entre-los-sujetos que son (digámoslo otra vez) aquiescencia material, y por lo tanto ideológicas en un sentido cultural, identitario y político, la situación de esos sujetos expulsados se vuelve observable sólo “para otros ojos”, es decir, para aquellos que actúan más allá del mundo configurado por la economía política: el médico que nombra las relaciones entre el sujeto sano y el enfermo, el juez que promueve las distinciones entre lo seguro y lo peligroso, el alguacil de pobres que mantiene bajo control a los parados y el sepulturero que se ocupa de quien no tiene existencia posible para la sociedad (como trabajador) y debería dejarse enterrar.

Otro significativo pensador de la sociología clásica, situado en un contexto similar al del propio Marx e integrado en su crítica, expresa la horrorosa soportabilidad que implica una mirada de reposo, precisamente en contraste con la posición aquí asumi-

da. Estoy pensando en la perspectiva sumida y convaleciente de un darwinismo social como el de Herbert Spencer, convergente a esos ojos que sólo miran aquello que *debe ser visto* y justifican de este modo las relaciones de dominación capitalista.

Cuando se toma un coche en una calle de Londres, causa asombro el ver con cuánta frecuencia hay personas que abren oficiosamente la portezuela, esperando recibir alguna recompensa por su trabajo. La sorpresa disminuye si se observa el gran número de vagos que hay a las puertas de las tabernas y la multitud de desocupados que atrae cualquier procesión o espectáculo callejero. Viendo cuán numerosos son en tan corto espacio de terreno, se comprende que millares de individuos semejantes deben horriguear en Londres. 'No tienen trabajo', se me objetara. Dígase más bien que, o rehúsan trabajar o se hacen despedir inmediatamente por aquellos que los emplean.

[...] Son sencillamente parásitos de la sociedad, que de un modo u otro viven a expensas de los que trabajan, vagos e imbéciles, criminales o en camino de serlo, jóvenes mantenidos forzosamente por sus padres, maridos que se apropian del dinero ganado por sus mujeres, individuos que participan de las ganancias de las prostitutas; y a su lado, aunque menos visibles y numerosa, hay una clase correspondiente de mujeres (Spencer, 1980 [1884]: 29).

Como en este caso, la lógica del capital, y sobre todo sus efectos prácticos, no pueden ser pensados si no es a partir de cierta eficacia simbólica que se cifra, una y otra vez, como forma corporizada (vuelta carne) de ver y de sentir el mundo como un lugar dado. Quienes no perciben las contradicciones de la ciudad mercantil (científicos, técnicos estatales, personas en general) desprecian los espacios para estar, vivir y servir de quienes han sido situados por fuera del régimen de producción reglado. Del mismo modo, repugnan la multiplicidad de rostros que descubren tras la ventanilla de sus bienes

ostentosos. Los vagos, los imbéciles y los criminales se hacen presentes como parásitos recurrentes a su sensibilidad, acorde con las condiciones de realización de la política productiva y su moral; así, imposibles de ser observados como algo más que un puñado de perdedores o pícaros sinvergüenzas.

La posibilidad de que las percepciones y emociones de los sujetos se mantengan moduladas en consonancia con las estructuras del mundo objetivo, es la contrapartida necesaria para que se desenvuelvan libremente los procesos productivos, los mecanismos de expropiación y los regímenes de control.

La primera ideología victoriana, por ejemplo, consideró el abandono de los niños causado por la pobreza, las deudas o la ilegitimidad como un fallo o una desviación social; la estructura del sentir contemporáneo, entretanto, dentro de las nuevas figuras semánticas de Dickens, de Emily Brontë y otros, consideró el abandono de los niños y el aislamiento como una condición *general*, y la pobreza, las deudas y la ilegitimidad como sus instancias conexas. Una ideología alternativa que relacionase tal exposición, sólo fue elaborada con posterioridad, ofreciendo explicaciones aunque con una tensión reducida... (Williams, 2000: 157).

Las frecuencias y sintonías que el sistema capitalista inscribe en los procesos perceptuales y emocionales llevan a justificaciones y explicaciones que de manera recursiva (una y otra vez) apelan a los fundamentos del sentido cultural.²⁵ Con ello se descomprime la posibilidad de que las situaciones de expulsión sean puestas en entredicho. Las distancias y diferencias establecidas procesualmente,

25 Es importante aclarar que estas formas de justificación no operan en un sentido necesariamente racional. Precisamente, al partir de la experiencia y la sensibilidad para pensar los procesos sociales en términos de percepciones y emociones, es posible restar lugar a la razón como forma explicativa central.

particularmente aquí en relación con los otros pertenecientes al mundo de la pobreza, se estructuran como modos habituales del ser, de un conjunto de vidas consideradas apromblemáticas e incluso inmodificables, llamando de este modo a la resignación y al acostumbramiento.

Lo anterior no implica asumir una concepción conspirativa; “uno de los principios de la sociología consiste en rechazar el funcionalismo de lo peor: los mecanismos sociales no son producto de una intención maquiavélica; son mucho más inteligentes que los más inteligentes de los dominantes” (Bourdieu, 1990: 107). En sintonía con la lógica productiva del capital, el entramado de mecanismos que regulan los estados del sentir/de la experiencia vuelven soportables las condiciones de estructuración, haciendo que la vida se constituya en un ‘siempre así, inmodificable’, en la continua y desapercibida regulación del sentir. Una perspectiva alternativa solo puede ser desarrollada, como afirma Williams, con “posterioridad”, involucrando un quiebre, un salto cualitativo, una ruptura de cercos para asumir una posición-otra. La imaginación sociológica (Mills, 2005) puede ocupar precisamente este papel desestructurante, objetivando lo objetivado, desfamiliarizando lo familiarizado, permitiendo que aquello que ha sido codificado y negado pueda ser renombrado y vuelto a decir. Es propósito de la siguiente sección abordar algunos de los mecanismos naturalizados del sentir a través de los cuales las distancias y diferencias de clase advienen como algo ‘dado’.

B. Mirada social, estereotipo y estigma

A los fines de anclar los procesos de estructuración repasados, procuraré especificar dos mecanismos: los estereotipos (Berger y Luckman, 1998) y las marcas de estigma (Goffman, 2006). Desde un

nivel de análisis meso-social, ambos resultan útiles para articular las relaciones entre sensibilidad, percepciones y emociones, volviéndolas inteligibles en asociación con las prácticas instanciadas de los sujetos. A su vez, permiten comprender el modo en que se producen objetos de atribución, muros mentales y fronteras sociales, que implican estados de soportabilidad social que ocuyen e invisibilizan los procesos históricos, relacionales y conflictivos de estructuración.

En primer lugar, es importante recordar que las vertientes fenomenológica y dramática de las que provienen las nociones de estereotipo y estigma no explicitan las relaciones entre visión de mundo y condiciones materiales de existencia. Así, pierden de vista el campo de configuración de las clases y su dimensión conflictual, las cuales son de particular interés en este estudio.²⁶ De

26 Incluso en los casos analizados por Goffman (2006, 1997) que poseen mayor proximidad con las clases (por un lado, pandilleros, ex-presidarios, prostitutas, drogadictos y alcohólicos, y por otro, médicos, abogados, burócratas estatales, profesores universitarios, entre otros) se elude la dimensión relativa a las condiciones materiales de vida, en favor de una construcción “espontánea” del sentido cotidiano. Sucede de manera similar en el caso de las reflexiones presentadas por Peter Berger y Thomas Luckman (1998) cada vez que se refieren a la producción del simbolismo. Es posible que este sesgo esté relacionado con el marco intelectual que gobernó la teoría sociológica norteamericana durante los años ‘60. Fuertemente influenciados por los desarrollos teóricos de Talcott Parsons, el interaccionismo, la fenomenología y la etnometodología, así como también la dramaturgia, buscaron su nuevo campo de producción reaccionando al alcance y la popularidad que habían alcanzado el problema del orden y la normatividad. Sin embargo, el nuevo campo se fue definiendo a partir de una lógica negativa que no pudo evitar completamente los fundamentos epistemológicos y teóricos de esta producción. Así, por ejemplo, en opinión de Jeffrey Alexander, las nuevas corrientes buscaron una imagen centrada en la edificación del mundo a partir de la agencia y la conciencia humana, pero no lograron evadir “la tendencia parsoniana a enfatizar los elementos normativos del acto individual”. Una de las consecuencias del movimiento de reflexión sociológica que produjeron fue precisamente el de subestimar “los elementos instrumentales de la manipulación y el control” (Alexander, 1992: 105).

todas formas, los aportes analíticos que propician aclaran el modo en que el poder simbólico se vuelve estructurante, expresado mediante estereotipos y esquemas clasificatorios que aclaran la lógica de dominación existente en el espacio social. Es en este sentido que me interesa recuperarlas.

En principio, una tipificación puede ser entendida como el resultado de un proceso de esquematización mental. Se configura como un conocimiento de receta sobre acciones e interacciones rutinarias y pragmáticas, al igual que sobre modos del qué hacer y el cómo hacer frente a eventualidades fuera de rutina. Tramada por la regularidad imputada a los comportamientos, la tipificación vuelve innecesario tener que definir una y otra vez cada situación, cada encuentro con un otro, involucrando un mecanismo de analogía que despersonaliza al objeto y/o sujeto a quien se refiere (Berger y Luckman, 1998: 61-62, 64).

El sentido que reviste un estereotipo y el modo en que se ordena su significado están relacionados con el cúmulo de saberes dispuestos en las estructuras básicas de la vida cotidiana. Por lo tanto, antes de ser un simple esquema mental (en un sentido psicológico) estamos hablando de un esquema social, esto es, *prima facie*, de una estructura objetiva que se impone con la fuerza de las cosas (Durkheim, 2003).²⁷ A través de un estereotipo queda

27 Al respecto, Durkheim ha afirmado que “las maneras colectivas de actuar o de pensar tienen una realidad fuera de los individuos, los cuales se ajustan a ella todo el tiempo. Son cosas que tienen una existencia propia. El individuo las encuentra ya formadas y no puede hacer que no sean o que sean distintas a como son (...) y tanto más difícil (aunque no imposible) es para él modificarlas cuanto que, en grados diversos, participan en la supremacía material y moral que la sociedad tiene sobre sus miembros (...) Como han señalado otros autores, hay una palabra que, si se utiliza extendiendo un poco su acepción común, expresa bastante bien esta manera de ser muy especial: la palabra institución. En efecto, sin desnaturalizar el sentido de esta expresión, se puede llamar *institución* a todas las creencias y todos los modos de conducta instituidos por la comunidad (...)” (Durkheim, 2003: 22-23).

retenida, acumulada y objetivada la experiencia bio-gráfica e histórica, social e individual, en tanto regularidad de los eventos y, respecto a terceros, aquello que se supone es su comportamiento habitual. De este modo, incorpora sedimentos precipitados de la cultura (de acuerdo con Williams), a la vez que configura lo social como hecho cuerpo (en el sentido entendido por Bourdieu).

Por otra vía de interpretación, el estereotipo es mucho más que una abstracción del comportamiento típico. Reviste el carácter de una etiqueta adjudicable, aplicable y aplicado para articular de antemano (como pre-juicio) y de manera general (despersonalizada) el modo de disposición y predisposición de los otros. Opera entonces como marco de anticipación de la conducta (Berger y Luckman, 1998: 79) y como expectativa normativa (Goffman, 2006: 12), precisamente porque es un mecanismo que especifica modos naturalizados de percibir/sentir. Así es que adquiere forma a partir de las experiencias, en la dinámica de una práctica que se encuentra en solución y a la vez es estructurante.

Desde este lugar, la noción de tipificación comporta un camino posible para comprender el modo en que las pautas aprehendidas son puestas en juego de manera rutinaria, tanto en las interacciones cara-cara como en las relaciones ampliadas y desancladas, permitiendo la asignación de identidad a terceros no-presentes ni conocidos de primera mano. Permite observar que existe un hábito de evaluar, sentir y accionar frente a determinados contextos, situaciones o personas de manera análoga, aunque esto no signifique que las situaciones sean iguales o incluso similares en principio, sino que de acuerdo a ciertas cifras de homologación todo sucede para el sujeto como si lo fueran. En otras palabras, los estereotipos pueden ser entendidos como componente del mecanismo perceptual que conlleva todo acto de representación y, por lo tanto, en relación con estructuras del sentir/de la experiencia que se hallan configuradas a modo de

habitus y predisposición práctica.

Ya había señalado que en las representaciones se transcriben de diverso modo las lógicas que gobiernan las relaciones del espacio social, particularmente aquellas asociadas con las condiciones materiales de vida. En este marco, ciertas miradas adquieren un ‘peso’ mayor para la imposición de sentido sobre el mundo; es decir, tienen un valor relativo que conlleva la aceptación de su contenido, como referencia coherente y razonable sobre lo que (se supone) el mundo *es* en su significado más profundo. Así, el hecho de que los sujetos se encuentren desigualmente distribuidos en el espacio social implica que ciertas formas (hegemónicas) del saber se imponen a quienes se encuentran en posiciones subordinadas. Las taxonomías de uso común son instrumentos de conocimiento y expresión configuradas a través de las luchas simbólicas libradas entre las clases y sus fracciones, las cuales logran instalarse como definición legítima del mundo (Bourdieu, 2007). Los principios de unión y separación clasificatoria, de asociación y disociación posibles, nos hablan entonces de relaciones políticas. Si nada clasifica más a alguien que sus propias clasificaciones (Bourdieu, 1990: 133 y ss.), las percepciones, valoraciones y emociones diferenciales que cada sujeto detenta son apreciables en tanto formaciones vinculadas a su lugar dominado o dominante.

Si bien las conexiones interpretativas no son directas, esto se puede apreciar con bastante claridad en el mecanismo del estigma explicitado por Erving Goffman.²⁸ En sus palabras, el concepto refiere al enlace entre un atributo desacreditador que porta un sujeto y la disminución de su carácter (su identidad «real») a la de “un ser inficionado y menospreciado”. Se trata de una identi-

28 El término estigma ha recibido diversas interpretaciones vinculadas al fenómeno de la pobreza. Entre otras se destacan las de Richard Titmuss, Robert Pinker y Robert Scott (Spicker et. al, 2009: 132).

dad virtual que al modo de un “disfraz” recae (o más bien, puede recaer como potencialidad) sobre su persona, sin que medie necesaria aprobación o conocimiento, quedando de esta manera inscripto en lo más profundo de su ser para ser reconocido y aceptado en tanto eco de los atributos que lo justifican (Goffman, 2006: 12-13, 19).

Del concepto me interesa remarcar tres particularidades. En primer lugar, el estigma se inscribe en modos de clasificación naturalizados que establecen una relación negativa (esto es lo importante) entre atributo y estereotipo: “un individuo que podía haber sido fácilmente aceptado en un intercambio social corriente posee un rasgo que puede imponerse por la fuerza a nuestra atención y que nos lleva a alejarnos de él cuando lo encontramos, anulando el llamado que nos hacen sus restantes atributos” (Goffman, 2006: 15). En la distancia entre la “identidad social virtual” de un sujeto y su “identidad social real”, el lenguaje de relaciones muestra un orden que no se conforma en términos integralmente interaccionales sino por un acoplamiento entre estructura y vida cotidiana. Aquello que el sujeto ‘es’ íntimamente (el ‘sí mismo’) se distancia de las formas de nominar, caracterizar y describir la realidad que son instituidas e impuestas por los dispositivos sociales dominantes; es así que “[e]l medio social establece las categorías de personas que en él se pueden encontrar” (Goffman, 2006: 11-12).

En segundo lugar, la función del estigma no se concreta por referencia simple a un sello *corporal* aberrante, que luminiza la diferencia en forma inmediata (como sucede con las deformaciones del rostro, los problemas de motricidad y discapacidad, que vuelven a un sujeto desacreditable). Esta interpretación ceñida supone una mala comprensión de la idea transmitida por Goffman. En todo caso, el estigma se relaciona con el conocimiento engendrado, encuadrado como experiencia, que dispara percep-

ciones e incluso hace revivir emociones de diversa naturaleza. Así, un sujeto es desacreditado o se vuelve desacreditable de acuerdo con cierto tipo de calificación de “normalidad” y/o “diferencia” que lo precede y es socialmente aceptada.

Una tercera característica del estigma es que los rasgos que se conciben aberrantes se generalizan como atributo de la identidad, trasmutando las relaciones entre interioridad y exterioridad.

“Los griegos, que aparentemente sabían mucho de medios visuales, crearon el término *estigma* para referirse a signos corporales con los cuales se intentaba exhibir algo malo y poco habitual en el status moral de quien los presentaba. Los signos consistían en cortes o quemaduras en el cuerpo, y advertían que el portador era un esclavo, un criminal o un traidor –una persona corrupta, ritualmente deshonrada, a quien debía evitarse, especialmente en lugares públicos–. Más tarde, durante el cristianismo, se agregaron al término dos significados metafóricos: el primero hacía alusión a signos corporales de la gracia divina, que tomaban la forma de brotes eruptivos en la piel; el segundo, referencia médica indirecta de esta alusión religiosa, a los signos corporales de la perturbación física. En la actualidad, la palabra es ampliamente utilizada con un sentido bastante parecido al original, pero con ella se designa preferentemente al mal en sí mismo y no sus manifestaciones corporales” (Goffman, 2006: 11).

En la recapitulación de los usos que ha recibido la noción, podemos observar que los atributos morales de un sujeto son exhibidos a través de marcas corporales, infringidas a veces por el poder normativo externo, siendo expresadas como revelación de la gracia o evidenciadas como síntoma orgánico asociado a un malestar. A veces en un sentido negativo, otras en un sentido positivo, ellas vuelven observable lo que está oculto; ponen en evidencia aquello

que esencialmente se oculta a la mirada. Así, los rasgos internos se pueden volver carne, como indicio de la interioridad. En este sentido, como mecanismo anticipatorio, la evidencia de la primera vista dice todo lo que hay que decir a través del estigma: la exterioridad del ser desacreditable es marca de la interioridad. Así, no hay límite de lo superficial, porque lo inmediatamente visible nos lleva siempre hacia el fondo; la piel es la primera presencia de un sujeto ante los otros a partir de la cual se animan los cinco sentidos.

Pero así como la interioridad se vuelve exterior en signos, las marcas exteriores se constituyen como interioridad, en una lógica recursiva que otorga asidero a los modos de clasificación y a los estereotipos que la sociedad provee. Especialmente válido cuando hablamos de posiciones subordinadas, es el poder de nombrar (divino, científico, mediático, o más sintéticamente, hegemónico) el que funda la identidad; y si así lo hace es porque reviste un sentido plenamente normativo, es decir, social y a la vez político. Lo que en otras palabras quiere decir que no es el sujeto el que nos ‘habla’ a través de sus marcas, sino la sociedad la que nombra a través de ellas mediante la identidad virtual que produce según ciertos códigos. Troqueladas por esquemas clasificatorios y estereotipos, esas marcas se encuentran ya dispuestas y por lo tanto ‘preparadas’ socialmente, ex-ante, para su puesta en relación con lo concreto y específico. Son códigos de inscripción, son lenguaje dado por el orden cultural-hegemónico del capitalismo; o más bien –despersonalizando a un orden social que no es actor sino escenario de interacción, sistema– se definen por las relaciones establecidas en el mundo de la producción y la acumulación, que como ya hemos visto otorgan fundamento a las formas de distinción y diferencia entre los sujetos por mediación de las mercancías.²⁹ Las luchas de

29 En el sentido entendido por Charles Horton Cooley, los sujetos se vuelven conscientes de sí por el juego de reconocimiento recíproco, es decir, por la naturaleza intersubjetiva que da forma a la identidad (Blumer, 1996). Pero en el capi-

clasificación se revelan de este modo como estrictamente políticas: batallas cotidianas por la significación, organización y prescripción del mundo, cuyas marcas y procesos de marcación resultan fundamentales.

El lenguaje puede ser entendido como un componente de distinción que reproduce el sistema de diferencias sociales al vehicular y actualizar las distancias de clase configuradas en el espacio social. Una de las maneras privilegiadas en que se manifiestan las relaciones hegemónicas es mediante términos y clasificaciones moduladas por el sistema cultural. De acuerdo con Herbert Gans (1995), en todas las sociedades jerarquizadas se han utilizado recursos de expresión para rotular a los sectores socialmente despreciados. Y desde los inicios de la modernidad a esta parte, se pueden identificar numerosas formas de nominación que remarcan el sentido de una generación o un período, los cuales llegan en algunos casos a superar la barrera del tiempo y permanecen como códigos imborrables del lenguaje. Expresiones como las de hombres sueltos, clases peligrosas, sectores pauperizados, gente de la calle, entre otros, ejemplifican la elaboración y uso frecuente de un vocabulario cotidiano de depreciación. Del mismo modo lo hacen ciertas nociones de las ciencias sociales, como cultura de la pobreza o el término infra-clase (Gans, 1995: 24). En la pragmaticidad de la palabra (lejos del dominio retórico que suele ser otorgado al lenguaje), estas expresiones implican el uso de sentidos de representación discriminante que conectan caracterización, valoración

talismo ese juego deviene tensional, conflictual, puesto que las formas de identificación –y las relaciones de reciprocidad– están mediadas por los productos fetichizados del sistema (dinero, mercancía, dinero). Uno de los lugares en donde esto se hace evidente es en la desigualdad material. Así, el juego de espejos que está en la base de la construcción de las interacciones se articula por y a través de esos productos; es decir, ellos son los cristales a través de los que uno se-mira y a la vez observa a los otros.

y orientación actitudinal.³⁰ En este tipo de taxonomías se cifra la sensibilidad de clase, a partir de una economía política de las palabras no metafórica, que obedece a dispositivos de un sentir cotidiano naturalizado e igualmente desapercibido.

Como ya indicaba, los procesos que estructuran los estereotipos, los estigmas y sus formas de nominación, permiten advertir la existencia de condiciones de soportabilidad sistémica. Las relaciones de desigualdad y los sujetos expulsados son ‘traducidos’ según los códigos del proceso material (bajo tipificaciones diversas como las de “el pícaro, el sinvergüenza, el pordiosero, el parado”), sin que por ello se revele el sentido de la construcción simbólica o las tramas objetivas de su producción. En este contexto, un “objeto de atribución”, que supone ya una tipificación e incorpora una marca de estigma, se va construyendo como resultado de un *desplazamiento simbólico* que lleva a que se encarne en cierta figura una serie de tensiones que impiden ver su fondo, estableciendo así un mecanismo de “cortada” (Reguillo 2007: 16; 2006: 71; 1996A: 71).

Por este camino, conformados bajo condiciones sistémicas específicas, los términos estigmáticos y sus figuras encarnadas se comportan desde una lógica anafórica, repitiendo el parámetro de la entidad que las conforma, diciendo nuevamente a la sociedad cuál es el lugar que ocupa el sujeto en el orden social. O para decirlo de otro modo, la marca del estigma es una herida infringida que actualiza el orden de las relaciones existentes y las interacciones posibles, puesto que reproduce el sentido de la estructura material vigente dentro del orden ideológico-cultural. Estoy pensando, por ejemplo, en los códigos dominantes que imponen el sentido de la pobreza como falta, como falla, por la ausencia de atributos imperativos que ‘evidencian la incapacidad’ de ciertos sujetos para

30 Para algunos ejemplos sobre el lenguaje de inferiorización, principalmente en relación con la pobreza, ver Scribano y Espoz (2012, 2011), Gutiérrez Cham (2006) y Vasilachis (2003).

adaptarse al medio social. En tal caso, si un expulsado intenta ser algo más que lo que es, encuentra límites impuestos por la identidad virtual que se le imputa.³¹

En tal caso, la importancia de acceder a los modos del sentir/experimentar el mundo no debe ser buscado “en la verdad sino en las verdades que revela” (Reguillo, 1996A: 70; 1996B: 223). No importa tanto si los estereotipos y los estigmas son ficciones, formas imaginarias o reales, sino que enfatizan las relaciones de producción, expropiación y apropiación veladas, demarcadas por posiciones diferenciales entre los sujetos y en efectos prácticos. En este contexto, la noción de «muro mental» pretende dar cuenta del conjunto de percepciones y emociones a través de los cuales ‘el otro’ tiende a ser invisibilizado, rechazado y/o borrado en el horizonte de las interacciones, conjugando un estado de diferenciación y distanciamiento clasista (‘ellos-no-son-como-nosotros’). Las «fronteras sociales», a su vez, operan como materializaciones de esos límites, anclados en espacios y territorios definidos como propios (y de este modo apropiados diferencialmente) que envían un mensaje de ‘por aquí no pasarás’ o ‘hasta aquí llega tu cuerpo’ (Seveso y Vergara, 2012).

Retomando lo expuesto, voy a procurar una síntesis analítica sobre la relación entre sensibilidad, clase y construcción de la diferencia, especificando la relevancia de las estructuras del sentir/de la experiencia en la elaboración de estereotipos y estigmas, anclados en percepciones y emociones.

31 A lo largo de este trabajo, esto se evidencia a partir de prácticas con profundos efectos de realidad, que incluso de manera “inocente” y humanista afectan a los sujetos. En otras investigaciones, he abordado sus consecuencias concretas, en tanto dificultan a las personas conseguir trabajo, transitar zonas comerciales de la ciudad, ser escuchados en sus demandas individuales y colectivas (Seveso y Vergara, 2012; Ibañez y Seveso, 2010; Seveso y Cabral, 2009). Es así que “[l]os factores sociales alteran nuestra expectativa de que una persona desempeñe su rol o, podríamos decir, se encuentre con él” (Hochschild, 2008: 139).

Los modos de aprehensión sensible sólo pueden ser comprendidos en virtud de las circunstancias de vida con la cuales se enfrentan los sujetos. Y, según indicaba, las apreciaciones sobre el mundo (y particularmente acerca de los otros) se constituyen por y desde experiencias ancladas a la posición de clase. Los modos del percibir y sentir, los esquemas clasificatorios, las valoraciones negativas y positivas, operan de manera estructurada en la conciencia, naturalizando las relaciones que, en un momento histórico dado, se dan como resultado del ‘diseño’ que manifiesta el sistema social. Así, gravitan en diferencias y distinciones, esquemas de jerarquías sociales y atributos, que son representados como objetivos y reales.

A su vez, las relaciones de dominación que implican operan de manera desapercibida y naturalizada a través de la estructura generadora del sentir y de la experiencia. Por diversas vías, los esquemas de percepción y las reglas del sentir se incrustan en condiciones objetivas a las que se refieren; y particularmente en relación con las posiciones dominadas, logran imponerse con toda soltura en tanto demarcan el lugar dóxico incorporado como *habitus*. El desarrollo de ciertos estados del sentir y de la experiencia, puestos en juego cotidianamente como práctica, llevan a que las situaciones de escisión interaccional, quiebre social y ruptura entre clases (que son circunstancias de lucha de poder, a la vez materiales y simbólicas) se acepten como normales, justificando distinciones en base a criterios de superioridad e inferioridad y llevando a que ciertos grupos sufran distintos procesos de desacreditación e inferiorización.

Finalmente, decía que las clasificaciones, estereotipos y marcas de estigma operan a través de principios devenidos de las condiciones de estructuración, encontrando sus señales de inscripción en el estado de vida, en el comportamiento, en el cuerpo de la diferencia. Son marca de la exterioridad/interioridad del sujeto, de

la subsunción material y simbólica en la que se encuentra y a la vez es situado. Sin embargo, invisibilizan (ocluyen y desplazan) la visión compleja sobre los procesos que las constituyen, comportándose como mecanismos ideológicos que justifican las condiciones de existencia 'dados' a la luz de la estructura del sentir vigente.

Así, desde una mirada al sesgo, que reúne diversas contribuciones sociológicas pensadas a partir de una Sociología del sentir, creo haber dado cuenta de ciertos tejidos conectivos entre estructura, experiencia y sensibilidad. Desde allí es posible observar que la historia de las formas de identificación, representación y narración sobre la desigualdad pasan por un estado de familiarización y olvido en la conciencia, apareciendo ante los sujetos como circunstancias naturalizadas, labradas como estructuras que confirman los códigos hegemónicos del pensar, del sentir y del obrar, volcándose en prácticas aceptadas y coherentes según las experiencias que las configuran.

C. Un mapa relacional entre sistema capitalista y orden de expulsión

Un cuadro representativo que pretenda entender las relaciones entre situaciones de estructuración, experiencia cotidiana y sensibilidad debe partir de una caracterización al menos inicial de la sociedad capitalista contemporánea, con particular énfasis en sus rasgos contextuales. Los aportes de las ciencias sociales latinoamericanas adolecen en ciertos casos de esta preocupación, ya sea porque la desplazan en su énfasis por trabajar con problemas empíricos o simplemente porque renuncian al escenario global que permite comprenderlos. Un criterio de vigilancia reflexiva supone, por otro lado, franqueza con el punto de vista asumido, puesto que toda línea de interpretación implica supuestos que es importante explicitar; de lo contrario, al momento de dirigir la mirada hacia los fenómenos es-

tudiados, los principios de sociedad se deslizan de manera implícita, introducidos como un ‘caballo de Troya’ que da forma a explicaciones convincentes con pretensiones de totalidad.

Aquí parto de un diagnóstico general que se articula en tres pies.³² A) En primer lugar, el sistema capitalista ha profundizado y a la vez enfatizado la maquinaria depredatoria de energías naturales y sociales; B) con ello se acentúa la metamorfosis en la elaboración y reproducción de los dispositivos de regulación de la sensibilidad; C) a la vez que multiplican y re-elaboran los procesos masivos de gestión social orientados a la ‘custodia’ y al aseguramiento de las condiciones de depredación vía asistencia y represión. La articulación teórica de estos elementos nos pondrá en situación de abordar empíricamente y comprender: las condiciones de expulsión en la ciudad de San Luis, producto de los efectos desestructurantes del modelo neoliberal; la vigencia del Programa de Seguridad Comunitaria/Plan de Inclusión Social como instrumento estatal orientado a la contención de conflictos; y la sensibilidad de rechazo/denegación hacia los sectores expulsados, representada en el caso de los protectores del PSPPC por las conexiones y torsiones entre materialidad, experiencia y sentir clasista.

Siguiendo los aportes de Marx, el capitalismo puede ser caracterizado como una gran máquina depredatoria cuyo rasgo central se encuentra en la expropiación y apropiación desigual, unidireccional y privada de las energías naturales y sociales disponibles (Scribano, 2007). Sus condiciones de producción, que son a la vez momentos de su reproducción a largo plazo, insumen una tasa cre-

32 Esta plataforma de diagnóstico se fundamenta en los desarrollos interpretativos de Adrián Scribano, enriquecidos por los trabajos de los miembros del Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social (CIECS-CONICET/UNC). Los avances realizados en estas líneas de investigación son extensos, destacándose algunas publicaciones colectivas como Scribano y Boito (2010); Scribano y Figari (2009) y Scribano (2007).

ciente de explotación ecológica y social; es decir, de extracción de recursos y/o insumos para la elaboración de mercancías que dinamizan a la sociedad en su conjunto, a sus relaciones e intercambios presentes y a su realización en el futuro (Marx, 1965: 110). Esto implica ciertas conexiones estructurales estables, organizadas de manera tal que representan un orden regente y reglado, una formación social que según el conjunto de pautas que lo gobiernan puede ser entendido como *sistema*.

Subrayando esta lógica operativa, la historia de América Latina (reescrita por la conquista colonial) se ve marcada por procesos de extracción y explotación ligados a la búsqueda del 'progreso' y el 'desarrollo' del capitalismo. Las bases de los Estados-Naciones se inscriben en los flujos de intercambio de materias primas y productos manufacturados que beneficiaron fundamentalmente a los países centrales. Igualmente, en los enclaves económicos del agro y la industria se encuentra el pivote de las transformaciones que fueron llevadas adelante por el modelo desarrollista durante prácticamente un cuarto de siglo. En la historia reciente, a su vez, esta dinámica se revela de la mano del neoliberalismo introducido a finales de la década del '70 y profundizado en los '90, centrado en la eficacia de mercado, en la apertura a la competencia internacional y en los mecanismos de derrame de beneficios (Machado Araóz, 2010; Bartra, 2008; Borón, 2000; Cardoso y Faletto, 1998).

Por más de cuatro siglos, el foco de los diferentes modelos productivos enfatiza el lugar que los países de América Latina en general, y Argentina en particular, ocupan como proveedores centrales del régimen de acumulación mundial. Por un lado, involucrando las reservas naturales del medio ambiente tales como los minerales, la tierra, el agua, la biodiversidad, el petróleo, que son expropiados o enajenados por los países en tanto insumos. Simultáneamente, y en segundo lugar, implicando al cuerpo biosocial y su gasto calórico/energético como recurso para la realización de

procesos finales y de intermediación productiva en la actividad trabajo (formal, informal o precarizada, intelectual o manual, tecnológico, industrial, artesanal o doméstico), o como simple fuente de expropiación a través del consumo.³³

Las relaciones de fuerza entre Estado, sociedad civil y economía en la actualidad llevan a que esta dinámica se vea atravesada al menos por dos procesos conjuntos:

A- En primer lugar, a diferencia de lo que constituyó el modelo de industrialización por sustitución de importaciones, el crecimiento de los países envuelve la concentración y extranjerización de la riqueza a través de grandes conglomerados que absorben la mayor parte de los movimientos de la 'economía real'. Muchas de estas empresas se encuentran instaladas en la región, sosteniendo prácticas de ocupación, desposesión y explotación que se efectivizan por el tipo de cambio favorable, la baja regulación del mercado, los recursos naturales numerosos así como por la mano de obra barata y abundante. Si bien este panorama no es sustancialmente diferente al que existía en el pasado, sí es representativo de una novedosa lógica global que se acentúa y actualiza por la acción extractivista, la reactivación del enclave agro-exportador y las alianzas con los sectores de gestión de la energía a escala planetaria (Machado Araóz, 2010; Bartra, 2008).

B- En segundo término, existe una completa institucionalización de esta estrategia. La lógica de ocupación y desposesión de territorios, así como la explotación intensiva de la fuerza de trabajo

33 Sobre las relaciones aludidas entre sistema capitalista y modalidad depredatoria en América Latina existen diversos antecedentes. Entre otros, Scribano (2010); Machado Araóz (2010); Bartra (2008); Leff (2005); Cardoso y Faletto (1998); Ianni (1974). Un repertorio de los conflictos locales vinculados a estos procesos está contenido en los boletines *Onteaiken* N°4 y N°13, como materialización de las jornadas de "Acción Colectiva y Conflicto Social contra la Expropiación y Depredación de la Naturaleza", coordinadas por el Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social en los años 2007 y 2011 en la ciudad de Córdoba.

disponible, están asentadas y naturalizadas como política institucional. Los países “subdesarrollados” y “emergentes” son llamados a participar en las prácticas de depredación a través de la fantasía del desarrollo, implicando la enajenación de sus energías disponibles (bienes, recursos, poblaciones), pasando por la destrucción ecológica y social, hasta llegar a la muerte simbólica y/o efectiva de individuos y colectividades. En este marco, el fundamento del crecimiento parte de un principio de irrelevancia de las economías regionales, consideradas ‘minúsculas’ en comparación al sistema-mundo (Borón, 2006), que lleva a la aceptación dependiente de los flujos de inversión, explotación y derrame generados por las compañías extranjeras. Así, las prácticas de desarrollo y progreso se sostienen bajo dos supuestos anudados: el crecimiento implica la atracción de capitales y el bienestar se conquista por el respeto a las reglas de la economía global.

Frente a esta lógica de depredación y explotación intensiva, extracción y apropiación extensiva, es posible observar el anverso constitutivo de un orden de expulsión, resultado de los actos de desposesión implicados en el modo productivo y su carácter móvil en tanto proceso histórico.

El fenómeno de *la pobreza* puede ser entendido, en este contexto, como una de las posibles expresiones en las que se sintetiza la dinámica expropiatoria que el capital ejerce a escala social. En Argentina, el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) mide sus efectos a través del denominado “enfoque del ingreso”, siguiendo para ello un concepto “absoluto” orientado a “evaluar si los recursos con los que cuenta el hogar le permiten solventar un presupuesto que refleje la adquisición de aquellos bienes y servicios que posibiliten a sus miembros convivir dignamente en sociedad y desarrollarse personalmente” (INDEC, 2003: 2). Este camino ortodoxo, que parte de evaluar los estados de privación social y los límites para el acceso a recursos-mercancías, implica un ejercicio ideológi-

co eufemístico que nombra las consecuencias desestructurantes del modelo de acumulación invisibilizando su proceso de producción, determinando en forma mediada (pero no explícita) el trabajo de expropiación energética a partir de la estimación de niveles calóricos y nutricionales que han sido y están siendo acumulados diferencialmente 'por otros'. Visibilizado como estados de falta en los sujetos, esto implica el uso de indicadores como la canasta básica de alimentos y el Índice de Necesidades Básicas Insatisfechas.

Si, como indicaba anteriormente, el capitalismo se soporta en acciones expropiatorias y en la acumulación desigual y privada de energías, recursos y riquezas, es posible reconocer cómo su dialéctica práctica produce efectos específicos en las poblaciones desposeídas, expropiadas y explotadas. Es así que las sociedades latinoamericanas, profundamente escindidas en la distribución de sus «activos», expresan distancias significativas en los sistemas de valores y en las posibilidades de reconocimiento entre clases. El desarrollo y el crecimiento que avizora el modelo productivo actual se tensionan con los procesos de precarización de la vida en los sujetos, cuyas formas de ser y hacer son afectadas por diversos flujos variables de expulsión. La pobreza resulta entonces un foco fundamental de tensiones sobre el que se impone no solo la sistemática expropiación, sino además un ejercicio iterativo de regulación. Es por eso que las políticas institucionales de intervención compensatoria y represiva se vuelven trascendentes, orientándose a la gestión de la conflictividad social, las situaciones de fragmentación y segregación socioespacial.

Un ejemplo de los quiebres referidos en términos del sistema de valores y los esquemas de reconocimiento, se encuentra en las prácticas de rechazo y denegación de clase, ante la desigualdad transmutada como *diferencia* en la sensibilidad. En este punto, es importante recordar el modo en que la corporalidad se ve marcada por los procesos expropiatorios. Uno de los principales efectos que la lógica capitalista ejerce se observa en la performatividad del sus-

trato biosocial de los sujetos; en la privación del *quantum* energético necesario para que se realice ‘la presentación de la persona en la vida cotidiana’. Si una ingesta saludable se define por la incorporación de todos los grupos de alimentos en cantidad, proporción y frecuencia adecuadas, las condiciones de la mala alimentación crónica pueden ser estimadas por relación a la insuficiencia de nutrientes, quedando impresa (materializada) en el semblante.³⁴ El efecto que esto posee en el ciclo vital se vuelve evidente al trazar las relaciones entre aportes calóricos y energías corporales, por un lado, y entre competencias sociales y energías disponibles para la acción, por otro. Cuerpos marcados por los procesos expropiatorios portan cierta rostricidad de clase (Scribano, 2005), que se actualiza en la sensibilidad colectiva cada vez que los sujetos se presentan o son presentados en sociedad, volviendo a la condición de ser pobre un rasgo determinante de una identidad degradada, estigmatizada. Esto es válido a su vez para situaciones de expropiación menos expresas, dada la disposición diferencial de bienes de consumo, servicios y beneficios sociales, que configuran situaciones de vida típicas en el mundo de la pobreza.

Es posible remitir desde aquí a la idea de máscara en Goffman, como violencia epistémica que es ejercida sobre el sujeto en conexión con el acto de expropiación energético que es realizado sobre su biografía. Un acto de marca y mascarada infringido como rostrificación supone una práctica ideológica que encuentra en la cara, la indumentaria, el movimiento, la condición para que el otro sea reconocido

34 El raquitismo y la anemia suponen pérdida notable de peso y fatiga, expresándose en el rostro como piel seca y descremada, pudiendo producir daños renales significativos; la avitaminosis -generada por la carencia de una o más vitaminas- puede producir retraso mental, detención del crecimiento y pérdida de la memoria. En la niñez, la desnutrición afecta el estado de figura por una relación peso/edad y talla/edad que se sale de la (clase) ‘media’, de modo tal que suele presentarse bajo diversas formas: baja estatura, bajo-peso, sobre-peso e incluso obesidad. Sobre las relaciones entre hambre, prácticas expropiatorias y capitalismo, ver: Scribano, Huergo y Eynard (2010) y Scribano (2005).

justamente como un expulsado. La forma y figura que se adquiere por las condiciones de falta en bienes, servicios y accesos necesarios, produce rechazo al revelar la presencia de un cuerpo que contrasta por su rostrificación de clase. En este sentido, portar el *semblante de* ('villero', 'pobre', 'ladrón') multiplica las distancias sociales y refuerza los muros y fronteras entre clases.

No es casual, por lo tanto, que en Argentina la mayor parte de los pensamientos y/o prácticas discriminatorias tengan como principal «objeto de atribución» a la pobreza –en el sentido entendido por Reguillo (2006: 63)–, dado que el “nivel socioeconómico”, el “color de piel” y el “aspecto físico” operan como desventajas solapadas y acumuladas de clase (INADI, 2009A: 172; CEPAL, 2007: 101 y ss.). Conformadas a través de una mirada de distancia social, la expresión de las relaciones de desigualdad imponen la racialización de la condición de clase (Scribano y Espoz, 2011) o la estetización racista (INADI, 2008: 37), haciendo que las formas anatomizadas del cuerpo se instalen como indicios sobre los que de manera cotidiana se efectivizan prácticas de rechazo, re-afirmando y re-produciendo el lugar de expulsión de los sujetos.

El incremento en la desconfianza interpersonal y el sentimiento de inseguridad en la población es otra de las expresiones que asume la actual situación de fractura y distanciamiento entre clases, particularmente por su implicación en el proceso de criminalización de la pobreza. La atmósfera de inseguridad subjetiva ha escalado en la región por encima del patrón de victimización. Los ciudadanos se sienten con escasa capacidad para preservar sus bienes privados y poseen una alta sensación de desprotección personal ante el crimen. Un tercio de los latinoamericanos temen ser víctimas de delitos con violencia “todo o casi todo el tiempo”, mientras que en Argentina se identifica la delincuencia como el principal problema del país (37%), bastante por encima del desempleo (18%). En esta dirección, la sensación de vivir en un país que es cada día más inseguro alcanzaba en 2010 al

58% de la población como promedio latinoamericano y a un 75% de los argentinos (Corporación Latinobarómetro, 2010: 8, 15, 94). La particular acentuación de clase que reviste este escenario tiende a operar a través de figuras metonímicas mediante las que se identifica a la pobreza con la violencia y la delincuencia, volviéndola objeto de temores (Entel, 2007: 64, 79; Reguillo 1996: 226) y un anclaje privilegiado para el sentimiento de inseguridad frente al delito (Kessler, 2009). Por este camino, los patrones de diferencia simbólica y ruptura en la cohesión colectiva se traducen en distancias inter-subjetivas, cristalizándose en estereotipos tensionales, mitos urbanos y narraciones del miedo, cuya función es la de reducir la disonancia cognitiva, desplazar el conflicto, buscar las causas por vía de la identificación y el nombramiento (Martel y Baires, 2006; Reguillo, 2000: 66-67).³⁵

En el reverso constitutivo de estas sensibilidades prima el deterioro de los lazos de confianza, que es un rasgo central de la socialidad. Cuando la afirmación del otro se instala como diferencia y/o amenaza en la experiencia cotidiana, adviene la legitimidad de formas de intervención, entre las cuales las políticas de gestión social, seguridad y defensa, ocupan un lugar central como lucha encarnizada contra las clases peligrosas que se constituyen en fantasmas. Según la citada encuesta del Informe Latinobarómetro, entre las principales garantías que la población regional demanda a los Estados se encuentra la protección contra el crimen (en un 45%), mientras que al final de la lista se presenta la demanda por asistir a los pobres mediante subvenciones (en un 14% de los casos), muy por detrás de las demandas por educación y salud, mayores oportunidades de empleo, el amparo a la

35 Entre otras figuras, Rosana Reguillo identifica en la ciudad de Guadalajara al “chavo banda o ‘cholo’, la policía, el narcotraficante, el asaltante, el violador, el ‘destripador’ y las sectas” (Reguillo 1996B: 73). En las ciudades de Paraná y Buenos Aires, Alicia Entel indica que esta acentuación se asocia con “la villa” y la “calle”, “el villero” “el barra-brava”, “el distinto”, “el que piensa diferente”, “el zurdo”, “el autoritario”, “la policía”, “el adicto” y “algunos grupos de jóvenes” (Entel 2007: 56-57).

propiedad privada, jubilaciones y pensiones, la protección del medio ambiente y el seguro por desempleo (Corporación Latinobarómetro 2010: 83). De este modo, junto a la sensación de vivir en una sociedad cada vez más insegura, en la que se demanda centralmente *protección* y los expulsados quedan relegados al final de la lista de prioridades, el 55% de los argentinos considera que aumentar el número de efectivos policiales en la calle es la política de seguridad más efectiva que podría aplicarse (Corporación Latinobarómetro 2010: 97).

Así, la estructuración de las sensibilidades se corresponde con procesos de control creciente. El aparato militar/policial deviene una refinada y compleja maquinaria de custodia y vigilancia, que se actualiza como vía de respuesta a los conflictos emergentes derivados de las situaciones de desigualdad y pobreza. Los modelos de prevención, horizontalización y democratización de la seguridad constituyen en este contexto modalidades de acción renovadas que no se oponen sino que se solapan a los tradicionales mecanismos, actualizándose en diseños institucionales diversos orientados a combatir las situaciones de delincuencia, crimen y violencia urbana en la ciudad (Garland, 2005; Gayol y Kessler, 2002; Sain, 2002; Sozzo, 1999).

El estado de conflictividad actual demanda a su vez la existencia de un *plus* compensatorio ante las condiciones de privación material, marginalidad urbana y desatención, el cual ha llegado a masificarse e institucionalizarse como política incuestionable. La transformación cualitativa y la extensión cuantitativa de los programas de transferencia estatal, acciones filantrópicas y prácticas solidaristas operan bajo un efecto de esclusa conflictual, en un extenso abanico de mecanismos e instrumentos tendientes a bloquear los desajustes producidos por la dinámica de acumulación y contener, a su vez, los movimientos –demandas, acciones de protesta y movilización– de los sectores expulsados (Scribano y Seveso, 2012; Wacquant 2010; Scribano, 2010; Seveso Zanin, 2007; Lo Vuolo y Goldberg, 2006; Lo Vuolo et al., 1999).

Finalmente, existe una clara relación entre las estrategias de gestión social (represivas/compensatorias), las sensibilidades constituidas como discriminación racializante y sentimiento de inseguridad, y el diseño estratégico que están sufriendo actualmente las ciudades. Los procesos de segmentación urbana, configurados por la segregación y/o gütificación de los sectores empobrecidos, y su contraparte de autoaislamiento en las clases medias y altas (CEPAL, 2007: 80 y ss.; Rodríguez y Arriagada, 2004; Frigueira y Peri, 2004) manifiestan una clara relación entre espacio social, formas de percepción y espaciamento físico (Bourdieu, 1990). Barrios y comunidades se van cerrando a la interacción, a la vez que los entornos públicos se fortifican para volverse espinosos en su uso y circulación (Kessler, 2009; Bauman, 2007).

En este proceso, la máscara del desarrollo en las ciudades se tensiona con la estructuración de fronteras. La fantasía espectacular que expone la trama urbana no altera en esencia las relaciones capitalistas implícitas, y de hecho extiende y profundiza los procesos que rigen su estructura de producción material, el flujo de las mercancías y la optimización de las actividades de intercambio. De este modo, siguiendo la lógica sistémica del capitalismo, la ciudad expulsa en lugar de incluir, invisibiliza antes que resolver, inmoviliza antes que rescatar (Boito y Spoz, 2014; Levstein y Boito, 2009; Wacquant 2007; Lindon et. al, 2006; Bauman, 1999; Lefèvre, 1968).

Desde cierto punto de vista, el conjunto de procesos al que aludo puede ser entendido como un camino a través del cual los sujetos y la sociedad en su conjunto tienden a racionalizar, gestionar y contener los riesgos. Las tensiones de un mundo en constante movimiento, signado por quiebres y fracturas económicas, culturales y políticas, generan una respuesta variable mediante la construcción de prácticas de control que implican la reclusión en espacios seguros y asegurados, elaborados contra las figuras, relatos y espacios que materializan los fantasmas de la sociedad. Ante

las amenazas que antagonizan y resultan conflictivas para el modo de vida, sean reales o imaginarias, los sujetos buscan espacios de contención y mecanismos de intervención (Guerrero Valdebenito, 2006; López Levi et. al., 2006). Así, las estrategias represivas, compensatorias y segregacionistas se evidencian enfáticamente en articulación con los procesos de ruptura y escisión del tejido social. Por lo tanto, no sólo nos hablan de dispositivos de regulación orientados hacia las poblaciones consideradas problemáticas o endémicas, sino también –y sobre todo– de los clivajes y antagonismos que se (re)producen en la materialidad de la desigualdad como pobreza.³⁶

Según especificaba en el apartado anterior, el *set* estructurado de sensibilidades deviene en visiones y divisiones hegemónicas del mundo que generan aceptabilidad sobre el sistema, llevando a que los procesos expropiatorios y depredatorios sean soportados como formas incuestionadas de definir y sentir lo real. En este nodo puede comenzar a observarse la elaboración y configuración de distancias sociales, como pliegues de una política de la identidad, que convierte a los expulsados en figuras de la diferencia, del conflicto y la intervención, vueltos presa de los muros mentales y las fronteras sociales que estructuran la sociedad, así como de sus mecanismos institucionales de regulación. El orden de expulsión queda expuesto en espacios, figuras y estados de inscripción conflictual a través de los cuales las ‘formas adecuadas’ del sentir, vueltas práctica, conectan en su urdimbre discriminación racializante, represión naturalizada y segregación habitacional.

En el próximo capítulo, empezaré a mostrar cómo operan

36 Desde su sentido original en las ciencias naturales, el término *cleavage* designa las diferentes capas paralelas en que puede dividirse un mineral, en resquicios donde la unión de átomos es más débil, constituyendo posibles zonas de ruptura. Esta metáfora geológica permite dar cuenta del quiebre en las relaciones sociales que acompaña la profundización de los estados de desigualdad y la extensión de la pobreza.

estas relaciones en la ciudad de San Luis, enfatizando el vínculo entre los procesos expropiatorios y depredatorios en la dinámica urbana, demográfica y socio-económica. Sin embargo, antes de pasar a un análisis puntualizado del caso, es importante que exponga la estrategia metodológica que utilicé para abordarlo. El siguiente acápite está dirigido en este sentido.

III. MÉTODO DE INDAGACIÓN: PERSPECTIVA ANALÍTICA, TRATAMIENTO DE FUENTES Y CONSTRUCCIÓN DE RELATOS

La metodología de investigación media la producción y reflexión sociológica en tanto ‘caja de herramientas’ que permite abordar el campo de estudio y evidenciar sus relaciones significativas. En este apartado, evidencio los supuestos de investigación que formaron parte de la instancia de aproximación al campo y del, mismo modo, explico la articulación de técnicas de recolección que utilicé en el trabajo de sistematización de datos. Creo que, ante todo, esto es relevante porque permite resaltar mi perspectiva de abordaje del problema, a los fines de obtener un texto de interpretación válido e igualmente confiable para el estudio de la sensibilidad. Por este motivo, en lo sucesivo, me referiré a tres aspectos centrales: el diseño y los supuestos de investigación, los procedimientos utilizados para el registro de la información y la técnica aplicada para la organización de los datos. Por su parte, la descripción de los instrumentos y las características de muestro están contenidos en el anexo al final del trabajo, por lo que aquí no ahondaré en detalles.

A. Diseño de la investigación y supuestos analíticos

Con el fin de captar las estructuras cognitivas y afectivas vueltas cuerpo (Bourdieu, 2007), configuradas como estructuras del sentir en el contexto de producción capitalista (Williams, 2001), parto de reconocer la singular importancia que poseen las apreciaciones de los sujetos, que en su condición de agentes son los primeros conocedores de la vida cotidiana. Todo sujeto es capaz de evidenciar para otros el escenario de relaciones que configura ‘su mundo social’, como reflexividad práctica que implica cierta atención al contexto y un acto de “teorización” constante sobre sus modos de organización (Giddens, 2001: 15-16). Tener acceso a lo que el sujeto *sabe* sobre la realidad permite ingresar a aquello que *vive* como producto de la constitución activa de lo social, a las formas habituales de ser, percibir y sentir el sello de la totalidad estructurante.

Esto implicó igualmente asumir una perspectiva de naturaleza cualitativa, demandando un análisis descriptivo/interpretativo orientado a “la identificación (y categorización) de elementos (temas, pautas, significados, contenidos) y la exploración de sus conexiones, de su regularidad o rareza, de su génesis” (Valles, 1999: 387). En este marco, el diseño de la investigación puede ser caracterizado como emergente, orientado a la producción de conocimiento sustantivo, al buscar recoger pistas y elaborar categorías densas en el contexto ceñido del análisis (Vasilachis, 2006).

Esta visión hermenéutica no se propicia aquí como un mecanismo de traducción de saberes legos a conceptos expertos ‘clarificadores’ –tal como acredita Giddens a la función de las Ciencias Sociales (Giddens, 2001: 23 y ss.)–, sino como perspectiva deconstructiva y a la vez crítica. Al momento de interpretar la expresividad de los sujetos, he tenido en cuenta dos tipos de conexiones: aquella que implica el escenario de relaciones entre mundo social y posición/condición de clase, y la puesta en juego de percepciones y emociones con datos de

adecuación. En la vectorización de estos elementos, en el complejo *puzzle* que es posible establecer a partir de sus relaciones, adviene la posibilidad de comprender la «sensibilidad» “en el paso de la subjetividad como centro de gravedad al agente como operador designante”, en tanto “reflexividad que constituye el eje por donde gira la ‘experiencia’ del cuerpo y lo subjetivo” (Scribano, 2007: 126).

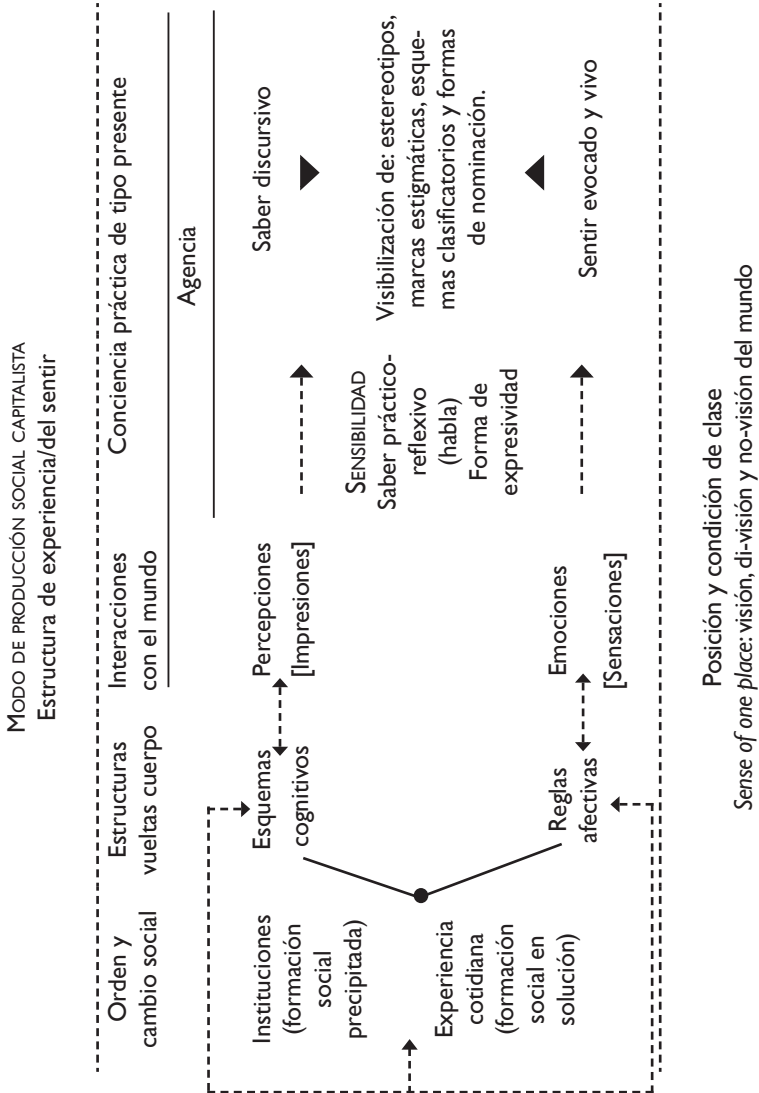
Esto supone, por otra parte, objetar el carácter meramente discursivo de lo que los sujetos dicen. La palabra, siempre que sea reconocida desde su universo de inscripción, es reveladora de los lugares desde los que narra el sujeto y, por lo tanto, expresa mucho más de lo que expone. “El hecho de hablar significa más que el significado de los enunciados: significa la relación social reproducida por ellos” (Narciso Pizarro, citado en Valles, 1999: 370), o en todo caso, “lo que se expresa a través del *habitus* lingüístico, es todo el *habitus* de clase al que él pertenece, es decir, de hecho, la posición que se ocupa, sincrónica y diacrónicamente en la estructura social” (Bourdieu, 2001: 57).

Así, el habla –que ya en su forma es parte de la historia de socialización, de los modos aprehendidos sobre el mundo y de la construcción del sentido cotidiano en tanto saber diestro– es un camino privilegiado a través del cual el sujeto puede dar cuenta de los campos de relaciones que son parte de su experiencia vital. Es expresión de la posición ocupada, ya que “la estructura del espacio de los estilos expresivos reproduce en su orden la estructura de las diferencias que objetivamente separan las condiciones de existencia” (Bourdieu, 2001: 31). En la medida en que esto supone la expresión de percepciones y emociones como textos lingüísticos, el lenguaje otorga significado y permite justificar el *porqué los sujetos ven* y el *cómo sienten* la experiencia de un otro dentro de cierto orden de interacción y escala de comunicación.

Las relaciones aludidas, que pasaré a revisar a continuación, pueden ser sintetizadas en el siguiente esquema explicativo, en conexión con el marco teórico que explicité en los apartados anteriores.

GRÁFICO N°2

RELACIONES ENTRE ESTRUCTURA SOCIAL, DESTREZAS DEL SUJETO QUA-AGENTE Y EXPRESIVIDAD LINGÜÍSTICA



En términos de una teoría de la estructuración, la organización de percepciones y emociones no está asociada a procesos sustanciales, absolutos y determinantes, sino a prácticas cotidianas que se configuran en la doble tensión entre las posibilidades de agencia de los sujetos y la reproducción del mundo (Bourdieu, 2001; Giddens, 2001). Siguiendo los aportes de Williams (2001), entiendo que los significados y valores culturales adquieren su sentido cabal en el horizonte del proceso material humano, que es vivido activamente como experiencia cotidiana y sentir social. Dentro de la continuidad vivida e interrelacionada que define el modo de producción capitalista, la historia de las relaciones humanas se traduce en mecanismos hegemónicos precipitados. Los pensamientos y sentimientos se forjan como interiorización de los condicionamientos históricos, vigentes en el presente como circunstancias objetivas, a través de los cuales toman forma los principios organizadores y generadores de la experiencia (esquemas de percepción y reglas del sentir), los cuales definen relaciones, vínculos e intercambios actuales y potenciales como experiencias cotidianas en solución. Finalmente, lo que los sujetos saben es lo que captan por la ubicación de sus cuerpos desde cierta posición y condición de clase, lo cual define cómo dividen y sienten el mundo, cómo actúan y se relacionan con los otros, cristalizándose en una conciencia práctica de tipo presente que dinamiza y actualiza las marcas de la totalidad social mediante formas esquematizadas de aprehensión y referenciación del mundo.

La práctica narrativa ‘sincera’³⁷ supone un acto de expresividad que, en concurrencia con la destreza reflexiva –en el sentido entendido por Giddens (2001) –, habilita al sujeto en su condición de agente para evidenciar su manera de apreciar el mundo, a sí mismo y a los otros.

37 Pienso esta expresión en contraposición a la práctica cínica (Goffman, 1997), pasible de manipular y poner en vista para otro una pretensión de sentido que es ‘cáscara’ y manipulación estratégica del acto dramático.

De este modo, en las conexiones entre saber y sentir que actualizan las diversas formas corporizadas de lo social (estereotipos, esquemas clasificatorios y formas de nominación), es posible delinear diferentes relatos que advienen en la organización de la sensibilidad de los sujetos. Espacios y tiempos, lo lejano y lo cercano, el saber experienciado y aquel referenciado, pueden ser anudados como piezas de un argumento que conecta percepciones y emociones mediante procesos de hetero-identificación que componen una mirada relacional con sentido.

B. Procedimientos utilizados para el registro de la información

A través de diversas prácticas instanciadas de interpelación (entrevista, grupo focal, encuesta, actividad creativa, entre otras potenciales), se puede tener acceso a la sensibilidad, enlazada por apreciaciones cognitivas y afectivas que expone el sujeto en tanto registro reflexivo. En la presente investigación, esta tarea se dialectiza entre la codificación y análisis de una serie de respuestas provenientes de una encuesta -a través de la cual identifiqué ciertos nodos problemáticos centrales-, y mediante la recolección de información de primera mano en sucesivos encuentros de entrevista, los cuales me permitieron cotejar, corregir y/o profundizar dichos nodos. A partir de ambos registros, experiencia y sentir son reconstruidos analíticamente como un argumento parcial (producto de la referencia a elementos salientes y encastramientos significativos múltiples) pero a la vez total, en la medida en que de manera interpretativa el propio sujeto es situado en vínculo con los procesos globales que lo envuelven y con los otros en tanto actores significativos que lo afectan.

El punto que anuda la articulación de estas fuentes está relacionado con su pleno sentido de concordancia. Bajo criterios de método, los procesos de estructuración son mejor captados en su elaboración

longitudinal; los manuales especializados suelen a su vez insistir en el uso compuesto de técnicas, especialmente cuando se trabaja con estrategias cualitativas (Valles, 1999: 202-203). De este modo, la encuesta y las entrevistas pertenecen respectivamente a los momentos de apertura y cierre del período de análisis que comprende la investigación. A su vez, pueden ser entendidos como registros complementarios de información, combinando el análisis descriptivo de una muestra extensa y un ejercicio interpretativo sobre casos escogidos.

La ventaja de esta estrategia de triangulación es que me ha permitido identificar, examinar y comparar los contenidos temáticos manifiestos. Como podrá verse en el análisis, las estructuras perceptuales y emocionales tienden a coincidir en ambos casos, aún cuando existen diferencias temporales de registro. Los nodos temáticos y expresiones adquieren a su vez un tenor semejante, al igual que las formas de nominar, tipificar y caracterizar a los protectores, mostrando de esta manera un sentido recursivo que permite la identificación y distinción de relatos. Es por esto que la información disponible ha sido considerada complementaria, sin asumir una perspectiva comparativa en términos de temporalidades, buscando reconocer los puntos de contacto y las continuidades que se revelan en las experiencias y sensibilidades a lo largo del período de análisis.

Además, si se reconoce que un camino para acceder a la sensibilidad sobre la pobreza es conociendo lo que los sujetos 'dicen que ven' y 'dicen que sienten' -en tanto formaciones de las estructuras desapercibidas del sentir, socialmente constituidas y compartidas-, se advierte que existe un falso dualismo en el uso de estos recursos. Ambos se constituyen en registros en los que converge la interpretación hermenéutica (Valles, 1999), administrados bajo una estrategia que busca captar centralmente la estructura de la sensibilidad en el rastro dejado por la palabra.³⁸

38 Las tradicionales antinomias objetivo/subjetivo, micro/macro, texto/contexto,

De esta manera, el proceso interpretativo parte de aceptar que el hablante es el proveedor de sentido para una oyente que es a la vez co-lector de la realidad (Scribano, 2011). Esta perspectiva alumbraba las conexiones entre estructuras y sentido de la vida, por un lado, y registro e interpretación experta, por otro. La sensibilidad de los sujetos puede ser atada y desatada a través de los trazos de conexión y los límites que exponen los ‘focos de relación’ que están siendo explicitados. La punta de los hilos que hilvanan la relación entre fuentes se encuentra en la experiencia y el sentir vehiculizado a través del habla, delimitados por la convergencia temática; es decir, dada la presencia de núcleos argumentales o temas recurrentes, resaltados por los sujetos en los momentos de entrevista y encuesta, que forman constelaciones propicias de indagación.

El papel del investigador asume entonces un carácter activo, buscando abrir el campo de posibilidades y circunstancias en la práctica instanciada de expresión, interpelando al sujeto, así como a través de la discusión interpretativa de las percepciones y emociones retenidas en la encuesta y elaboradas durante los momentos de entrevista. ‘Provocar’ y ‘disparar’ se han comportado como metáforas convergentes y productivas para animar a que la subjetividad adviniese como expresión y mensaje, en convergencia con relaciones de confianza –el *rapport*, según el término caracterizado por Taylor y Bogdan (1987: 55)–, que habilitan una remisión articulada entre las estructuras cognitivas/afectivas y sus conexiones múltiples con el escenario del mundo-contexto y la experiencia ceñida del sujeto.

acción/estructura, discurso/práctica, cuantitativo/cualitativo, entre otras, obedecen a un proceso de segmentación operado por las ciencias sociales en su definición temática. Entretanto, hoy “[n]o hay argumentos sustanciales para mantener una “puja” entre los enfoques cualitativistas y cuantitativistas. Esta antinomia debe ser considerada como una de las parejas epistemológicas disueltas en el actual contexto post-empirista de la ciencia” (Scribano, 2008B: 14).

Claramente, el conducto que ofrecen el método, las técnicas y las dimensiones de análisis propuestas, no agotan los caminos para aprehender las estructuras del sentir/de la experiencia;³⁹ pero constituyen al menos una vía sensata que posibilitó revelar los estados cognitivos y develar los sentidos afectivos en el tensionado proceso entre el recuerdo/olvido, lo consciente/inconsciente y lo conocido/ignorado, llevando a la interpretación de la palabra en su acoplamiento con las condiciones estructurales.

C. Tipologías y relatos: una propuesta constructivista para la organización de datos

En el contexto de lo expuesto hasta aquí, el procedimiento escogido para sistematizar la expresividad de los sujetos insume la elaboración de tipologías, renombradas teóricamente como relatos. Este método, que no es ni inductivo ni deductivo, sino constructivista, supone una estrategia viable para establecer un puente interpretativo entre los datos y los conceptos a partir de las relaciones (nodos temáticos y constelaciones de sentido) explicitadas por los vecinos de la ciudad acerca de los protectores.

Todo momento de registro constituye un fragmento. Así, la palabra es discontinua, formada por elementos que de manera imprevista se yuxtaponen, tensionan o incluso cancelan mutuamente. Por lo tanto, la única manera de aprehender la sensibilidad de manera totalizante es captándola en la unidad de las relaciones que exhibe, entre lo que los sujetos dicen y su escenario de inscrip-

39 Raymond Williams nos ha mostrado que otro medio para explorar estos contenidos es la literatura. También es posible acceder a ellas a través de diversas producciones culturales como la prensa escrita, el cine y la televisión, como bien lo ha hecho Walter Benjamín, o bien mediante el dibujo y la palabra, como actos expresivos que canalizan la sensibilidad.

ción. En este camino, la tarea de interpretación consiste en anudar los fragmentos de esa totalidad mediante un principio activo que permita comprender las referencias cognitivas y afectivas en convergencia múltiple con los flujos que organizan lo social. En esta instancia, sostengo que el registro, la introspección y el examen situado permiten dar cuenta de los estados del sentir, expresados por referencia a las estructuras globales de la experiencia.

Desde aquí se puede ver la potencia de la estrategia adoptada, en la que se conectan contextualización, informes expertos y sensibilidad para lograr la saturación interpretativa, en una síntesis expresada mediante la *elaboración de tipologías*.

Néstor Cohen y Gabriela Gómez Rojas apuntan que existen dos formas de establecer estos constructos: en base a tipos ideales, siguiendo un procedimiento de carácter weberiano⁴⁰, y mediante tipos construidos (Cohen y Gómez Rojas, 2011: 37). El camino que escojo en esta investigación es el segundo, buscando caracterizar e identificar formaciones diferenciadas a partir de los datos, y no mediante construcciones teóricas abstractas. Las tipologías

40 Max Weber introduce como parte de su método analítico el uso de los tipos ideales. Frente a la infinidad de elementos que componen el universo inmediato, éstos se comportan como un instrumento *in abstracto* que permite dar orden a la realidad, para su posterior abordaje y análisis, a través del realce significativo de ciertos componentes, dimensiones o procesos, que se sintetizan en una forma que no es ni verdadera ni falsa, sino útil en tanto 'vara de medir'. Al respecto afirma Weber: "el concepto típico-ideal pretende guiar el juicio de imputación: no es una 'hipótesis', pero quiere señalar una orientación a la formación de hipótesis". Consiste así en una 'idea' que en su pureza conceptual es inhallable empíricamente; que "[n]o constituye una exposición de la realidad, pero quiere proporcionar medios de expresión unívocos para representarla"; que no se forma como un promedio, sino mediante el "realce unilateral de uno o de varios puntos de vista y la reunión de la multitud de fenómenos *singulares*, difusos y discretos". Es una utopía que, en cada caso singular, amerita ser comprobada. "El tipo ideal es, en particular en esta función, el intento de aprehender, en conceptos *genéticos*, individuos históricos o sus elementos singulares" (Weber, 2001: 79-80, 82-83).

se comportan de este modo como esquemas analíticos emergentes que permiten ordenar los casos típicos y clasificarlos (Vieytes, 2004: 678; Valles, 1999: 360-362); “no como un recurso metodológico válido en sí mismo, autónomo, sino necesariamente incorporado a la teoría, dependiente de ella” (Cohen y Rojas, 2011: 41).

Los momentos de encuentro generados durante la encuesta/la entrevista produjeron una instancia de comunicación (de menor grado en el primer caso y más enfática en el segundo), en la cual los sujetos han informado sobre una serie de temas interrogados. La elaboración de tipologías supone una técnica de conceptualización y de análisis simultáneo basada en una perspectiva constructivista de la mediación, que comienza con la recuperación del dato, contempla su conexión interpretativa con información disponible, su consecuente jerarquización y la confección de un esquema analítico clasificatorio. Este último porta un carácter de síntesis transitoria que notifica sobre los modos desapercibidos y organizados de la sensibilidad, sin que llegue a ser considerado una regularidad empírica, es decir, hecho social constante o inmutable, por lo que de manera constante debe ser re-evaluado a la luz de la nueva información disponible.

En cierto modo, este tipo de procedimiento supone una medición por magnitud, no por apelación a cantidades (cuantitativas) conforme a la mirada clásica, sino, en un sentido más complejo, por la clasificación nominal y la ponderación ordinal. “Todo análisis es, en última instancia, matemático. Que no es lo mismo que cuantitativo; la categoría más general en matemáticas no es el número, sino el orden -el análisis pone de manifiesto un orden latente” (Jesús Ibáñez, citado en Valles, 1999: 382). En este sentido, “[m]edir es la asignación simbólica de valores a los registros de la percepción” (Scribano, 2008B: 161)”, “es para nosotros comparar mediante una confiable y válida correspondencia entre las propiedades de los objetos o sujetos, entendidas como atributos que los

caracterizan y distinguen, y el sistema de categorías teóricamente construido, sea éste cuantitativo o cualitativo” (Cohen y Gómez Rojas, 2011: 40).

El propósito de la tarea de clasificación y/o división en tipologías no es obtener un resultado definitivo, sino establecer una comparación en términos de diferencias y semejanzas orientadas a la comprensión. El proceso de construcción ha implicado una constante interrogación, yendo desde la encuesta a la entrevista y viceversa, en convergencia con análisis de la literatura y los datos contextuales mediados por el uso de conceptos. El resultado es una construcción no estática, elaborada a lo largo de todo el proceso de investigación, que busca soslayar la producción de una mera caricatura interpretativa.

Así, las tipologías cumplen aquí una doble función: constituyen registros específicos en los que es posible leer procesos sociales y, en la misma dirección, posibilitan extrapolar el sentido que codifican; no porque se trate de abstracciones representativas de otros casos, sino porque constituyen imágenes o instantáneas de sentido que sirven al análisis metonímico, que otorgan la posibilidad de ejercer un desplazamiento de sentido comprensivo hacia otros escenarios.

Buscando conceptualizarlas, he renombrado las tipologías como relatos, en tanto sentidos del mundo que inscriben las relaciones existentes y posibles de los sujetos, a la vez que prescriben el devenir de sus prácticas. Desde la mirada que propone Michel de Certeau, existen encuadres que guían el camino de los sujetos estableciendo repertorios y abanicos de acción. “Todo relato es un relato de viaje, una práctica del espacio” (del espacio social desde mi perspectiva), por lo que implica una forma de organizar los andares y desplazarse “antes o al mismo tiempo que los pies lo ejecutan” (de Certeau, 2000: 128). Por este camino, entender teóricamente una tipología como relato me permite dar cuenta de las

modalidades pragmáticas y programáticas que asumen los sujetos, como guías que organizan sus andares en lo social. Existe un enlace entre sentido, interpretación y práctica que atraviesa y organiza “lugares”, “mapas”, “fronteras”, “muros”, dando cuenta del modo en que las sensibilidades existentes se demarcan y enmarcan, como enlace de sentido, como punto de unión de las referencias y acciones posibles sobre lo social.

En el próximo capítulo, iniciaré el análisis contextualizando las sensibilidades de los vecinos de la ciudad mediante una descripción de las transformaciones que ha sufrido San Luis en los últimos años, la estructuración de conflictos asociados a la pobreza y el lugar estratégico que la política pública ocupa en su regulación.

SOCIEDAD, DINÁMICA PRODUCTIVA Y EXPULSIÓN EN SAN LUIS

En este capítulo, me detendré en algunas de las consecuencias que el neoliberalismo ha producido en la ciudad de San Luis. Quiero resaltar tres hechos: las características singulares de las políticas de promoción industrial que fueron aplicadas durante la década del '80-'90; la grafía de tensiones que sus efectos generaron en la escala de interacción entre clases, signada por estados de expulsión social, fragmentación urbana y crecimiento delictivo; y las transformaciones institucionales en materia asistencial/represiva, en cuyo marco es posible comprender la implementación del Programa de Seguridad Comunitaria/Plan de Inclusión Social. En la composición de este escenario, urdido por la expansión y profundización de la lógica de depredación y expropiación capitalista, mostraré la elaboración de diferentes 'focos de conflicto' que efectivizan situaciones de quiebre en el tejido social, dando lugar a la materialización de distancias entre-los-sujetos, en tanto frecuencias y sintonías de los aludidos procesos.

Cabe indicar que, a nivel local, los especialistas mantienen una deuda de análisis con estos procesos que, de encontrarse saldada, hubiera permitido comprender de manera más integral las especificidades del caso. Las consideraciones presentadas tienen

como propósito reducir en parte esta brecha investigativa.⁴¹ No pretendo realizar propiamente un análisis de Sociología Histórica, sino evidenciar ciertos procesos que, en el período acotado de las últimas tres décadas, estructuraron el particular contexto sobre el que toma forma y sentido el caso de investigación. Se trata de un encuadre empírico que enfatiza los quiebres materiales, espaciales e intersubjetivos ligados a la profundización de la desigualdad y su configuración como experiencia. La sensibilidad se comprende dentro de estos pliegues, en los que se conectan procesos de estructuración, estados de expulsión y experiencia cotidiana, dado el iterativo trabajo de producción y reproducción de complejas relaciones de distancia y distinción entre los sujetos. Creencias y valores se elaboran igualmente con referencia a las relaciones históricamente dadas, que definen el sentido del mundo en tanto estructura del sentir, entretejido en la vivencia de los contextos sociales ceñidos que se describen.

41 Los datos estadísticos utilizados tienen un propósito de encuadre que espero sea comprendido en su debida intención mostrativa. No siempre se encuentran 'actualizados', lo cual tiene que ver con al menos dos razones: primero, los informes consultados muchas veces no dan cuenta del 'estado de un dato' a lo largo del tiempo, lo cual implica destacar registros específicos de interés; a su vez, existe en la actualidad cierta política estadística de ocultamiento (particularmente en nuestro país), que vuelve 'secreto de Estado' cierta información que permitiría dar cuenta de estos procesos longitudinales; esto es menos claro en las series poblacionales, pero se enfatiza en los registros sobre desigualdad y política de seguridad. Así, algunas series estadísticas consultadas se encuentran interrumpidas de manera 'criteriosa' para resaltar tendencias positivas (especialmente en <http://www.estadistica.sanluis.gov.ar/>), lo cual es reproducido en tanto sesgo en otros informes locales y regionales.

I. ESBOZOS GENERALES SOBRE LA DINÁMICA PRODUCTIVA Y SUS CONSECUENCIAS ECONÓMICAS, DEMOGRÁFICAS Y SOCIALES EN LA CIUDAD

Hacia finales de la década del '70, en diversos países de América Latina (México, Brasil, Perú, Chile, Argentina y Uruguay), se aplicaron medidas de re-estructuración basadas en principios neoliberales. Este modelo, enfatizado como un programa de reforma, afectó de manera profunda las relaciones de fuerza entre Estado, sociedad civil y mercado, sistematizándose de manera gradual hasta decantar en los '90 en el denominado Consenso de Washington.⁴²

La 'receta' de implementación incluyó, enfáticamente, el reposicionamiento del Estado como gestor de lo social y una apuesta al mercado como principal arena de crecimiento, junto con una serie de medidas adicionales entre las que se ponderó la disciplina fiscal, la desregulación de los derechos de propiedad y la privatización de las empresas públicas. Con el objetivo de priorizar las actividades comerciales, el *set* de medidas aplicadas buscó a su vez un tipo de cambio competitivo, liberando la economía a la esfera internacional y permitiendo el ingreso de inversiones extranjeras directas. Mientras tanto, la reorientación del gasto público involucró una sustancial reforma impositiva, mayor incentivo a los capitales productivos y atención a la política estatal centrada en las necesidades básicas de la población (Barba Solano, 2008).

42 Existe una amplia bibliografía que describe y analiza estos procesos, por lo que no creo necesario extenderme al respecto. Para una síntesis de las reformas en los países mencionados, ver Barba Solano (2008); para una lectura sobre el proceso de expansión y re-inversión del Estado Neoliberal, Sousa Santos (2005); para un punteo y situación diagnóstico de los principios aplicados, Fine (2001: 131 y ss.); sobre las transformaciones operadas en el sistema provisional argentino, Lomeli Vanegas (2008) y Lo Vuolo et al. (2006, 1999).

Estas prerrogativas, que fueron digitadas desde los centros del poder mundial y se instituyeron por la influencia de organismos internacionales como el Banco Mundial, el BID y el FMI, implicaron altos costos sociales. En un corto plazo, dispararon los indicadores globales de la economía y estabilizaron el sistema financiero, pero la vigorización del proceso de capitalización privado y la transformación del régimen de atención institucional, produjeron a su vez un efecto redistributivo hacia la cima de la pirámide de estratificación, afectando particularmente a los sectores medios y bajos. En este contexto, los mecanismos y flujos de movilidad que podrían ser considerados ‘típicos’ de la sociedad industrial, se vieron perturbados⁴³, llevando a un estrechamiento de las clases medias, a la consolidación de un estado de pobreza estructural y la presencia de «nuevos pobres» (Minujín, 1995). Así, se conformaron nuevos sectores expulsados en el orden económico, cultural y social, que transformaron el paisaje de la “marginalidad” y la “exclusión”, tal como fuera caracterizado por los enfoques hegemónicos de las ciencias sociales en los ‘90.

En el caso de San Luis, pueden observarse estos efectos a la luz del proceso de industrialización acelerado que tomó lugar durante el mismo período. Para caracterizarlo, me centraré en los instrumentos económicos de promoción industrial, entendidos aquí como indicadores proyectivos del modelo de crecimiento neoliberal y sus efectos agregados a nivel local. Tomando el pulso a sus efectos, mostraré que las medidas adoptadas renovaron y diferenciaron la economía en un primer momento, a la vez que expandieron los niveles agregados de la producción, pero precarizaron igualmente las condiciones de vida y afectaron las bases de la seguridad colectiva.

43 Pienso en la clásica teoría de la meritocracia que sistematizó el funcionalismo (Davis, 1984), a la que adscribió igualmente la teoría de la modernización desde sus diversas vertientes (Sito, 1970).

A. Características e implicancias económico-urbanas del desarrollo industrial

Las leyes de incentivo industrial, vigentes en Argentina desde 1944, han ocupado un lugar característico en el desarrollo nacional, viéndose articuladas como instrumentos legales en los procesos productivos y sus diversos regímenes: modernismo, desarrollismo y neoliberalismo. Dichos incentivos han operado bajo la convicción de que el ajuste en las variables económicas, es capaz de producir cadenas de valorización que inciden en el desarrollo social. En particular, se estima que la extensión de la cadena de producción, sumada al valor agregado añadido y la incorporación de capital humano especialmente calificado, trasciende en la generación de un círculo virtuoso entre ambas esferas. Lo cierto, sin embargo, es que el vínculo entre el Estado y los actores de interés condicionan su sustancia de aplicación, mientras la arena del mercado define igualmente su orientación. Por lo tanto, los efectos de la dinámica de incentivos no pueden interpretarse al margen del contexto que los consolida y condiciona.

Por ejemplo, el modelo desarrollista, vigente hasta finales de la década del '70 en la región, estuvo centrado en la expansión de la cadena de bienes sustitutivos, utilizando los instrumentos promocionales para incentivar el desarrollo de empresas que explotaran materia prima nacional, produjeran artículos de primera necesidad o dirigieran sus productos al mercado interno. Políticas de este tipo impulsaron un quiebre inaugural con el sistema de división internacional del trabajo, que hasta entonces situaba a nuestro país como enclave, productor de bienes primarios para los países 'desarrollados o del primer mundo' (Cardoso y Faletto, 1998). La orientación focalizada hacia ciertas ramas de producción permitió que Argentina, 'granero del mundo', viera emerger una incipiente economía industrial por sustitución de importaciones profundizada durante las décadas del '50 y '60.

Como parte de este proceso, desde mediados de los '70 el Estado Nacional incentivó un proceso de industrialización acelerado en algunas provincias argentinas, entre ellas San Luis.⁴⁴ Uno de los principales instrumentos utilizados fue la exención impositiva a empresas radicadas en el territorio promocional, cuyos efectos comenzaron a hacerse evidentes en los '80, una década después de aplicadas las medidas, conforme a las derivaciones estructurales que tendencialmente se fueron generando. En el corto plazo, la Ley de fomento produjo efectos positivos, ya que conjuntamente con la generación de nuevos puestos de trabajo elevó los niveles de ingreso per-cápita y mejoró las condiciones de habitabilidad urbana. Así, durante la primera fase de

44 El Acta de Reparación Histórica que dio lugar a las políticas de incentivo industrial se aplicó en Catamarca, La Rioja y San Luis en 1974 en el marco de la Ley 20.560, en conformidad con la iniciativa nacional orientada al crecimiento de las economías del interior. En el texto de la Ley N° VII-0178-2004 (5500) que ratifica la normativa para San Luis, se indica que estas provincias cumplieron un papel fundamental durante el período de independencia y que por lo tanto la Nación tenía con ellas una deuda infranqueable: “contribuyeron a crear las estructuras materiales y a forjar las voluntades que impulsarían las gestas libertadoras y la organización del país sobre las bases federales”; brindaron “todo su potencial humano, marginando los intereses y especulaciones materiales en pro de altos fines políticos destinados a la consolidación de la nacionalidad”. Puesto que el Estado Argentino no apoyó en forma equilibrada y armónica el crecimiento del territorio, se remarca “una agresión hacia el interior y, en especial, hacia provincias como Catamarca, La Rioja y San Luis, cuya estructura económica preexistente hubiera posibilitado un ritmo más sostenido de expansión”. Por esta razón, “la Nación decide asumir un compromiso irreversible en carácter de reparación histórica (...) mediante la elaboración y ejecución de políticas (...) en cuanto a promoción y fomento” (Ley 5500). En el marco de las reformas introducidas, el sistema de promoción industrial se distinguió por el tipo de beneficios otorgados, concentrados en la liberación de impuestos sobre capitales, ganancias e IVA operativo y por su autoridad de aplicación de naturaleza provincial, en distancia a otros fomentos sostenidos a nivel nacional, que fueron coordinados por la Secretaria de Industria y Comercio Exterior, y aquel vigente para el territorio nacional de Tierra del Fuego y las Islas del Atlántico sur, sujetas a la dirigencia de ese territorio.

aplicación, los datos censales muestran una serie de procesos expansivos en la provincia, especialmente en el departamento La Capital de San Luis.⁴⁵

Es importante no olvidar el contexto de aplicación de estas medidas. A partir de 1976 la sucesión democrática quedó interrumpida por un gobierno de facto que interfirió en la legislación promocional vigente, como parte del extenso proceso de reorganización nacional que estaba siendo implementado. De este modo, a diferencia de las primeras iniciativas proteccionistas, las medidas a las que me refiero a continuación se contextualizan en un modelo económico diverso, a saber: el neoliberal, con énfasis en los mercados internacionales, la formación de capitales privados, las operaciones empresariales y el motor de expansión por derrame.

El sistema de beneficios impositivos modificó gradualmente la estructura sectorial y el perfil productivo provincial. La participación del sector primario de producción agrícola y el terciario de provisión de servicios y comercio, que eran en este orden los principales, fueron cediendo lugar al sector secundario de manufactura y productos, dejando atrás el papel determinante que había asumido históricamente la actividad semiartesanal.⁴⁶ Ello implicó un significativo incremento en el tamaño medio y grande de los establecimientos fabriles y en la mano de obra ocupada. Como consecuencia, para mediados de los '90 San Luis había triplicado la cantidad de empresas radicadas, en comparación a otras provincias promocionales. Entretanto, los sueldos y salarios medios se incrementaron, al igual que el grado de asalarización respecto al promedio nacional (Schvarzer, 1987).

45 La mayor parte de las descripciones a las que me refiero a continuación están respaldadas por datos censales y bibliográficos sintetizados en las tablas del anexo a este libro.

46 Un lugar central comenzó a ocupar también el empleo público, conforme al proceso de expansión del poder patrimonialista de la elite local. De este eje no me ocuparé, pero pueden encontrarse las fuentes de referencia en Trocello (2008).

Los cambios en la estructura poblacional y la infraestructura urbana también son evidencia de este proceso, siendo importante puntualizarlos en tanto vértices que configuran la experiencia cotidiana de los residentes locales. El sistema de beneficios impositivos, que atrajo a las industrias y generó condiciones propicias de empleo, operó igualmente como un incentivo para el flujo migratorio proveniente del interior provincial, del resto del país y, con menor incidencia, del extranjero. Durante los '80, la población experimentó un crecimiento significativo con una tasa superior al 15%, lo cual no tenía precedentes hasta ese momento, de manera que en veinte años (1980-2010) la población se duplicó en toda la provincia y en la capital llegó prácticamente a triplicarse.

Partiendo de estas consideraciones, es posible hacer referencia a las trayectorias de movilidad espacial que experimentaron algunos de los entrevistados, principalmente durante los '90.

E: ¿y vos, por qué te habías venido para acá [desde Mendoza]?

Waldo: me vine porque en aquel entonces acá San Luis estaba muy bien, de trabajo, ¿me entendés? (...) Y me vine para acá y bueno, y empecé a trabajar en una empresa y después ya compré un vehículo, después compré otro y bueno, y así se fue dando la mano ¿viste? [Entrevista. 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010]

Charly: yo tengo un año de ingeniería en computación y justo empezó el tema de los paros, duró como dos o tres años que estuvieron paros viste, en la facultad (...) y justo había un profesor que tenía un hermano que era ingeniero que estaba acá en una empresa. "Charly -dice- si te querés ir para allá"; "bueno" le digo; me dice "hasta que se acomoden un poco todas las huevadas"; "bueno perfecto", me vengo yo a San Luis digamos. [Entrevista. 44 años, empleado de industria, originario de Mendoza. Enero de 2011]

En convergencia con el proceso migratorio, se vio alterada la estructura de distribución poblacional, de manera que el área rural dejó de ser la principal contenedora demográfica. Entre 1970 y 1980, el 70% de los residentes pasaron a vivir en centros urbanos, con una participación global del 37% del departamento La Capital; tendencia que se siguió acentuando hasta alcanzar en el año 2001, respectivamente, el 87% de concentración con 47% en la ciudad centro.⁴⁷

En la medida en que el área capitalina se fue densificando y concentrando actividades empresariales, el espacio urbano se modernizó. Alentadas por una activa política de vivienda desde el gobierno local, se levantaron radicaciones barriales en franjas periféricas que fueron acompañadas por infraestructura urbana de calles, pavimentación y alumbrado público.⁴⁸ Así, tradicionales zonas abarcadas por el bosque nativo dieron paso a urbanizaciones situadas hacia la zona de la serranía, al norte; y algunas de ellas, como El Chorrillo, Las Chacras, Potrero de Los Funes y Trapiche (por nombrar las de mayor proximidad), se desarrollaron hasta el punto de quedar unidas con la capital por viviendas extendidas a lo largo de la infraestructura carretera.⁴⁹

47 Considerando el período 2005-2010, San Luis se encuentra entre las cuatro principales provincias argentinas receptoras de población (La Gaceta Digital, 14.12.2012).

48 En comparación al período 1970-1980, la ciudad capital pasa a tener en el lapso 1980-1991 un total de 7.232 viviendas más (42%); mientras tanto, entre 1991-2001 el incremento fue de 16.510 (68%). A este último período corresponden 12.311 viviendas construidas por el gobierno provincial, es decir el 74% del total. Esto significa entonces que durante los '90 la política estatal fue muy activa y que gran parte del crecimiento de la ciudad está relacionado con sus efectos; de modo que para 2008 se registraba que el 74,2% de la población local era propietario del terreno y la vivienda en la que habitaban (DPEyC, 2008: 321).

49 Más recientemente, una nueva expansión se ha dado a través de las ciudades satélites que colindan el departamento capital y que se constituyen en receptoras

Se generaron a su vez nuevas formas de actividad comercial, a las que se sumaron grandes establecimientos y cadenas de mercado, entre otras, que modificaron la dinámica económica. Igualmente, se extendieron los servicios educativos primarios, medios y superiores, animados por organismos privados y por el Estado. A través de ellos, se incrementaron las posibilidades de inserción de la población joven en la dinámica de trabajo local, constituyendo una atracción para la población de otros centros urbanos.⁵⁰

de la nueva población residente. Un elemento indicativo de este proceso está dado por las nuevas fracciones censales establecidas por el INDEC, realizadas para densidades mayores a las 3.500 viviendas. La provincia es la única que en entre 1997-2007 obtuvo la autorización para la apertura de dos nuevas de ellas, coincidentes con la zona noreste de La Capital y “La Ciudad de La punta”, ubicada a tan solo 20 kilómetros del centro (Anuario Estadístico DPEyC-San Luis, 2007). Esta última fue erigida desde sus cimientos, inicialmente, a través de créditos otorgados por el gobierno provincial a particulares. Según el censo 2011, viven allí unas 13.228 personas.

50 Así por ejemplo, a la antigua Universidad Nacional, que con los años amplió su *campus* universitario y la oferta de carreras, se suman la Universidad Católica de San Luis, diversos institutos de capacitación terciaria, y la recientemente fundada Universidad de La Punta (de orden provincial).

MAPA N°1

CARTOGRAFÍA DE LA CIUDAD CAPITAL 1970-2001

1970



50.416 habitantes

1980



17.003 viviendas - 70.632 habitantes

1991



24.235 viviendas - 110.322 habitantes

2001



40.745 viviendas - 153.136 habitantes



Fuente: DPEyC-San Luis. Anuario 2008

E: ¿vos hace cuanto que vivís ahí en el barrio?

Norman: Yo en ese barrio estoy desde el año noventa y tres, aproximadamente.

E: claro, son diecisiete años ya...

Norman: exactamente (...) fue el primer barrio de esa zona; el primer barrio de esa zona y luego hicieron el barrio 'x', fue casi junto y después a los siete, ocho años se, estuvo el barrio 'z', que fue el que pobló, porque todo eso era más que nada descampado.

E: ¿y ustedes se mudaron ahí cuando nace el barrio?

Norman: exactamente, sí, sí, a los poquitos meses que entregaron las casas [refiriéndose al gobierno]. [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

Waldo: cuando me vine yo acá al barrio era la casa mía, el terreno acá, todo esto era monte, unos algarrobos así [marca el grosor con sus brazos]. Yo los tuve que cortar; los corté, los quemé y hubo brasa como una semana, ¿entendés?. Bueno, limpié todo acá y estaba la gente de dos casitas más allá, el señor de acá que había hecho unas casitas así precarias, ¿viste?. Y... y nadie más te digo. Había unos ranchitos ahí que, bueno, desaparecieron y no había nadie más acá en el barrio, la señora allá de la esquina que hace ya, la señora sabés que tenía, animales tenía acá...

E: claro, era como el afuera de la ciudad digamos...

Waldo: claro, si cuando me descuidaba las vacas así se venían a comer acá las plantas que yo había puesto en el frente viste.

E: claro, ¿y cambió mucho el barrio?

Waldo: date cuenta vos, ni hablemos del barrio 'x', ni ninguno de esos barrios por ahí, no existía nada, era campo pero, campo-campo todo eso para allá. [Entrevista. 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010]

La política de expansión industrial ya señalada, que recorre los cinco períodos de gobierno de Adolfo Rodríguez Saá desde el retorno a la democracia (1983/1987- 1987/1991- 1991/1995- 1995/1999-1999/2001), ha continuado su camino mediante el programa de crecimiento tecnológico e impulso digital propiciado por su hermano Alberto Rodríguez Saá (2003-2011), bajo el supuesto de que las ‘industrias limpias’ abren horizontes de desarrollo hacia el futuro. De este modo, existe actualmente una renovada y firme sinergia entre la política de gobierno y el sector privado, la cual atrae a empresas competitivas en tecnología y software, profundizando a su vez la industria extractiva y la agro-industria como enclaves de inversión.

Los 17 diques de agua dulce que forman parte del proyecto estratégico para el riego productivo y la provisión de energía (a los que se programan añadir otros 22 hasta el año 2050 que permitirán irrigar decenas de miles de hectáreas de cosecha); la presencia del 40% de las autopistas argentinas, que conectan los flujos mercantiles y comerciales de prácticamente todas las localidades; el afianzamiento de las líneas informáticas y la “autopista de la información” (AUI);⁵¹ así como la primer área de actividades logísticas de Argentina que incorpora la presencia de una zona franca (Washington Post,

51 La AUI es una plataforma de infraestructura de telecomunicaciones y servicios que provee el gobierno provincial, desarrollada sobre un tendido de fibra óptica y radioenlaces propios. “Para el Estado, es una herramienta de organización y administración. Para los ciudadanos, un medio de acceso a los servicios electrónicos”, que incorpora más de 1200 puestos, distribuidos sobre los cuatro puntos cardinales de la Provincia, conectando a toda localidad con más de 20 habitantes. “Esto la convierte en el sistema de comunicación con mayor cobertura de Latinoamérica” (Universidad de la Punta, <http://www.aui.edu.ar/>). En su discurso de Asunción en 2003, el gobernador Alberto Rodríguez Saá enfatizaba que “la Autopista de la Información es ‘el programa’ que nos señala un camino al futuro, es colocar a toda la ciudadanía en línea conectados por red entre nosotros, la Autopista de la Información es el programa que va significar que el puntano pueda interactuar, pueda dialogar con la administración pública...” (discurso del Dr. Alberto Rodríguez Saá; Magistratura: 25 de Mayo de 2003).

14.01.2011), han consolidado a la provincia como un territorio para la producción agro-industrial.

Este proceso está signado por el desarrollo educativo y el impulso hacia una sociedad de la información.⁵² Quizás, una de sus materializaciones más importantes se encuentra en el polo educativo y tecnológico de la ciudad de La Punta. El Parque Informático (PILP) cuenta con más de 16 empresas radicadas, en las que trabajan aproximadamente 350 puntanos (iProfesional, 03.05.2012; Agencia de Noticias San Luis, 30.05.2012; La República, 04.04.2011). En la Universidad homóloga, se dictan carreras relacionadas con el desarrollo de la información y las comunicaciones, “conforme a la adhesión de la provincia a la Ley Nacional de Promoción del Software. Asimismo, se forman profesionales en las áreas de Turismo, Agro, empresa y Medioambiente, acompañando la política estratégica de la provincia”.⁵³ La política educativa constituye, en este sentido, una bisagra que concilia el programa de desarrollo social que propone el gobierno y los principios de crecimiento económico a través de las empresas del nuevo siglo.

52 Existen diversos programas implementados en esta línea, como Escuelas Digitales, Wi-Fi Gratuito, Atlas San Luis Digital, Chicos en la Red (sistema “uno a uno”, un chico una computadora), la Cédula de Identidad Provincial Electrónica (CIPE), Bibliotecas Digitales, la Autopista de la Información, entre otros. Durante 2009 se aplicaron 365 iniciativas de “inclusión digital, infraestructura y desarrollo”, algunas de ellas destacadas y/o premiadas por organismos nacionales e internacionales (Turismo53 Diario Digital, 03.01.2010).

53 Los detalles pueden ser consultados en la página oficial de la Universidad Nacional de La Punta (<http://www.ulp.edu.ar/>).

FOTOGRAFÍAS N°1

DOS ESCENAS DE DESARROLLO URBANÍSTICO RECIENTE



Edificio de descentralización administrativa
Terrazas del Portezuelo



PILP tecnológico de la ciudad de La Punta

La articulación entre la expansión del sistema agro-exportador y el incentivo a la producción tecnológica/informática, confirma la profundización de la dinámica de acumulación con base en el sector privado, cuyos beneficios son absorbidos de manera diferencial por grandes conglomerados económicos. Es así que, como territorio trascendente para la reproducción de capitales, la provincia fue destacada

durante siete años como la mejor administrada del país, teniendo en cuenta cinco indicadores utilizados por la consultora *Delphos Investemen*: la eficiencia y solvencia fiscal, los indicadores sociales, los niveles de comercio exterior y su disponibilidad de infraestructura (La República, 21.10.2010). A su vez, el Índice de Desempeño Provincial (IDP), calculado por La Fundación Libertad, señala que es uno de los principales escenarios que ofrecen menor restricción económica a las empresas (junto a Santa Fe y Buenos Aires) y, por lo tanto, resulta uno de los centros más atractivos para invertir libremente en el país.⁵⁴ El Washington Post ha enfatizado a su vez que es “el distrito de mayor desarrollo, fuerte infraestructura y sólida seguridad jurídica” en Argentina (Washington Post, 14.01.2011). Finalmente, dentro del ranking elaborado por la firma Motorola durante 2009 sobre las ciudades más digitalizadas de América Latina, la provincia fue situada en el cuarto lugar en términos de administración pública (entre 150 ciudades de 15 países), con un primer puesto en la categoría compromiso/brecha (Turismo53 Diario Digital, 03.01.2010).

54 “De acuerdo al informe, la situación de estos tres distritos contrasta con la del resto donde se observa un ‘sustancial presencia estatal’ ya sea a través de una presión fiscal elevada, alto endeudamiento, excesiva dependencia hacia los recursos de la Nación, alta presencia de empleo público provincial (que incluye a más de la mitad de la población ocupada) y un gasto público que supera el 50% de su producto” (La República, 14.09.09).

B. Desajustes y consecuencias estructurales del modelo

Yo creo que nosotros estábamos bien, o San Luis estaba bien cuando estaban las industrias, yo no sé porque las sacaron, por qué no invierten en fábricas.

[Entrevista. Soledad, 43 años, estilista, originaria de San Luis.
Abril de 2010]

La ausencia de una política de mercado compatible con la agenda social a largo plazo y la falta de un marco legal consecuente, llevaron a que muchas de las empresas radicadas durante la promoción industrial no desarrollaran manufactura propia y generaran poco valor agregado en los productos. En muchos casos, no existió una integración vertical de la producción mediante la explotación de recursos naturales locales o encadenamiento mediante la compra de bienes/servicios. La baja disponibilidad de insumos y de empresas intermedias en San Luis implicó, a su vez, el desarrollo de establecimientos precarios y de eslabones de matrices radicadas en otros lugares del país, que situaban localmente su cadena final de producción, muchas veces de ensamble, con el sólo objetivo de recibir los beneficios impositivos. “Visto desde el sector público, la política de promoción se constituyó en un sistema de reparto masivo de subsidios de los que no se conoce la magnitud, los beneficiarios ni los resultados obtenidos” (Schvarzer, 1987: 66); “un simple mecanismo de transferencia de recursos, que subsidia[ba] la rentabilidad de un núcleo privilegiado de empresas” (Azpiazu, 1988: 138-139). Algunas de las industrias se establecieron incluso con rendimientos deficitarios, de forma que sólo pudieron operar gracias a los incentivos estatales.⁵⁵

55 “De acuerdo con un estudio de la DGI (1986), la exención promocional del IVA, por sí sola, representaba el doble del costo salarial del conjunto de empresas

Puesta la vista sobre estas consideraciones, es posible afirmar que el impacto principal del régimen promocional estuvo en la generación de empleo con baja calificación, el cual resultaba necesario para sustentar los procesos productivos. La política de incorporación de mano de obra propició a su vez el crecimiento de la economía local, operando como circuito virtuoso que desarrolló ciertas dimensiones sociales. Esto fue una de las principales razones por las que la ciudad capital se convirtió en un polo de atracción migratoria, lo que explica causalmente la intensificada actividad comercial, el crecimiento del aparato estatal y su política de vivienda, así como la expansión de la serie de localidades satélite cercanas a la capital.

Por otra parte, la falta de articulación y compatibilidad entre instrumentos sectoriales indujo a la concentración de capitales, así como a una injerencia mayor de la agro-industria liviana frente a la producción mediana o pesada (Schvarzer, 1996). Debido a las distorsiones introducidas por los incentivos, los beneficios otorgados por vía impositiva favorecieron a un puñado de capitales privados, sin asegurar el desarrollo del empresariado local ni la inclusión constante de la población al sistema de empleo. Finalmente, el tipo de negociación directa con las autoridades domésticas motivó radicaciones poco rigurosas, posibilitando múltiples estrategias de evasión fiscal y la creación de empresas fantasma.⁵⁶ Síntoma de esta estructura precaria es la extensión sucesiva del régimen de promoción, dado que el crecimiento autosostenido no estaba garantizado y se reconocía el riesgo de que (ante la pérdida de los beneficios) las empresas se desanclaran. Esto generó un espiral procíclico que configuró un sector empresarial frágil e inestable, mostrando sus consecuencias

analizadas, y el costo fiscal ahorrado en cinco años equivalía al 56 por ciento de la inversión en bienes de uso conjunto” (Wiñazki, 1988: 91)

56 Para una referencia a los casos particulares, ver Aspiazu (1988: 73 y ss.), Emma (1992) y Wiñazki (1995: 87 y ss.).

durante los preludios a la crisis económico-financiera del 2001, momento en el que muchas empresas se declararon en quiebra.

Como se puede inferir, en torno a este escenario fue tomando forma un extensivo orden de expulsión, como reverso complementario y contraparte a las medidas adoptadas. Diversos indicadores estadísticos resultan útiles para observar las externalidades producidas sobre las condiciones de vida individual y colectiva: los índices de precariedad laboral y desempleo, los niveles de pobreza e indigencia y la distribución de la riqueza; todos los cuales contrastan con la expansión del producto bruto y la provisión de servicios básicos y de vivienda. A continuación, caracterizaré su evolución durante la década de los '90, entendiendo que se trata de un período durante el que se acumularon las consecuencias de las políticas neoliberales descritas, siendo a la vez preludio de la crisis de 2001 que contextualiza el origen del Programa de Seguridad Comunitaria/Plan de Inclusión Social.

En término de los movimientos de la economía global, la provincia de San Luis nunca ha dejado de crecer y, aunque la participación relativa de la industria fue variando con el tiempo (conforme a las crisis del capital internacional y los vaivenes del régimen industrial), siempre se mantuvo fuerte. En la extensa serie de 1993-2003, el Producto Global Bruto llegó casi a duplicarse, pasando desde 2,615 a 4,641 millones de pesos a precios de mercado. Durante ese período, la industria ocupó siempre un lugar central, en una participación que oscila de manera permanente entre el 41,4% y el 53,6% (DPEyC-San Luis, 2008: 160). Por otro lado, según mediciones censales, la población con necesidades básicas insatisfechas disminuyó. En el lapso de una década (1991-2001), los valores cayeron del 21,3% al 15,5%, de forma tal que las condiciones habitacionales, de ocupación y escolarización mejoraron.⁵⁷

57 De acuerdo con la metodología utilizada por el INDEC, se definen como

Partiendo de estas consideraciones, se expresa una evolución positiva a nivel socioeconómico ligado a la consolidación del proceso de industrialización, como complemento del régimen de crecimiento productivo, por un lado, y por efecto de los recursos destinados a la obra pública y vivienda, por otro.

En contraste, otros indicadores muestran efectos desestructurantes que quedan velados por los anteriores procesos. Por un lado, no es posible negar cierto estancamiento en la actividad industrial. Siguiendo los datos de la Dirección Provincial de Estadísticas y Censos (DPEyC), la mayor participación productiva durante el período 1993-2003 se dio en 1997, con un 53%. Mientras tanto, en 2001 se observó el menor nivel de participación de los últimos años, con 41,4%. A partir de esa fecha, hubo una mejora significativa, a la vez que aumentó la relación de los obreros ocupados y la cantidad de horas trabajadas, pero los valores nunca se recuperaron hasta los niveles de 1997, incluso si consideramos la serie completa proporcionada por el instituto hasta 2007 (DPEyC-San Luis, 2008). Como datos convergentes, la tasa general de empleo se mantuvo casi constante, pero la desocupación y la subocupación crecieron. Muchas personas perdieron sus puestos de trabajo, no pudiendo ingresar nuevamente al mercado formal o solo insertándose en él de manera precaria y flexible. Las secuelas de esta situación se perpetúan en el tiempo, de modo que para 2007 la DPEyC estimaba que uno de cada cinco desocupados en San Luis provenía del sector industrial.

hogares con Necesidades Básicas Insatisfechas a los que presentan al menos uno de los siguientes indicadores de privación: hacinamiento: hogares con más de 3 personas por cuarto; vivienda: hogares de tipo inconveniente (pieza de inquilinato, vivienda precaria u otro tipo); condiciones sanitarias: hogares sin retrete; asistencia escolar: hogares con algún niño en edad propia que no asista a la escuela; capacidad de subsistencia: hogares con cuatro o más personas por miembro ocupado y, además, cuyo jefe posea baja educación.

De este modo, mientras la economía y la ciudad se mostraron en crecimiento durante los '90, muchas empresas resentían la actividad productiva, cerraron subsidiarias o se declararon en quiebra. El frágil asentamiento empresarial de los '80 y '90 es una consecuencia inesperada de las políticas que se aplicaron, resultado del realce de las variables económicas en detrimento del desarrollo social. Los parques tecnológicos actuales no ofrecen un destino sustancialmente diferente, constituidos por empresas de baja inversión en capital, con alta flexibilidad laboral y rápida capacidad de relocalización. En este contexto, el mercado de trabajo local presenta oportunidades de empleo, pero igualmente un carácter centrífugo para ciertos rubros, mientras la inserción precaria e informal emerge como una modalidad normalizada de trabajo.

Sobre esta serie de procesos, es posible destacar a su vez la tendencia progresiva de la pobreza. Incluso antes de la debacle financiera de 2001, más del 11% de la población se encontraba bajo la Línea de Indigencia, y el 35% bajo la Línea de Pobreza.⁵⁸ Con la

58 Se recuerda que la Línea de Pobreza e Indigencia opera como registros que sub-valúan las condiciones de precariedad en las que se encuentran las poblaciones. Al establecer un valor taxativo, no captan la franja de vulnerabilidad de quienes se encuentran apenas por encima de las líneas indicadas y que, por lo tanto, se hallan siempre en una eventual caída; siempre más cerca que lejos de la pobreza. Además, no debe escapar a una lectura crítica que las mediciones oficiales - por lo menos en nuestro país - se encuentran atemperadas por el tipo de indicadores utilizados. Sobre este último punto, ver las mediciones comparativas que realiza Lo Vuolo en base a diferentes metodologías (1999: 131 y ss.). Por otro lado, una buena explicación de la mejora en las condiciones de vida con base al INBI se encuentra en la diferencia entre las variables de stock (como la vivienda) y de flujo (ingreso y ocupación, por ejemplo) que miden la pobreza. "En las variables de flujo, el nivel de hoy no está atado, fuertemente al menos, al nivel alcanzado ayer. Mi nivel de ingresos hoy puede ser cero aunque ayer haya sido muy alto. En las variables de acervo (*stocks*), el nivel de hoy está determinado en gran medida por los niveles alcanzados ayer. Las viviendas que tenían agua entubada ayer casi seguramente la tendrán hoy" (Boltvinik, 1997). De este modo,

crisis esta situación se profundizó, si bien el evento solo manifestó y acentuó un proceso que ya era posible observar como tendencia.

La distribución del ingreso es un último indicador pertinente. El modelo de desarrollo neoliberal favoreció la acumulación en los estratos altos, por lo que localmente se puede observar un proceso de reestructuración en la pirámide social: concentración de la riqueza en los sectores de mayor poder e influencia, estrechamiento de la denominada clase media con propensión a la movilidad descendente y una consecuente expansión de las clases bajas mediante la incorporación de “nuevos pobres” (Minujín, 1995). Del mismo modo, las situaciones de vida en los pobres estructurales se han encrudecido. Así, la brecha entre el estrato más alto y el más bajo, que para 1992 era de diez veces en la provincia, llegó a ser de veinte veces para 1999. Las condiciones de desigualdad se expandieron conforme a los efectos tendenciales del modelo, de manera que para ese mismo año el 33% de la riqueza económica disponible era apropiada por quienes se encontraban en la cima de la pirámide de estratificación (según deciles poblaciones), mientras que para la base solo quedaba un escaso 1,6% (Olguín, et. al., 2001: 7; sitio oficial INDEC).

Como resultante de esta dinámica, para mayo del año 2003 la provincia de San Luis se posicionaba entre las 15 más pobres del país. A su vez, la tasa de delincuencia aumentó de manera gradual pero sostenida, principalmente en relación a delitos simples como el hurto y el robo dirigidos contra la propiedad, tanto en el interior como en la capital provincial (DPEyC-San Luis, 2008: 65).

En el largo plazo, estas situaciones se evidencian como efecto asociado a las políticas neoliberales, en un sentido específico,

las mejoras de stock (en viviendas e infraestructura urbana) han tenido un fuerte efecto en la población y se extienden en el largo plazo, pero no se vinculan a una mejora en las situaciones de flujo; es decir, de coyuntura en las poblaciones.

pero también a la lógica depredatoria del capital, en un sentido general. En términos del proceso local, la dinámica productiva expone externalidades profundamente perniciosas para el orden social, llevando a un incremento de la pobreza como estado de privación material, y conduciendo a niveles elevados de desempleo, como proceso de remoción laboral, en complemento con un estado de vulnerabilidad de las clases medias, por efecto de las dificultades de inserción en el trabajo y el limitado acceso a servicios de calidad. Este escenario se tensiona por lo tanto con el ensueño que, por un lado, fue representado por la ciudad industrial de los '80 y '90 y, por otro, por la ciudad digital y de la información que es actualmente impulsada por la política de gobierno.⁵⁹

Norman: tenemos una casa de gobierno de millones y millones de pesos o dólares, y tenemos un hospital en el cual no tenemos salas, no tenemos gasas, no tenemos inyecciones, no tenemos descartables; un hospital donde hay un virus intrahospitalario por la escasez de recursos de limpieza, no hay recursos, no hay gente. [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

Soledad: si no conoces [gente] estas muerto acá, yo gracias a Dios y a la Virgen tengo mucha gente conocida, y bueno, yo como les digo a mis hijos... he hecho, he hablado con los chicos y les digo “busquen estudios donde yo más o menos los puedo ubicar”. Mirá vos hasta dónde llego a pensar (...) [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

59 “San Luis, milagro Argentino” fue uno de los *slogans* utilizados por Adolfo Rodríguez Saá para caracterizar (y publicitar a nivel nacional) los resultados de su gestión con objetivos presidencialistas. De manera más reciente, “San Luis. Un gobierno para todos” y “San Luis, Otro país es posible” formaron parte de la campaña de su hermano Alberto Rodríguez Saá para la presidencia en el año 2011.

Las condiciones de conflictividad que experimentan las clases medias, cifradas en estas citas en relación con la salud y el trabajo, se enfatizan a su vez en la problemática del delito y la inseguridad. Los sectores expulsados constituyen un componente disonante frente al orden reglado de la ciudad y la expansión industrial/tecnológica. Por lo tanto, en los sectores medios y altos operan como un objeto de atribución que dispara la ansiedad y el miedo, asentados en espacios en donde el desconocimiento mutuo puebla los encuentros y el espectro de la delincuencia se presenta de manera cotidiana. La referencia a figuras amenazantes es, de hecho, uno de los principales problemas manifestados por los entrevistados, evidenciando que las relaciones entre clases se elaboran a partir de una dinámica de conflictividad cotidiana.

Claudio: cuando era chico en el centro, no escuchaba nada nunca de ningún problema, las puertas de casa quedaban abiertas sin llave, entraba y salía quien quería. Y bueno, hoy por hoy no se puede, viste, mi vieja sigue viviendo en el centro y está enrejada hasta las-, por todos lados viste –E: Claro–, y le han intentado entrar varias veces, cada tanto tiene algún episodio viste... [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Abril de 2011]

Charly: llegó mucha gente de afuera y no todos vienen con la idea de trabajar ni de progresar.

E: ¿Y eso en el último tiempo digamos?

Charly: sí, digamos los últimos, los últimos, ponéle qué sé yo, quince años; quince años se notaba una cosa, ahora dentro de diez años se notó otra y ahora se nota otra (...) yo creo que es como toda provincia que va creciendo y está la provincia que no, digamos. Demográficamente no era una provincia tan grande, y bueno, creció, tal vez los que venimos de provincias grandes si sabemos lo que es esto, pero acá no se conocía. *Y el*

aumento de la delincuencia fue de mayor, digamos, de menor a mayor, por el sencillo hecho digamos de que, hubo gente que, que fue a ver que, que había crecimiento económico, y bueno había posibilidades de poder delinquir. [Entrevista. 44 años, empleado de industria, originario de Mendoza. Enero de 2011]

En confluencia con estas situaciones, los pobres y la pobreza emergen como una particular figura problemática que tensiona la habitabilidad de la ciudad y los encuentros corporales en sus espacios. Las modalidades asistenciales y represivas, como razón social y política de Estado, se constituyen a su vez como una particular forma de regulación/contención de su presencia disonante. En los próximos dos apartados me detendré en la caracterización del Programa de Seguridad Comunitaria como política orientada a la gestión de estas situaciones. El camino que seguiré implica dar cuenta de sus particularidades y complejidades, en su doble trama asistencial y represiva; es decir, partiendo de las lógicas institucionales que lo atraviesan, en tanto fragmento de los dispositivos de seguridad vigentes en la ciudad, pero reconociendo a su vez la correlación que sostiene con el Plan de Inclusión Social en tanto política compensatoria.

II. GEOPOLÍTICA DE LA POBREZA: LA MATRIZ COMPENSATORIA/REPRESIVA ESTATAL

En los antecedentes revisados en la primera parte del libro, señalaba que las políticas estatales revisten un campo central en los estudios sobre desigualdad y pobreza. Puesto que aquellas se vinculan a la dinámica de transformación y modos operativos del sistema capitalista, existe un particular interés en las ciencias sociales por caracterizarlas y comprenderlas

Al menos desde el tercer cuarto del siglo XX, los principales informes y manuales operativos de los *think tank* acreditan que las posibilidades de gestión de la desigualdad constituyen uno de los requisitos ineludibles para el buen funcionamiento del sistema productivo (Zibechi, 2010; Álvarez Leguizamón, 2001; Lo Vuolo et al., 1999, 71 y ss; Ianni, 1974). Si la dinámica capitalista se soporta en un sistemático proceso de acumulación, la pobreza se presenta por otro lado como un ‘obstáculo’, puesto que su extensión más allá de ciertos límites puede limitar el crecimiento y fragmentar el progreso. Esto se vincula a dos razones fundamentales: como resultado de las situaciones de pobreza y sus externalidades negativas, se produce una pérdida de recursos para la expansión productiva y un laceramiento de las condiciones que potencian el desarrollo (pérdida de confianza en las instituciones, movilización y protesta, paralegalidad estatal, entre otras). De allí que, en términos generales, los estados de conflictividad entre clases busquen ser regulados mediante políticas concretas, en tanto andamiajes que sostienen y potencian los procesos que implican al capital.

En la expresión de ciudades ‘en desarrollo’, la posibilidad y probabilidad de que los conflictos sociales se encuentren contenidos es una contrapartida necesaria para dar continuidad a las prácticas de expropiación y depredación capitalista. Es en esta dirección que el ala social y el brazo penal de las instituciones, la mano izquierda y derecha del Estado, la visión caritativa y represiva, los planes sociales y las prácticas policiales, constituyen dos caras de una misma modalidad estratégica que encuentra en los sectores expulsados un idéntico ‘objeto’ de intervención y acción (Ibáñez y Seveso, 2010; Wacquant, 2010; Garland, 2005).

A. Modalidades compensatorias: desde la asistencia y la focalización a la transferencia condicionada

En los términos significados por uno de los informes del Banco Mundial, es posible enfatizar el lugar central que ocupan las medidas de naturaleza compensatoria en tanto política estatal orientada a regular la pobreza:

las desigualdades (...) están interrelacionadas con la eficiencia y el crecimiento, en un sentido que puede ser tanto positivo como negativo. Por una parte, *es necesario un cierto nivel de desigualdad económica para incentivar la inversión y el esfuerzo* (ya sea en educación, trabajo o adquisición de capital fijo de parte de la empresa privada). *Sin embargo, algunas formas de desigualdad pueden ser perjudiciales* (...) Ciertamente, las formas a través de las cuales las sociedades lidian con la desigualdad –*en términos de formular las políticas y crear las instituciones que propician o desincentivan la equidad*– pueden tener un profundo impacto sobre el patrón de desarrollo a seguir (Banco Mundial, 2006: 16; el destacado es nuestro).

En la dinámica de crecimiento capitalista, la desigualdad es aceptada como un hecho constitutivo al sistema; cifrado como un hecho ineludible, hasta cierto punto positivo, porque compone un patrón de incentivos (los contextos de necesidad ‘motivan’). En esta dirección, su realidad es evaluable en los términos de riesgo y/o contribución sistémica que supone, constituyéndose en un ‘verdadero problema’ sólo cuando sus externalidades obstaculizan los movimientos de la economía. Es desde allí que, por uno de los caminos posibles, se justifica el gasto público en asistencia dentro de la órbita del «combate a la pobreza».

Luego de las sucesivas crisis neoliberales en los ‘90, una de las lecciones aprendidas es que el mercado necesita del Estado para

apuntalar los desequilibrios que producen los procesos expropiatorios. Canalizar los conflictos que existen en la sociedad, suturar las tensiones que generan los mercados, compensar las privaciones materiales y la desatención institucional de las poblaciones, son algunas de las directrices asumidas para garantizar el disfrute diferencial de los sectores dominantes a través del manejo del existencial de los expulsados.

En la medida que los procesos extractivos, de acumulación y explotación dependen de acciones efectivas que aceiten la gobernabilidad en los países que son objeto de estas prácticas, se hace posible comprender que, durante la última década, el crecimiento de las economías en América Latina haya estado acompañado por la reducción de los índices de pobreza como resultado de la activa política social, pero, al mismo tiempo, que persistan las brechas de desigualdad, se extiendan los estados de vulnerabilidad poblacional y se vean incrementados los niveles de delincuencia, criminalidad y violencia social (ONU-Hábitat, 2012: 42, 75).⁶⁰ Las retóricas del crecimiento y del progreso apelan a las políticas oficiales de redistribución y asistencia compensatoria como un artilugio que ocluye la expulsión, siendo crecientemente utilizadas por los gobiernos denominados ‘progresistas’ para contener a sujetos que, ‘alimentados y trabajando’, experimentan un fuerte desarraigo social.

En este sentido, puede observarse una lógica de ‘exclusa social’ en los formatos de política compensatoria que vienen siendo implementados en la región durante las últimas tres décadas. En

60 “Además de la pobreza, el principal problema que afronta América Latina y el Caribe es la desigualdad. La región está considerada la más desigual del mundo. Es una desigualdad patente principalmente en la distribución de la renta, pero también en el hábitat, el acceso a bienes y servicios (de educación, salud, financiamiento, etc.), a las oportunidades de empleo, al patrimonio, y al espacio público, entre otros factores que determinan el bienestar del individuo” (ONU-Hábitat, 2012: 45).

las primeras versiones del neoliberalismo, primó el uso de recursos estatales tendientes a bloquear las tensiones estructurales de la pobreza, buscando para ello satisfacer umbrales mínimos mediante la atención a «necesidades básicas». Los diseños más recientes, que se solapan a los anteriores, sostienen un umbral de máximas, ya que no sólo procuran garantizar los estados nutricionales y de salud considerados indispensables para la subsistencia, sino además alinear las erogaciones estatales con la lógica de acumulación, desarrollando «activos» y «capacidades» sociales disponibles por vía de programas productivos y/o condicionales. Los recursos que el Estado pone en mano de los sujetos son entendidos desde aquí como una forma de inversión productiva y social.

El bienestar fue pensado durante mucho tiempo en base a una política de mínimos, fundamentada en factores fisiológicos, gastos calóricos, nutrientes y bienes de consumo vitales. El mecanismo activo propiciado por el apoyo técnico de los organismos internacionales, supeditado a su vez a los principios neoliberales, depositaba su confianza en el mercado, capaz de absorber suficiente mano de obra para que las situaciones de desempleo (y por lo tanto, la inexistencia de ingresos) fueran transitorias (Farah, 1990: 40; Lo Vuolo, 1999: 106). De allí que los beneficios se fundaran en programas orientados a subsanar las fases de ‘transición o excepción’ en la pobreza.

Esta ideología desmaterializó, individualizó y fragmentó los derechos sociales que constituían parte de la columna vertebral del modelo desarrollista.⁶¹ Desdibujando los parámetros ideológicos y

61 La desmaterialización tiene su base en la naturaleza asistencial (no universal) de la política, la mercantilización de los servicios y el fortalecimiento de la figura del donante/receptor, que adquirieron prioridad por sobre la existencia de derechos sociales y económicos garantizados; la individuación remite a la gestión privada de los riesgos, en contraste a la naturaleza colectiva, acentuando el acceso al bienestar mediante la capacidad de compra, el logro del bienestar

las consecuencias prácticas de las estrategias orientadas, alimentó a su vez un discurso (vigente en la actualidad) según el cual “la culpa de las dificultades en el mercado laboral está en las propias víctimas, es decir, en las personas que ofrecen su fuerza de trabajo en el mercado y tienen dificultades para encontrar oportunidades de empleo” (Pautassi y Rodríguez Enríquez 2007: 136).

Junto a la atención focalizada de malestares visibles y emergentes, entendidos como resultado de la ineficiencia/ineficacia de algunos competidores del mercado, toma forma un discurso humanista que, como parte de la estructura del sentir vigente, cubre a la pobreza con ‘la máscara de la caridad’. Ésta se elabora como una mirada de aparente reconocimiento, pero obtura las relaciones de desigualdad y las prácticas de dominación que implica. Sitúa por delante a sujetos pobres, a personas humildes e indigentes que como contrapartida encuentran en los sectores con ‘voluntad de ayuda’ (empresas, organizaciones civiles, donantes individuales, políticas estatales) la manifestación de solidaridad que sutura las demandas y desplaza los conflictos de clase (Boito, 2010). La sensibilidad puesta en juego actúa como una ‘política de los buenos sentimientos’, como retórica de orden miserabilista y/o caritativa, desvaneciendo la preocupación por el problema de la riqueza, del sistema de acumulación y la orientación del modelo productivo; instalando así un fundamento ético que reclama acciones de solidaridad hacia los afectados, pero diciendo poco o nada sobre las relaciones entre acción y estructura, condiciones del ‘donante’ y del ‘receptor’.

En la trama constitutiva entre diseños institucionales, discursividad y prácticas, los propios eruditos del neoliberalismo han dado cuenta de tres inconvenientes ligados a este tipo de modali-

como una oportunidad y el carácter de auto-responsabilización del sujeto; esta situación involucra a su vez la fragmentación de derechos, concretada en accesos limitados y dilatados de acuerdo con las oportunidades coyunturales que ofrece el sistema (Adelantado y Scherer, 2008: 121, 126).

dades compensatorias. En términos de eficiencia económica, apuntalar las condiciones de pobreza mediante estrategias asistenciales no resuelve el problema de la inclusión; genera dependencia por parte de los sujetos respecto a los accesos provistos, volviendo a las partidas de ayuda erogaciones constantes que generan gastos antes que inversiones futuras. A su vez, desde el punto de vista del crecimiento, existe una pérdida de ventajas potenciales, puesto que los sectores asistidos cuentan con capacidades que se desaprovechan en tanto recurso y podrían ser desarrolladas para expandir el sistema. Finalmente, desde un punto de vista ético, se reconoce que las erogaciones realizadas (tendientes a suturar necesidades extremas) sólo atenúan las condiciones de pobreza, manteniendo inalterado el estado de sufrimiento e implicando una injusticia en términos humanistas (Banco Mundial, 2006).

Esta triple debilidad (ligada a su eficacia, eficiencia y eticidad) permite dar cuenta que la modalidad asistencial/focalizada no responde de manera conveniente a los intereses actuales de la economía política. La estrategia de mínimos contiene los efectos desestructurantes del capital, pero la centralidad en el sostén biofísico-nutricional manifiesta un límite frente a las posibilidades de ampliación de las competencias y capacidades de los sujetos, sobre todo en lo que respecta a las competencias laborales y marcos culturales compartidos que se precisan para el adecuado funcionamiento del sistema de mercado. Del mismo modo, sus cuestionables efectos vulneran y ponen en dudas el marco ideológico-cultural de legitimación. A los anteriores rastros se suman las evidencias lanzadas por las repetidas crisis durante la década de los '90, indicando que el diseño asistencial es incapaz de contener los efectos centrífugos y cíclicos de las economías capitalistas.

La política institucional de los últimos años señala precisamente un renovado consenso ideológico en la región, implicando un desplazamiento en el marco rector de la política estatal. Todavía

centrada en el mercado como mecanismo general de crecimiento, es más atenta a las externalidades distributivas, al problema de la equidad y al desarrollo social. Las estrategias que se van enmarcando en este cuadro son concebidas como una escala superior respecto a aquellas focalizadas, tutelares y contingentes que caracterizaron al diseño asistencial.⁶² Esto implica nuevos (o por lo menos renovados) marcos teóricos de referencia, como la teoría de la exclusión, del capital social y las capacidades, los cuales han sido receptados y fomentados por los nuevos gobiernos progresistas de la región. A través de ellos se produce una creciente orientación hacia programas condicionales, estructurados bajo la hipótesis de que el desarrollo de capacidades y activos en los sujetos favorece su inclusión social.

En términos sintéticos, la aplicación de estos programas implica el acceso a una partida de recursos –por lo común se trata de una transferencia monetaria– que se obtiene a cambio de una contrapartida (condicional) asociada al desempeño de actividades que (se estima) son productoras de activos para la inclusión, tales como educación, salud, nutrición y trabajo. Mientras el beneficiario asista a actividades de formación, a un centro educativo, a controles sanitarios, seguirá recibiendo el beneficio. Esto opera bajo un doble

62 Ben Fine (2001) se refiere a este reposicionamiento ideológico como Post-Consenso de Washington. A sus ojos, la mayor centralidad dada al Estado y a la política social no sería más que un camino de estimulación al capital. En el nuevo contexto, canalizar los conflictos que se producen en la sociedad y suturar las tensiones que genera el mercado son las ocupaciones principales de los mecanismos estatales. Desde allí se fundamenta la activa intervención por medio de políticas de promoción productiva, seguridad y prevención, vivienda y hábitat, desarrollo cultural y urbano, entre otros. Raúl Zibechi (2008) va todavía más lejos, argumentando que una de las principales anestésias sociales con las que cuentan actualmente los *think tank* mundiales es la integración de las poblaciones a la ciudadanía del consumo. En tensión a este diagnóstico, ver por ejemplo la postura adoptada por Duncan (2008: 5).

objetivo: en el corto plazo, se busca aplacar la situación de pobreza/indigencia mediante la transferencia, mientras que en el mediano plazo se pretende potenciar a los sujetos para que enfrenten no sólo las manifestaciones de su pobreza, sino también las causas que la producen (León, 2008: 141-142; CEPAL, 2007: 118 y ss.). El modelo teórico de la exclusión resulta fundamental en este sentido, ya que informa sobre los factores que deben ser movilizados para generar la inclusión posible. Se argumenta que el dinero disponible 'en el presente' reduce los riesgos, a la vez que la contrapartida realizada fortalece las posibilidades de salir de los estados de exclusión en el futuro; lo que en otros términos supone, según los términos de un enfoque como el de Amartya Sen, una mejora en los funcionamientos y una potenciación de las capacidades.

Según especifica la CEPAL, para el año 2010 se aplicaban esquemas de este tipo en 18 países de la región, beneficiando aproximadamente al 19% de la población de América Latina y el Caribe. Se cubría de este modo a más de 25 millones de familias (113 millones de personas) pertenecientes a sectores empobrecidos y vulnerables mediante la asignación del 0,4% del PBI regional, especialmente mujeres y niños. En Argentina, la cobertura alcanzaba para ese mismo año al 8,3% de la población, implicando una asignación del 0,2% del PBI que llegaba al 46,3% de la población indigente y pobre (755.500 familias o 3.400.000 personas). Dentro de este modelo es posible ubicar al Plan de Inclusión Social implementado en la ciudad de San Luis, emparentado con otros ejemplos como el Programa Oportunidades en México (1997), Chile Solidario en Chile (2002), Bolsa Familia en Brasil (2003), el Ingreso Ciudadano en Uruguay (2005) y la Asignación Universal por Hijo y Argentina Trabaja en nuestro país (2010).

A los ojos de diversos analistas, en su sentido más estricto, esta ingeniería en política social representa un camino para estimular el capital (Wacquant, 2010; Zibechi, 2010; Sousa Santos, 2005; Álvarez

Leguizamón, 2001; Fine, 2000). La atención y los esfuerzos del Estado se congregan en movilizar las propias 'potencialidades de los pobres', buscando su inserción en los mercados de trabajo, implicando programas de capacitación, emprendimientos productivos, auto-empleo y/o desarrollo de redes comunitarias. El propósito de la política se revela en la asignación eficiente de los recursos estatales, destinados a proyectos "replicables" y actividades "productivas". De allí se explica que, a mediados de los '90, el problema del «trabajo» haya reingresado en la discusión de los enfoques compensatorios, desnaturalizado de nociones vinculadas a los derechos sociales y laborales, al problema de la informalidad y la explotación.

Ciertamente, existe cierta continuidad entre las políticas de gestión asistencial y condicionada. En sustancia, la lógica compensatoria no ha modificado su orientación como mecanismo de regulación de conflictos, aún cuando las estrategias viabilizadas por los Estados parezcan acercarse a la ampliación de derechos. Podríamos decir, en estos términos, que si hoy existe una mayor (y mejor) intervención estatal en comparación al pasado, es en aras de contrarrestar los efectos de los mercados y sus consecuencias desestructurantes.

Uno de los principales efectos que generan las políticas actuales es la elaboración de seguridades sistémicas. Entre ellas, es posible afirmar la concreción de, al menos, los siguientes procesos: la contención de los expulsados mediante la satisfacción de necesidades (mínimas y vitales en algunos casos, o máximas y potenciales en otros); el freno contra el desborde de demandas y protestas individuales o colectivas; y la garantía del uso auxiliar de la fuerza y la represión como medidas resolutivas de conflictos. Esto favorece la reproducción de un complejo de seguridades que los actos de expropiación capitalista necesitan para continuar su camino, como *esclusa* que contiene aquello que debe ser expulsado y, a la vez, resguarda aquello que necesita ser preservado.

B. Transformaciones en política de seguridad: los pliegues dilatados de la represión

Una segunda razón por la que las coordenadas de la pobreza se instituyen en un campo legítimo para la intervención estatal, se encuentra asociada a las externalidades conflictivas y acciones antagónicas que efectiviza. A lo largo y ancho de América Latina, la profundización del modelo extractivo y sus términos productivos han liberado fuerzas sociales que afectan de diversos modos la lógica mercantil; e igualmente, desencadenan formas de insumisión cotidiana ligadas al delito común y la delincuencia organizada.

Bajo ciertas condiciones, es posible que la desigualdad se traduzca en *conflicto social abierto* manifestándose en su forma más destructiva: conflicto violento y guerra civil (...). Por último, la desigualdad puede asociarse con un *conflicto social difuso* que suele manifestarse a través de altas tasas de delincuencia y violencia personal generalizada. En este sentido, existen algunas pruebas tanto de comparaciones entre países como de estudios al interior de cada país de que una alta desigualdad está relacionada con tasas elevadas de delincuencia” (Banco Mundial, 2006: 17).

Los sectores expulsados tienen la capacidad de limitar los procesos de expansión del capital y reducir sus ámbitos de circulación, volviéndose “perjudiciales para la eficacia y el crecimiento económico en un sentido global”; siendo capaces, en este sentido, de poner en entredicho el orden sistémico a través de sus demandas tensionales, acciones ilegales y modos de organización.⁶³ A su vez,

63 Sin pretender exhaustividad, algunos ejes que habitualmente son pivote de conflictos son: (1) la extensión de la frontera agropecuaria, del latifundio y de la propiedad individual (no comunal); (2) la mercantilización y contaminación de los entornos naturales y la biodiversidad; (3) la privatización de las reservas

las actividades delictivas en América Latina -bajo ropajes diversos, que van desde las formas ilegales de (super)vivencia que asumen los sectores expulsados, hasta llegar al crimen organizado que comulga con los poderes estatales- se presentan como una traba al desarrollo y como una situación de desfalco a las inversiones estatales y la ayuda internacional.⁶⁴

Es por esto que los mecanismos tradicionalmente vinculados a las fuerzas de seguridad han variado sus funciones, alterando las formas de presencia en las prácticas del vigilar, controlar y reprimir. Su metamorfosis se ha llevado adelante respecto ‘a qué’, ‘a quién’ y ‘cómo’ regular lo social. Como remarcan diversos trabajos en esta línea (Sain, 2010; Frühling, 2004; Rico y Chinchilla, 2002), una de las particularidades que reviste el actual sistema represivo (en distancia al complejo *welfare-penal* que caracterizó al campo del control del delito —justicia penal, policía y prisiones— hasta finales de los ‘70) yace en la amplitud y pluralidad de los actores implicados. Actualmente, insume una trama variable de relaciones entre las instituciones del Estado, los organismos privados y la sociedad civil en el contexto de lo que puede ser definido como seguridad interior.⁶⁵

minerales, como el carbón, el oro, el cobre, la plata, entre otros, así como de las fuentes de energía (gas y petróleo, principalmente); (4) la segregación en la ciudad, ya sea hacia la periferia o en el interior mismo de las mallas y cartografías urbanas; (5) la violencia sistemática ejercida hacia las poblaciones subalternizadas, así como su represión. Para un posible repertorio de conflictos y actores, consultar los boletines Onteaiken N.4 y N.7 del Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social, en <http://onteaiken.com.ar/>

64 Se constata que “los costes sociales y económicos de la inseguridad afectan las inversiones extranjeras por la destrucción de infraestructuras y la demanda adicional de servicios de protección. Según el Banco Mundial (BM), la violencia delictiva le cuesta a América Latina más de 30.000 millones de dólares anuales” (Manrique, 2006: 2).

65 La composición de un mapa integral tendría que incluir un último complejo institucional: la maquinaria militar internacional, justificada como dispositivo

En el arreglo de las economías ‘avanzadas’ o sociedades del ‘primer mundo’ al que aspiraban igualmente los países ‘subdesarrollados’, el modelo de seguridad se basaba en la dosificación de la violencia y en la administración correccionalista del delito, sostenidos gracias al crecimiento económico, la integración de la fuerza de trabajo al pleno empleo, la expansión de los servicios sociales y la presencia de niveles de pobreza moderados. Las instituciones del sistema *welfare-penal* pudieron florecer en este entorno virtuoso, puesto que la dinámica delictiva no representaba una amenaza al orden sistémico y podía ser contenida gracias al equilibrio transitorio entre capital y trabajo, economía y sociedad.

En el contexto actual, esto se modifica en sustancia. En las sociedades occidentales se tensionan las lógicas posibles entre la dinámica de acumulación, el orden social y el sistema político, abriendo una brecha en la capacidad de respuesta de las instituciones penales. El escenario de creciente delincuencia y criminalidad (que se verifica a nivel mundial) lleva a que se transforme el ejercicio de la seguridad, transitando gradualmente desde el modelo welfarista a una modalidad penal, del correccionalismo a una lógica punitiva, y hacia la reinención de la prisión como un sistema de segregación y no de rehabilitación (Garland, 2005). En América Latina, esto quedó marcado por los efectos de la doctrina de seguridad nacional y el reposicionamiento del Estado hacia una menor intervención social (Sain, 2002). A partir de este desplazamiento, la política de seguridad puso sus sentidos y sus prácticas en los sectores potencialmente ‘peligrosos’ para el orden reglado de la ciudad y sus micro-espacios centrales.

de paz y gobernabilidad, conformada por ejércitos nacionales y fuerzas mercenarias, instalaciones militares, cuerpos de frontera, bases flotantes y organismos de adiestramiento (Bertaccini, 2010). Sin embargo, es la política de ‘seguridad interior’ la que me interesa resaltar, en tanto escenario en el que se delimita el combate a la pobreza, vuelta objeto/objetivo de intervención estatal.

Actualmente, las modalidades represivas involucran cinco acciones simultáneas: conocimiento, prevención, disuasión, protección e intervención; acciones que articulan técnicas multidimensionales para el tratamiento de la delincuencia, incorporando medidas punitivas y reactivas, preventivas y de acción anticipada, así como procesos de horizontalización. Este diseño estratégico implica la ramificación de las estructuras del control, tendientes a preservar la protección de los bienes, ordenar el espacio urbano y gestionar los riesgos. A diferencia del sistema welfarista, su objetivo no es tanto dar solución a las causas del delito, sino atacar sus manifestaciones, asegurar la integridad sistémica antes que la integración social, promover el fortalecimiento eficiente del control antes que el bienestar (Garland, 2005: 289-298).

En virtud de este proceso, en vez de existir un *trade off* entre modelos de naturaleza punitiva/reactiva -como el de Ventana Rota o Tolerancia Cero- y aquellos proactivos/participativos -como el de Policía Comunitaria y la Resolución de Problemas-, se da una articulación sistémica entre ellos (Sain, 2002: 71-73). Buscando mejorar las redes de colaboración, se aplican a su vez procesos de horizontalización que son la base para la activación de nuevos agentes de control. El acercamiento hacia la comunidad está fundamentado en la idea de “empoderamiento”, buscando comprender las necesidades del entorno y potenciar la participación (Fung y Olin Wright, 2003: 25-29; Tilley 2003: 314).⁶⁶ A través de esta diná-

66 La retórica del *accountability* viene siendo promovida y sostenida desde hace tiempo bajo un criterio de democratización, fundamentado en la transparencia de la fuerza pública y en la responsabilización de la comunidad como agente de regulación. Un órgano central son las ONGs, cuya función es promovida desde los '90 por los organismos internacionales con el fin de que sea la “comunidad” quien enarbore las banderas de los derechos y la justicia; discuta, diseñe y hasta implemente acciones colectivas contra los peligros que detecte. Se pueden encontrar ejemplos ‘exitosos’ de responsabilización ciudadana en el presupuesto participativo de Porto Alegre, los consejos vecinales de Chicago, los procesos

mica, la seguridad comienza a operar *a través* de la sociedad civil y no sobre ella, como sucedía en el modelo tradicional, añadiendo al espectro punitivo una mayor acción preventiva contra potenciales conflictos territoriales, integrando los sistemas de defensa pública, sociedad civil y sector privado.

En efecto, las políticas de prevención promovidas por el CIPC [Centro Internacional para la Prevención de la Criminalidad y la Seguridad Cotidiana] hacen énfasis en el papel de los habitantes —o de las comunidades— en la concepción e implementación de estas políticas. De igual manera, el desarrollo de las capacidades personales —a través de la educación, el aprendizaje de competencias profesionales, el liderazgo— favorece una buena inserción social y la construcción de medios de vida apacibles (CIPC, 2010).

En América Latina, diversos organismos de financiamiento y asesoría técnica trabajan activamente para orientar las reformas institucionales y entrenar a los agentes del orden, actualizando las agendas de acción bajo modalidades como la policía comunitaria (*community policing*) y la resolución de problemas (*problem-oriented policing*). Entre ellos, el BM y el BID, la Academia Internacional para el Cumplimiento de la Ley (ILEA), el *Manhattan Institute for Policy Research* (MI) y el Instituto de Cooperación para la Seguridad Hemisférica (WHINSEC).⁶⁷

de descentralización democrática en India (Fung y Wright, 2003), tanto como en las experiencias de Seguridad Comunitaria ejecutados en ciudades como Villa Nueva en Guatemala, Bogotá en Colombia, São Paulo y Belo Horizonte en Brasil (Frühling 2004A).

67 Por ejemplo, entre 2005-2010 ILEA capacitó a más de 3.800 agentes entre jueces, fiscales y policías, mientras que para finales de 2012 proyectaba instruir a un total de 1.260. La institución se refiere a estas fuerzas como “Aplicadores de la Ley de Latinoamérica y el Caribe” cuyo objetivo es “contribuir al fortalecimiento

En un camino similar, las Empresas de Seguridad Privada (ESP) se han expandido de manera acelerada desde mediados de los '80, ofreciendo servicios de vigilancia personal, custodia de bienes y monitoreo electrónico. Actualmente, la cantidad de efectivos en el sector duplica las fuerzas policiales en función a nivel mundial, reuniendo en Argentina a firmas como Prosegur, Securitas, SG4-Search, Servín y Videco, por nombrar sólo algunas de importancia.⁶⁸ La actual perspectiva de seguridad internacional bajo el enfoque multiagencial o asociativo, hace converger la lógica de la represión con actores privados y organismos comunitarios, a través de gobiernos que promueven la cooperación ampliada y el empoderamiento civil. Enfáticamente se ha declarado: “business can contribute to a well planned crime prevention strategy” (Capobianco, 2005: 24).⁶⁹

de la democracia y la seguridad de las naciones”. En palabras de Joseph Thomas, Director en Funciones por el Gobierno de Estados Unidos, “[e]l crimen está regionalizado y, en ILEA, estamos comprometidos con capacitar a los aplicadores de ley, a través de diferentes agencias de los Estados Unidos, para dotarlos de herramientas modernas para desarmar estas complejas estructuras delictivas” (ILEA, 2011).

68 Se estima que el sector concentra entre 19,5 y 25,5 millones de empleados a nivel mundial, inferior al de órganos públicos (26 millones) y fuerzas armadas (200 millones). A su vez, exceptuando las zonas internacionales denominadas “de conflicto”, las empresas de seguridad privada radicadas en América Latina son las que exhiben una mayor proporción en la tenencia de armamento, la cual es casi diez veces superior al que presenta Europa Occidental (SAS, 2001). En Argentina existen entre 800 y 850 empresas que facturan unos 1.900 millones de pesos anuales, en las que la vigilancia física ocupa aproximadamente el 43% de la demanda y el 37% se refiere al rubro de seguridad electrónica. El sector formal ocupa a unos 150.000 empleados, a lo que debería sumarse un 40% de valor adicional dada la cifra de empleo ‘en negro’ (La Nación, 3.10.2010).

69 La misma autora manifiesta: “[i]n addition to recognizing *the importance of involving all levels of government, the community and civil society*, many national crime prevention policies and programmes from around the world acknowledge

Dado este proceso, es posible declarar una estrecha relación entre la lógica expansiva del capital y la política ampliada de seguridad que llevan adelante los Estados latinoamericanos. Visualizadas, en algunos casos, bajo el parámetro participativo y democratizador (Wigodski, 2007; Sanchez Albavera, 2003), estas acciones deben ser reconocidas como parte del giro neoliberal tendiente al desplazamiento de responsabilidades estatales (Wacquant, 2010), así como en el esquema de securitización continental que busca incluir a la comunidad y a las empresas privadas en la vigilancia de territorios y la custodia de los procesos productivos (Scribano y Seveso, 2012).

Los criterios de gestión conflictual imponen actualmente un solapamiento entre la vía social y represiva del Estado, articuladas (doblemente) por las fantasías de la «inclusión social» y la «seguridad ciudadana», que atrapan y ciñen a los cuerpos expulsados en los laberintos de las desventajas acumuladas de clase. Las diversas modalidades de acción se solapan *pero no se confunden*, convergen *pero no se transmutan*, volviendo a los mismos sujetos un foco de embestida de las instituciones de justicia penal y de la política asistencial. Así, se destaca la presencia de un Estado Mínimo y de un Estado gendarme, lo cual no supone ideas contradictorias (Castel, 2004: 24).

El Centro Internacional para la Prevención de la Criminalidad es claro en este sentido, cuando declara: “una gran relación de causa a efecto entre los niveles de desigualdad de ingresos y los delitos contra la propiedad, tanto desde el punto de vista histórico, como a través de la comparación entre países”. En uno de sus recientes informes, indica que “[l]os patrones mundiales de desigualdad re-

the importance, albeit briefly, of involving the private sector in strategic efforts to prevent and reduce crime and insecurity. In some countries, this has led to the development of specific national and regional mechanisms to encourage private sector involvement in various ways” (Capobianco, 2005: 6; el destacado es mío).

flejan claramente las tasas de delincuencia y violencia” y que correlativamente “las ciudades de América Latina y el Caribe figuran entre las más desiguales en el mundo” (CIPC 2010, 24-25).

La idea de *prevención* aparece aquí como un núcleo conceptual para los programas de gobierno, desde el que se convalida y vuelve operativa la posibilidad de mapear y mantener bajo continua vigilancia los territorios potencialmente problemáticos, ya sea a través del uso de dispositivos asistenciales, agentes de seguridad o la propia comunidad organizada. El informe citado destaca en este sentido que “[l]a protección y la seguridad no son un objetivo específico pero han sido reconocidas por la mayoría de las agencias como un componente esencial para el logro del desarrollo sostenible”; “[l]as resoluciones adoptadas en la 17ª Reunión de la Comisión de Prevención de la criminalidad y Justicia Penal en abril de 2008, reafirmaron la necesidad de reforzar la prevención de la criminalidad en las zonas urbanas, el papel de los ciudadanos y la necesidad de lograr un mayor equilibrio entre la prevención y las medidas de la justicia penal” (CIPC, 2010: 85, 91-92).

El programa “ciudades más seguras” de ONU-Hábitat, identifica a su vez una relación estrecha entre procesos de urbanización, pacificación y uso policial, habiendo integrado diversos caminos de acción en su plan 2008-2013.⁷⁰ Uno de los principales brazos extendidos hacia la comunidad son las denominadas “Unidades de Policías Pacificadoras”, que se orientan a la prevención del delito

70 Un reciente informe expresa que “[e]n la región, el aumento de la criminalidad y la violencia ha respondido a elementos materiales e inmateriales, entre los cuales el principal es, sin duda, la ausencia de soluciones a los problemas de inequidad socioeconómica. La inseguridad urbana también se nutre del deterioro y mal diseño de los espacios públicos. Estrategias de localización, accesibilidad, iluminación y calidad del mobiliario urbano, que respondan a las demandas sociales y garanticen la igualdad, son determinantes para la apropiación y la convivencia social en el espacio urbano y el acceso a otros elementos y servicios” (ONU-Hábitat, 2012: 76).

a través de la construcción de relaciones de confianza entre los ciudadanos y los policías. “Las Campañas Mundiales para la Seguridad en la Tenencia de la Vivienda y la Gobernanza Urbana son uno de los mecanismos concretos para implementar Agenda Hábitat, y asegurar el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio”.⁷¹

La “baja policía” (lo policíaco, compuesto por agentes individuales) “no es más que una forma particular de un orden más general que dispone lo sensible en lo cual los cuerpos se distribuyen en comunidad” (Rancière, 1996: 43-44); una simple fuerza fragmentaria de un orden instituido mayor, que implica la organización de lugares y funciones, del hacer-el ser-el sentir, que como orden *policial* posee un poder estructurante mucho mayor. Las acciones de vigilancia y control ejecutados por la comunidad, que se combinan a su vez con estrategias reactivas, disuasivas y punitivas (encarnadas en el criterio de la fuerza y la mano dura, en la superioridad numérica y la producción de sensaciones de omnipresencia), se muestran consecuentes y funcionales a un modelo económico cuyo objetivo es garantizar los procesos de expropiación y deprecación. El estado policial de la sociedad (y de creciente *policización*), se orienta a sostener estos procesos mediante la regulación y represión de los sectores expulsados. En este marco, el “desarrollo sostenible” supone un eufemismo de las prácticas orientadas a preservar la inserción periférica de los países del Cono Sur en la cartografía de los países centrales, manteniendo sus territorios y poblaciones bajo control gracias a las garantías de la política estatal.

Siguiendo este marco de lectura, en lo que resta de este capítulo me ocuparé de caracterizar el Programa de Seguridad Comunitaria y Protección Civil/Plan de Inclusión Social, actualmente implementado en la ciudad de San Luis. No pretendo exponer sus

71 Ver en la página oficial del organismo: <http://www.onuhabitat.org>

antecedentes en forma puramente descriptiva, sino establecer una lectura interpretativa que dé cuenta de sus particularidades en su doble trama asistencial y represiva. En concreto, voy a puntualizar sobre su impronta activa en tanto política social, que ‘sostiene’ y ‘bloquea’ las externalidades expulsógenas del capital, a la vez que incentiva la dinámica de acumulación bajo su diseño condicional. A la vez, enfatizaré sus objetivos como política de seguridad, en tanto estrategia fundamentada en la socialización y horizontalización de prácticas de seguridad.

Es importante señalar el carácter mostrativo en algunas de estas medidas. Como bien indica Lööc Wocquant (2010: 14-15), en el campo de la política criminal abundan los gestos de exhibicionismo. Creo que es igualmente válido para la política asistencial. Como en la pornografía, que descarnadamente expone todo lo que hay por ver, el objetivo expreso de las instituciones suele ser el espectáculo, la mostración grosera, el show plagado de contorsiones impactantes. Dada la naturaleza del montaje, esos movimientos resultan muchas veces imposibles; no se pueden concretar en lo cotidiano, son difíciles, embarazosos y producen resultados ambiguos; no pasan la prueba de lo posible. Del mismo modo, su naturaleza aparentemente explícita oculta los mecanismos que las producen; velan la artificialidad del hacer, la actuación caricaturesca. Pero en ambos casos, tanto en la política asistencial como criminal, pese a cierto grado de ficción, existe una relevancia cardinal: lo que es producido para ser devorado con los sentidos (como golosina caníbal) informa sobre el estado de la sensibilidad y las prácticas, sobre sus movimientos, límites y posibilidades. En otras palabras, habla de aquello que la sociedad está dispuesta a soportar para acercarse a sus fantasías de inclusión y seguridad.

C. San Luis: el Plan de Inclusión Social

Con el fin de caracterizar el Programa de Seguridad Comunitaria, es necesario comenzar por destacar los rasgos principales del Plan de Inclusión Social que, en tanto política marco, lo circunscribe. Como anticipara, el período de análisis abarca los años 2003 a 2010, teniendo en cuenta los momentos de origen del PSPPC y sus principales transiciones, en los cuales puntualizo al final del capítulo. Es importante enfatizar, por otro lado, que ambas políticas se encuentran vigentes en la actualidad.

Como fragmento de su historia, el Plan de Inclusión Social tiene un antecedente directo en la Ley de Emergencia Laboral y Social (N°5198) aplicada en el año 2000 a nivel local. A partir del “Reordenamiento, Transformación y Modernización del Estado Provincial”, comenzaron a enfatizarse los programas de transferencia condicionada en detrimento de las políticas asistenciales. El “Plan Social Evita-Para Todos” (el resaltado es mío) fue lanzado “a los efectos de dar respuesta inmediata” a la situación de desempleo y pobreza, incorporando diferentes subprogramas de actividad.⁷² Modificada esta ley en 2001, se creó a su vez el sistema de pasantías “San Luis Competitivo y Solidario”. En los hechos, consistió en un extenso grupo de beneficiarios que fue-

72 Entre ellos: “el Programa Provincial de Pasantías ‘San Luis Competitivo y Solidario’ destinado a personas desocupadas a través de la prestación de trabajo, prácticas rentadas y/o capacitación”, con una asignación mensual de \$150; el programa provincial de “becas ‘Todos a la escuela’, destinado a alumnos de escasos recursos de séptimo a noveno año (...) con una cobertura para tres mil seiscientos seis (3.606) beneficiarios y una asignación de pesos seiscientos (\$600)”; “el Programa ‘Copa de Leche’ en los establecimientos educativos de gestión oficial en el nivel inicial, primer y segundo ciclo de la Educación General Básica, de todo el territorio provincial”; “un Sistema de Becas y Pasantías para la ejecución del Plan Provincial de Alfabetización ‘Bandera Blanca’”, y “Comedores Barriales Familia Feliz” (Ley de Emergencia Laboral y Social, N°5198).

ron destinados al Plan de Forestación y a la misión clientelar de las Unidades Básicas del justicialismo. El programa fue estructurado mediante una práctica rentada no excedente a las “cinco (5) horas diarias”, una “asignación mensual de pesos trescientos (\$ 300,00)”, con “cobertura de una Obra Social con la atención de servicios básicos” y “un cupo de hasta siete mil (7.000) pasantías”.

El Plan de Inclusión Social presenta características similares a esta política, si bien fue escenificada durante la primera campaña proselitista de Alberto Rodríguez Saá en 2003 como una nueva propuesta de gobierno, motivada por las necesidades, los deseos y las ilusiones de la gente.

Nos reunimos en cada pueblo de San Luis cara a cara con sus ciudadanos, nos miramos a los ojos con mucho respeto y sinceridad. Las mujeres y los hombres nos contaron sus dramas y encontramos en estas breves e improvisadas conversaciones un camino, un camino difícil pero justo: *darle trabajo a todos los puntanos. Este es el camino* (discurso del Dr. Alberto Rodríguez Saá; Magistratura: 25 de Mayo de 2003; el énfasis es mío).

La “marcha de los sueños”, realizada en todo el territorio provincial, permitió que esta medida de gobierno fuera percibida como una posible respuesta a los efectos de la crisis de 2001, y a su vez como un camino “justo” y deseable vinculado a las demandas sociales existentes. Así, tras la victoria de Alberto Rodríguez Saá en los comicios, se declaró el “Estado de Emergencia Social” (prorroga de Ley N°5198), que permitió poner en funcionamiento cuatro procesos como vía para “refundar la Provincia”, “para beneficio y progreso de todos”: un presupuesto de gasto equilibrado, firmeza sobre los derechos humanos (de la niñez, la mujer, la discapacidad), el acceso a nuevas tecnologías y una

política de respuesta a los derechos sociales. Desde esta última vía, el denominado “Plan de Inclusión Social. Trabajo por San Luis” se concretó como un mecanismo contra la exclusión social, destinado a contrarrestar la situación de desempleo y su efecto de arrastre sobre la cultura laboral.

El Plan está dirigido a todos los ciudadanos de San Luis desocupados, *dispuestos a mejorar sus posibilidades de conseguir empleo mediante la inclusión de la cultura del trabajo*. Se garantiza el acceso al Plan de las madres solteras, mujeres jefas de hogar, mujeres mayores de Cuarenta (40), Cincuenta (50) y Sesenta (60) años, todas las personas con capacidades diferentes, hombres mayores de Cuarenta (40) años, todos los jóvenes, mujeres y hombres mayores de Dieciocho (18) años *y de todo sector de la población en estado de emergencia social* (Art. 3, Ley N5373; el destacado es mío).

Es importante recordar, tal como lo refiriera Zavaleta Mercado (1988: 20–21), que toda crisis “es la crisis de mediaciones” y que, por lo tanto, constituye un centro de ruptura que quita máscaras, evidencia las grietas de la totalidad estructurante (que se muestra a los sentidos como aparentemente cerrada) y corre el velo a sus estados de dominación. Ante un momento anómalo y excepcional —un fenómeno desgarrante que hunde “hasta el tope” las relaciones de producción; un condicionante político-práctico que devora a la sociedad toda, a la extensión de sus clases y sus relaciones—, se revelan formas no-mediadas de lo social, en tanto mensaje de los procesos de estructuración y, más concretamente, como manifestación de sus formas y contradicciones generales. Es así que, puesta en perspectiva histórica, la crisis argentina de 2001 encuentra como catalizador el creciente endeudamiento en divisas y el *default* de la deuda externa, como expresiones que necesitan ser interpretadas a la luz de

los ciclos del capital financiero global, así como en torno a las reformas económicas y desarmes institucionales del Estado (las cuales fueron repasadas al inicio de este capítulo). A su vez, la crisis revela nuevos mecanismos de gestión y control social, más consecuentes con el modelo económico vigente.

En el libro de publicación oficial “San Luis... una política social inclusiva”, los fundamentos y principios del programa son explicados a partir de una teoría de la inclusión, como contrapunto a los estados de exclusión. Según conceptualiza el texto, ésta última situación “podría ser entendida como un «debilitamiento o quiebre de los lazos (vínculos) que unen al individuo con la sociedad»” (Suárez Godoy, 2004: 28). A partir de esta caracterización, el informe busca explicar “el gran emergente de los últimos años”, con referencia a “la exclusión del mercado, instituciones sociales y culturales” producto de la globalización (Suárez Godoy, 2004: 21, 27). Esto se encuentra en íntima conexión con la perspectiva revisada en los antecedentes del primer capítulo. El estado de ‘sustracción’ que experimentan los sujetos o la débil incorporación a la comunidad, demanda la identificación de mecanismos capaces de resolver los estados de exclusión (Sojo, 2000: 51), en donde “la igualdad sería posible a través de mecanismos de generación de oportunidades y derechos igualitarios” (Suárez Godoy, 2004: 27).

Bajo esta mirada, la respuesta posible se enlaza a la noción de empoderamiento que utiliza el Banco Mundial, concebida como la “expansión en la libertad de elegir y de actuar (...) aumentar la autoridad y el poder del individuo sobre los recursos y las decisiones que afectan su vida” (Suárez Godoy, 2004: 35). En tal caso, queda clara la relación entre las estrategias inclusivas aplicadas y la formación potencial de activos y capitales, en conexión con el desarrollo de capacidades y la mejora de funcionamientos.

Como corolario, los elementos que operativizan el proceso de inclusión remiten en el texto al trabajo y la cultura laboral. El eje comprensivo de esta relación se fundamenta por la vigencia del *homo economicus*, que justifica la participación de los sujetos en el mercado de trabajo, “legado ancestral con el que cuenta el ser humano para vivir y progresar”. La “rapidez” del progreso y el modernismo, llevan a que el “gran problema del Estado” (el término se encuentra destacado en el original) sea la masa de desocupados, producto de la creciente tecnificación y la devaluación de los conocimientos. Por lo tanto, pugna por una mayor participación de los sujetos en intercambios materiales y simbólicos, independientemente de la forma que esto suponga, dado el “proliferado número de variantes o tipos’ de trabajo” actualmente existentes” que permiten alcanzar el propósito (Suárez Godoy, 2004: 39, 42).

El objetivo del plan de inclusión es justamente incluir a todos los puntanos, evitando cualquier situación injusta de exclusión social. *Pero evitando dar simplemente un subsidio, ya que éste no cumple con el objetivo de la inclusión.* Se trata de dar trabajo, *de forma tal que se fomente la cultura del trabajo*, ya que éste es sinónimo de dignidad, confianza, capacidad de progreso, independencia y libertad (...). *A partir de la existencia de ese trabajo surgirán para los trabajadores posibilidades de acceso a una vivienda digna, cobertura de salud, los beneficios de la educación y todos los otros servicios sociales a los que accede cualquier trabajador* (Ministerio de la Cultura del Trabajo, 2005: 13; el destacado es mío).

El trabajo y su *ethos* cultural son entendidos aquí como una forma de restituir tres lazos sociales básicos entre el individuo y la sociedad: aquellos funcionales, del sujeto en relación al sistema; los sociales, mediante la incorporación a grupos; y los cul-

turales, relativos a la corrección de pautas de comportamiento (Suárez Godoy, 2004: 28). El énfasis puesto en el factor trabajo, como variable principal de la inclusión (del cual se derivan las demás posibilidades de acceso al bienestar), simplifica la mutidimensionalidad del enfoque de la exclusión. Es decir, trata un problema sumamente complejo, modelizado y abreviado en una teoría de mediano alcance, reduciéndolo operativamente a un solo condicionante. A partir de él, la política de gobierno avizora una mejor distribución de las oportunidades sociales con base en el recurso escaso que ofrece el Estado. En los hechos, el trabajo es entendido no efectivamente como un derecho, sino como un auxilio gubernamental que encuentra su punto de anclaje en la corresponsabilidad de los propios beneficiarios.

Se comprende que, dado el contexto social presente en aquel momento, que arrastraba las consecuencias de las políticas neoliberales de los '90 y de la crisis económico-financiera del 2001, las inscripciones al programa fueran masivas. La demanda sobrepasó ampliamente las expectativas de la dirigencia, quien siguiendo la invisibilización de la estadística oficial, esperaba a unos 30 mil inscriptos. Acudieron sin embargo más de 55 mil personas, de las cuales quedaron incorporadas finalmente unas 38 mil como beneficiarias directas (luego de bajas sustentadas en los requisitos de desempleo y verdadera necesidad), a su vez dirigidas por 500 coordinadores contratados; esto es, un 26% de la población total que se hallaba ocupada en la provincia en ese momento (año 2003), sobre una población económicamente activa de 147.173 personas.⁷³

73 Se recuerda que el INDEC considera como “ocupación” las tareas realizadas en el marco de los planes de asistencia con contrapartida laboral. Es mediante este tipo de ficciones que en su momento se instaló en el imaginario colectivo la idea de que existe en Argentina una ciudad ‘sin desocupación’. Para el último trimestre de 2014, la cifra de desempleo se situaba en San Luis en 1,2%, habiendo

Se observa un claro perfil de clase en los inscriptos, integrado especialmente por sectores vulnerados, con baja calificación educativa y en algunos casos nula o escasa formación técnica. El agravado contexto social, signado por la crisis de 2001, llevó a que durante los primeros años también ingresaran sectores de clase media y profesionales desocupados. El principal rango etario reunía a personas de 18 a 55 años (Olguín 2005: 9-11), mientras que entre las diecinueve mil mujeres beneficiarias (en una proporción del 60% en comparación a los varones) el informe de Inclusión Social contabilizaba para diciembre de 2003 seis mil mayores de 40 años, cuatro mil madres solteras y mil discapacitados (Suárez Godoy, 2004: 62).

Para acceder a la transferencia monetaria (en aquel momento fijada en \$300), los beneficiarios debían realizar tareas específicas, pre-asignadas, en un régimen de seis horas diarias, seis días a la semana; es decir, se trataba de un programa casi idéntico a las pasantías “San Luis Competitivo y Solidario” que habían sido ejecutadas con precedencia. En este marco, se programaron distintas líneas de trabajo. Una posible síntesis de aquellas que originalmente fueron aplicadas puede leerse en el siguiente cuadro.

TABLA N°1

PRINCIPALES LÍNEAS DE ACTIVIDAD EN EL PLAN DE INCLUSIÓN SOCIAL (2003-2004)

<i>Actividad</i>	<i>Reseña</i>
Parcela:	Consiste en tareas de limpieza y arreglo de rutas y caminos, desembanque de canales de riego, recuperación turística y puesta en valor de acueductos, trabajos generales de mantenimiento, entre otros. Ocupa a la mayor porción de beneficiarios y es la 'plataforma' desde la que los beneficiarios del Plan de Inclusión son re-dirigidos a otros programas.
Colonia agrícola:	Para desarrollar, promocionar, reactivar y explotar actividades del sector primario relacionadas con la economía provincial. Gestionada por la empresa de capitales mixtos Sol Puntano, creada en 2002. Utiliza el predio de La Colonia Agrícola San Luis. En 2003 inició la producción de cultivos frutihortícolas.
Seguridad Comunitaria y Protección Civil:	Los beneficiarios colaboran en la protección de los vecinos del barrio y de su patrimonio reportando a la policía actividades sospechosas, delictivas o potencialmente peligrosas. Sin mediar intervención directa, accionan sobre situaciones que puedan alterar el orden o supongan un potencial riesgo para la pacífica convivencia.
Talleres del Predio Ferial:	Principalmente (pero no exclusivamente) orientados a desarrollar competencias en los beneficiarios para su inserción efectiva en el mercado laboral. Algunos de los talleres realizados fueron: alfabetización, cocina, turismo, plomería y gas, peluquería, alfabetización, baile, artesanía, albañilería, tejido.
Banda de música/folclore:	Busca conservar y/o recuperar artistas reales e intérpretes populares, potenciando un movimiento músico-cultural.
Equipos técnicos ad-hoc:	Asistencia a los trabajadores del plan a través de análisis y diagnósticos. Algunos de ellos consistieron en servicios primarios de salud, análisis bioquímico y apoyo psicológico.

FUENTE: LAS DESCRIPCIONES TOMAN POR BASE LAS REFERENCIAS Y TESTIMONIOS CONTENIDOS EN SUÁREZ

GODOY (2004)

La Parcela fue definida como la unidad básica de tareas dentro de la política de inclusión, consistente en la limpieza de terrenos, conservación de espacios públicos y desmalezaje; actividades generalmente realizadas de manera manual, a las que fueron remitidos originalmente todos los asistidos y luego re-asignados a subprogramas especializados (en algunos casos, de manera gradual y con cupos limitados). De acuerdo con las voces oficiales, el objetivo de esta diversificación radicó en que cada trabajador pudiera elegir un marco de tareas adecuado para el desarrollo de sus potencialidades (La República, 12.08.2003). A su vez, en virtud de la heterogeneidad de los sujetos asistidos, y reproduciendo hasta cierto punto la distinción por clases y género, algunos fueron remitidos a actividades de carácter operativo o manual, mientras que otros asumieron puestos técnicos o de dirección.

FOTOGRAFÍAS N°2

PARCELA DEL PLAN DE INCLUSIÓN SOCIAL (2003-2004)



“Manos dignas”

de Axel Esteban Selem/ 1er.premio



“Doña Berta no le afloja”

de Miguel Ángel Calderón



“Apuntalando Sueños”

de Delia Ponce

De este modo, los subprogramas anexados a La Parcela receptaron a los beneficiarios de acuerdo con la adecuación de su “perfil”; esto es, según el balance entre los rasgos cualitativos que se consideraban mínimos e indispensables para incorporarlos –articulados entre características físico-sociales y psicológicas, tales como el sexo, la edad y los antecedentes de buena conducta– y las necesidades institucionales –balance en la cantidad de personas y nivel de profesionalización–. Como se desprende del resumen presentado en el cuadro anterior, algunos de estos rubros se orientaron al desarrollo de competencias en los sujetos (alfabetización)

y el aprendizaje de oficios; otros, a la integración en actividades productivas, en caso de que existiera experiencia en la elaboración de ladrillo, construcción y edificación, siembra y cultivo; y en algunos casos, se facilitó la inserción en actividades técnicas y profesionales orientadas a la atención en salud, dictado de talleres de capacitación, entre otras.

El Programa de Seguridad Pública y Protección Civil constituye uno de los subprogramas aplicados. Hasta aquí, señalé ciertos hilos conductores que nos permiten comprender su dimensión compensatoria en el marco del Plan de Inclusión Social. El próximo apartado estará destinado a abordar sus características como política de seguridad, siguiendo para ello un doble juego: la contextualización del marco social e institucional que llevó a su aplicación y la descripción de sus especificidades como medida de seguridad.

D. Seguridad Pública y Protección Civil: vecinos y beneficiarios en tensión

Las cifras de delincuencia se incrementaron en San Luis durante los últimos quince años, siguiendo la tendencia progresiva que se observa tanto para América Latina en su conjunto como para Argentina en particular (Corporación Latinobarómetro, 2010; Kessler, 2009). Entre 2001 y 2008, los hechos delictivos aumentaron en un 32% a nivel provincial (desde una tasa de 210,4 a 310,1 delitos cada 10 mil habitantes) y en un 30% en el área de la ciudad capital (con una tasa de 258,5 a 370,5 cada 10 mil habitantes), con especial énfasis en los hechos denominados “comunes”, como hurtos, robos calificados y lesiones dolosas (DPEyC-San Luis, 2008).⁷⁴

74 La medición del organismo considera y categoriza diez hechos delictivos principales: robos (incluye agravados por el resultado de lesiones o muertes),

En este escenario, el sentimiento de inseguridad se presenta como el principal problema que destacan los ciudadanos, seguido por la falta de trabajo.⁷⁵

En las entrevistas a los sectores de clase media, el escenario urbano aparece como signado por la actividad criminal. Existe referencia a fenómenos delictivos insólitos, al aumento de robos armados, la presencia de punguistas, arreatadores y moto-chorros. El diario oficial ha destacado al respecto que “San Luis es plaza preferencial para los vendedores del mercado negro de autos” (La República, 05.10.2008).

Enrique: escucháme, yo soy como vos sabés, como te he dicho, soy policía retirado, a mí me robaron un auto, un cuatrocientos cinco de la puerta de la casa de mi mamá [...] andaban vendiendo el auto con documentación y todo, después lo habían traído los vagos de allá y lo habían llevado a un taller y el tipo del taller les había dicho como cortarlo al auto, le habían cortado las puertas, no le habían sacado los tornillos, los habían cortado con la amoladora, los habían cortado y después lo ataron al auto, y lo llevaron y lo tiraron por ahí para el parque industrial y lo prendieron fuego. [Entrevista. 59 años, comisario retirado, originario de San Luis. Abril de 2011]

E: ¿a vos te han robado, acá en San Luis?

Charly: sí, tres veces.

E: ¿qué pasó?

hurtos, lesiones dolosas, amenazas, lesiones culposas en accidentes de tránsito, delitos contra la administración pública, otros delitos contra la propiedad, otros delitos contra las personas y otros delitos contra la libertad.

75 Según datos de la consultora Dixit relevados en tres centros poblacionales de San Luis: departamento La Capital, Juana Koslay y ciudad de La Punta (La Gaceta, 17.12.2012).

Charly: y una me robaron, me asaltaron cuando fui a cobrar una plata, que trabajaba para la empresa constructora, bah, era proveedor, tuve que ir a cobrar a Villa Mercedes, me asaltaron.⁷⁶
E: en Villa Mercedes.

Charly: en Villa Mercedes. Después me entraron a una casa, eh, me robaron todo en herramienta, tengo que haber tenido alrededor de siete u ocho mil pesos, eeeh, y bueno fueron las dos, digamos las dos ocasiones; y después trabajé en una empresa en la cual fue asaltada dos veces. [Entrevista. 44 años, empleado de industria, originario de Mendoza. Enero de 2011]

En el marco de este escenario conflictivo, a partir de 2006 se generaron en San Luis una serie de reformas institucionales que enfatizaron el lugar prioritario de la seguridad como política estatal, efectivizadas en la aplicación de diversos programas y proyectos. Sin pretensiones de exhaustividad, a continuación me detendré en dos procesos de relevancia: 1) la transformación de la Ley de Ministerios en el año 2006, que llevó a la diversificación de los cuerpos policiales y a un proceso de informatización en la seguridad como estrategia de saturación urbana; 2) la implementación de medidas de acción comunitaria, entre las cuales se destaca el Programa de Seguridad Pública y Protección Civil.

D.1) Delincuencia, inseguridad y reforma institucional

Signada por un creciente escenario de delincuencia e inseguridad, la política estatal en San Luis ha reforzado los instrumentos preventivos y las prácticas reactivas de represión, implicando la

76 Con aproximadamente 111.391 habitantes (según el censo 2010), Villa Mercedes es considerada la segunda ciudad de la provincia de San Luis después de la capital.

diversificación de agentes, la implementación de tecnología, mayor participación de la sociedad civil y modalidades de acción comunitaria.

Un eje fundamental de este proceso está marcado por la Ley de Emergencia en Seguridad que se aplicó en el año 2006 (N° V-0525-2006). Comparada con la normativa precedente (Ley N° V-0107-2004, 5424), es posible dar cuenta de una serie de desplazamientos y énfasis institucionales cuyas reestructuraciones evidencian el viraje en las mencionadas modalidades represivas. En primer lugar, en el tránsito entre legislaciones se produjo mayor especificidad en las áreas constitutivas. Se pasó de cuatro ministerios organizados en programas de trabajo a doce ministerios organizados en programas, subprogramas y áreas, implicando la creación del Ministerio de Seguridad, que se desprendió de los Ministerios de la Legalidad y Relaciones Institucionales y adquirió relativa autonomía. A su vez, “Seguridad Comunitaria” (creada en 2003) tomó especificidad operativa bajo la forma del Programa de Seguridad Pública y Protección Civil, con un estamento equivalente al de la Policía de la Provincia, Logística y Nuevas Tecnologías, Dirección de Defensa Civil y Servicio Penitenciario Provincial.

A través del diseño institucional aplicado, es posible reconocer entonces la importancia que de manera progresiva adquirió la política de seguridad en la agenda de gobierno local, en general, y el PSPPC, en particular. Este último continuó perteneciendo al Plan de Inclusión Social como subprograma, pero fue realizado en tanto política de seguridad en conexión operativa con el Ministerio de Seguridad.

A manera de indicador complementario, existe un desplazamiento de los recursos asignados a las áreas que podrían ser consideradas compensatorias hacia aquellas productivas y de seguridad. Durante el período 2003-2006, el Ministerio de Cultura del Trabajo e Inclusión recibían las mayores partidas, mientras que en

el período posterior 2006-2010 lo hicieron el Ministerio del Progreso, Ministerio de Turismo, Cultura y Deporte, y el Ministerio de Transporte, Industria y Comercio. Estos últimos contemplan las actividades capitalistas centrales para el desarrollo industrial y urbano en la provincia, en consonancia con el impulso productivo, tecnológico y digital. En este contexto, disminuyeron de manera progresiva los recursos destinados a las políticas compensatorias (Ministerio de Trabajo, Promoción y Asistencia Social, y Plan de Inclusión), a la vez que aumentaron relativamente los recursos destinados a las áreas de seguridad. Recomiendo al lector que observe el cuadro de cifras correspondiente en el anexo.

En definitiva, durante los últimos años, es posible observar que algunas de las reformas aplicadas en el Estado provincial intensificaron y a la vez diversificaron los mecanismos orientados a contener los escenarios de expulsión, acentuando para ello el papel de la política de seguridad en detrimento de las medidas asistenciales. En el caso de las estrategias de custodia y represión sobresalen tres procesos: la espacialización y presencia geográfica extendida de las fuerzas policiales, el incremento cuantitativo de los servicios de seguridad y el desarrollo de técnicas preventivas que incorporan especialización logística e inversión en tecnología de alta gama.

Así, se institucionalizaron nuevos cuerpos activos de seguridad, con un correlativo incremento en el número de efectivos en función. Según especifica el Decreto 5312, a partir de 2006 se crearon nuevas dependencias policiales: el Departamento de Asuntos Internos D-7, dentro del cual se dispuso el funcionamiento de Información Estadística –condensado en el seguimiento y mapeo del delito en la ciudad–, y el Departamento de Policía Caminera D-6, articulado en las dependencias de Ecología, Turismo y Juventud. Seguidamente, el Decreto 5313 estableció una modificación en la escala jerárquica del personal provincial, creando las figuras acce-

sorias de Alférez Principal, Alférez y Alférez ayudante. Finalmente, fueron establecidas 22 Fiscalías y 22 Defensorías Departamentales, destinadas a una mayor presencia judicial en los barrios de la capital y en el interior provincial.⁷⁷

La lógica de la acción policial se ha modificado, tendiente al abarrotamiento cualitativo y saturación cuantitativa de los espacios ‘sensibles’ y ‘conflictivos’ que incorporan a las principales actividades productivas, de servicio y esparcimiento. Igualmente, ha extendido sus modalidades de control al incluir nuevas dimensiones de intervención. La Policía Ecológica fue constituida con el fin de proteger el medio ambiente; la Policía de la Juventud, para acompañar y orientar a los sectores de edad vulnerable frente a temáticas de convivencia, educación y drogadicción; la Policía Caminera y el Comando Radioeléctrico, como instrumentos de fiscalización de las rutas provinciales, es decir, de los desplazamientos físicos y los intercambios mercantiles; y la Policía de Turismo, vinculada a las anteriores, como un eslabón de seguridad en la cadena de actividades turísticas y comerciales (La Gaceta, 10.09.2010; Gobierno de la Provincia, nota de prensa del 10.02.2010).⁷⁸

Esta estrategia se refuerza igualmente por el monitoreo del delito mediante técnicas de naturaleza informacional preventivas, a través de programas diversos que buscan la detección anticipada

77 Además de los mencionados decretos, ver también las notas publicadas en *El Diario de la República*, 8.10.2006, 10.12.2006 y 21.12.2006.

78 La inversión en infraestructura y equipamiento policial es parte integral de este proceso. Sólo en 2011 el Ministerio de Seguridad invirtió más de 28 millones de pesos en vehículos, uniformes y equipamientos varios, lo que constituye una cifra insólita en los antecedentes provinciales. A esto se añade la refacción y construcción de nuevas comisarías, subcomisarías y destacamentos (Ministerio de Seguridad, 2011: 3, 14). Durante ese año se incorporaron a la fuerza 323 nuevos agentes policiales y se abrió el cupo para un nuevo proceso de capacitación (La Gaceta, 04.04.2011).

de los hechos y una actuación más efectiva de los cuerpos de seguridad. El Mapa del Delito, por ejemplo, consiste en un diagrama digital que zonifica las áreas urbanas problemáticas en base a múltiples fuentes de información, permitiendo el direccionamiento de las acciones de control y represión. Es un instrumento de apoyo a la tarea de los agentes en la calle y optimiza sus intervenciones, sustentando una respuesta rápida y efectiva.

Vecinos en Alerta opera a su vez como una plataforma de denuncias digital. Fue lanzada durante la gestión ministerial de Daniel Poder entre 2008 y 2009, recibiendo un primer premio por parte de la Fundación Iberoamericana de Ciudades Digitales. Por un lado, junto a la iniciativa del 911 y los registros de la policía, sustenta el mapa del delito, ya que los vecinos tienen la posibilidad de georeferenciar denuncias y datos a través de sus computadoras hogareñas. Esto permite, por otro lado, que los hechos delictivos sean conocidos con mayor inmediatez, mejorando la asignación de recursos policiales y produciendo un acercamiento de la acción a los vecinos vía inclusión digital, “logrando la participación de todos en la lucha contra la inseguridad” y generando a su vez un mayor sentimiento de seguridad en la población (Gobierno de la Provincia, nota de prensa del 27.02.2009; Vecinos en Alerta, 2009).⁷⁹

Otra iniciativa que merece ser destacada es el uso de ojos electrónicos. En diciembre del 2010 fue inaugurado el Centro de Control Operativo y el Sistema de Video Vigilancia Urbana, que siguiendo los datos proporcionados por el Mapa del Delito dispuso cámaras en las zonas más ‘sensibles’ de la ciudad. Actualmente existe una red de más de 500 dispositivos que abarcan los principales centros urbanos (Capital, La Punta, Villa Mercedes y Merlo), aunque el objetivo de largo plazo es extender el sistema hacia to-

79 La página oficial del proyecto se encuentra disponible en: <http://www.vecinosenalerta.net>

das las localidades. Según las palabras del coordinador del Ministerio de Seguridad, este proyecto tiene el objetivo de formar “una verdadera barrera digital contra el delito, tanto en el rol preventivo y disuasorio, como también posibilitando contar con un elemento de fundamental valor en el aspecto probatorio judicial” (La Gaceta Digital, 13.01.2011).⁸⁰

En La Capital, el centro operativo de los dispositivos electrónicos está situado en el “Faro de la Sabiduría” que recibe imágenes de las cámaras instaladas en la vía pública. Se trata de una construcción de 540 metros cuadrados con forma de torre, en donde funcionó durante los ‘90 el primer espacio de acceso gratuito a internet para la población local. Las pantallas digitales, divididas en cuadrantes, son observadas por tres técnicos que registran los movimientos de vigilancia electrónica, siendo a su vez coordinados por un policía de fuerzas especiales. El diario oficial destaca que el sistema “todo lo controla”; “[o]jos y más ojos, concentración absoluta a los movimientos que se observan en las calles puntanas”; “hay que ver, intuir, sospechar, comprobar y asegurarse”; “son 24 horas los 365 días del año” (La República, 24.01.2011; 16.08.2011).⁸¹

80 Según se cita en el diario oficial a un inspector del Área Mapa del Delito, “la recurrencia señala once sitios de condensación delictiva en el centro”. “La tendencia marca que cada uno de estos puntos se van extendiendo hacia las cuadras aledañas (...) paradas de colectivos, veredas próximas a los bancos y cajeros automáticos, centros comerciales y paseos de compra son espacios de trabajo de los delinquentes en el centro”. “Las estadísticas sirven para que las seccionales y el Comando Radioeléctrico no sólo diseñen estrategias de acción, sino fundamentalmente de prevención”. “La cantidad y la distribución de personal y de móviles del Comando que trabajan en jurisdicción de cada seccional, la modalidad de los recorridos y la coordinación con los protectores de Seguridad Comunitaria son las variables a partir de las que se reconfigura periódicamente la estrategia, según los datos que ‘saltan’ del mapa del delito” (La República, 05.10.2008).

81 Tanto el Centro de Control Operativo como el Sistema de Video Vigilancia Urbana fueron inaugurados en 2010, dentro del contexto de análisis considerado

Existe un primer efecto derivado de la aplicación de estos instrumentos tecnológicos: la visualización de amenazas potenciales o efectivas en tiempo real, el mapeo de la ciudad y la segmentación digital de la cuadrícula urbana en zonas de conflicto, así como la diagramación virtual de las acciones de custodia y represión. Esto implica, a su vez, la concepción y sucesiva aplicación institucional de estereotipos, los cuales remiten de manera ineludible a referencias de clase, en donde la fisonomía corporal aparece como el principal índice de sospecha.⁸² Sólo a través de la tipificación (del rostro, la indumentaria y los movimientos) puede lograrse el reconocimiento de un delincuente en tiempo real, en el carácter de un pre-juicio utilizado para descifrar las imágenes elaboradas y procesadas por los múltiples ojos que ven. Los cuerpos de la sospecha aparecen aquí como rostricidades naturalizadas y naturalizables para ser intervenidas, punidas y exhibidas ante la sociedad. Las imágenes registradas se utilizan para llevar adelante acciones disuasorias, preventivas y reactivas, al igual que son elementos de prueba ante la justicia. Del mismo modo, las modalidades de acción desancladas, organizadas mediante mapas digitales y ojos electrónicos, multiplican las posibilidades y potencialidades de los

en nuestra investigación, si bien las notas citadas materializan sus referencias con posterioridad.

82 Según tipifica a los sujetos un inspector del Área Mapa del Delito: “[l]os motochorros prefieren actuar en lugares con poca circulación de gente”, “operan de a dos (...) [e]ligen motos de 110 centímetros cúbicos porque son livianas y rápidas para escapar”, “[u]san prendas holgadas, se superponen camperas y pantalones. Después de robarle a la víctima se sacan la ropa de arriba, para que no los identifiquen por la ropa si se monta una persecución”. “Las ‘mecheras’ o arrebatadoras utilizan por otra parte las grandes aglomeraciones en ocasiones precisas”; “[u]sualmente andan con niños. En el amontonamiento aprovechan para sacar una billetera, por ejemplo. Inmediatamente se la da al niño, que ya sabe que tiene que alejarse del lugar, por las dudas que la mujer sea requisada” (La República, 05.10.2008).

cuerpos de seguridad pública, insuficientes para cubrir físicamente la totalidad de la ciudad, siendo consideradas una forma de subsanar dicha presencia.

D.2) Democratización y socialización de la seguridad: el Programa de Seguridad Pública y Protección Civil

En un camino convergente al descrito, se destacan políticas que procuran multiplicar las instancias de control mediante sentidos vigías cercanos al problema (ojos, oídos, tactos), articulando para ello las acciones de las fuerzas de represión con la ciudadanía.

El Consejo Provincial de Seguridad (COPROSE), fue creado en el año 2006 bajo el precepto de que la lucha contra la delincuencia debe lograrse a través de la concepción de un sistema con “una complejidad que involucra a los organismos del estado responsables en la temática pero trasciende ampliamente ese ámbito”, demandando así “la articulación de acciones que impliquen un compromiso de todos y cada uno de los ciudadanos” (Gobierno de la Provincia, nota de prensa del 12.04.2006). El organismo integra el Ministerio de la Legalidad, Defensa Civil, Policía Provincial, Seguridad Pública y Protección Civil y a los Intendentes, como unidades permanentes para la elaboración y concertación de un programa de seguridad local. En el mismo sentido, fueron conformados los Consejos de Seguridad en el interior, con el propósito de reducir los índices de delito y contribuir a la elaboración del Mapa del Delito (La República, 04.07.2006). Este tipo de iniciativas han marchado en línea directa con los objetivos de la dirigencia, orientados a “democratizar” y “socializar” el control, la regulación y la represión.

[La seguridad] *se debe ir democratizando, es decir que debemos participar todos*, pues no es sólo una acción del Gobierno, que seguramente debe y puede hacer lo más, pero si no ayudamos todos un poquito, devolviendo el valor que tiene el cumplimiento de la Ley y el respeto al otro, no se puede mejorar. [Alberto Rodríguez Saá en conferencia de prensa; La Gaceta, 10.09.2010; el destacado es mío].

El gobernador a lo que apunta es socializar la inseguridad, porque si uno analiza de dónde parte la inseguridad no la podemos achicar y decir que depende solamente del accionar policial, sino de diferentes organizaciones del Estado que deben actuar en la prevención de algunos hechos. [Ministra de Seguridad Berta Arenas, en radio FM-Ciudad, San Luis 24, 22.09.2010; el destacado es mío].

En el complejo entramado referido, las modalidades represivas y preventivas, reactivas y disuasivas, policiales y comunitarias, se articulan y superponen como fragmentos de una estrategia general orientada al mapeo, identificación y acción contra el delito. Esto implica un tránsito desde la intervención sobre ‘actos efectivos’ de delincuencia a la persecución de actores potenciales, tanto como la aplicación de repertorios posibles de acción sobre quienes evidencian rasgos de conflictividad. Las fibras informáticas y las tecnologías del control abarrotan el espacio urbano, mientras que los espacios públicos que reúnen a la comunidad, a los actores colectivos que antagonizan con el modelo político/económico y a los cuerpos indeseados que transitan la ciudad, se convierten en territorios de control desde diferentes flancos.

La búsqueda por evitar que la delincuencia se convierta en una “epidemia de violencia” (según retoma el oficialismo de un informe

elaborado por la Organización Mundial de la Salud)⁸³, lleva a aplicar medidas crecientemente punitivas y represivas, tanto en términos de política estatal directa como mediante el empoderamiento ciudadano, promoviendo el compromiso y la actividad ampliada. Es en la configuración de esta vía institucional que, en sus inicios, fue tomando forma el PSPPC, el cual examinaré a continuación.

Sin pretender una historización completa del programa, es importante destacar algunas de sus características generales y las transformaciones más significativas que sufrió en el tiempo. Esto permitirá poner vista sobre su diseño original de aplicación y las contradicciones que presenta en tanto política de seguridad, a los fines de dar cuenta de las diferentes miradas que expresan los vecinos de la ciudad.

El programa fue dictaminado con fecha del 23.07.2003 y comenzó a ser aplicado a partir del 17 de noviembre del mismo año. Fue puesto en vigencia como formato de prevención delictual aprovechando el diseño estratégico del PIS, buscando capitalizar la fuerza de trabajo disponible mediante el desarrollo de capaci-

83 “Teniendo en cuenta la planificación de políticas públicas de prevención y represión del delito adoptada por la actual gestión (...) tomamos la decisión de confrontar la estadística delictiva total interanual provincial del mes de junio del corriente año con idéntico período de 2010, a fin de contar con un análisis de impacto directo de las nuevas políticas aplicadas en la materia. El resultado es que se ha logrado una reducción en el total interanual provincial comparado superior al 10 %, destacando que el guarismo de mayor impacto es el de “Robos”, cuya disminución se acerca al 25 %. En lo que respecta a las restantes categorías, consideradas singularmente, apreciamos bajas similares, excepto en el rubro “Lesiones”, que se compone en un alto porcentaje de hechos de violencia intrafamiliar, ámbito en el que la intervención estatal es, por definición, limitada (...) Por último, destacamos que la tasa de homicidios dolosos (violentos) a partir de la cual la Organización Mundial de la Salud considera que se está frente a una “epidemia de violencia” es de 10 personas muertas por cada 100.000 habitantes, mientras que en San Luis la relación es de 1 persona cada 100.000 habitantes” (Ministerio de Seguridad, nota de prensa del 9.08.2011).

dades/potencialidades específicas en los asistidos. De este modo, mientras la tendencia local en el aumento de los índices delictivos llevó a concebirlo como un posible programa preventivo, cuya misión fuera la de “alertar a la policía ante la posibilidad de cualquier delito que pueda producirse”, el PSPPC permaneció como fragmento de la política compensatoria, integrando a los sujetos al formato de trabajo inclusivo-productivo. En esta doble inscripción, los “protectores” fueron incorporados según su “vocación” y aptitudes psicofísicas para ser los “ojos y oídos del barrio”; centinelas de las urbanizaciones provinciales cuya actividad consistiría en “observar y reportar” (Ley N° 5.385, N° XV-055-2007).

Según los datos disponibles, el PSPPC no parece responder a diseños institucionales precedentes ni recibe auspicios de organismos nacionales o internacionales. Igualmente, no se identifican créditos, colaboraciones programáticas o cooperación de envergadura que permitan establecer lazos directos con otras instituciones vinculadas a la materia, como sí puede observarse en otras políticas de seguridad en la región.⁸⁴ Aun así, en forma indirecta, los coordinadores del programa han expresado una vía de influencia de los *think tanks* mundiales, los cuales parecen marcar el compás a las acciones asumidas. Así, en las entrevistas, se mencionan de manera ocasional organismos y programas de desarrollo en términos de apoyo logístico y experiencias de trabajo conjunto.⁸⁵ Quizás

84 Ver por ejemplo los diagnósticos desarrollados en Scribano y Seveso (2012), Ibáñez y Seveso (2010), Cabral y Seveso (2009) en referencia a la ciudad de Córdoba (2010); los análisis de Sain (2002) y los textos reunidos en Sozzo (1999) apuntan a un mapeo general de la situación en Argentina, mientras que Frühling (2004) presenta diversos casos para América Latina.

85 En relación a las reglamentación del Programa de Seguridad Comunitaria, uno de los técnicos entrevistados indicó: “empezamos a buscar antecedentes para hacer la ley viste (...) esta persona que tenía me ayudó muchísimo; además había vivido en Estados Unidos, estee, así que buscamos mucho antecedentes

ésta sea una muestra del particularismo que envuelve al programa, como modalidad *sui generis* que combina el uso estratégico del Plan de Inclusión Social con la política de seguridad mediante el aprovechamiento de cuerpos y energías socialmente disponibles.

En su origen, el programa presentó una estructura organizativa articulada entre protectores, mediadores y coordinadores zonales; un ordenamiento de control jerárquico y vigilancia simultánea donde los dos primeros roles fueron ocupados por asistidos y los últimos dos por personal contratado. Conforme al estatuto elaborado, los documentos recabados y las entrevistas sostenidas con los técnicos del programa, es posible afirmar que el espíritu inicial de las tareas fue preventivo, con un diseño basado en la horizontalización de responsabilidades al incluir a civiles en los procesos de instrumentación y decisión. El programa fue destacado así como un sistema moderno en materia de seguridad: el “primer plan a nivel nacional que incorpora a los vecinos, a los ciudadanos, como piezas fundamentales en las acciones para garantizar el orden” (La República, 31.08.2003). La frase estampada en la pechera de los trabajadores, “Te protejo... ¡¡¡Ayúdame!!!”, es un claro mensaje cívico que ratifica la pretensión de enlace entre la política de gobierno y la ciudadanía, fundada en un modelo de empoderamiento que

(...) también elementos que nos ayudara con los que teníamos nosotros” [Técnico, primera jefatura del PSPPC en 2003. Entrevista del 31.05.2011]. Otro de los entrevistados destacó: “[t]enemos bastante buena relación no solo con los otros Ministerios, sino a nivel nación y a nivel internacional con gente de otros países con los cuales nos cruzamos correspondencia, intercambiamos experiencias, aportes (...) en el programa de Seguridad Comunitaria que tiene Naciones Unidas, donde yo trabajaba antes y tengo buenos vínculos (...) con la Federación Argentina de Municipios, con la Delegación Colombiana de Municipios, con la Organización Integral de Seguridad; participamos del Seminario Anual Iberoamericano en seguridad que se llevó a cabo en Buenos Aires la semana pasada, y bueno, tenemos bastante relación con el PNUD” [Técnico, décima jefatura del PSPPC en 2010. Entrevista del 05.04.2010].

se sostiene en las diferentes piezas que componen la sociedad. De manera similar lo expresa un *blog* en internet: “nuestro deseo es protegerte, ayudáanos ayudarte”.⁸⁶

FOTOGRAFÍAS N°3 - PROGRAMA DE SEGURIDAD COMUNITARIA



Concurso fotográfico “Trabajo para Todos”; en Suárez Godoy (2004). Créditos: M. Honrosa. Título de la fotografía: “Yo te protejo... ayúdame”

A continuación cito la división de roles normada por el decreto de regulación correspondiente (N° 473-MLyRI-2003), enfatizando los artículos que aclaran la relación entre las actividades preventivas y la participación de la comunidad:

Art.5.- El Mediador Comunitario intervendrá en aquellos hechos que, no constituyendo delitos, *alteren el orden y la pacífica convivencia* entre los vecinos del barrio o zona en donde ejerza su función, *procurando la solución pacífica de los mismos*.

Art.6.- El Mediador Comunitario *mantendrá en comunicación a los vecinos* organizando reuniones periódicas con el

86 Ver en: <http://seguridadcomunitariananluis.blogspot.com.ar>

objeto de proponer acciones dirigidas a promover la pacífica convivencia, *el orden y la seguridad de ese sector de la comunidad.*

Art.13.- El Protector Comunitario *protegerá a los vecinos del barrio y su patrimonio* reportando actividades sospechosas, delictivas o potencialmente peligrosas, informando a la Policía en forma inmediata, sin tomar intervención de ningún tipo en los hechos, salvo in fraganti delito que no represente riesgos para su integridad física.

Art.17.- Cada sector destinado a ser protegido por los Protectores Comunitarios poseerá un Coordinador *responsable de la organización de las actividades diarias* que se dispongan.

Como se lee en estos artículos, ordenar, pacificar y proteger son algunos de los principales objetivos del programa; mientras las modalidades de observar y reportar constituyen los mecanismos básicos para la intervención de los agentes. Diferenciado de la fuerza policial, el PSPPC implica una modalidad novedosa que (al menos hipotéticamente) multiplica las instancias de control y vigilancia sobre la sociedad civil, apuntalando de manera contingente al delito mediante instancias de penetración en los barrios. La clave de seguridad se encuentra en la mediación de conflictos, no en la represión y, particularmente, en el logro de la convivencia pacífica, no sólo entre individuos, sino también entre sectores de clase. Por esto, parte de su estrategia se define por la coordinación y cooperación con los vecinos, la protección del barrio y su patrimonio, la detección de situaciones (y personas) sospechosas o potencialmente peligrosas. En otras palabras, el diseño del PSPPC adquiere cabal sentido en el modo previsor y a la vez actuante que busca optimizar los procesos de control y regulación, ocupando un lugar de relevancia en la 'fábrica' de la seguridad local. Así, "[s]e pone el acento en la convivencia civil (...) no se menosprecia el rol de las fuerzas de seguridad, por el contrario el programa actuará

como complementario y habrá una interacción permanente” (Ministro de la Legalidad, palabras citadas en La República, 31.08.2003).

Siguiendo una historia resumida, es posible especificar cuatro fases de transformación del programa de acuerdo con: los momentos de organización institucional, la reestructuración de tareas, la renovación de los técnicos y la disminución progresiva de los protectores en función.⁸⁷ En el camino trazado a continuación, es interesante observar tanto las fluctuaciones cuantitativas como cualitativas de la política, dadas por su expansión inicial y posterior retracción, así como por el desplazamiento del criterio de horizontalización en favor de modalidades de seguridad más verticales vinculadas al funcionamiento de los comités de seguridad. Es importante recordar que esta estructura está signada, a su vez, por una disminución progresiva de los recursos presupuestarios provenientes del Plan de Inclusión, del que depende hasta la actualidad el financiamiento del PSPPC.

Tiempo 1: 2003-2006. En su origen (año 2003) se contabilizaban en el programa unos 900 agentes en función entre protectores y mediadores, los cuales fueron destinados al centro de la ciudad capital, subdividido en 16 zonas dentro de las cuatro avenidas principales. Las tareas de vigilancia se ejecutaban de acuerdo con rondas esquematizadas por turnos de seis horas; luego fue impuesto un sistema de circulación de manzanas. Los instrumentos de trabajo eran una linterna, un celular (fijado por grupo de trabajo) y una libreta, en la que cada protector debía anotar las “novedades” que serían reportadas al final de cada día al mediador y desde allí elevadas a la coordinación central. Ocasionalmente, también se utilizó un silbato para alertar a los vecinos y a los demás protectores.

87 Para una mejor visualización por períodos siguiendo estas dimensiones, ver el cuadro correspondiente en el anexo.

PROGRAMA DE SEGURIDAD COMUNITARIA
ESQUEMA DE ORGANIZACIÓN DE TAREAS

PROTECTOR COMUNITARIO

El protector comunitario será el responsable del sistema en cada manzana o grupo de manzanas de un barrio o zona.

Protegerá a los vecinos y su patrimonio informando a la Policía de actividades sospechosas, delictivas o peligrosas, sin tomar intervención en los hechos.

Se será convocado por el Programa de Seguridad Pública y Protección Civil y podrá ser seleccionado de los inscriptos del plan "Trabajo por San Luis".

Deberán ser mujeres u hombres mayores de 21 años.

Acreditar buena conducta y salud con los certificados pertinentes.

No va a tener formación policial, si un pequeño adiestramiento como capacitación para cumplir correctamente su función.

Portarán una credencial, una linterna y un silbato, que servirán como elementos identificatorios.

El programa que será la autoridad de aplicación, determinará el número de personas que se desempeñarán como protectores comunitarios.

Fuente: Programa Seguridad Pública y Protección Civil

MEDIADOR COMUNITARIO

El mediador comunitario será el encargado de **coordinar el sistema en cada barrio o zona asignada.**

Intervendrá en aquellos hechos que, no constituyendo delitos, alteren el orden y la pacífica convivencia entre los vecinos.

Se reunirá periódicamente con ellos a fin de proponer acciones dirigidas a promover la pacífica convivencia, el orden y la seguridad de ese sector. Su tarea se basará en la prevención de las causas que derivan en los conflictos.

En el caso de que un vecino de su jurisdicción sea detenido, la Policía deberá informar al mediador sobre la situación y éste tendrá derecho a entrevistarse con el ciudadano privado de su libertad a fin de conocer a fondo si se comunicó con sus familiares y si está bien tratado.

Requisitos

- Mayor de 21 años
- Residencia mínima de 2 años en el barrio o zona.
- Tener aceptación en la comunidad.
- Conducta intachable.

El nombre del mediador surgirá del consenso de los vecinos y estará identificado con una credencial expedida por el Programa de Seguridad Pública y Protección Civil

CONVOCATORIA A VECINOS

Se convocó a interesados en participar de las reuniones, de las cuales surgirán los mediadores. Deben concurrir a una de las escuelas más cercanas a su domicilio a las **18 horas**, de acuerdo al siguiente cronograma:

Ciudad de San Luis

- Escuela "La Rioja" - Av. Lafinur 1268 - jueves 28 de agosto
- Escuela "Paula Domínguez de Bazán" - Rivadavia 774 - Viernes 29 de agosto
- Escuela "Misiones" - Av. Lafinur 595 - lunes 1º de setiembre
- Escuela "Bartolomé Mitre" - Colón 312 - martes 2 de setiembre
- Escuela "Manuel Belgrano" - miércoles 3 de setiembre
- Centro Educativo N° 3 "Eva Perón" - Barrio CGT - jueves 4 de setiembre

Ciudad de Villa Mercedes

- Escuela "Justo Daract" - Leon Guillet y Suipacha - lunes 1 de setiembre
- Escuela "Raúl B. Díaz" - J. W. Gez y Pueyrredón - martes 2 de setiembre
- Escuela "Remedios de Escalada" - Cnel. Iseas y Pedernera - miércoles 3 de setiembre
- Hogar Escuela "Eva Perón" - 9 de Julio y La Rioja - jueves 4 de setiembre

Desarrollará una acción localizada, dirigida a prevenir las causas desencadenantes de conflictos, entre las cuales se destacan las siguientes:

- Factores de riesgo escolar
- Factores de riesgo familiar
- Factores de riesgo personal
- Factores en los espacios públicos y privados
- Factores de riesgo naturales

El mediador comunitario informará inmediatamente a las autoridades competentes y al núcleo familiar directo sobre cualquier violación a los derechos humanos que advierta en el ejercicio de su función.

Fuente: Programa Seguridad Pública y Protección Civil

La perspectiva participativa y de horizontalización con la que nació el PSPPC fue desplazada al poco tiempo, principalmente por las complejidades operativas que suponía sostener la coordinación con los vecinos. Las decisiones comenzaron a tomarse de acuerdo con criterios técnicos, siguiendo diagnósticos institucionales, no comunitarios. Los rasgos de la cúpula directiva, casi exclusivamente compuesta por personal de origen militar y policial, posiblemente explica la prevalencia de prácticas preventivas por sobre los propósitos cooperativos/participativos, en términos de la subcultura castrense que caracteriza a las fuerzas de seguridad en Argentina (Sain, 2002).

En la medida en que la dirigencia decidió extender la aplicación del programa a los barrios, el número de protectores fue aumentando y una porción de ellos comenzó a desempeñar tareas en edificios públicos como escuelas, el hospital general y varias dependencias de gobierno. La coordinación del programa se tornó dificultosa, los lineamientos de ejecución de tareas menos claros, se generaron problemas para zonificar las actividades de seguridad, una organización deficitaria y menor control sobre las cuadrillas. Entre tanto, fue eliminada la función de los coordinadores y los grupos de trabajo comenzaron a ser designados a los barrios de acuerdo con diagnósticos de conflictividad urbana y comportamiento delictual.

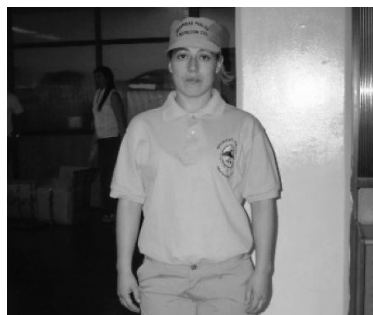
Tiempo 2: 2006-2009. Cuando en el marco del *Estado de Emergencia en Seguridad* se reformó el fuero institucional (octubre de 2006 - decreto 5312 MLyRI-2006), el PSPPC pasó a depender del Ministerio de Seguridad, adquiriendo mayor jerarquía y articulándose de manera más viva con la política provincial, si bien su funcionamiento institucional y presupuestario permanecieron vinculados a Inclusión Social. Es necesario enfatizar la importancia que durante esta fase adquirió la problemática de seguridad en general, y el PSPPC en particular, dentro de la agenda de gobierno. El programa fue gradualmente ponderado mediante la segmentación de departamentos y la especificación de funciones, con una clara expresión en el incremen-

to del número de protectores en actividad y los esfuerzos de capacitación a través de cursos cortos. Al 19.11.2007, una nota de prensa del Gobierno de San Luis informó 7.200 agentes en toda la provincia y unos 4.000 en la capital, todos ellos provenientes del programa de parcela del PIS.

Otro síntoma de estos cambios fue el reemplazo parcial (no masivo) de la pechera identificatoria verde por un uniforme tipo militar: botas negras, boina, pantalón y camisa marrón. Esta transformación estética (como política de estetización de la pobreza), buscó afirmar el papel de autoridad de los protectores –principalmente de quienes estuvieran asignados a áreas céntricas – y despertar un mayor sentimiento de confianza en los vecinos. Entre tanto, habiéndose eliminado el uso de la linterna y del teléfono celular, solo se mantuvo la libreta como herramienta de trabajo. Se reordenó la jornada laboral, con 6 horas de tarea de lunes a viernes para la mayor parte de los beneficiarios y doble turno (12 horas) para los franqueros designados los fines de semana y feriados (sistema denominado 5x2).

FOTOGRAFÍAS N°4

UNIFORMES: PROGRAMA DE SEGURIDAD COMUNITARIA



DOS MOMENTOS DE TRANSFORMACIÓN EN EL UNIFORME DE SEGURIDAD COMUNITARIA. EN LA PRIMERA IMAGEN, UN PROTECTOR DE SEXO MASCULINO RECIBE UNA BOINA MILITAR; ATRÁS PERMANECEN 'VIEJOS' PROTECTORES CON SU ANTIGUO UNIFORME. LA SEGUNDA IMAGEN EXPONE LA TRANSFORMACIÓN MÁS RECIENTE.

Tiempo 3: 2009-2010. Luego de este período de relativa expansión, el programa fue comprimido de manera drástica.⁸⁸ Se llevaron adelante una serie de reformas para reorganizar el sistema y optimizar el uso de los recursos humanos y materiales; se propuso la capacitación y traspaso de los sujetos ‘aptos’ (hasta 35 años de edad) a policía caminera y figura de Alférez. A su vez, buena parte de los beneficiarios fueron “raleados”,⁸⁹ es decir, retirados del programa por incumplimiento o

88 La voz oficial aduce que con los años se produjo una contracción natural del programa, derivada del traspaso voluntario de los asistidos a otros empleos. Desde esta posición, el gobierno sólo habría sustentado bajas en los casos en que se verificó incumplimiento de tareas. Es importante resaltar el diagrama estratégico que subyace a este proceso, consistente en una búsqueda *activa* para que los sujetos adquirieran otras fuentes sustitutivas de ingresos y abandonaran el programa, ya sea mediante convenios establecidos con empresas y comerciantes locales, por la incorporación al empleo público o la puesta en funcionamiento de proyectos productivos de auto-sustentación (Ley N° I-0658-2008). Por otra vía, también se recortaron los fondos destinados a la política del PIS (actualmente del orden del 1,5% del presupuesto provincial, cuando originalmente era del 22%), generándose una *depuración* de los asistidos según su cualidad/cantidad de trabajo y condiciones de “verdadera necesidad”. De este modo, algunos protectores fueron reasignados en sus tareas (principalmente engrosando las actividades de parcela en el PIS), y otros expulsados mediante diversos mecanismos (por ejemplo, a través de la aplicación de la modalidad de trabajo 3x2 –tres días de trabajo y dos de franco– que imposibilitó tener un empleo adicional, llevando a que los beneficiarios tuvieran que “elegir” entre el programa y otras actividades laborales). Como resultado, entre 2006 y 2010 la cifra de asistidos totales del PIS se redujo desde los originales 38 mil a unos 10 mil. Sobre finales de 2011, buena parte de los antiguos franqueros de fines de semana (más de mil) fueron redirigidos compulsivamente al PIS para compensar la merma, dándose razones de “necesidad” para cumplir con las exigencias del protocolo de Kioto. “La prioridad es Forestar, que todo el que este en Inclusión foreste” [entrevista en el área logística, Subprograma de Coordinación y Control Informático del PIS, 20.05.2010]. Debido a este proceso de “transferencia”, se verificaron nuevas bajas “autónomas” en el programa.

89 Según la expresión de una técnica: “me parece que el tema del Plan es esto; está queriendo *raliar* ¿por qué?, porque las divisas ya no son las mismas que antes, la crisis nos ha afectado a todos y me parece que es lógico que se ajuste más. Si vos pagas a alguien querés que te rinda, si vos pagás por seis horas querés que

redirigidos al Plan de Inclusión Social. Así, el programa se contrajo cuantitativamente, alimentando otras fuerzas de seguridad como la Policía Caminera y Turística.⁹⁰

Se informaron para este período 5 mil protectores y mediadores (Gobierno de la Provincia, nota de prensa del 17.11.2009). En la medida en que este número era considerado insuficiente para realizar las actividades de manera efectiva en los grandes conglomerados, en el área de la capital los protectores fueran reorientados hacia la zona centro (interior de las cuatro avenidas) que era evaluada como “crítica” según la cartografía del Mapa del Delito.⁹¹ En numerosos edificios públicos, como el Hospital General, dejaron de desempeñarse tareas. Esta situación implicó, a su vez, un vaciamiento en los barrios, lo cual fue resentido por los vecinos y comerciantes que se sentían favorecidos por la actividad. La dirigencia política ratificó el objetivo instrumental de estas medidas. De acuerdo con el Ministro de Seguridad de aquel momento, se trataba de “una redistribución por aptitudes y por zonas de mayor complejidad a fin de lograr un servicio más ágil y dinámico, para el cual se ha realizado un trabajo en conjunto con el Programa de Nuevas Tecnologías a fin de generar respuestas en tiempo real ante denuncias y/o conflictos locales” (Gobierno de la Provincia, nota de prensa del 17.11.2009).

trabajen seis horas, no que estén en la casa cobrando, arreglándose con el coordinador porque en realidad le saca cien o doscientos pesos del sueldo”. [Jefatura del PSPPC, 19.04.2010; el destacado es mío]

90 Este sistema de traspaso de auxiliares ya no existe, dadas ciertas medidas adoptadas por el actual gobernador Claudio Poggi (La Gaceta, 18.94.2012).

91 “Se ha cerrado el círculo, se está trabajando con círculos de seguridad, justamente por la merma de personal que hemos tenido. Yo consideré que una, dos o tres personas en un barrio era lo mismo que no tener a nadie, entonces se optó por suprimir la seguridad, entre comillas, que se estaba dando en ese barrio y esa gente pasarla al perímetro de las cuatro avenidas para reforzar justamente lo que se considera es la zona más caliente en cuanto a la posibilidad de delitos” [Entrevista en el área de jefatura del PSPPC, 05.04.2010].

Tiempo 4: 2010 (cierre del período bajo análisis). En “un giro hacia los orígenes de su creación”, se produjo durante esta fase la “vuelta al barrio” de los protectores de calle y se enfatizaron nuevamente las actividades de capacitación (Boletín del Ministerio de Seguridad, 2.01.2011: 15). En términos operativos, el sistema de trabajo mantuvo una diferenciación de roles en solo dos niveles: Protectores y Mediadores, ya que durante el segundo tiempo de reformas fue eliminada la figura de los Coordinadores. De acuerdo con la información provista por el Ministerio de Inclusión Social, el número total de asistidos por el Estado provincial continuó disminuyendo, siendo cercano a los 13 mil para el primer cuatrimestre de 2011, de los cuales 10 mil pertenecían al PIS y unos 2.600 integraban Seguridad Comunitaria, con aproximadamente un 60% concentrado en La Capital (La Gaceta Digital, 29.04.2011).

Conforme al proceso de selección e incorporación estratégica a otras actividades que efectuó el gobierno, los actuales beneficiarios de la política expresan un característico perfil: sobre todo, se trata de mujeres que viven cerca de sus puestos de tarea, mayores de 40 años de edad, de origen social medio-bajo y bajo, con escasa calificación, y en no pocos casos con carga de hijos menores o personas dependientes (ancianas o discapacitadas). Más concretamente, estamos hablando de una categoría de sujetos cuyo ‘perfil’ se muestra incongruente con la demanda del mercado de trabajo formal; lo cual, tal como veremos en el próximo capítulo, es una de las principales razones por las que los vecinos de la ciudad deniegan su posibilidad para realizar las actividades de seguridad.

Más allá de los procesos de transformación reseñados, el PSPPC fue presentado desde sus inicios como una estrategia significativa para combatir la inseguridad. Por lo tanto, de acuerdo con la dirigencia política, los cambios que sufrió responden a criterios instrumentales orientados a lograr mayor eficiencia y eficacia en la prevención del delito.

Sin duda, la mixtura entre política compensatoria y de seguridad que presenta el programa resulta singular; de hecho, es hasta cierto

punto contradictoria, sobre todo si se considera la pretensión de controlar el delito a través de sectores en situación de expulsión. Sin embargo, esto adquiere sentido en la trama entre dinámica de acumulación y expulsión, contención social y trabajo asistencial, políticas de policiación y seguridad comunitaria, expuestas a lo largo del capítulo.

Como hemos visto, al mismo tiempo que las actividades expropiatorias y depredatorias se profundizaron en San Luis, los estados de conflictividad vinculados a la pobreza fueron contenidos mediante políticas estatales de diversa índole. En el caso del PIS, la naturaleza compensatoria demanda actos de responsabilización por parte de los sujetos dispuestos a incorporarse a actividades de trabajo informal y precario que posibiliten su inclusión social futura. En este nodo, la aquiescencia de la política de seguridad supone una lucha represiva contra aquellos sectores y/o sujetos que quedan 'por fuera' de estas contenciones mínimas y quebrantan 'el pacto' entre la propiedad privada y el Estado.

En lo que podría ser entendido como una vuelta de tuerca a esta ingeniería social, el PSPPC llevó a que los mismos sectores expulsados 'contenidos', que 'trabajan' en la política de transferencia condicionada, vigilen a aquellos que 'no lo hacen', es decir, a los sectores expulsados que asumen un perfil contencioso. La pintura que dibuja la estructura de la política resulta entonces singular: pobres (en proceso de inclusión) vigilan a pobres (potencialmente conflictivos) en favor de los sectores que en su condición de clase (media) acumulan los beneficios diferenciales del proceso de expropiación capitalista; todos ellos territorializados en la proximidad de fronteras de clase que precisan ser custodiadas de los cuerpos peligrosos y resguardadas de la inseguridad. Dentro de este complejo cuadro, la trama compensatoria/represiva reproduce las instancias de vigilancia comunitaria activando múltiples ojos y cuerpos desde la singularísima política del PIS, precisamente en los lugares más cercanos a los focos de conflictividad urbana.⁹²

92 No es casual que después de la vuelta al barrio de los protectores, las coordenadas 'protegidas' se emplacen en los márgenes de la ciudad que son poblados por los

No es menor que los protectores hayan sido capacitados para detectar situaciones de criminalidad potencial, ya sea mediante la interpretación de señales urbanas (pintadas sobre muros, casas marcadas, prendas que indican ventas ilegales) o de indicios corporales y rasgos fisonómicos que portan los sujetos de su 'misma clase social' (tatuajes, caras, formas de vestir). Esta situación declara una tensión interclase inducida por la injerencia de la propia política estatal. Sujetos expulsados como protectores vigilan a sujetos expulsados potencialmente peligrosos. Así, caracterizado como un fragmento de los mecanismos orientados a la gestión de conflictos, el programa no se opone, sino que de hecho se solapa a los mecanismos de custodia y represión tradicional, tanto como a las políticas de horizontalización y democratización de la seguridad aplicadas en la provincia.

Por otro lado, es posible señalar diversas dificultades que socavan el objetivo manifiesto del programa para disminuir el sentimiento de inseguridad en la ciudadanía. La reconstrucción realizada muestra que las críticas remiten tanto a la implementación de la política en su forma como a experiencias tensivas que se vivencian en relación a los protectores. Es en este camino que las percepciones y emociones expresadas por los vecinos dan cuenta de diferencias y distancias sociales con una fuerte impronta clasista. En el próximo capítulo, presentaré los resultados que lo ilustran, como forma de avanzar hacia el encuadre de las relaciones entre las experiencias en la ciudad, el sentir sobre la pobreza y la sensibilidad sobre los protectores.

sectores populares. Entre ellos, hacia el sur, se caracterizan los barrios: El Hornero, Lince, San Luis XV, San Luis XXIII, Lucas Rodríguez, 544 Viviendas, Félix Bogado, Manuel Lezcano, Estrella del Sur, Pucará e inmediaciones; y hacia el oeste: CGT, Rawson, La Merced, San Martín, 1° de Mayo, 9 de Julio y Libertad (La República, 9.11.2012, 25.11.2010 y 30.11.2010).

EL PROGRAMA DE SEGURIDAD COMUNITARIA EN EL CONTEXTO DE LAS EXPERIENCIAS SOBRE LA CIUDAD

Como veíamos hasta aquí, las políticas neoliberales en San Luis profundizaron la explotación agraria, industrial y tecnológica, junto al crecimiento urbano y la densificación demográfica durante las últimas décadas, generando un envés de estructuración signado por múltiples conflictos. Marginalidad, desempleo, pobreza, delincuencia, se revelan ante el afianzamiento del capital, que avanza a la par de la expulsión de miles de sujetos. Siguiendo este camino, en el presente capítulo me ocuparé de describir e interpretar un conjunto de malestares y padecimientos cotidianos que se consolidan en los sectores medios, como resultado de la dinámica que insume la expansión de estos fenómenos. El objetivo de identificar tales circunstancias, encuentra su razón en la tarea de contextualización comprensiva que demanda la sensibilidad existente respecto a los protectores del PSPPC.

Con el fin de profundizar sobre las relaciones entre procesos de estructuración y sentir, en primer lugar recupero las voces de los vecinos y su vivencia en el cotidiano transitar urbano. A través de la descripción e interpretación de fragmentos de entrevista, elaboro un argumento que –entre las claves del creciente anonimato, los riesgos asociados al delito y las prácticas cotidianas de resguardo–

evidencia las experiencias frente al orden de expulsión, atravesado por tiempos de batalla que se libran contra la sensación de ocupación y usurpación de los espacios, mediante el resguardo de territorios y la conquista del bien-estar. Desde una mirada enfocada en la ciudad, podremos observar cómo se configuran y a la vez revelan los ‘fantasmas de lo real’, atravesados por una lucha diaria (y consecuente soportabilidad) que busca efectivizar prácticas de control, vigilancia y represión.

Esto permitirá dar cuenta, en un segundo momento de indagación, de la perceptibilidad conflictiva que (sin pretenderlo) instituyó el programa en relación a los protectores, dado el diseño de una política que falla como totalidad estructurante, al exponer a los sectores expulsados; esto es, puesto que exterioriza y a la vez exhibe las sombras de conflictividad fantasmática existentes en la ciudad. Para dar cuenta de las principales críticas que los sectores de clase media han realizado al PSPPC, utilizo la encuesta que fue realizada en el año 2004 en el área céntrica de la capital, en correspondencia con las entrevistas efectuadas a modo de profundización en años posteriores.

I. EXPERIENCIAS Y PRÁCTICAS SITUADAS EN LA CLASE MEDIA

Mi ciudad está cambiando...

[Entrevista. Norman. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

En las instancias de entrevista sostenidas con los vecinos de la capital, aparecen dos nodos centrales que permiten dar cuenta de la transformación en la experiencia urbana. Por un lado, las relaciones de identificación y reconocimiento mutuo, así como los lazos de confianza, solidaridad y los entornos de convivencia, se modificaron

debido a la mayor magnitud en la escala de interacciones. En forma convergente, existe una percepción magnificada de riesgo, en donde confluyen la sensación de un anonimato creciente, la problematización del 'afuerismo social' y el sentimiento de inseguridad ante el delito, sobre los que se enlazan emociones de miedo, bronca e impotencia. En este complejo juego de tensiones, que exhibe la vivencia encarnada de riesgos y padecimientos, es posible comprender la disonancia que despiertan ciertos cuerpos, como existencia y presencia, a la vez familiar y extraña, frente a la expansión y el desarrollo de una ciudad que se escenifica como moderna y en progreso. El abordaje de esta situación me permitirá avanzar sobre la realidad problemática y conflictiva que supone la pobreza en tanto experiencia.

Estas relaciones no pueden ser comprendidas al margen de las tensiones y distensiones que implican los procesos de estructuración. Su alcance sociológico sólo puede ser estimado en enlace con las transformaciones que tomaron lugar en San Luis durante las décadas del '80 y '90, las cuales describí en el capítulo precedente. Especialmente en la capital provincial, el régimen de promoción empresarial modificó el sistema productivo, expandió y modernizó el ámbito urbano, alterando los marcos culturales y sociales, así como las condiciones de habitabilidad e interacción cotidiana. Esto significó un cambio en la lógica de reconocimiento entre los sujetos, dado por las múltiples fracturas en las relaciones de clase, en los hábitos del vivir y en los encuentros situados entre los sujetos.

Los contenidos que suponen estas referencias y que pasaré a caracterizar, son entendidos aquí en su carácter de cifra hermenéutica; como gozne interpretativo de las transformaciones de mayor alcance que han tomado lugar en la experiencia. En este sentido, a la hora de entender el modo en que los sujetos viven/sienten sus relaciones de con-vivencia, resultan significativas para establecer un enlace entre los procesos de transformación a escala social y la estructuración de las percepciones/emociones. Estas se vinculan,

como veremos, con modos novedosos de nominar a la figura de lo diferente, dar sentido a la acción social y reconocer los fenómenos urbanos, entendido esto en términos de los ámbitos ceñidos en los que toman lugar las experiencias.

A. Los de afuera, nosotros y los otros

En el corto transcurso de una generación, los puntanos fueron testigos de una metamorfosis en sus vidas, acompañados de cerca por un orden urbano ampliado, estructurado alrededor de circuitos de producción, intercambio y socialidades en muchos aspectos novedosos. Las relaciones cara-cara abrieron paso a vínculos de mayor anonimato, verificándose la presencia de un conjunto diferenciado de moradores, con una mixtura de viejos y nuevos residentes, autóctonos y foráneos, de diversa índole social. Individuos ‘cercaños’ a la vez que ‘desconocidos’, dibujan una pintura del mundo que contrasta con el pasado, marcada por las dicotomías entre lo conocido y lo desconocido, en donde los vínculos de confianza y solidaridad (que constituían un escenario predecible y de relativa seguridad) parecen haberse licuado en el tiempo.

Enrique: *...hace veinte, treinta años atrás acá en San Luis era totalmente diferente porque nos conocíamos todos, en cambio ahora en la actualidad ya ha cambiado muchísimo por la cantidad, por la industria, por todas esas cosas, bueno, ha venido mucha gente de afuera que-, pero antes vos decías si es fulano de tal y vos ya sabías quién era.*

E: por nombre digamos.

Enrique: claro. *Aparte no era tanta la cantidad de gente que había, entonces no eran tantos los barrios tampoco, eh, y vos decías “voy al barrio ‘x’” y sabías donde era, ahora vos decís “voy al barrio treinta y cinco viviendas” y tenés que salir a preguntar*

dónde es –E: Claro– porque no sabes donde es. [Entrevista. 59 años, comisario retirado, originario de San Luis. Abril de 2011]

La transformación en las lógicas de habitabilidad y encuentro (que comportan a su vez, *mutatis mutandis*, cierta correspondencia con el espacio físico), recartografiaron los límites que demarcan la frontera entre el afuera y el adentro de lo comunitario. La densificación demográfica y el crecimiento urbano dieron forma a espacios de múltiples pliegues y porosidades donde el conocimiento interpersonal, las relaciones de comunidad y los vínculos cara-cara (que son fundamento de los mecanismos informales de control y vigilancia mutua) perdieron vigencia relativa. El número indeterminado de barrios y contextos de residencia, mediados por el número creciente de habitantes, con-formaron igualmente escenarios ampliados que generan desconocimiento y anonimato.

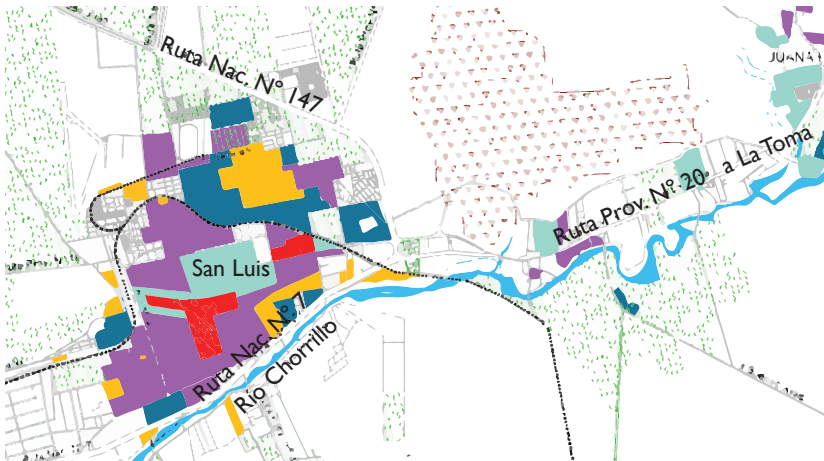
La vivencia de este *puzzle* toma forma en la convergencia de *tres ciudades*. Primero, la ciudad tradicional-histórica, que yace como marca imborrable en las experiencias de infancia y niñez, así como en contadas materializaciones de edificios, espacios públicos, diagramaciones y estilos urbanos de época que perpetúan su presencia durable en el casco céntrico. Segundo, en la ciudad industrial, que transformó los usos del espacio a través de la modernización de la infraestructura y la expansión urbana, con fábricas y obras extensivas de transporte y servicios. Y, finalmente, la ciudad digital, que es impulsada y dinamizada por las empresas del nuevo siglo, los edificios tecnológicos y las autopistas de la información, que es también atravesada por la política de una ‘ciudad verde’, implicando procesos de re-edificación, renovación estética y parquización.

En la confluencia de estas tres ciudades, toman forma de manera simultánea las externalidades del desempleo, la pobreza y la delincuencia, haciendo estallar lo social en una multiplicidad de

fragmentos materiales y simbólicos. La demarcación de áreas es una forma privilegiada que expresa esta situación. Los estados de fractura de clase se evidencian en el espacio físico, delineados por zonas residenciales y emprendimientos cerrados que contrastan con los sectores de clase media, los barrios asentados por la política de vivienda provincial y las áreas marginales.

MAPA N°2
GEOREFERENCIACIÓN DE LA CIUDAD CAPITAL SEGÚN ESTRATO SOCIO-ECONÓMICO
SAN LUIS 1975-2000

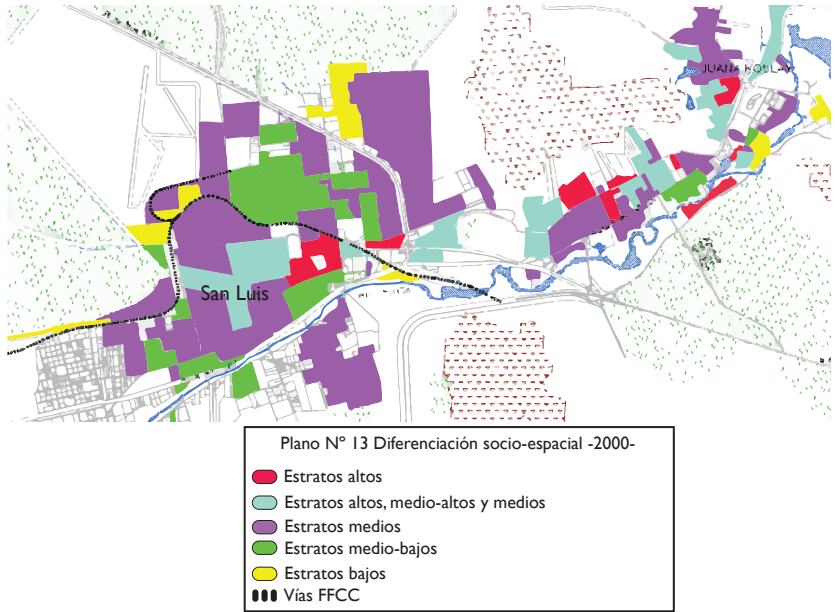
GEOREFERENCIACIÓN - 1975



Plano N° 10 Diferenciación socio-espacial -1975-

- Estratos altos
- Estratos altos, medio-altos y medios
- Estratos medios
- Estratos medio-bajos
- Estratos bajos
- Vías FFCC

GEOREFERENCIACIÓN - 2000



FUENTE: SEGOVIA (2010: 237, 353)⁹³

Las imágenes del mapa N°2 permiten comparar dos momentos temporales (1975/2001), mostrando que las zonas más urbanizadas, con mejores condiciones habitacionales y estructura de servicios en la ciudad, coinciden a lo largo del tiempo con los estratos de

93 En su trabajo de investigación, Segovia (2000) presenta diversos mapas de diferenciación socioespacial para San Luis, distinguiendo entre barrios, emprendimientos cerrados y planificaciones privadas, y edificaciones del Estado que son identificadas como de “interés social”; destacando también viviendas informales, auto-construidas y con irregularidad legal, en comparación a casas quinta y complejos no planificados que pertenecen al sector medio y alto. Opto por no incorporar el conjunto de estas cartografías para no sobrecargar la información en estos párrafos, que considero ilustrativos de un proceso de mayor envergadura.

mayores ingresos socioeconómicos. Sin embargo, las transiciones que observamos en el capítulo anterior, dan cuenta a su vez de cambios significativos en la dimensión socioespacial. La topografía centro-periferia, que puede ser considerada típica de la fase industrial, configurada por círculos concéntricos sucesivos, dio paso a estados de segregación habitacional y fragmentación. Es así que los sectores de clase alta erigen actualmente enclaves escindidos que siguen el paso al desarrollo inmobiliario; complejos habitacionales privados se configuran como entornos asegurados y exclusivos, fortificando fronteras que cierran las posibilidades de interacción a 'lo externo'. Por este camino, el urbanismo estratégico está reordenando y moldeando la ciudad como utopía, a través del orden asignado tanto a los sitios de producción y esparcimiento, como a los edificios, las calles y la traza urbana como totalidad. A su vez, dispositivos de seguridad, fibras humanas y tecnologías han abarrotado los espacios céntricos y comerciales, mientras ciertos escenarios privados (*countries*, hipermercados y tiendas de consumo masivo) tienden a reproducir una homogeneidad segmentada, favoreciendo la vigilancia iterativa como una condición necesaria para garantizar el pleno disfrute del consumo y del tiempo libre.

La ciudad se compone de esta manera como un espacio de múltiples lugares, en donde los contornos de lo cotidiano adquieren su forma desde las tonalidades que imprime la experiencia limitada y parcial -no siempre asociada a una interacción efectiva y, por lo tanto, configurada doblemente por lo habitado y lo imaginado, por el enlace entre experiencia y mediatización, vivencia y referencia. En estos términos, las posibilidades de reconocimiento mutuo, el control del desplazamiento y la circulación, que en la unidad del espacio tradicional eran posibles, perdieron su alcance y operatividad. Hoy, la ciudad comporta un alto grado de densidad, cuyas características inéditas defi-

nen la sensación de vivir y transitar lugares inexplorados que son habitados, a su vez, por sujetos desconocidos.

Enrique: ha venido mucha gente por ahí que uno ni siquiera sabe qué son, pero es como le decía; le decía: *antes conocíamos quien era este, quien era este, quien era este (...)* ya estamos pareciéndonos a Buenos Aires, que vos vivís en Buenos Aires, y “¿quién vive al lado?”, “ah no sé”, cada uno hace su vida (...) bueno, nosotros como te digo hace tantos años que estamos viviendo acá, *conocemos, pero hay otra gente que ha venido que no sabemos quién son, de dónde son, ni que función cumplen ni nada por el estilo.* [Entrevista. 59 años, comisario retirado, originario de San Luis. Abril de 2011.]

Para muchos vecinos, la ciudad es una interrogante en el que experimentan sucesos inéditos con los cuales están aprendiendo a convivir. La imposibilidad de nombrarlos, de otorgarles un designante rígido, es un indicio claro de esta experiencia. Regularidad y normalidad son parte de aquello que puede ser identificado (barrios, calles, sujetos, situaciones), ofreciendo un punto fijo ante la percepción de un mundo en movimiento. Cuando este sentido práctico en la interacción con el mundo se perturba, adviene un centro de tensiones a partir del cual se (re)crean conflictos. Súbitamente se revela una ciudad fraccionada, vuelta múltiple, evidenciada en la ausencia de un sentido nominal o, en todo caso, en su falta de permanencia temporal, que no permite (re) conocer nombres, sentidos e intenciones en los otros.

En esta dirección se dirige la cita inicial a este apartado. “Mi ciudad está cambiando”, es una expresión que fue utilizada por uno de los entrevistados mientras ironizaba sobre el *slogan* publicitario del gobierno municipal (“mi ciudad está cambiando,

porque cambio yo también; mi ciudad se siente bien”)⁹⁴, tensionándolo con sus experiencias, la memoria de la niñez y sus representaciones sobre la vieja ciudad. Tal como evidencia en sus palabras, aquellas se desvanecieron como realidad vivida, quedando retenidas como una sola evocación nostálgica; mientras que el San Luis del progreso se desluce y a la vez se desenmascara como un espejismo del desarrollo. En este contexto, se hace presente el horror de lo concreto. La presencia de la pobreza, la delincuencia, la inseguridad, son la contracara del crecimiento económico y el desarrollo urbano. En un entorno que se transforma crónicamente, reconfigurando los haceres y sentires, se produce un desfonde de lo conocido. De este modo, la experiencia sensible de lo que se vive y siente (en tensión con lo que ‘se dice’ políticamente que debería ser sentido), no siempre se “siente bien”.

Norman: en ese tiempo, que nosotros llegamos al barrio, como en ese tiempo en San Luis, *vos podías dejar las puertas abiertas; innecesariamente ponías rejas, no eran necesarias (...)* quedaban las bicicletas en la calle, al otro día te levantabas y sabías que estaban en el mismo lugar, que las pelotas de fútbol si no se las llevaba un vecino te llevabas vos las pertenencias de otro vecino que se lo olvidó en la cancha de fútbol, que, que en los barrios siempre hay una canchita, la placita; te olvidabas objetos personales y al otro día o te lo devolvían o ibas al lugar y lo encontrabas. *Hoy en día es casi imposible dejar un, una ventana sin rejas, o sin persianas, porque no sabés si llegás y la encontrás forzada, si encontrás un vidrio roto.* [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

94 Pertenece a la gestión municipal de Alicia Lemme (2007-2011), alineada al saaismo, que es la fuerza política tradicional en la provincia.

Charly: antes vos dejabas, que sé yo, afuera un auto abierto, dejabas los vidrios bajos, no había problema, *ahora no podés hacer nunca más eso*. [Entrevista. 44 años, empleado de industria, originario de Mendoza. Enero de 2011]

En el recuerdo del pasado se impone el sentido de la repetición de lo perdido, pero también la memoria de su destrucción, de su muerte, particularmente en relación con los estilos de vida. La experiencia manifiesta un deterioro de la seguridad, por la pérdida de la confianza y la dislocación de las viejas (y no tan viejas) convicciones de la vida en comunidad. El ejemplo más claro se presenta en los ‘cierres de aberturas’: ventanillas y ventanas, puertas y persianas, automóviles y casas. En el tiempo actual, las llaves y las rejas designan la materialidad de un conflicto que desde un exterior pretende expandirse e invadir el espacio de lo íntimo, de lo conocido, llevando a la imposición del ‘cierre’ de aquello que desea ser asegurado. De este modo, la experiencia de densificación urbana se transversaliza con el orden de expulsión, ocupando un lugar clave de lectura el problema del delito y la inseguridad.

Norman: lo que te decía de Buenos Aires; viste que lo primero que se vio, la primera división que se dio fue en Buenos Aires que es una de las ciudades más grandes, otra de las ciudades más grandes es Córdoba –E: Claro–. Si seguimos por otra de las ciudades más grandes, bueno, Santa Fe también es una de las ciudades grandes, en Mendoza, *y así vamos a ir ciudad tras ciudad*, bueno, *y así ya nos está tocando a nosotros vivir toda esta problemática, ¿no? de que a medida que va creciendo la sociedad va creciendo la inseguridad, va creciendo todo*. [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

Claudio: *me parece que el tema de la delincuencia, de los robos, bah, me parece que tiene una escala creciente por la situación de la sociedad, por todo; me parece que tiende a ser cada vez más complicado y no al revés.*

E: ¿usted me habla de la pobreza, de...?

Claudio: sí, de todo en general digamos, de toda la situación social digamos. Lo que pasa que cada vez te llevan más a que vaya creciendo esto, no sé si tanto acá pero en otros lados, y me parece que si acá pasara algo similar, no, *no vamos a estar preparados, ni la policía, ni los vecinos* (entre sonrisas), ni nadie va a estar preparado para soportar un hecho de violencia importante ¿no?

E: ¿usted está pensando en las cosas que pasan en otras ciudades?

Claudio: en otras ciudades. *Y si viniera, en alguna medida viniera algo de eso acá, va a costar para que nos acomodemos viste, de todos lados, de todo punto de vista* –E: Claro–, *la sociedad en general, viste, la policías, la gente, los vecinos, todo el mundo, viste. Te pone en alerta y no es fácil viste.* [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Enero de 2011. Abril de 2011]

Como se observa en estas citas, un segundo nodo por el que pasa la actualización de las interacciones, de las formas de identificación y reconocimiento mutuo, está constituido por los riesgos. En confluencia con el creciente anonimato urbano y en tanto cifra de los procesos de recomposición de la experiencia, se estructuran padecimientos cotidianos en los sectores medios que toman como referencia ‘causal’ el terreno que ruptura sus seguridades: el orden de expulsión. Así, la vivencia del delito se evidencia en las imágenes y relatos sobre la ciudad como un factor cosificado, desanclado y vivo; un fenómeno que pareciera estar presente ‘en todas partes’. En este camino, los entrevistados afirman que, en términos generales, la ciudad es “segura” y sus zonas de

residencia son “tranquilas”, sobre todo en comparación con otros centros urbanos cuya conflictividad ‘conocen’ por los medios de comunicación.⁹⁵ Sin embargo, reconocen que los episodios de “inseguridad” asociados al delito, las bandas y la droga, son cada vez más frecuentes, representando un fenómeno extendido y expansivo. Desde allí, se disparan construcciones de sentido sobre una ciudad que parece dominada por criminales, “siempre vigilantes” y al “acecho”, según expresan algunas narraciones.

Waldo: hay lugares, casas por ahí que son visitadas por este tipo de gente ¿me entendés?, *que bueno, son vigilados y cuando la gente se va se mandan y te roban lo que sea*, los desvalijan, que se yo; *pero pasa en toda la ciudad*. [Entrevista. 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010]

Claudio: *te puede pasar en cualquier momento eso*, me parece que no es que estemos libres de, de los robos de, no, pasa.

E: como una cosa natural.

95 Soledad afirma por ejemplo: “en San Luis no tenemos muchas, muchas, muchas cosas raras, muertes, asalto. Hay mucho ratero mucha gente que, que roba para comer a lo mejor o para drogarse, acá no tenemos esas cosas que se matan, gracias a Dios ¿no?” [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]. No es menor destacar que en la provincia existe una alta concentración de medios de comunicación en la élite política, sobre todo en las áreas de prensa, editorialización y radiodifusión. Esto tiene por lo menos dos consecuencias: primero, que el circuito informativo -sobre todo el que abarca el estatal/gubernamental- se encuentra fuertemente controlado; esto resta posibilidades para que la ciudadanía ejerza regulación y encuentre fuentes autónomas de información. Por otro lado, la construcción referencial de muchos acontecimientos está mediada por los agentes de alcance nacional, que por lo general no prestan atención a los problemas locales. Así por ejemplo, de acuerdo a un informe elaborado por la Dirección Provincial de Estadísticas y Censos en 2008, se verifica que el 94% de los hogares del aglomerado San Luis-El Chorrillo cuentan con televisión satelital o por cable y que el 34,67% utiliza habitualmente Internet (aunque sólo el 13,25% tienen acceso directo).

Claudio: me parece que va a, puede pasar en cualquier momento digamos.

[...] *están al acecho (...) vos no te podes descuidar, no te podes descuidar; tenés que estar alerta; alerta siempre, siempre, siempre.* [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Enero de 2011. Abril de 2011]

Norman: imagináte que en mi oficio que es vendedor y que todo el tiempo estás con gente es una charla inevitable, a veces hasta se torna desagradable hablar de lo mismo, *pero es lo que aqueja a la sociedad hoy en día, es el problema mayor que tenemos actualmente en la sociedad.* Es inevitable hablarlo, tanto con amigos, con colegas, con gente conocida o simplemente cuando vas al banco o cuando vas a hacer una cola para pagar la luz o cuando estás esperando en el kiosco para que te cobren; es inevitable hablar de la inseguridad y de todos estos problemas que estamos charlando, *es lo inevitable.* [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

Las vivencias y sentires de los sujetos se ven atravesadas por una especie de 'lógica del asalto': alguien se ha apropiado de la seguridad en la ciudad, en forma ilegítima, instalando el sentido de una pérdida. En este contexto, se produce la identificación de responsables, como proceso de personificación del malestar sobre la trama de conflictos que se experimenta. El sentir clasista adquiere anclaje sobre corporalidades específicas, a través de la vivencia de la alteridad y sus rostros, por las relaciones de proximidad y distancia, cercanía o apertura entre los sujetos, establecidas en el espacio social. Así, se compone la perceptibilidad de figuras amenazantes y la puesta en juego de un conjunto de emociones, como la desconfianza y miedo que se despliegan en términos de bronca e impotencia sobre los sectores expulsados; es decir, sobre aquellos individuos que pueden ser identificados como perpetradores.

En este sentido, ante la pregunta por las raíces que llevaron al desfonde de sus seguridades, uno de los elementos tematizados por los entrevistados fue el afuerismo, en referencia a personas provenientes de otras ciudades. Los vínculos múltiples entre lo local, lo limítrofe y lo externo, llevan a la utilización de metáforas como las del “contagio” y la “invasión”, que adquieren sentido, en términos históricos, en el proceso retrospectivo de crecimiento y consecuente transformación de la ciudad.

E: ¿qué le parece que ha ido cambiando en San Luis para que vayan pasando estas cosas, digamos?

Claudio: y, *yo creo que acá tenemos el problema de la gente que viene de afuera, de otros lugares buscando, viste, estar mejor*; por ahí se encuentran que no es tan así, viste. Eeh, hay barrios donde son complicado el tema de /.../ *me parece que está haciendo mucho daño la droga, es un flagelo importante la droga viste, y está, existe, y esas cosas complican a la sociedad, con los jóvenes, los chicos cada vez, los encontrás a la vuelta de tu casa viste, en cualquier lado. Así que...*

E: o sea, diríamos como dos cosas centrales: por ahí una ciudad que ha ido cambiando con gente que viene de afuera, que no es la misma...

Claudio: y que va creciendo, *la ciudad crece, cada vez somos más, viste y, y se van contagiando de cosas de las grandes ciudades (...)* [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Enero de 2011. Abril de 2011]

Norman: la sociedad puntana, por decirlo de alguna manera, ya no es la misma de antes *porque nos vemos invadidos por un montón de gente que ha venido del interior del... país digamos*. Entonces, de Buenos Aires, de Mendoza, de San Juan, de Córdoba; y bueno, y la sociedad va cambiando, se va modernizando y *dejamos de ser lo que era el San Luis tranquilo,*

ameno y amigable que éramos en ese momento; y más que nada este barrio, porque, bueno, si bien había unos barrios un poco carenciados, pero no eran peligrosos como con el transcurso de los, de los años; ya se empezaron a volver peligrosos, inseguros, que no podés caminar de noche. [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

Además de abarcar el afuerismo, las experiencias de lo forastero y lo peligroso se tematizan con referencia a zonas colindantes o comunidades afincadas en las cercanías del sitio residencial. Se trata de menciones que territorializan el conflicto de clases, identificando y nominando áreas problemáticas por sus condiciones de desempleo y delincuencia, la presencia de bandas juveniles y droga, así como de ciertos lugareños y familias representativas. Se habla también de una delincuencia emplazada en el propio barrio, asociada a ladrones de poca monta o jóvenes/adolescentes que viven situaciones de desprotección familiar. Surge de esta manera un panorama en el que la construcción de la diferencia agudiza la desconfianza hacia sujetos tanto lejanos como próximos, por la presencia de ‘los sospechosos de siempre’ (los pobres) y aquellos que son identificados como ‘extraños entre nosotros’.

E: vos decís que en general tu barrio es seguro digamos, no pasan muchas cosas (...) ¿pero qué sensación te da en sí la ciudad?

Waldo: ¿en sí la ciudad?

E: de San Luis, digamos.

Waldo: y, *tiene sus lugares, sí, bastantes complicados, ¿me entendés? Sin ir más lejos tenemos acá el problema que hubo en el barrio ‘x’ con toda esta gente que, bueno el barrio ‘x’ viste que están todos los ‘y’ [menciona un apellido], creo que eran, esos que les incendiaron las casas. Y bueno, es gente peligrosa realmente, es una, una /.../ yo tuviera que vivir ahí ya no, me*

hubiera ido directamente (...) porque yo estoy acostumbrado a vivir de otra manera, no puedes estar, y no es por desmerecer a nadie. [Entrevista. 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010]

Claudio: hay un barrio por ahí acá, el 'x', viste, todos esos monoblock que...

E: el barrio 'x' [con la intención de afirmar].

Claudio: viste los monoblock de acá, *que saben que hay malas cosas* y que sé yo, dicen. *La verdad que uno más de acá de la gente, los vecinos, no conoce.*

E: ¿acá el barrio, en la zona del barrio? usted me dice que...

Claudio: no, es tranquilísimo, tranquilísimo. [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Enero de 2011. Abril de 2011]

Soledad: *¿no ves la juventud?* Hay un... los otros días hablando con la gente, con clientas, lo que pasa es que la corrupción y la droga es porque hay mucha desocupación, hay chicos que terminan quinto año y no saben qué hacer, porque no... acá y creo que en todos lados, y creo que acá es una de las provincias que no se ve tanta cosa, hay otras provincias que están de terror, pero hay mucha desocupación. A mí me da la impresión que es eso, que los chicos no tienen, esteee, eeeh... no saben qué hacer porque no hay trabajo digno. [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

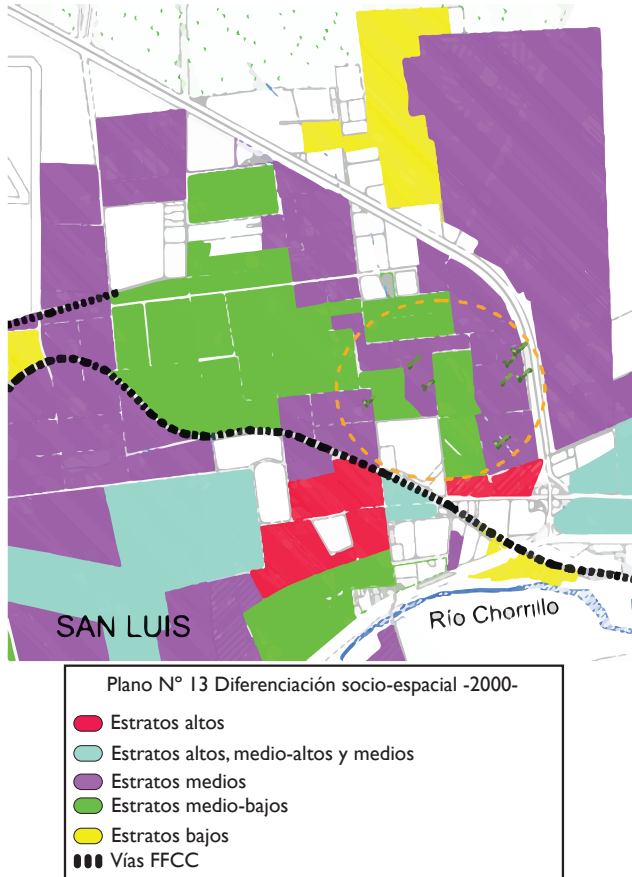
Como se observa, la sensación de riesgo y el sentimiento de inseguridad tienden a organizarse en relación con entornos socio-espaciales y socio-corporales definidos, reconocidos y cercanos. La vivencia remite a sectores pobres y marginales, fomen-

tados a su vez por los procesos de migración interprovincial.⁹⁶ En tal caso, la relación de distancia social entre los vecinos y estos sectores se configura a partir de dispositivos clasificatorios que remiten a lo conocido/lo desconocido, a los *insider/outsider* geográficos, atravesados por la jerarquización socio-económica y la gradación sociocultural que implica su inscripción de clase.

Si, de hecho, nos situamos en las coordenadas cartográficas de las entrevistas realizadas, podemos observar que las referencias toman sentido en las materializaciones que evidencian el espacio físico y social; según aquello que los hogares y los sujetos 'poseen', sintetizado en la 'forma del barrio' (de clase media) que se tensiona con la proximidad de otros estratos. En el contexto cercano al 'nosotros' que describen los vecinos entrevistados (color violeta en el círculo de la imagen), se espacializan sectores medios-bajos que se sitúan en una suerte de contigüidad difusa (color verde en la imagen); y más allá de lo que podría ser entendido como un entorno directo para las interacciones, se presentan, por un lado, los estratos medios-altos y altos (colores celeste y rojo en la imagen, respectivamente) y en un lugar periférico se visibilizan por otro lado los estratos bajos (color amarillo).

96 Por otro lado, no hemos encontrado ninguna alusión al origen nacional de los sujetos, aun cuando en la ciudad existen comunidades bolivianas, peruanas y chilenas, entre otras, que resultan significativas.

MAPA N°3
 REFERENCIA GEOGRÁFICA DE LAS ENTREVISTAS
 DISTINCIÓN SEGÚN ESTRATO SOCIO-ECONÓMICO



FUENTE: FRAGMENTO DE CARTOGRAFÍA SELECCIONADO, SEGÚN LA ELABORACIÓN EJECUTADA POR
 SEGOVIA (2010: 353)

En este mapa, la espacialización fragmentada de los estratos da la pauta de un quiebre respecto al modelo industrial centro-periferia. Las zonificaciones de clase se definen conjuntamente por la topografía de relaciones materializada objetivamente en el espacio y las experiencias colectivas entre los sujetos, en tanto malla de sentido que desborda las meras referencias individuales. De este modo, la instantánea fotográfica que es posible construir a través de los relatos de los sujetos aloja y evidencia una cartografía *social*, configurada por los entornos de interacción existentes, por las fronteras dibujadas intersubjetivamente, por los contornos del tiempo vueltos piedra. Desde aquí, entonces, se compone un primer sentido de las formas del sentir en la ciudad, de las relaciones con los otros en términos de lo compartido y lo vecinal. Espacios comunes que, como veremos también en el último capítulo, son marcados fuertemente por la inscripción de valores, creencias, formas del hacer y del tener, re-conocidas como propias (y en tanto propiedad) de la inscripción de clase.

Esto permite entender el sentimiento de inseguridad que despiertan ciertos 'tipos de gente' dentro del propio barrio, y la sensación de amenaza que producen los cuerpos que provienen de su malla exterior. Los primeros son esos otros cercanos que habitan en vecindad pero que son identificados como peligrosos, mientras los segundos aparecen como extraños que desbordan su lugar de pertenencia. Estos contornos del sentir y el vivir, desmienten de algún modo el mapa de una ciudad que se escenifica en desarrollo y progreso, en la que prima la inclusión, redibujando su geografía mediante múltiples quiebres.

Allí donde las distancias sociales se profundizan y se instala la preferencia por los encuentros interclase, donde la ciudad se convierte en un lugar en el que los sujetos no se ven, no se encuentran, no se rozan ni se hablan, va emergiendo el espectro de un otro en distancia, que no-es-como-yo, si bien a veces se encuentra cercano en el espacio. Portadores de formas de vida y prácticas disonantes, la identificación de estos sujetos se establece sobre un marco de diferenciación cuya

antítesis está dada por la existencia del ‘nosotros’, incorporando sentidos culturales y actitudinales. En particular, se moldea desde la oposición entre el trabajo y la delincuencia, como dispositivo cultural que delimita el patrón moral de ‘excelencia’, ‘bondad’ y ‘nivel’ que existe en los sectores medios.

Soledad: *tenemos un lindo barrio, no sé si es porque la gente lo hace, porque todo creo que es la, lo /.../ a mí me tocó en particular unos vecinos excelentes, un barrio tranquilo, es un barrio pavimentado, iluminado, buena gente y trabajadora* (destaca). Yo tengo ese barrio, o esa cuadra, *pero te puedo llegar a hablar del mismo barrio a tres cuadras para allá que me entero que sí, que roban, que esto que el otro.* [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

Waldo: es un barrio bastante tranquilo te digo, ¿me entendés? Dentro de todo es gente bastante, estee, es gente trabajadora, gente, eeh, *es gente trabajadora y es gente muy buena acá viste, si bien ha habido algunos robos pero no es gente de acá, es gente de otros lados (...)* y bueno, que normalmente pasa por acá ven algo y bssst (como haciendo un ademán de hurto). Pero no, *acá la gente es, la gente es buena.* [Entrevista. 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010]

Claudio: dentro de todo es un lugar seguro, yo no noto que sea inseguro tampoco.

E: ¿y qué te parece que lo hace seguro?

Claudio: *yo creo que es el nivel de gente (...)* por lo general son gente que hace muchos años que vive –E: Claro–, *gente que tiene su estabilidad económica* entonces es muy raro de que se produzca... [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Enero de 2011. Abril de 2011]

La referencia al trabajo y, por lo tanto, también a su dimensión cultural y ética (Bauman, 2000), constituye una bisagra en el acto de diferenciación y puesta en distancia entre el nosotros y el ellos. Un barrio tranquilo en términos de seguridad, o lo que es su homónimo, un buen barrio (medioclasista, pavimentado e iluminado), se compone de gente de “nivel” y “estabilidad”. Esta referencia permite observar que el mapa cartográfico, el territorio de clase y la frontera social se adecúan, de modo tal que los muros mentales que se van instalando en relación a los ‘otros’ (que colindan a sólo dos o tres cuadras) se definen por un estar fuera, conformado por un espacio otro, un entorno diferente que en el mapa urbano impugna la vivencia de clase. En tal caso, el problema se instala cuando esos cuerpos diferentes, que no pertenece ni espacial ni simbólicamente a este (nuestro) lugar, “pasan” por el barrio. La figura del forastero no es representativa en este caso de lo exótico y atractivo, sino de la incertidumbre, del miedo e incluso de la repulsión que produce aquello que se tensiona con lo familiar, en un sentido a la vez cultural, económico y de estatus social.

Norman: digamos que la gente que está en ese barrio, en el barrio ‘X’, es gente digamos, nos conocemos entre todos, salvo alguna que otra persona que se ha mudado o que alquila, pero *en general la gente de ese barrio y alrededores, ahí, en esas manzanas que te comentaba recién, son gente, son familias, gente trabajadora, de recursos medios por decirlo de alguna manera.* [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

La correspondencia (o no) con lo deseable, esperable y requerido socialmente, en un sentido que no sólo es valorativo sino también normativo, toma por dato central la estimación del trabajo. Se trata de un topos cultural que propicia la tensión entre el esfuerzo y las buenas actitudes, en oposición a la holgazanería y el mal comportamiento. Desde este punto de vista, la desigualdad plasmada en el espacio en tanto posesión de un buen barrio adquiere

sentido en las brechas y oportunidades que reproducen y acentúan los sujetos industriosos, cuyo combate cotidiano es el progreso, en oposición a aquellos que procuran otros medios de subsistencia.

Como veíamos en citas anteriores, las diferencias espaciales se vuelven particularmente claras ante el temor al acecho, frente a figuras amenazantes que provienen del afuera, como si hubieran saltado algún muro de reclusión o violado alguna frontera que corresponde a 'su lugar de origen'. Frente a la lógica del asalto –y conforme a la sensibilidad que inscribe el sentir clasista–, adviene el deseo por 'vivir tranquilos', alojado en la posibilidad de reprimir a quienes impiden el disfrute del consumo de mercancías; sobre todo, en referencia a la propiedad de los espacios hechos por nosotros y para nosotros: el hogar y sus adentros.

Un primer mecanismo de protección está dado por la definición e imposición de alertas contra quienes portan el rostro de lo peligroso. Identificando lo distinto, lo fronterizo o extranjero, puede el sujeto representar una ciudad 'desconocida' por proximidad a la realidad que 'sí conoce', por la división en zonas, barrios y sujetos identificados e identificables por su figura anatómica y sus marcas de clase. Es en estas retículas que la pobreza se instala como una figura especular cargada de sentido; objeto de atribución sobre el que se elaboran y cristalizan, en tanto práctica, muros mentales y fronteras sociales.

La construcción social de esta experiencia se dispara entre dimensiones cognitivas y evaluativas, pero también afectivas. Es así que, ante individuos reconocidos como peligrosos, desconocidos pero muchas veces identificables, un magma simbólico va imprimiendo sentimientos de impotencia, bronca y miedo, como parte de la vivencia colectiva de los riesgos.

E: cuando te, cuando te robaron a vos ¿cómo te sentiste ahí, en esos momentos digamos; qué sensación te produjo?

Charly: Y, *la sensación que siente toda persona, la impotencia*. [Entrevista. 44 años, empleado de industria, originario de Mendoza. Enero de 2011]

Norman: me genera mucho miedo de que a las personas que me rodean les suceda algo, no a mi persona porque más allá de que uno no se puede defender de un arma de fuego por ejemplo, de un arma de la que sea, por ahí la salud propia o personal de uno no es tan importante como la de las personas que lo rodean, tanto sea esposa, hijo, sobrinos, primos, tíos, novia. *Digamos que a lo que uno tiene miedo es por lo que le puede suceder a su entorno, a su entorno más que en lo personal*. Y sí, *genera como te digo en un principio muchísima bronca, muchísima impotencia y miedo, sí*. [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

Claudio: siempre viste que, *te queda como una psicosis, de lo que te entran viste, te queda como una cosa de que te cuidas de todo viste*.

[...] *una sensación bastante fea, fea, fea* porque, es como, no sé, medio raro viste, por más que te lo cuenten viste, *una cosa me parece que es que te lo cuenten y otra cosa es vivirlo realmente*, es complicado, es complicado.

E: ¿Usted diría miedo o... otra cosa?

C: No sé si miedo, no sé si miedo; *me parece que es una sensación de que te sentís muy indefenso*, viste. [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Enero de 2011. Abril de 2011]

La descripción de emociones resulta fundamental para otorgar significado al mundo; y cuando éstas se encuentran asociadas al desagrado (“feas” sensaciones, como afirma el último entrevistado) tanto como a estados de impotencia e indefinición (según la prime-

ra y segunda cita), es posible comprender la evocación constante del miedo y la bronca. El estrés psicológico (Vuanello, 2003: 82, 95) alimenta la sensación de amenaza y desborde del entorno, produciendo sentimientos como pérdida de libertad, incertidumbre y opresión que se acompañan de malestar físico (dolores, trastornos del sueño y la alimentación, bloqueo de la conducta) y de procesos psíquicos específicos (culpa, pérdida de autoconfianza y problemas de concentración), entre otros.

Así, los estados de tensión y padecimiento que generan el anonimato creciente, la desconfianza interpersonal, el sentimiento de extranjería disonante y el miedo enraizado ante el delito en términos de experiencia, organizan formas de percepción/emoción que evidencian una profunda indefensión. El malestar circunda el entorno de los sujetos, como un problema que rige la esfera individual, familiar y amical. La conciencia de que esos peligros existen y ‘son reales’, en una ciudad fragmentada y poblada por forasteros y potenciales enemigos, convierte la vida diaria en una suerte de paranoia urbana, llevando a un estado de tensión y atención permanente; es por eso que “te queda como una psicosis... como una cosa de que te cuidás de todo”.

Estas emociones no se revelan como una consecuencia necesaria de la victimización frente al delito. Como parte de la experiencia cultural, influenciado por las redes de información, las referencias de terceros y los medios de comunicación, el miedo suele anteceder a las circunstancias de efectivo padecimiento (Kessler, 2009: 173; Vuanello, 2003), siendo así un modo mediante el cual el sujeto define su experiencia en la sociedad de riesgos (Bauman, 2007), como creencia arraigada en la sensibilidad y predisposición hacia el entorno. Como punto representativo de esta experiencia, los vecinos se dicen rodeados, cercados; impotencia, miedo y bronca se constituyen como emociones típicas ante la posibilidad permanente de que algo malo suceda y, sobre todo, ante la dificultad

de actuar en consecuencia; es decir, ante la falta de un arma (esto es, un medio social de defensa) que permita resguardar el bienestar y la propiedad del nosotros.

Es precisamente ante esta sensación de indefensión que emergen las voluntades de respuesta y acción por parte de los sujetos.

Claudio: tenés más, está más encerrado uno en su propia casa que, que los delincuentes viste, *y eso es lo que hay que revertir, tenés que volver a tener la libertad que, es como que te falta la libertad y no te, y es normal* –E: Claro–, se vuelve algo normal. [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Enero de 2011. Abril de 2011]

Norman: y uno piensa hasta cuándo vamos a aguantar y hasta cuándo vamos a seguir con lo mismo, *cuando vamos a hacer algo nosotros para que esto cambie*. [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

Las experiencias cognitivas, afectivas y evaluativas que traman el mal-estar, producen un sesgo de afectación (por relación a cierto tipo de afectividad) que se solapa a un deseo por intervenir y modificar la realidad. Así, recordando a Charles Darwin, Arlie Ruseell Hochschild señala oportunamente que las emociones pueden ser un sustituto del comportamiento, actuando como un *action-manquéé* (“podemos enfurecernos en lugar de matar”) o bien ser un prelude de la acción que se pretende realizar (Hochschild, 2008: 152). La paráfrasis de la destrucción del otro es por esto una cifra de la re-conquista de la libertad perdida: frente a la normalidad de la impotencia y el miedo, se libera una lucha contra quienes se han apoderado diferencialmente de la tranquilidad y la seguridad. En el siguiente aparato abordaré un conjunto de prácticas representativas de esta situación, desde el lugar metonímico que suponen las acciones de vigilancia y resguardo.

B. El hacer cotidiano de la seguridad

A partir del entramado de sensibilidades que veíamos en el apartado anterior (entre la percepción de anonimato, fragmentación y afuerismo, asociadas a la erosión de la confianza, la solidaridad y la convivencia, vinculadas a su vez a las emociones de miedo, bronca e impotencia), adquieren viabilidad diversas estrategias y prácticas de seguridad orientadas a gestionar los posibles panoramas amenazantes. Estas toman lugar en un contexto institucional de relativa desatención.

La naturaleza polimórfica que reviste la conflictividad urbana, enfatizada por el carácter ampliado del sentimiento de temor al delito, lleva a que en la actualidad los recursos públicos destinados a la seguridad resulten insuficientes para cubrir la diversidad y complejidad de las demandas ciudadanas. Esto se especifica, por ejemplo, en el espaciamiento territorial de acuerdo con las características de los aglomerados urbanos. El informe del Barómetro de la Deuda Social Argentina muestra que los servicios de “vigilancia y patrullaje policial”, así como la “distancia a comisarías, destacamentos y puestos policiales”, se encuentran diferencial y desigualmente distribuidos según los estratos. El porcentaje de hogares sin custodia regular en las inmediaciones de la vivienda y con establecimientos policiales a más de diez cuadras, se reduce a medida que pasamos desde los sectores altos afincados en zonas residenciales, a la clase media localizada en barrios, hasta descender a las poblaciones asentadas en zonas periféricas y villas (Salvia, 2011: 69 y ss.). En este marco, los sectores medios pueden ser considerados los más afectados por el delito, mientras que los sectores bajos se ven invadidos por el sentimiento de inseguridad.⁹⁷

97 “De los datos de la EDSA-Bicentenario se desprende que en 2010 el 30% de la

Esta experiencia de desamparo, como desprotección y exposición ante el delito, es precisamente la que resaltan los vecinos entrevistados en San Luis, cuando se refieren a la ausencia institucional de las fuerzas de seguridad.

Charly: vos caminás qué sé yo, cuarenta minutos por esta zona y no vas a encontrar un policía caminando, ni vas a ver un móvil; y va a sonar una sirena cuando “eh, que pasa, qué ¿pasó algo?”, *nada más va a pasar un vehículo con una sirena* [como marchando hacia otro lugar]. [Entrevista. 44 años, empleado de industria, originario de Mendoza. Enero de 2011]

población padeció algún hecho de delincuencia, porcentaje que alcanza al 30,5% de los hogares (...) Los hogares del estrato social medio alto fueron los más afectados (36%) al igual que aquellos ubicados dentro de la traza urbana formal de nivel socioeconómico medio (36%), en contraste con los hogares del estrato social muy bajo (24,6%) y los que se emplazaban en villas o asentamientos precarios (24,4%) (...) Se verifica una mayor sensación de inseguridad en el contexto de las villas y de los asentamientos que en las zonas de urbanización formal. La misma tendencia, aunque con valores mucho más reducidos se observa en lo que hace al porcentaje de hogares que indican sentirse inseguros en su propia vivienda” (Adazco, en Salvia, 2011: 72). Es importante recordar que existen brechas históricas entre las tendencias de victimización y el sentimiento de inseguridad - siendo la segunda casi del doble de la primera (Kessler, 2009) - lo cual enfatiza las dificultades de repuesta por parte del Estado, dado que la inmersión en situaciones de riesgo llevan a que el miedo se actualice por múltiples caminos que se vuelven difíciles de contener mediante modalidades de acción tradicional. Esto sucede porque la relación entre ambas tendencias no es lineal: mientras “el primer fenómeno descansa sobre hechos objetivos, en el segundo opera una amplia serie de mediaciones, como ser el nivel de exposición a la información que circula en los medios de comunicación, la historia de vida de cada sujeto, el “ánimo social” en torno a la temática de la inseguridad en un momento dado, entre otros” (Adasko, en Salvia, 2011: 72). Sin embargo, tal como muestran los informes recientes del Latinobarómetro, las brechas entre estas tendencias han disminuido: “[1]o más interesante es que la tasa de victimización, que durante todo este período de 15 años de mediciones había estado muy lejos de la percepción de delincuencia, es por primera vez congruente...” (Latinobarómetro, 2010: 14).

Waldo: *la policía por acá no va andar, jamás la vez andando, dando vueltas* –E: Claro–; es raro que te pase un móvil ¿me entendés? es muy raro. [Entrevista. 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010]

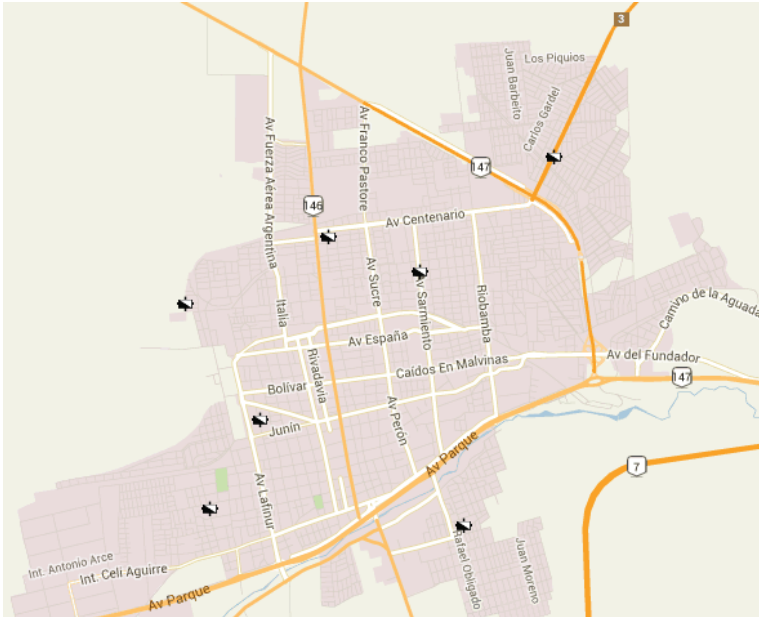
Claudio: en ese tiempo incluso, cuando nosotros hicimos la denuncia [de un intento de robo], eeh, te movilizás de otra manera cuando te pasan todo ese tipo de cosas y hablamos con la policía. La policía puso mucho más vigilancia, pasaba el móvil todos los días, pero son espasmos viste que...

E: Claro, un tiempo.

Claudio: Un tiempo y después se termina, *volvés a la normalidad*. Así que, pero bueno, que sé yo. [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Enero de 2011. Abril de 2011]

Como puede observarse en estos fragmentos de entrevista, la percepción de falta y sensación de ausencia en las protecciones policiales son vividas como un rasgo de “normalidad” en los sectores medios, al menos para el área geográfica que concentra las indagaciones del caso. Esto se corresponde, hasta cierto punto, con la materialidad de la política pública, que (como se observa en el mapa) expresa vacíos y ausencias de cobertura.

MAPA N°4
COMISARÍAS EN LA CIUDAD DE SAN LUIS



FUENTE: Google, según mapa digital ULP

Ante ello toman forma ciertas acciones de respuesta por parte de los vecinos, orientadas a gestionar de manera autónoma los posibles riesgos.⁹⁸ Las mismas se fundan en la naturalización de la protección permanente, entre actitudes de vigilancia continua y la aplicación de recursos que alteran la materialidad de los espacios y modifican las prácticas cotidianas.

98 En forma parcial, las modalidades de policitación virtual y desanclada tienen como objetivo responder a esta demanda. Mapas digitales y ojos electrónicos multiplican las posibilidades y potencialidades de los cuerpos de seguridad pública, experimentadas como una forma de subsanar parcialmente el estado de desamparo e indefensión, aun cuando sus efectos no son siempre claros ni comprobables.

Por un lado, los vecinos utilizan instrumentos de cierre como defensa, tales como cerrojos, rejas, puertas blindadas, alarmas y perros; modifican también sus rutinas, sosteniendo una postura de vigilancia continua sobre el entorno, circulando por ciertos lugares y no por otros, saliendo/entrando de los espacios en horarios determinados; del mismo modo, diseñan acciones elusivas o de evitamiento, avisando a un vecino cuando la casa queda deshabitada, evitando dejar objetos llamativos a la vista o generando una presencia virtual en el hogar.

Waldo: lo que me preocupa un poco son mis hijos ¿viste?, y yo les hablo mucho a ellos por ejemplo, “tengan cuidado el que va adelante, el que va atrás” el tema de no andar, con, con, viste que andan con los auriculares, escuchando música; entonces digo “vos fijáte cuando sentís el que viene atrás, date vuelta y mira quién viene” ¿me entendés?; no estén boludeando y abriendo la boca. [Entrevista. 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010]

Norman: tenés que dejar las rejas, las persianas cerradas, no podés dejarlas abiertas, la llave /.../ tiene un portón de reja inclusive la casa adelante; digamos que lo que es seguridad hay, hubo que reforzarlo un poco, si bien no es tanto como, como en otras viviendas se nota, pero porque hay movimiento constante en mi casa. [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

María: entre los vecinos nos protegemos bastante (...) y otra cosa que yo he hecho para mantener y que no me vengan a robar, darles trabajo, porque uno de los chicos yo sé que consume, consume, consume alcohol; yo no les doy ni droga ni alcohol, les doy trabajo (...) “bueno ponéme la reja, mirá me hicieron

mal esto”, el fuerte se lo doy a otro albañil pero hay cos-, “me podés poner la reja”.

E: ¿como changuitas?

María: como changuitas. [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]

A través de la experiencia de inseguridad se dinamizan a su vez acciones individuales y colectivas, conformadas como redes de apoyo y solidaridad que buscan preservar la seguridad del espacio y la propiedad del nosotros. El sentimiento de peligrosidad constituye una órbita que regula y coarta de este modo las modalidades de interacción y posibilidades de relacionamiento, por las implicancias de percepciones/emociones de riesgo asociadas a lo conocido/lo desconocido-lo seguro/lo peligroso. En este marco, las vías de control delictivo no se muestran como un mecanismo contingente y exclusivo del Estado, sino que se despliegan de manera continua desde la sociedad civil, a través de ella y con ella.

Claudio: acá en el barrio en su momento hubo una ola así de robos bastante importante, robaron acá a la vuelta, al frente en varios lugarcitos, y medio como que nos pusimos de acuerdo con los vecinos, teníamos los teléfonos de cada uno, viste –E: Claro–; viste, y nos cuidábamos.

E: como una, como una red.

Claudio: una red ahí que hicimos entre los vecinos viste, sin mayor compromiso, es decir, el que veía algo...

E: avisaba.

Claudio: avisaba, como para llamar, y la verdad que se calmó dentro de todo, es un barrio bastante tranquilo, no tenemos...

E: ¿en qué época fue eso?

Claudio: y fue (...) yo te estoy hablando de hace, y cinco, seis años atrás fácil [2005-2006].

[...] Después incluso tuvimos eeeh, seguridad digamos privada,

pasaba un muchacho que le pagábamos una plata, un tiempo, y pasaba todas las noches de la tarde hasta el otro día, y daba una vuelta. [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Enero de 2011. Abril de 2011]

Amelia: lo que hacemos es cada vez que vamos a Mendoza dejamos unas amigas ¿viste?, que vienen, que dan la vuelta, prenden la luz, se quedan un rato. ¿No? tratamos de que la casa esté siempre en movimiento, con gente que viene, que va, las luces, que no se note mucho que no estamos, por esto mismo que yo te decía que se nota mucho cuando nos vamos.

[...] Si yo tuviera la posibilidad de irme, esteee... lo haría, quizás, ¿no?; pensaría otra vez en otra casa, en volver a Juana Koslay.⁹⁹ Lo pensaría, pasa que, viste, entre que se te junta que el mes de depósito, que la garantía, que la comisión, que sé yo. [Entrevista. 48 años, docente, originaria de Mendoza. Mayo de 2010]

La gestión del riesgo, fundada en prácticas de afrontamiento cognitivas y conductuales que buscan alterar el estado de estrés psicológico (Vuanello, 2003: 82), depende estrechamente de la posición de clase de los sujetos y de los accesos diferenciales que su condición posibilita. Así, mudarse de barrio hacia un territorio más seguro/asegurado, como observaba la última entrevistada, es parte del ensueño por ejecutar acciones que no siempre están al alcance de la mano. Ante la falta experimentada por la ausencia de la fuerza pública, la puesta en funcionamiento de estrategias situacionales como las que veíamos antes

99 Juana Koslay es una localidad anexa a la ciudad capital. Situada al este, poblada por estratos de clase media, media-alta y alta, posee un naciente sector comercial y un importante desarrollo inmobiliario, en el que se encuentran algunos de los principales barrios residenciales y cerrados.

(alteración de prácticas, cierres del hogar, redes de apoyo) se muestran insuficientes para los sectores medios. En la medida en que el delito se presenta como un fenómeno expansivo, reproducido por la masividad de la pobreza y la falta de respuesta estatal, incluso un barrio relativamente tranquilo es percibido como un foco potencial de conflictos, un botín de asalto que queda a disposición de personas extrañas y peligrosas. Esta situación desbordante conlleva entonces dos posibilidades: la resignación al malestar y el padecimiento, o bien la aceptabilidad y soportabilidad de acciones de seguridad crecientemente extensivas, tendientes a la protección personal y colectiva: más dispositivos de vigilancia, mayor presencia policial, medidas más duras y ‘tolerancia cero’.¹⁰⁰

100 Precisamente en el nodo entre el sentimiento de inseguridad y el miedo enraizado ante el otro, las agorafobias y alterofobias presentes en la ciudad, es que se ven viabilizadas, legitimadas e implementadas las políticas de seguridad estatal y de gestión del riesgo, tanto aquellas de naturaleza compensatoria como represiva. En este sentido, David Garland (una de las principales figuras contemporáneas en el campo de los estudios criminológicos) ha expresado que las estrategias adoptadas “dependen -tanto en su funcionamiento práctico como en su respaldo político- de los hábitos generalizados de pensamiento, de las rutinas de acción y de las estructuras de sentimientos que en los últimos años han llegado a caracterizar a la sociedad civil” (Garland, 2005: 272-273). Así, los instrumentos del nuevo welfarismo penal en Estados Unidos y Gran Bretaña pueden ser evaluados por su relación con las perspectivas que las instituciones, la ciudadanía y los medios de comunicación han llegado a asumir sobre la pobreza, el delito y las relaciones de desigualdad en el último tiempo (Garland, 2005). De manera semejante, los análisis de Wacquant en Francia y Norteamérica remiten al influjo de la ideología inaugurada durante los ‘70 y al modo en que sus externalidades afectan el complejo orden de políticas sociales y punitivas orientadas hacia la pobreza (2010, 2007). Por otros caminos, Lechner (1998) y Zibechi (2008) han evaluado las relaciones entre punitivismo, políticas sociales y sistema neoliberal en Latinoamérica; mientras Kessler (2009) y Entel (2007), entre otros, especifican para el caso argentino ciertas relaciones entre la percepción de riesgo, las demandas ciudadanas y las respuestas institucionales.

Así, los modos del percibir/sentir desde la experiencia en la ciudad operan como una bisagra de los sistemas de gestión, control y represión que los sujetos están dispuestos a aceptar y tolerar frente a los individuos y grupos que son considerados peligrosos y ponen en riesgo la propiedad del nosotros y la propia vida.

E: y si yo te preguntara, desde tu posición digamos, las re-puestas que tendría que haber a la delincuencia, qué habría que hacer, o sea, no sé si a grandes rasgos o específicamente digamos.

Claudio: *y la respuesta yo calculo que tiene que partir, digamos /.../ una de haber más presencia policial en la calle cosa que no hay.* La presencia que hay hoy por hoy es en el centro y, el centro de San Luis digamos es, no es tan propenso a poder tener digamos una acción delictiva porque es muy chico; digamos, no son ciudades grandes en las cuales tengas avenidas grandes, salidas grandes que van a cometer algo van a salir disparando, porque es muy reducido, entonces es donde más concentración de policía tiene. [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Enero de 2011. Abril de 2011]

Amelia: *yo creo que como todos los ciudadanos, uno, uno quiere ver medidas claras ¿no? Por ejemplo esto que yo te digo: vivir frente a la plaza “x” a mí en particular me da inseguridad, en base a lo que a mí me han dicho, lo que a mí me ha pasado ¿entendés? ¿Qué quisiera yo?, que esa plaza se, que esa plaza estuviera vigilada entendés, que estuviera iluminada, que estuviera aprovechada. ¿Me entendés? –E: Claro–, que yo pued-, pudiera agarrar mi hijo y llevarlo allá, y sea un lugar lindo, y no algo en lo que se invirtió, se preparó y al final es negativo, porque encima si vos te das una vuelta para allá y*

vos ves los elementos que dejan, vos decís: “acá pasó de todo”, ¿entendés? –E: claro-. Acá, ahí, te encontrás desde jeringas, de todo ¿viste?, entonces vos decís... está ahí ese foco, nadie le da importancia, ¿entendés? [48 años, docente, originaria de Mendoza. Mayo de 2010]

Waldo: *todo lo que hagan para, digamos para resguardar la seguridad me parece excelente, ¿viste? me parece bien, me parece que si ponen cámaras de seguridad es para proteger al ciudadano, me parece bárbaro, ¿me entendés? Me parece muy bien, más policías me parece muy bien también.*

[...] *yo creo que tiene que ser mucho más severo todo esto, más severo, más severo, más severo. Porque es más, yo te digo una cosa, hasta estaría de acuerdo con la pena de muerte (...) no podés estar compartiendo con esa lacra; entonces hay que limpiar toda esa lacra, ¿me entendés? Todo eso tiene que ya, no sé, tiene que haber un sistema que todo eso se castigue pero no que vos escuchés en las noticias hoy que mataron a dos o tres personas, dos o tres abuelitos y mañana ya no sabes más nada (...) entonces va a haber otro delincuente que va a decir “mierda me va a pasar lo mismo no, me voy a poner a laburar” ¿o no? Entonces todo eso hay que cortarlo de raíz, decir “chau, a la mierda”. [Entrevista. 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010]*

Las sensibilidades elaboradas en torno a una ciudad vuelta conflictiva, insegura, indeterminada, llevan a la aceptación de políticas y prácticas cotidianas que profundizan las modalidades represivas contra los sujetos considerados peligrosos. Es un esfuerzo por dispersar la niebla de la indeterminación y aumentar la visibilidad frente a las emanaciones de la materialidad social; pues “la niebla –inescrutable, opaca, impermeable– es (como hasta un niño le dirá) uno de los escondites favoritos del Mal. Formado a partir de los vapores del miedo, la niebla hiede a mal” (Bauman, 2007: 95).

Las lógicas del control, de la vigilancia y la represión se ejecutan y sostienen como forma de sobrellevar los padecimientos de la inseguridad y el miedo, como potencia del hacer contra un otro que es generador de riesgos y violencias epistémicas que obturan la capacidad de dar forma al tipo de vida que se desea llevar. Los sujetos están dispuestos a aplicar de manera autónoma, colectiva e institucional, medidas que sean capaces de resguardar los modos de la propia vida. Así, se van haciendo presentes formas de soportabilidad y/o confrontación, en la búsqueda por distender el malestar y lograr la reconquista de las seguridades perdidas. Este ejercicio anuda las lacerantes huellas de un modo del hacer y del querer hacer desde las claves que provee la violencia inscrita en lo social.

De este modo, en el deseo de intervenir aparecen las postas que recoge la sensibilidad desde el sistema de valores y creencias, alojadas en la estructura de sentir. En otras palabras, las emociones de bronca, miedo e impotencia se traducen en un deseo de acción agresiva ante la presencia de un otro que adviene como peligroso. Para que la vida en situación de padecimiento cambie, el flujo de las prácticas lleva hacia una desapercibida escalada de regulación, violencia y destrucción, encierro y resguardo, contra un otro que se ha vuelto objeto merecedor del control y la represión.

Estas formas no son siempre, ni necesariamente, represivas; pues de hecho se ven combinadas (e incluso se vuelven combinables) con acciones de atención a la desigualdad de carácter solidario y compensatorio. De este modo, incluso los entrevistados que sostuvieron una mirada más punitiva sobre la pobreza señalaron la importancia de que se apliquen políticas asistenciales más firmes para contener el problema de la pobreza y el delito. Con énfasis, las relaciones remiten al trabajo y la educación que, tal como veremos en el último capítulo, también son reseñadas como forma de mantener bajo control a los asistidos del PSPPC.

Soledad: *primero que nada, a mí me parece que todo esto pasa porque no hay trabajo. Darle trabajo a la gente, ponerla a trabajar, con cosas dignas; yo creo que la gente está muy cansada, hay mucha gente que está muy cansada...de tener... y es la gente marginada, la gente enojada que uno puede, pero porque se sacrifica.* [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

Norman: si nos ponemos a hablar de todos los problemas que hay en esta sociedad no terminamos más, así que puntualmente lo que falta, *lo que falta en esta Argentina es muchísima educación; yo creo que es la base de todo, de todo, absolutamente de todo.* Una persona que tiene una mínima educación, unos mínimos *principios* y... y ¿cómo te puedo decir? y *valores* ¿no?, que se los enseñan más que nada los padres, eh, yo creo que es lo que le falta a la sociedad, *yo creo que mayormente las personas que no tienen esto son las personas que delinquen, que asesinan, que están todo el tiempo en los noticieros.* [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

En los términos aludidos en estas citas, la educación y el trabajo son un *plus* de acción institucional cuyo perfil caritativo y humanista debe ser aplicado en favor de la construcción de una sociedad segura. Precisamente, lo imperceptible de la naturaleza agresiva de estas intervenciones posibilita su aceptabilidad, como una de las astucias principales que exhibe la estructura del sentir sobre la pobreza en la actualidad. La propuesta de ayudas y asistencias sociales disipa en la sensibilidad los rastros de la violencia, como remedio aparentemente inofensivo contra el problema de la pobreza y el delito. Como forma de control y regulación, esta rai-gambre solidaria se blanquea ante las barbaries ordinarias de las personas cansadas, marginadas y enojadas que se oponen a los sectores de clase media que se sacrifican cotidianamente.

Las demandas por acciones represivas también se encuentran presentes. Como ya veíamos en una cita anterior, contemplan la aceptación de escalas progresivas de represión, hasta llegar incluso a la soportabilidad de la (pena de) muerte, en donde se anula el registro de la crítica al horror de lo real en la búsqueda por aniquilar a la “lacra” social. En confluencia al solidarismo humanista, la soportabilidad de dispositivos de seguridad determina las posibilidades de vida y las condiciones de muerte de los otros, en favor de sectores de clase que se consideran dignos de seguir viviendo.

De este modo, en condiciones en que ya fueron aclarados los efectos (des)estructurantes del neoliberalismo en la ciudad, los estados del sentir permiten observar un capítulo central en la política de los cuerpos sobre los expulsados. Esta se enraiza en los intersticios cotidianos como un proceso de hacer carne el aseguramiento de la reproducción de fronteras de clase y la aceptación de la muerte (real o simbólica) de los individuos. La sensación de una ‘ciudad segura’ se elabora como reverso de unos otros como fantasmas, marcados e identificados por su condición de clase, y en los diversos mecanismos de custodia y represión que materializan la voluntad de destrucción y los sentimientos de hostilidad ante su presencia.

Esta es la grafía de una sociedad donde la pobreza emerge como figura permanente, tensional y actuante, como “lacra” de los procesos de transformación de una ciudad que marcha hacia el progreso; sinopsis de la concreción material del capitalismo. El entramado de percepciones, emociones y prácticas identificadas, se hace presente como condensación de la unión de vidas (la clase media) que encuentran un particular modo de ser y hacer en la dinámica depredatoria y en el orden de expulsión que el capital produce como consecuencia de su lógica. De este modo, en tanto realidad vuelta cuerpo, su sensibilidad adviene como

campo estructurado del percibir/sentir asumido como real, aceptado (e incuestionado) como parte de la vida de todos los días, acotado a los límites y formas del estar siendo, de acuerdo con el particular lugar en el mundo asumido como propio. La marginalidad y la pobreza, la delincuencia y la violencia, instaladas como un fundamental centro de tensiones- en figuras vividas y actuantes, como simultáneos quiebres y complejas escisiones del tejido social- constituyen el reverso solidario de esa experiencia y ese sentir de clase media que sintoniza con el orden hegemónico existente.

Siguiendo este camino de interpretación, en la próxima sección abordaré el impacto del Programa de Seguridad Pública y Protección Civil en términos de seguridad. Como parte de las estrategias institucionales que se aplican para gestionar lo social, esta modalidad compensatoria y represiva (singularísima en su expresión) se cementa en una falla en relación con los objetivos institucionales. En este sentido, voy a mostrar cómo, en su marco de implementación, el sentimiento de seguridad que demanda la lucha contra la delincuencia se contrapone con la sensibilidad que adviene sobre los sectores expulsados vueltos protectores de la sociedad.

II. SENTIRES SOBRE EL PROGRAMA DE SEGURIDAD COMUNITARIA

Siguiendo los datos que revela la encuesta realizada por la Cátedra de Psicología Jurídica de la Universidad Nacional de San Luis en 2004, es posible dar un primer vistazo a las experiencias de los vecinos de la capital respecto al programa.¹⁰¹ Para dar

101 El detalle técnico sobre la encuesta está contenido en el anexo metodológico. Es importante mencionar que el registro pertenece a la zona centro de la

cuenta de ello, voy a recuperar inicialmente cuatro preguntas del cuestionario:

A/“¿Qué opinión le merece la implementación del Plan de Seguridad Comunitaria en la ciudad?, ¿por qué?”. [Pregunta N° 6 del cuestionario]

B/“¿Estima Usted que se han producido cambios en la seguridad de los vecinos del barrio? ¿Se redujo, aumentó o se mantuvo el número de delitos? De razón de su respuesta”. [Pregunta N° 3 del cuestionario]

C/ “¿Desde que se implementó el Plan de Seguridad Comunitaria en su zona de residencia Ud. se siente: más seguro, menos seguro o igual de seguro? De razón de su respuesta”. [Pregunta N° 2 del cuestionario]

D/“¿Si estuviera dentro de sus posibilidades, introduciría modificaciones al plan vigente? ¿Cuáles?”. [Pregunta N° 7 del cuestionario]

Aunque los datos se refieren a la primera fase de aplicación de la política, mi intención es reconocer la continuidad de sus relaciones hasta el presente. Por esta razón, tramaré la información disponible con citas de entrevista. Veremos entonces que el programa ha producido diferentes sensibilidades en la población local y que éstas se sostienen en el tiempo. En algunos casos fue aceptado, reforzando la sensación de protección; pero, en otras ocasiones, no sólo no logró

ciudad capital, dentro de las cuatro avenidas, en donde se concentraron durante su primer tiempo las actividades de los protectores. Puesto que el área coincide con el emplazamiento de estratos medios (Segovia, 2010: 353), posibilita un acercamiento interpretativo en términos de posición de clase.

saldar la experiencia subjetiva de inseguridad, sino que de hecho operó como un componente generador de ansiedades.

Ante la primera de las preguntas mencionadas, “¿qué opinión le merece la implementación del Programa de Seguridad comunitaria en la ciudad?”, el 42,2% del total de los encuestados sostuvo al momento de la encuesta una posición entre muy buena y buena, 25,4% regular y el 31,2% restante, mala. Entre los primeros, el énfasis fue puesto en dos razones alternativas: la sensación de protección que genera la política, entendida en términos de la reducción del delito y el sentimiento de seguridad que implica la presencia de los sujetos en la zona de residencia (50,2%); y la relevancia de la política asistencial, que favorece el empleo, evita la desocupación y/o contiene a los sectores pobres (13,8%). Por una u otra vía, los encuestados consideraban que el programa lograba reducir el número de delitos. La política estatal contenía a los sectores más necesitados de la sociedad, a la vez que producía tranquilidad en los vecinos al saber que alguien estaba allí para ayudar en caso de necesidad.

Quienes, por su parte, manifestaron una posición *regular*, acentuaban defectos operativos en el programa (52,4%), relacionados con su instrumentación, el mal desempeño en la ejecución de tareas y los problemas de eficiencia/escasa productividad, demandando en ciertos casos una mayor presencia y/o coordinación policial.

Finalmente, entre el conjunto de quienes sostenían una opinión *mala*, el foco de las respuestas estaba puesto, por un lado, como en el caso anterior, en los problemas de implementación (56,8%), pero la segunda categoría de mayor aparición señala una impronta de rechazo hacia los asistidos (9,5%). Los mismos eran calificados según comportamientos moralmente inapropiados, implicando la representación de ser posibles delincuentes. Esto lleva a la expresión de un sentimiento de inseguridad, desconfianza y/o miedo, como términos utilizados alternativamente por los encuestados para definir las emociones vinculadas a las mencionadas percepciones.

Quiero enfatizar el contenido de esta respuesta. A diferencia de las anteriores, que se refieren en el primer caso a los efectos positivos de aplicación del PSPPC y en el segundo a sus defectos de aplicación, aquí se produce un salto cualitativo. El ‘problema de la política’ está relacionado con la presencia de los protectores, cuya figura espectral reproduce las mismas condiciones de inseguridad subjetiva que en principio se buscan combatir. Aunque en este caso los valores de frecuencia no son singularmente altos, remiten a un patrón de respuesta que, como ya veremos, es de carácter recurrente y se enfatiza en otros ítems del registro.

En el conjunto de referencias repasadas, se sintetizan tres procesos de estructuración que veníamos observando a través de lecturas parciales sobre la experiencia en la ciudad. En relación a la primera postura, el conflicto vinculado a los sectores expulsados se evidencia en el problema del delito urbano, frente al cual la política aparece como un mecanismo de sutura que produce sensaciones de protección en la población afectada. En la segunda de ellas, se visibilizan las ausencias y fallas del Estado como institución; marcadas por profundas fisuras sociales y la falta de seguridades en un sentido integral, éstas evidencian los inconvenientes de una política plagada de defectos operativos. Finalmente, en la tercera postura, la pobreza se hace presente como un espectro de lo social, en este caso ratificado no por el miedo a la delincuencia o la insolencia del programa (como sucede en los dos primeros casos), sino por la presencia de riesgos internos¹⁰², en tanto mal-estar producido por la propia política implementada.

En todos estos casos, las amenazas de la ciudad se hacen presentes por referencia al mundo de la pobreza y la inseguridad, aun-

102 Este dispositivo de responsabilización de los sujetos, en tanto ‘culpables de’, puede ser entendida como un desplazamiento de sentido, siguiendo a Reguillo (2007, 2006), o como una descarga emocional (Hochschild 2008) que tiende a operar (aunque no siempre) sobre los sujetos en posiciones dominadas.

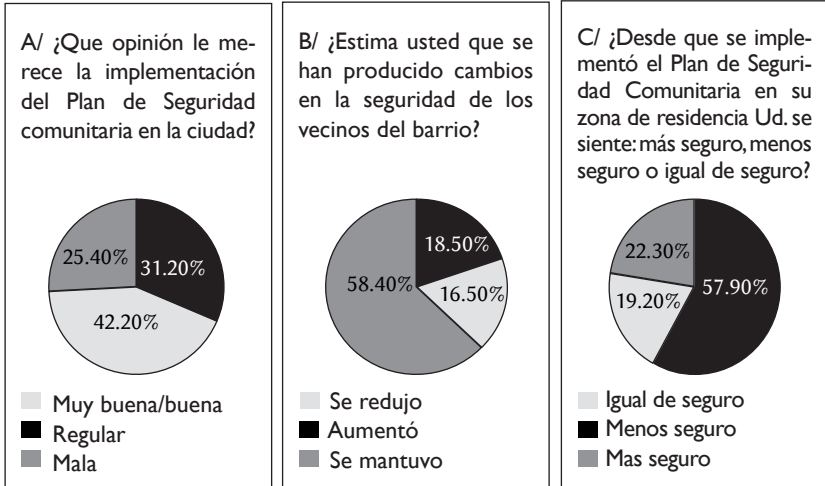
que ciertamente no lo hacen de la misma manera. Los peligros no están siempre ni en todas partes –según consiente la conocida frase de Lucien Febvre sobre el miedo¹⁰³–, sino que apuntan muchas veces a causas ancladas, nítidas y definidas, que llevan a tomar posiciones más positivas o más negativas sobre la política según su capacidad de respuesta. Como veremos sobre el final del apartado, esto lleva alternativamente a demandas por la profundización del PSPPC, su reforma o eliminación, como plano de necesidad en la lucha contra los sujetos peligrosos, ya sea que se encuentren identificados en el afuera o hacia el adentro de la política.

La opinión acerca del programa que revisamos hasta aquí (muy buena/buena-regular-mala), se relaciona de manera significativa con la sensación de aumento/disminución de la delincuencia en la zona de residencia y con el sentimiento de seguridad que los encuestados experimentaban por la aplicación de la política.¹⁰⁴ Así, quienes sostenían una opinión favorable sobre el PSPPC al momento de su implementación, también afirmaban sentirse más seguros y alegaban que se había generado una disminución en la delincuencia. Inversamente, una mirada negativa estaba relacionada, doblemente, con un sentimiento de inseguridad mayor y la sensación de que, dada la implementación del programa, se había producido un aumento en los delitos en la zona de residencia y en la ciudad.

103 “«Peur toujours, peur partout» («miedo siempre, miedo en todas partes)», según cita Bauman a Febvre en su ensayo sobre el *Miedo líquido* (2007: 10).

104 La asociación entre variables se determinó mediante una prueba Chi-cuadrado de comprobación de hipótesis de independencia, comparando el grado de significación con el nivel *Alfa* (0.05). Todas las pruebas resultaron significativas con un 95% de confianza.

GRÁFICO N°4
OPINIONES SOBRE LA IMPLEMENTACIÓN DEL PSPPC EN SAN LUIS



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA, EN BASE A DATOS DE LA ENCUESTA "SEGURIDAD COMUNITARIA"
CÁTEDRA DE PSICOLOGÍA JURÍDICA-UNSL-2004

De este modo, ante la segunda pregunta considerada -“¿estima Usted que se han producido cambios en la seguridad de los vecinos del barrio? ¿Se redujo, aumentó o se mantuvo el número de delitos?”-, las razones de respuesta reproducen hasta cierto punto los contenidos anteriormente explicitados. En términos generales, un 16,5% de los encuestados respondió que se había generado una reducción del delito desde la aplicación de la política en la zona de residencia, un 58,4% consideraba que se encontraba estable, mientras que el 18,5% restante identificaba un aumento delictivo. Quienes evaluaban una *disminución*, la relacionaron principalmente con las tareas de control y ayuda ejecutadas por los protectores (58,5%), y en menor proporción con el hecho de que la zona de residencia era tranquila y no existían frecuentes sucesos de inseguridad.

ridad (7,5%).¹⁰⁵ Aquellas personas que decían que los delitos se habían *sostenido*, se referían principalmente a la ineficacia del PSPPC, verificada en la persistencia de casos de delincuencia en el barrio (41,9%) y asociada a problemas de instrumentación, cobertura y capacitación. Mientras tanto, quienes afirmaban la existencia de *más delitos*, apuntaban en una dirección explicativa variable: al aumento de la pobreza, la presencia de residentes de otras ciudades y –de manera cíclica– a los casos de delincuencia que llegaban a conocer (66,9%).¹⁰⁶ Además, asociaban algunos de estos hechos con los protectores, sustentando que el aumento delictivo estaba relacionado con su presencia (16,9%). Así, la relación explicitada entre el aumento del delito y la ejecución del programa acentúa el rechazo hacia los protectores, llevando a su caracterización desde una postura estigmática de barbarización y criminalización.¹⁰⁷

En relación a la tercera pregunta de interés –“¿desde que se implementó el Plan de Seguridad Comunitaria en su zona de residencia Ud. se siente: más seguro, menos seguro o igual de seguro?”–, el

105 Existe una alta proporción de respuestas en donde no se especifican razones concretas o se remite a aspectos de diversa índole (categoría otros, 32,1%, 34 casos). Por otro lado, la ciclicidad en las respuestas está dada por la recursividad entre argumento e interrogante, del tipo: ‘existen menos delitos porque hay menos robos’ o ‘aumentaron ya que hay más casos de delincuencia’.

106 Algunas de las expresiones relacionadas indican que la delincuencia había aumentado por las siguientes circunstancias: “por la situación de pobreza, escasez de trabajo”, “en todo el país aumentó el número de delitos, la gente no tiene trabajo, hay muchas necesidades y algunos creen que la salida es robar”, “por la falta de seguridad oficial, o sea policías, por la falta de cultura, el estado de pobreza”, “ha venido mucha gente de afuera. He visto que no son de acá. Vemos nenos con una cara, me dan miedo”, “hay mucha gente de otros lados, estamos muy mezclados; hay mendocinos, cordobeses, etcétera, esto se presta para que hayan más robos, violaciones”, “gente de afuera que invadió San Luis con el tema de la promoción industrial, compro casa, auto, no las pueden pagar y roban”.

107 Estas dos categorías son exploradas y analizadas en el próximo capítulo.

22,3% del total de los encuestados manifestaron sentirse “más seguros”, el 57,9% “igual de seguros” y 19,2% “menos seguros”. Como ya especificué, estos contenidos están asociados con las anteriores respuestas. Quienes declararon que desde la implementación de la política se sentían *más seguros* en su barrio, acentuaban los efectos positivos de las tareas de control y el sentimiento de seguridad que sentían en relación a las actividades de los protectores (87,3%), vinculándolo doblemente con las rondas y con la ayuda comunitaria que proporcionaban.

Por otro lado, quienes afirmaron sentirse *igual de seguros* acentuaban la ineficacia del PSPPC para combatir el delito, desdoblado entre aspectos operativos y el mal desempeño de los protectores (66%). Para ellos, el problema principal estaba en la falta de cobertura y presencia espacial, la baja instrucción y el incumplimiento de tareas, o bien en la constatación de que el programa no afectaba las condiciones de delito y que existían casos persistentes de delincuencia no evitados por los protectores. Finalmente, quienes dijeron sentirse *menos seguros* apuntaron en un doble sentido: por un lado, de manera similar al caso anterior, se referían a la ineficacia del PSPPC en tanto modalidad de confrontación del delito (27%), ya sea por la existencia de problemas operativos (instrumentación) o por los escasos resultados para combatir la delincuencia (persistencia del delito);¹⁰⁸ empero, la mayor parte de los casos remitía a un conjunto de apreciaciones negativas, de barbarización y criminalización, sobre los protectores (59%).

Si sobreponemos las anteriores lecturas, sobre el nivel de aceptabilidad que ha recibido el programa, la evaluación de su impacto sobre la delincuencia y su influencia en el sentimiento de seguri-

108 Así, 9,8% de los encuestados se refirió a la prevalencia de casos delictivos en su área residencial/la ciudad, mientras 17,2% indicó una inadecuada implementación del programa por la incorrecta asignación y cobertura espacial de protectores, escasa instrucción del personal e incumplimiento de tareas.

dad de la población, es posible observar, en síntesis, tres posiciones diferenciales. La primera está vinculada al sentimiento de seguridad que generan las acciones de control y ayuda comunitaria. La sensación de protección lleva a una percepción positiva sobre la política y a estimar una reducción en los delitos. La relevancia del PSPPC se sostiene también como política asistencial en el marco del Plan de Inclusión, orientada a los sectores de la sociedad que más lo necesitan. En la segunda posición, se destacan dificultades operativas, el mal desempeño en la ejecución y la falta de productividad. En este marco, el programa es descalificado debido a la persistencia de casos de delincuencia, a la falta de capacidad de los protectores y al incumplimiento de tareas. En la tercera y última posición, el foco de las respuestas está puesto, por un lado, en los problemas de implementación -desdoblados entre dificultades operativas y los escasos resultados obtenidos en el combate a la delincuencia-; pero a esto se suma, por otro lado, una impronta de rechazo hacia los protectores, vinculados a comportamientos moralmente inapropiados y a figuras delictivas, lo cual se enfatiza por un sentimiento de inseguridad anclado en ellos.

Es de destacar que estas respuestas no muestran una asociación con la variable sexo, pero sí con el rango de edades.¹⁰⁹ Parti-

109 Del total de casos relevados en la zona centro de la ciudad capital (n = 637), 348 personas son de sexo femenino (54,6% de los casos) y 289 de sexo masculino (45,4% de los casos). Las edades van desde los 18 a los 88 años. Para el estudio subdividí este gran intervalo en cuatro rangos que contienen cada uno al 25% de la población muestral (cuartiles): el primero comprendido por jóvenes, desde los 18 a los 27 años; el segundo y tercero por adultos medios de primera y segunda generación, entre 28 a 42 años y 43 a 59 años, respectivamente; y el último incluyendo a adultos mayores, de 60 años en adelante. Estos intervalos coinciden aproximadamente con la clasificación de la OMS según edades cronológicas. Se establece que la adultez inicia a los 18 años con la mayoría de edad y la vejez a los 60/65 años, dependiendo de los niveles de “desarrollo” de cada país. Una clasificación complementaria supone considerar que el adulto joven queda com-

cularmente en la primera y última pregunta, los jóvenes (18 a los 27 años) y adultos medios de primera generación (28 a 42 años) asumen posiciones más negativas, diferenciales respecto a los adultos medios de segunda generación y maduros (43 a 59 años y 60 en adelante, respectivamente) que valoran en mayor medida las tareas de vigilancia y control ejecutadas. Así, al momento de la encuesta, entre los primeros se sostenía una opinión entre mala y regular sobre el programa, vinculada a un sentimiento entre igual y menos seguro desde la implementación de la política. Mientras tanto, los segundos mantenían posiciones entre muy buena/buena y regular, sintiéndose entre más seguros e igual de seguros en su zona de residencia. De acuerdo con los contenidos explorados, las cohortes demográficas adultas son las que mayor memoria tienen de los cambios producidos en la ciudad, por lo que perciben más claramente el aumento delictivo y las condiciones de desatención institucional en seguridad. Pero, además, se puede considerar que son también la categoría más vulnerable (desprotegida) frente al delito. Ante una situación delictiva, los recursos de ayuda disponible –aunque sean tangenciales– son valorados positivamente, produciendo narraciones más proclives a apoyar medidas de acción contra la delincuencia como esta política.

En este marco, es posible comprender, a su vez, las diferentes demandas por transformar el programa, enlazadas con las respuestas anteriores. Ante la pregunta: “¿Si estuviera dentro de sus posibilidades, introduciría modificaciones al plan vigente?, ¿Cuáles?”, el 71,7% de los encuestados respondió afirmativamente. Esto incluye tanto a quienes sostenían opiniones favorables, como desfavorables. Sin embargo, el tipo de razones se diferencia sustancialmente en su contenido de acuerdo con la posición asumida respecto al programa. Como mostré en el apartado anterior, las condiciones de indefensión

prendido, aproximadamente, en el rango entre los 18 y los 35 años, el adulto medio entre los 35 y los 60/65 años y el adulto mayor (en situación de vejez o ancianidad) a partir de los 60/65 años.

que experimentan las clases medias llevan a demandas crecientes por seguridad. Como resultado de los procesos de estructuración, la figura amenazante en la ciudad toma la forma del adversario próximo, representada en el delincuente, que por diversos caminos se instala en el espacio de lo íntimo y lo propio, poniendo en jaque tanto la seguridad del entorno como la integridad del transcurrir cotidiano. Esto, por lo tanto, implica la soportabilidad de formas variadas de respuesta.

Las demandas por una Programa de Seguridad más refinado, consecuente con los niveles de conflictividad actualmente presentes, es clara expresión de esta situación. En el caso de las posiciones más positivas, la demanda de los vecinos apunta a *reforzar* las actividades de los protectores. El PSPPC operaría como una forma ‘conveniente’ de llenar el vacío que existe en políticas de seguridad, ya sea mediante una mayor cobertura espacial, que extienda su presencia y concentre los recorridos en la zona de residencia, o bien mediante una modificación de las condiciones de trabajo, en términos de mejorar la propia seguridad de los protectores, así como sus condiciones salariales e incentivos para trabajar. Esta relación es explicativa, a su vez, de la aceptabilidad, evaluación de impacto positiva e influencia del programa en el sentimiento de seguridad de la población, correlativa con la primera de las posiciones adoptadas que describía anteriormente.

Claudio: yo creo que eso es importante, es importante (...) por acá no veo mucha presencia. Sé que hay alguno que por ahí vos ves cuando salís a la mañana, pero no es una presencia tanto como en el centro digamos, pero es importante (...) *No hay casi presencia policial acá si no fuera por eso.* [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Enero de 2011. Abril de 2011]

La aceptación de la política se moldea entre las faltas de seguridad vivenciadas y las inverosímiles defensas consentidas como única forma de acción posible. Y así, aun cuando se reconocen fallas de aplicación, la presencia de los sujetos expulsados, relegados, se acepta como un puntal de acción. Los sentimientos de confianza se elaboran en este caso mediante la distensión momentánea de la conflictividad entre clases, dado que cierta 'tipología de pobres' (el buen pobre) es aceptada como recurso de seguridad. Esto resulta razonable en principio, de acuerdo con la lógica de acción que la política propone, como un momento de lucha contra la inseguridad, so pena de la extensión de los conflictos en la ciudad y la imposibilidad del Estado de contener sus efectos por otras vías.

Quienes, por otro lado, se situaban en una posición valorativa intermedia sobre el programa, apuntaban a una variabilidad de *reformas* operativas. Por un lado, demandaban un mayor control de las actividades, coordinación y colaboración con la policía, integración entre vecinos y protectores, el uso de nuevos insumos y herramientas de trabajo, así como la reformulación de las actividades. Por otro lado, deseaban una mejor selección de los protectores (según edad, sexo, capacidad, antecedentes penales o psíquicos) y procesos de capacitación/entrenamiento para aumentar su productividad. Algunas de estas referencias son válidas tanto para las posiciones más positivas como negativas, aunque aparecen como principal factor explicativo en este caso. Esto está relacionado con el reconocimiento de que existieron profundos escollos en la implementación de la política, razón por la que se precisa de una mutación significativa en su estructura.

Un primer eje para comprender los problemas aludidos se encuentra en la alta movilidad de los funcionarios a cargo: seis Ministros de Seguridad en siete años y trece Jefes de Programa

se ocuparon de dirigir su estructura institucional; es decir, un promedio de un encargado de jefatura cada 6.5 meses entre los años 2003 a 2010. Esto permite explicar los reiterados cambios en la forma organizativa de la política (procesos de aumento y reducción impetuosa de los agentes destinados a las tareas, modificación del reglamento y el organigrama, de los sistemas de jornada laboral, asignación geográfica variable de los grupos, cambios en los uniformes), e inferir que no han existido lineamientos continuos de instrumentación a lo largo del tiempo. En estas referencias se evidencian, a su vez, las dificultades persistentes en la cooperación entre los protectores y las fuerzas policiales, así como la baja coordinación con los públicos afectados.

María: creo que fue buena la idea pero no se proyectó como se debía, que mucha gente se queja en el barrio que no cumplían la función, que los veían en las esquinas hablando por teléfono. Creo que tendría... al comienzo no tuvo el apoyo, como se decía de trabajar con el Ministerio de Seguridad y con la policía. Acordémonos que fue una época embromada donde no fueron aceptados. [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]

A su vez, la focalización en áreas geográficas específicas en detrimento de otras colindantes o contiguas, ha generado una presencia diferencial de los protectores en la ciudad. Sobre todo durante la expansión del programa hacia los barrios, un problema sustancial de la política radicó en los recorridos asignados, la escasez de recursos humanos/materiales en comparación con las exigencias de prevención y la magnitud inzanjable de las zonas a cubrir.¹¹⁰

110 Esto se identifica con un defecto manifestado en muchos proyectos de acción comunitaria, entre los que se cuentan especialmente los de naturaleza policial. Al respecto, ver Frühling (2004).

Amelia: *acá, en esta calle, no ha habido Seguridad Comunitaria.*

E: ¿nunca?, nunca caminaron esta calle.

Alicia: no, no. Los habré visto una o dos veces caminar y después de esto digamos [del robo en su casa], no, que vos te enterás, que supongo viste, que a raíz que todo el mundo se entera “sí, que le entraron”, “que robaron” y que sé yo, ponéle; la semana que viene [por la semana siguiente al robo] *pasaron dos veces y nunca más.*

E: ¿pero usted cree que esta parte estaba asignada para ellos?

Amelia: no (...) sí los he visto por ejemplo del otro lado de la placita, a unos cincuenta metros, ahí sí suelen estar sentados y que sé yo. Igualmente los he visto cincuenta metros para allá; pero por acá...

E: ¿justo ahí no?

N: por acá, no los he visto, no. [Entrevista. 48 años, docente, originaria de Mendoza. Mayo de 2010]

Enrique: no vengán a poner, por ejemplo, decís Seguridad Comunitaria, *se-gu-ri-dad* (enfatisa), porque seguridad es una cosa que abarca bastante (...) si, por ejemplo ahí en una cuadra había, que sé yo, ponéle en un lugar había dos o tres esteee, personal afectado, y cuando sucedía alguna cosa, ellos estaban, porque había /.../ porque ya sea estaban en la otra punta, o estaban acá, o estaban allá, *pero ellos nunca estaban* [en el lugar que tenían que estar]. [Entrevista. 59 años, Comisario retirado, originario de San Luis. Abril de 2011]

Además de los problemas operativos reseñados, las críticas hacia el PSPPC se han centrado también en el bajo (casi nulo) nivel de adiestramiento de los agentes y su falta de intervención ante situaciones de conflicto. Debido a la no-profesionalización de los protectores, sus acciones han quedado restringidas a la disuasión y la prevención, sin poder dirimir situaciones de violencia y crimi-

nalidad. Como bien han señalado los voceros del gobierno y según ratifica la ordenanza regulatoria (Ley N° XV-055-2007), los protectores no se encuentran en condiciones de intervenir en situaciones delictivas.¹¹¹

María: no tuvieron herramientas, es como que quedaron ahí, hacían la ronda que correspondía y después quedaban sentados, entonces eso que trajo aparejado el “están pero no están, no sirve de nada”, entonces en el barrio... y, no se nota. [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010].

E: si vos tuvieras que hacer, que sé yo, si yo te pidiera como una especie de caracterización por decirte, de la gente.

Charly: y, es gente que no, que sé yo, como te vuelvo a repetir, es gente que para mí no tuvo cultura nunca. [Entrevista. 44 años, empleado de industria, originario de Mendoza. Enero de 2011]

Las relaciones entre edad, género y nivel formativo, implican en el programa a sectores no profesionalizados de clase baja, imponiendo un condicionante para el uso restringido de capacidades, limitadas al cuerpo y a los sentidos, en la tarea exclusiva de “observar y reportar”. Esto, por lo tanto, ha profundizado la sensación de ineficiencia en la implementación de la política y su capacidad para producir resultados visibles, sobre todo en términos de la segunda posición que se asume respecto al programa.

111 Al respecto, una técnica del programa apunta: “hay gente que confunde, me pasó a mí antes de irme un chico que (...) persiguió a un delincuente que le tiraba tiros; lo persiguió cinco cuadras y lo redujeron con el dueño de una armería que hay por esa... entonces vos tenés que enseñarle que hasta eso no tiene que hacer, que eso no es lo que le corresponde a él. Que lo que hizo, muy valiente, fue muy heroico, fue un divino, pero si le hubieran pegado un tiro a esta hora estarían velándolo y que él no está para eso, entonces hasta eso tenés que enseñarle a la gente, que están para otra cosa, y dentro de esa otra cosa que están qué tienen que hacer” [Entrevista. Jefatura del PSPPC, 19.04.2010].

Para formar parte del PSPPC, los asistidos tuvieron que dar evidencias de un adecuado “perfil”. Inicialmente, se solicitaba que fueran mayores de 21 años, tuvieran vocación para la tarea y contaran con un certificado de buena conducta y salud. A partir de 2006, se empezaron a realizar a su vez exámenes psicotécnicos para acreditar su estabilidad afectiva y temperamental, en correspondencia con las actividades de seguridad que debían ejecutar. Sin embargo, frente a este rito de pasaje, la condición precedente a cualquier formalidad fijada por la burocracia estatal, mucho más elemental y axiomática, se encuentra en la credencial implícita que certifica la ‘inscripción social’ del sujeto, añadida en forma inmediata a su currículum vital. En este sentido, los límites para actuar de manera reactiva frente al delito están fijados, doblemente, tanto en los instrumentos legales y programáticos como en el perfil de clase de los asistidos, el cual opera como un límite anterior a cualquier acción posible.

De este modo, en la segunda posición sostenida, se destacan problemas de instrumentación que demandan una urgente transformación del PSPPC. Los mismos se detallan como parte de una inquietud más general, referida a la aplicación de una política de seguridad más consecuente con las condiciones de conflictividad urbana.

Finalmente, quienes sostenían una posición más negativa sobre PSPPC evocaban como principal demanda su *eliminación*. Con base argumentativa en la ineficacia de la política para combatir la delincuencia, y el riesgo potencial que supone la presencia de sujetos desconocidos vigilando el barrio, la propuesta yace en reemplazar el programa por actividades más productivas en fábricas y micro-emprendimientos laborales, o bien sustituirlo por el accionar de la policía o agentes con mayor competencia para la tarea. En este camino se vuelve visible una particular tensión, puesto que los mismos sectores que son el foco de embestida para las ins-

tituciones de justicia penal son capitalizados en el marco de una política asistencial para gestionar, regular y/o controlar el delito, la violencia y la inseguridad urbana.

María: creo que le faltó mayor capacitación a esa gente y también fueron muchos despreciados por gente del barrio, porque era un control sistemático de qué se hacía, quién entraba, qué salía, entonces digamos, eehh, no tuvieron el apoyo total de toda la gente. Sí cumplían su tarea, pero después no se le había asignado, ni tenían una fuerte, un fuerte apoyo desde la policía (...) ¿qué es lo que pasaba? El verlos que caminaban, ¿no es cierto?, cumplían su función, luego no tenían una indicación clara de qué más o hasta donde podían extenderse ellos, entonces eehh ¿qué hacían?, se agrupaban en algún lugar, se sentaban y eso producía en algunas personas el desprecio porque “esos vagos, que están sentados todo el día” y que no era así (...) Hubo varios casos de, de robo acá en el barrio, en la manzana “J”, una de las casas, pero cuatro o cinco veces que robaron, entonces es como que tampoco se seleccionó el grupo, no se les hizo un certificado de buena conducta, entonces es por eso que ponían, eehh, entre paréntesis, que los de gente de Inclusión permitían o estaban en complot para que permitieran el robo. Dieron, digamos, eehh, distintos tipos de opiniones con la gente de seguridad. [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]

Uno de los principales muros con los que tropieza la política es la perceptividad que asume la figura de los protectores. El ‘estado de certificación de pobreza’ que conlleva ser un asistido del PIS, se duplica en la visibilidad que adquieren los cuerpos por su presencia continua en las calles y la señal de identificación cromática que representa el uniforme, a partir del cual se reproduce el estigma del ser pobre y desocupado, disparándose así el juego de

la sensibilidad clasista. Poner en actividad a sujetos expulsados del sistema en función de las seguridades que demanda la sociedad, genera una falla, un choque de lógicas. La estructura procedimental de la política se tensiona, por esta razón, con los estados del sentir de los vecinos. Esto se muestra en las citas anteriores a través de la referencia a 'tipos de gente' que componen el programa, caracterizables en algunos casos por la carencia cultural, la falta de capacitación o la vinculación con actividades delictivas. Aquí se evidencia (desde una perspectiva asumida por terceros) una grieta entre los objetivos del programa y los rótulos asignados/asignables por 'la falta de' cultura y capacidad, destreza y certificación en los sujetos.

Tal como adelantaba al principio del apartado, existe un conjunto de sensibilidades estructuradas sobre el programa que se sostienen desde sus inicios hasta la actualidad, independientemente de cuál sea hoy la postura mayoritaria. En este sentido, no son sus magnitudes la que me interesa destacar, sino sus configuraciones. Mientras en algunos casos la política ha reforzado la sensación de protección, en otras ha sido fuente de ansiedades. Esta problemática aparece relacionada no sólo con aspectos de instrumentación, sino con la caracterización que existe sobre los mismos sujetos asistidos. En este sentido, una pieza de engarce fundamental para comprender la aceptación/el rechazo de la política en San Luis yace en la estima y el estigma que recaen de manera alternativa sobre la figura de los protectores; en las percepciones y los sentimientos que movilizan, lo cual desborda el mero análisis instrumental, o lo que podría ser entendido como la relación medios/fines que en términos institucionales concreta la política.

La singular articulación que establece el PSPPC entre securitización de la ciudad e inclusión productiva, no sella como totalidad. Allí donde, en términos programáticos, el gobierno ha

definido que los asistidos reciben un salario a cambio de brindar seguridad a los vecinos, el ejercicio de las prácticas de los protectores se tensiona con la lógica que impone la estructura del sentir. Se configuran así sensibilidades dispares que van dando cuenta de quiénes son los protectores (origen social e identidad), qué hacen (como actúan y se comportan) y por qué lo hacen (orientaciones efectivas de su accionar). En forma parcial y entretejida, las referencias a los datos anteriores permiten comenzar a observar este tipo de relaciones.

Hacia este punto, precisamente, dirijo la atención en los próximos capítulos. Focalizando el trayecto de indagación, me ocuparé de tres formas específicas que asume la sensibilidad sobre los protectores: afinidad, invalidación y barbarización/criminalización. En la vectorización entre percepciones y emociones, en los juegos entre sentir y experiencia, veremos entonces cómo se elaboran estos relatos, que otorgan regularidad a las experiencias como puntos fijos dentro del universo movedizo de la ciudad.

PERCEPCIONES Y EMOCIONES SOBRE LOS PROTECTORES DE SEGURIDAD COMUNITARIA

En este capítulo, realizo una primera aproximación a las percepciones y emociones que los sectores de clase media expresan sobre los protectores del Programa de Seguridad Comunitaria. El objetivo es identificar los relatos existentes, en sus singularidades y diferencias, como particular momento de lectura sobre las relaciones entre condiciones de expulsión y sentir estructurado.

Avanzaré sobre estos puntos a través de una estrategia analítica que combina el material de la encuesta con las entrevistas sostenidas con los vecinos, mostrando que las percepciones y las emociones pueden organizarse de acuerdo con tres relatos: afinidad, invalidación y barbarización/criminalización. Desde aquí, en segundo lugar, presentaré una serie de dimensiones que procuran una síntesis interpretativa. Mediante este doble camino, procuro mostrar que, desde los entretelones de un escenario intensamente regulado por las prácticas institucionales de lo “productivo” y lo “inclusivo” –que remiten a la lógica compensatoria del Plan de Inclusión Social– y lo “seguro” y lo “comunitario” –inscriptos en las prácticas de vigilancia–, adviene una permanente evocación de lo que la pobreza ‘es’ en su sentido más hegemónico, implicando la

presencia de estereotipos, marcas de estigma y etiquetas específicas. En este sentido, con base en la totalidad quebrada que manifiesta la política del PSPPC, veremos cómo se actualiza el campo de la sensibilidad clasista, inscribiéndose y actuando 'desde' y 'en' lo social a partir de un particular momento de estructuración. La experiencia cognitiva/afectiva adquiere visibilidad y sentido aquí como cifra de las relaciones existentes y posibles entre los sectores expulsados e incluidos de la sociedad.

I. UNA PRIMERA APROXIMACIÓN A LOS RELATOS SOBRE LOS PROTECTORES

Antes de ingresar en los relatos aludidos, creo que es importante dar cuenta del procedimiento utilizado para ordenar y analizar la información disponible.

Siguiendo los lineamientos metodológicos presentados en el primer capítulo, esto implicó un trabajo de indagación dialectizando los datos pertenecientes a la encuesta que fue administrada por la Cátedra de Psicología Jurídica de la UNSL en 2004, y los contenidos recabados en los sucesivos encuentros de entrevista con vecinos de la ciudad. A tal efecto, el aludido cuestionario contiene en el ítem cuatro una serie de preguntas que recupero para el análisis, las cuales evocan la opinión sobre los asistidos y las tareas que realizan.¹¹²

Enlazando los nodos temáticos de las respuestas, reconstruí percepciones y emociones diferenciales; las primeras por alusión al plano cognitivo, y las segundas en referencia al plano afectivo; aquellas construidas desde la trama de las impresiones que van

112 Para mayor detalle sobre la encuesta, ver las referencias contenidas en el anexo metodológico.

dando sentido a las vivencias, acciones, relaciones y procesos que los sujetos consideran válidos como parte de su experiencia, y éstas esgrimidas como emociones elaboradas a través del juego de las sensaciones, puestas en relación de sentido con las mencionadas apreciaciones sobre el mundo. Por este camino, retomando la estrategia esbozada en el apartado metodológico, es posible reconocer que las respuestas dadas al cuestionario retienen el punto de vista apreciativo de los sujetos, aunque sea de manera parcial y contingente (como lo es todo registro). Dichos contenidos dan cuenta de una organización de sentido que envía igualmente a una mirada sobre el mundo, que inscribe y prescribe sentidos en términos posicionales, definiendo las modalidades de las prácticas en el espacio social.¹¹³

En el caso del cuestionario, las respuestas abiertas en su estado de registro inicial ('en bruto'), en principio, no ofrecen la oportunidad para un análisis sistemático como el que propongo. Por esta razón, siguiendo el procedimiento recomendado por Padua e Ingvar (2000), ordené la información disponible mediante una serie de pasos estandarizados: mapeando los contenidos en una sección limitada de los datos (220 casos), identificando patrones de respuesta regular y, en base a las categorías resultantes, codificando el resto de la información (637 casos); finalmente, regresando a los contenidos de cada categoría construida para analizarlos en términos interpretativos.

El resultado inicial en la construcción de las aludidas categorías es el siguiente:

113 En este contexto, no ignoro la dinámica de inducción a una respuesta ni el sesgo producido por "la obligatoriedad a responder" que generan muchas veces los instrumentos de interpelación científica (Bourdieu, 2003: 101-102).

TABLA N°2
PREGUNTAS DEL CUESTIONARIO Y CATEGORÍAS RESULTANTES

Pregunta abierta 4.1 ¿Qué opinión le merecen? (Las personas del Programa de Seguridad Comunitaria)	
Descripción según sus contenidos	Etiqueta asignada
» Remarca la actitud y orientación positiva hacia el trabajo que desempeñan: “disposición”, “cumplimiento”, “entrega”, “vocación”; también por adjetivación: “honestos”, “responsables”, “confiables”, etc.	Personas de trabajo
» Señala comportamientos de buen civismo hacia los vecinos, refiere a acciones como “saludar”, ser “amable”, “cordial”, “buena gente”, etc.	Buena, amable, dispuesta y atenta
» Los sentidos textuales que se imponen son los de ser “gente común”, “normal”, “como todos”.	Gente común
» Demarca la condición de necesidad bajo la idea de “pobreza”: “necesitan el trabajo”, “están por el dinero”, “gente que es pobre”.	Gente pobre
» Afirma problemas en la capacidad/destreza para cumplir con las tareas de seguridad, por ser “mujeres” o “viejos”, no estar “preparados”; en el mismo sentido indica la condición de falta en relación con su conocimiento/saber/capacidad: “no saben”, “no pueden”, etc.	Pobre gente
» Calificación negativa por la actitud hacia el trabajo, bajo términos diversos como el “no les gusta trabajar”, “vagos”, “inútiles”, etc.	Vagos e inútiles
» Remarca un sentido moral negativo: imputa identidad degradada (por ejemplo, “ladrones”), aparecen actitudes de referencia (“hacen cosas malas”) o se mencionan casos específicos como ejemplificación.	Gente mala
» Inscribe a los sujetos en la retórica de la desconfianza/ el desconocimiento; plantea asimetría de acción (“nos observan”, “saben más de lo que deberían”), como un punto de duda o doblez frente al nosotros que descalifica a los asistidos (“no sabemos quiénes/cómo son”).	Sentimiento de inseguridad/ desconfianza/ miedo

Pregunta abierta 4.1 ¿Qué opinión le merecen? (Las personas del Programa de Seguridad Comunitaria)	
Descripción según sus contenidos	Etiqueta asignada
» Remite a una categorización variable no considerada en términos interpretativos.	Otro

Pregunta Abierta 4.2 ¿Qué opinión tiene del trabajo que realizan? (las personas del Programa de Seguridad Comunitaria)	
Descripción según sus contenidos	Etiqueta asignada
» Señala un impacto positivo en la tarea respecto a la retórica de la seguridad; se produce “seguridad”, “control”, “ayuda”, etc. Recae principalmente sobre el programa y parcialmente sobre los sujetos.	Cuidan la manzana y a nosotros
» Califica negativamente la tarea en términos de los pares productiva/improductiva, eficaz/ineficaz, eficiente/ineficiente; por ejemplo, como actividad; “inútil”, “no sirve”. Recae sobre el programa antes que sobre los sujetos.	Ineficiente-ineficaz
» Imputa incumplimiento en las tareas designadas e improductividad: por ejemplo, se afirma que no trabajan, bajo la mención de que “no hacen nada”; “están sentados”, “descansando”, “reunidos”.	No hacen nada
» Califica positivamente la tarea, considerándola válida y valorable aunque no implique estabilidad laboral para los sujetos; se la define en términos de “un trabajo como todos”.	Tarea válida
» (Des)califica la tarea ejecutada, por lo que la define como un no-trabajo.	Calificable como un no-trabajo
» Refiere a intenciones delictivas que operan como “motivo encubierto” en la ejecución de la tarea.	Delinquentes
» Externalidad positiva imputada al programa: favorece el empleo/evita la desocupación.	Genera empleo/contiene

Pregunta Abierta 4.2 ¿Qué opinión tiene del trabajo que realizan? (las personas del Programa de Seguridad Comunitaria)	
Descripción según sus contenidos	Etiqueta asignada
» Externalidad negativa imputada al programa: “fomenta la vagancia”.	Fomenta la vagancia/ holgazanería
» Consideración evaluativa del programa, entendido como una manipulación/un fin político llevado adelante por el gobierno.	Manipulación/ fin político
» Cuestionamiento a las condiciones y padecimientos de los asistidos, por tratarse de una situación sacrificada/penosa/ injuriosa/degradante	Situación indigna
» Remite a una categorización variable no considerada en términos interpretativos.	Otro
FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A CATEGORÍAS EMERGENTES	

Una vez determinadas las categorías de respuesta más relevantes y establecidas las etiquetas, busqué sus posibles relaciones. Esto implicó una serie de procedimientos recursivos, no secuenciales. A] Exploré la forma de cada categoría, determinando su sentido de orientación imputable (positivo/negativo); B] observé su comportamiento en relación con otras variables a través de una lectura de tablas de contingencia; C] complementé estas pistas iniciales, que me permitieron establecer de manera provisoria ciertas correspondencias, con un análisis de contenido de las respuestas agrupadas.

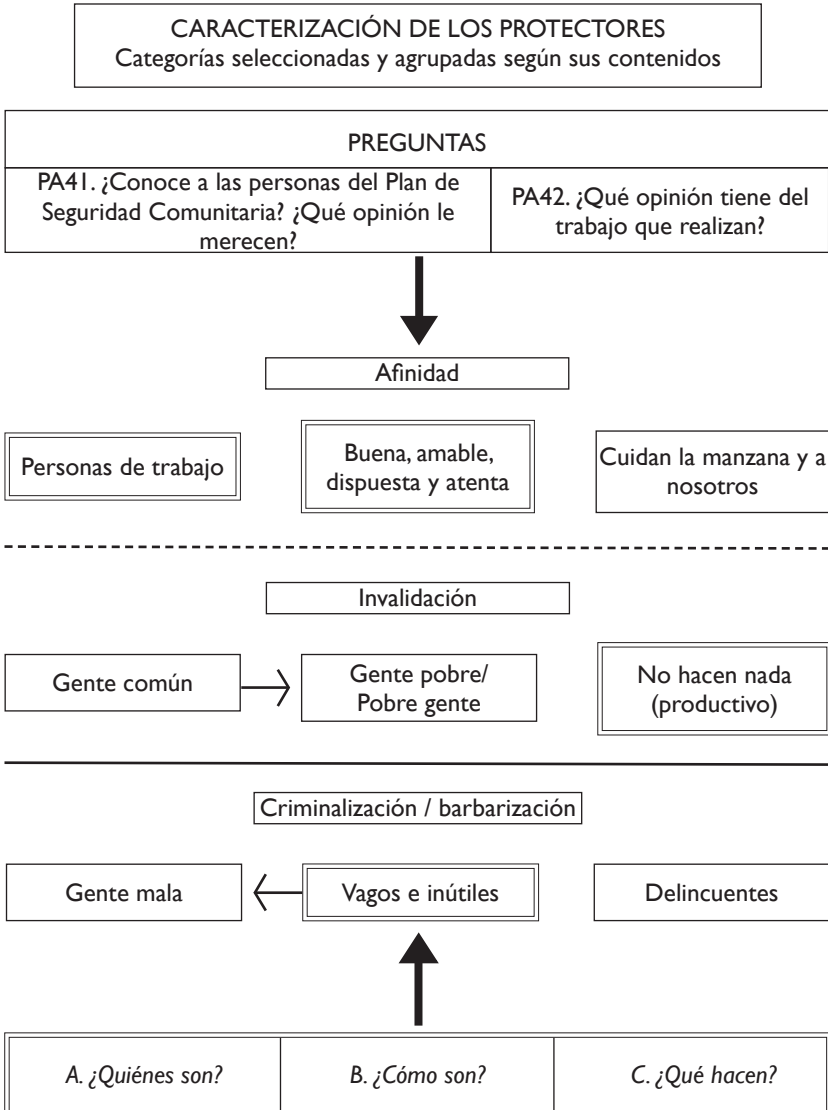
A partir de los procedimientos efectuados fue posible determinar que algunas de las categorías presentan una orientación similar, así como un contenido complementario y recursivo, que a su vez se manifiesta en algunos casos en tensión/oposición a otras. Desde aquí, fue posible definir un ‘árbol de relaciones’ en base a distancias y cercanías para cada pregunta abierta. Como resultado,

presento a continuación dos cuadros que sintetizan las relaciones posibles de acuerdo con los contenidos temáticos encontrados: el primero por referencia al conjunto de categorías que remiten a los protectores/asistidos, y el segundo asociado a la implementación de la política estatal.

Es importante señalar que no pondero estas relaciones siguiendo la frecuencia de aparición de las categorías, sino por su carácter *significativo* para el análisis. De todos modos, como referencia, incorporo esta información en la presentación de los datos.

En el caso de las expresiones referidas a los protectores, emergen tres conjuntos de categorías resultantes de la combinación entre la primera y la segunda pregunta del punto cuarto del cuestionario. En su configuración analítica, el sistema que bosquejo pretende ser portador de las alternativas empíricamente posibles para la definición del fenómeno. Si bien no incorpora en esta instancia la totalidad de las categóricas identificadas, recupera aquellas de mayor peso, comparables entre sí, que responden con mayor énfasis a las preguntas sobre quiénes son, cómo son y qué hacen los asistidos.

GRÁFICO N°5



Desde arriba hacia abajo, en el cuadro es posible observar por columna las preguntas originales del cuestionario y su correspondencia con las categorías emergentes; y en cada fila aquellas que tienen un sentido complementario, presentadas de este modo de manera alineada y compuesta.¹¹⁴ Así, cada categoría se comprende si se considera su relación horizontal con las restantes e igualmente por tensión con las categorías verticales, aunque por tratarse de tipificaciones también debe aceptarse un flujo entre ellas. Aquellas categorías que poseen un doble recuadro se destacan por ser preponderantes, es decir, estructurantes en cada nivel por su mayor frecuencia relativa de aparición. Otro elemento a observar es que las pequeñas flechas horizontales muestran cierto solapamiento de contenido y no sólo correspondencia de sentido. En estos términos, las categorías no son estancas, ya que sus sentidos se encuentran en relación dialéctica.

Finalmente, en la base del gráfico, establecí una distinción para las categorías según las unidades de sentido a las que refieren. Desde aquí, teniendo en cuenta su correspondencia de contenido, es importante notar que un mismo relato se revela a través de diferentes formas de apreciación y expresión. El quiénes son, el cómo son y el qué hacen los protectores se define como resultado de los patrones de respuesta diferencial encontrados para cada categoría. Ellos dan cuenta de significados disímiles pero a la vez complementarios a partir de cierta caracterización (tipo de identificación

114 Apelar a este orden por niveles implica reconocer, en primer lugar, que las tres posibilidades planteadas no son formaciones disociadas, sino dinámicas y complementarias, existiendo puntos de conexión y tránsito entre ellas. En segundo lugar, que existe un sentido ordinal en las mismas que va desde una posición más positiva a una más negativa. Finalmente que, a medida que pasamos desde una posición hacia otra, se destacan contenidos que a su vez se transforman. Ya veremos, por ejemplo, que esto permite registrar la mudanza en las percepciones y emociones, desde la confianza, a la desconfianza y finalmente al miedo, establecidas en torno a la caracterización de quiénes son, cómo son y qué hacen los protectores.

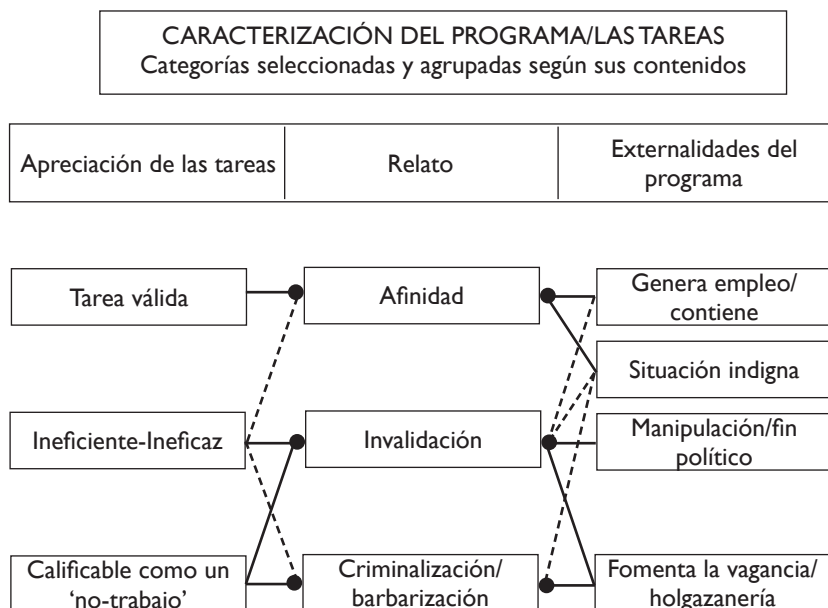
de los sujetos), una actitud imputada (valoración sobre las tareas y su realización) y una acción referencial (orientación y sentido de la práctica regular que se les adjudica).

Subrayo que estas relaciones adquieren consistencia en el proceso de interpretación hermenéutica, por la relación entre las categorías emergentes de la encuesta y la información que proveen las entrevistas, analizadas en contexto.

El primero de los relatos aludidos detenta una mirada de naturaleza positiva sobre los protectores, principalmente por su actitud hacia el trabajo, sus acciones de buen civismo y su capacidad de brindar auxilio a los vecinos; el estereotipo del 'buen pobre' parece adecuado a esta relación. El segundo remarca su incapacidad para cumplir con las tareas requeridas, lo cual está relacionado de manera enfática con su origen social (clase) y, por este camino, con su falta de competencias profesionales y su apatía hacia la ética del trabajo; se podría hablar en este caso del estereotipo del incapacitado. El último relato se polariza directamente con el primero y profundiza la mirada negativa en relación con el segundo, puesto que (se afirma) existe una disposición negativa hacia los vecinos, formas de comportamiento inapropiadas y falta de voluntad para cumplir con las tareas asignadas, lo cual, sumado a la asimetría de posiciones entre vecinos/asistidos, demarca la posibilidad de que tengan malas intenciones o incluso sean criminales encubiertos; de este modo, lo bárbaro y lo delincencial parecen ser figuras correspondientes a estas relaciones, tomando en cuenta el sexo como punto diferencial entre ambas figuras.

Las categorías restantes que identifiqué, y que no se refieren a descripciones o adjetivaciones asociadas directamente a los protectores, permiten establecer un análisis enriquecido mediante la caracterización que los encuestados realizaron de la política.

GRÁFICO N° 6



Como se puede observar en el esquema, los relatos sobre los protectores (columna central) se encuentran conectados con las categorías por una doble vía. Del lado izquierdo se observa el tipo de apreciación sobre las tareas ejecutadas, definidas (en términos generales) por su comparación con la idea de trabajo. De acuerdo con el nivel de esfuerzo implicado, la obtención de buenos resultados en términos de la provisión de protecciones y el grado de organización operativa, se califica las acciones de seguridad como una tarea válida, o se las descalifica por ser ineficientes/improductivas y no adecuarse a los contenidos/características de labor (son un 'no-trabajo').

Mientras tanto, del lado derecho se ordenan aquellas categorías que remiten a las externalidades sociales adjudicadas al programa, en referencia a los posibles efectos derivados y derivables de su estructura institucional, más allá de que su objetivo directo sea brindar seguridad a la ciudadanía, proteger el barrio y la ciudad. En ciertos casos, el programa es positivamente valorado por constituir un marco de ayuda asistencial a la pobreza, mientras que en otros se lo descalifica por considerarse una estrategia clientelar o por su efecto de contrarrestar la cultura del trabajo.

De acuerdo con la frecuencia de aparición de cada una de las categorías, su sentido de orientación preponderante y la correspondencia de contenido con los relatos, diferencio entre aquellas que muestran una conexión débil (línea punteada) y aquellas con una conexión más fuerte (línea definida) y que pondero para el análisis interpretativo.

Desde aquí, es posible establecer un análisis enriquecido. El relato de afinidad se conecta desde la columna izquierda con dos categorías (“tarea válida”, con la que tiene una conexión fuerte, e “ineficiente-ineficaz”, con una conexión débil) y con dos adicionales desde la columna derecha (“genera empleo/contiene”, “situación indigna”). El relato de invalidación está relacionado fuertemente con dos categorías desde la columna izquierda (“ineficiente-ineficaz” y “calificable como un no-trabajo”), y se conecta a su vez con cuatro categorías desde la columna derecha (dos conexiones débiles, “genera empleo/contiene” y “situación indigna”; y dos fuertes, “manipulación/fin político” y “fomenta la vagancia/holgazanería”). Finalmente, el relato de barbarización/criminalización lo hace con un par categorías desde de la columna izquierda (una débil, que es “ineficiente-ineficaz” y una fuerte, “calificable como un no-trabajo”) y con dos adicionales desde la columna derecha (una débil, que es “situación indigna” y una fuerte, “fomenta la vagancia/holgazanería”).

Así, se elaboran tres formas preponderantes de evaluación del programa. En el primer caso, aunque la situación de desprotección e indefensión de los asistidos es puesta en cuestión, la política es valorada por su potencialidad para contenerlos, ofreciendo posibilidades para que accedan a un medio de vida y ejecuten tareas socialmente útiles. El segundo relato implica un contraste, ya que las tareas son consideradas ineficaces y poco productivas, siendo incluso desacreditadas como trabajo. Desde aquí se sostiene que el programa fomenta la holgazanería y que es ejecutado con un fin principalmente político-utilitario, no para responder a necesidades sociales. Así, en este relato existen mayores críticas al diseño técnico del programa en comparación al primero. Finalmente, en un tercer camino, las tareas son desacreditadas con mayor énfasis, remarcando que reproducen la cultura de la dádiva y el paternalismo contra la ética del trabajo. En este sentido, no se acentúan tanto los problemas en el diseño de la política, sino el efecto performativo sobre la identidad de los sujetos. Se puede transitar de este modo desde un lugar analítico en el que se destaca la valoración positiva del trabajo y el sentido 'humanista' de los vecinos hacia los asistidos, pasando por un momento de descrédito a las tareas y un énfasis en la incapacidades/imposibilidades de acción, hasta llegar a la afrenta de la actividad de protección y la culpabilización de los sujetos.

Estos tres relatos, de afinidad, invalidación y barbarización/criminalización, se corresponden, por lo tanto, con las tres posiciones que ya habíamos revisado sobre el final del capítulo anterior, entre la opinión acerca del programa, la sensación de impacto en la zona de residencia y el sentimiento de seguridad experimentado. La posición positiva, intermedia y negativa coinciden hasta cierto punto con estas miradas, dada la recursividad de los contenidos encontrados.

Debido a que constituyen abstracciones analíticas, es importante aceptar la existencia de ambivalencias. Muchas veces se dan referencias cruzadas que transitan de manera más o menos fluida

entre los relatos, sobre todo entre el segundo y el tercero. Esto no se observa tan fácilmente en los datos de la encuesta, precisamente porque la modalidad pregunta/respuesta y la estrategia de codificación diluyen las aproximaciones, pero sí es más claro en las entrevistas. Así por ejemplo, en forma transversal, los encuestados afirman que en el plan existen personas “buenas y malas”, que “algunas cumplen y otras no”. Entre los interlocutores del tercer relato, hay quienes identifican entre los asistidos a personas “de trabajo”, “buenas”, “amables”, “dispuestas” y “atentas”, que “cuidan la manzana”; y entre quienes se posicionan en el primer relato, se reconoce muchas veces que los protectores son “gente común” y “pobre”, y que por esta razón la tarea es parcialmente “ineficiente”, “ineficaz” y “poco productiva”. Por referencia a algunas de las categorías construidas, es posible afirmar entonces que ningún relato cae en la absoluta positividad o negatividad, ya que –como bien afirmó una de las entrevistadas– “no podemos mezclar todo en una misma bolsa” [Entrevista. María. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010].

De este modo, en la medida en que los relatos obedecen a tipologías elaboradas desde una perspectiva constructivista, es necesario respetar sus ambigüedades. Desterrarlas significaría forzar un cierre de interpretación que se volvería aceptable por una conexión meramente lógica.

Partiendo de las relaciones expresadas hasta aquí, en el próximo apartado procederé hacia un análisis más profundo, basándome en las expresiones más representativas para cada categoría. Este encuadre es coincidente con los puntos de vista que emergieron de las entrevistas, aún cuando existen diferencias temporales entre los dos registros (encuesta-2004 y entrevistas 2010-2011). Como veremos, muchas referencias se repiten e incluso las expresiones y palabras tienen un tenor semejante. Por lo tanto, los contenidos de ambas fuentes de información no sólo son situables dentro de los mismos relatos, sino que además muestran un sentido recursivo que enriquece la interpretación.

II. TRES RELATOS COMO POSIBLE RECONSTRUCCIÓN DE LA SENSIBILIDAD DE CLASE

Los relatos que presento a continuación adquieren sentido a través de las conexiones entre estructura social, experiencia y sensibilidad analizadas en capítulos precedentes. En tal caso, es importante no perder de vista que se configuran desde un emplazamiento común: entre las percepciones de anonimato creciente, extranjería disonante y fragmentación, signadas por las problemáticas de la expansión y sucesiva transformación urbana, en confluencia con la profundización de la pobreza, la marginalidad y la delincuencia. En este sentido, dichos relatos están asociados con la erosión de la confianza, la solidaridad y la convivencia, vinculados a las emociones de miedo, bronca e impotencia, que llevan a la expresión de sensibilidades desde los pares clasificatorios de la confianza/desconfianza, la seguridad/inseguridad, lo bueno/lo malo. Es en torno a esta complejidad que se estructuran los estereotipos, estimas y estigmas sobre los protectores.

De este modo, no es relevante determinar si estos relatos expresan o no una sensibilidad 'real', sino observar el modo en que operan más allá de la unidad individuo, en asociación con el contexto social, como percepciones y emociones arraigadas a la realidad experienciada, vinculados a su vez a las condiciones de estructuración que desbordan el ámbito ceñido de la política estatal. Esto implica, pues, retomar la apuesta sociológica por establecer conexiones interpretativas de amplio espectro.

Los relatos deben ser entendidos como una identificación hermenéutica de la apreciación fundada en la experiencia, que depende de las relaciones entabladas por los agentes diestros y de sus propiedades bajo condiciones materialistas específicas. Las diferentes formaciones se muestran como maneras potenciales en las que aparecen registradas las vivencias de un mundo compartido,

elaboradas desde la posición y condición de clase, vividas y revividas a su vez como reales. Dichas formaciones se definen a través de momentos heterogéneos, que van desde la interacción directa de los vecinos con los protectores, pasando por la observación ‘a distancia’ de las situaciones y el ocasional encuentro, hasta información indirecta recibida mediante terceros.

En la mayoría de los casos los encuestados y entrevistados afirman no conocer a los sujetos a los que aluden.¹¹⁵ La rotación de personal en los barrios y las bajas en el programa impiden que se fomenten vínculos constantes, dando lugar a sensaciones de desconocimiento. De este modo, ciertas referencias aparecen descorporizadas bajo términos nominativos totalizantes como el de “personas” o “gente”, que desdibujan al sujeto protagonista. El ‘conocer’ a los protectores asume entonces tres formas variables: una *personalizada*, que se refiere a las situaciones en que existe un vínculo estrecho, filial o de amistad, siendo la menos frecuente; una por *emplazamiento*, por referencia a la pertenencia espacial común y al hecho de ser vecinos, lo cual supone ciertas interacciones difusas; y según una *rotulación indirecta*, que se genera por la permanencia iterativa de los protectores en la zona, remitiendo a un simple “conocerse (identificar) de vista”. El chaleco verde que uniforma a los asistidos cumple un papel importante en este sentido, puesto que da anclaje a las referencias sobre el colectivo de protectores más allá de la individuación de cada sujeto.

115 En el caso de la encuesta esta relación es de 67,5% (desconocimiento) contra 24,2% (conocimiento); en el caso de las entrevistas la relación resulta proporcional.

A. Relato de afinidad sobre los buenos protectores

Como indicaba en la sección anterior, el rompecabezas del primer relato puede ser armado tomando como referencia tres categorías centrales, a través de las cuales los protectores son calificados por ser “personas de trabajo”, “buenas, amables, dispuestas y atentas”, cuya tarea es la “cuidar la manzana y cuidarnos”. A su vez, con esta posición se enlaza una categoría positiva en la apreciación de actividades (“tarea válida”) y dos en la definición de externalidades, la primera negativa y la segunda positiva (“situación indigna” y “genera empleo/contiene”). Con base en estas piezas, que albergan la expresión de sensibilidades, es posible afirmar que un conjunto de vecinos posee una experiencia de afinidad o estima hacia los asistidos por referencia a valores y actitudes que conciben como compartidas. Esto aparece como un aparente momento de reconocimiento que, sin embargo, invisibiliza distancias y diferencias de clase.

Cuando existe una identificación de los protectores desde este relato, la referencia es ante todo hacia personas de género femenino bajo términos como el de “las mujeres” o “las chicas”, en algunos casos distinguidas por su edad mediante nominaciones como “mayores” o “jóvenes”. A su vez, en este relato es donde aparecen mayor cantidad de referencias personalizadas, en relación a protectores que son vecinos del barrio y son identificados por sus nombres, siendo “amigos de” o incluso reconocidos como familiares (un primo/a, un hijo/a).

TABLA N°3

RELATO I. RESPUESTAS TEXTUALES REPRESENTATIVAS SEGÚN EL ANÁLISIS DE LA ENCUESTA		
DISPARADOR		
PA41. ¿Conoce a las personas del Plan de Seguridad Comunitaria? ¿Qué opinión le merecen?	PA42. ¿Qué opinión tiene del trabajo que realizan?	
NODO PROBLEMÁTICO DESAGREGADO		
Caracterización <i>Quiénes son</i>	Actitud imputada <i>Cómo son</i>	Acción referencial <i>Qué hacen</i>



Caracterización de los protectores		
<p>Cat1. <i>Personas de trabajo</i> (frecuencia = 21). “Son personas de trabajo”, “tienen voluntad y por sobre todo no quieren perder su trabajo”, “buena gente como todos los que trabajan”, “son gente que está trabajando”, “creo que son personas trabajadoras porque están siempre ahí”.</p>	<p>Cat2. <i>Buena, amable, dispuesta y atenta</i> (frecuencia = 78). “No conozco a ninguna pero me parece buena gente, que necesita un trabajo”, “yo siempre les ofrezco cosas porque son muy educados”, “aparentemente son buenas personas. Son cordiales. Una vez trajeron cartas que habían dejado tiradas en la calle”, “sí, de cara, y de nombre los anoté por lo del robo. Son buena gente. Es para confiar”, “[los conozco] de vista.” “Responsables, serias”.</p>	<p>Cat3. <i>Cuidan la manzana y a nosotros</i> (frecuencia = 74). “Me da seguridad verlos que andan por ahí”, “si necesitas ayuda sabes que si salís corriendo sí o sí en alguna esquina encontrás alguno de ellos; es como que no estás tan solo”, “acá ocurría un incidente que había quedado la puerta abierta y ellos nos avisaron y dieron parte a la policía”, “la presencia de ellos es buena, porque a veces uno quiere ver a un policía y no está, en cambio ellos sí andan rondando”.</p>

Apreciación de las tareas	Externalidades del programa
<p>-Tarea válida (frecuencia = 24). “[U]n trabajo digno, como cualquier otro, nada más. Ni mejor ni peor”; “es un trabajo productivo con respecto a lo que hacen”; “se arriesgan a situaciones peligrosas, con un teléfono y un silbato nada más, hay que hacer semejante laburo en estos tiempos”.</p>	<p>-<i>Genera empleo/contiene</i> (frecuencia = 46). “Todos tenemos derecho a vivir y a ganarnos la moneda”; “es una manera digna de ganarse el pan”; “un trabajo, porque las mujeres solas pueden alimentar a sus hijos”; “es un trabajo provisorio, hasta que consigan algo mejor”.</p> <p>-<i>Situación indigna</i> (frecuencia = 36). “[M]uy sacrificado, no se puede estar caminando 6 horas, afecta la integridad física. Hay personas mayores que andan caminando, 6 horas, no puede ser”; “por el sol, frío, sin baños. Las mujeres en ese sentido están muy descuidadas”; “todos necesitamos trabajar, pero ellos deberían tener más seguridad y protección, están muy expuestos”.</p>

Como sucede en los otros relatos, en este caso es posible encontrar repetidas objeciones al diseño del programa. Las metas de su implementación no siempre quedan claras. A su vez, no escapa a los vecinos el hecho de que la actividad está vinculada a la asistencia pública, por lo que enfatizan la falta de preparación en los protectores para cumplir con las tareas de seguridad, reconociendo que su acción no puede ser equiparada a la de agentes especializados. Sin embargo, en la medida en que el programa suple para muchos vecinos la protección pública policial (con baja presencia en los barrios)¹¹⁶, aún por su impacto posible es valorado como herramienta de prevención frente al delito.

116 En el capítulo tres, ya observamos que la experiencia de desatención en políticas públicas de seguridad se encuentra extendida en la clase media argentina, expresada materialmente en el acceso diferencial a la “vigilancia y el patrullaje policial” y a la “distancia a comisarías, destacamentos y puestos policiales” (Salvia, 2011: 69 y ss.).

Claudio: *yo creo que potencialmente es útil, te puede brindar mucho, si hay conciencia y se hace bien, puede ser muy preventivo digamos. Muy preventivo porque gente que sabe, vos tenés que estar en la calle para saber los movimientos, entonces, si- estar en la calle vos sabes cómo, quién, todos los movimientos; me parece que potencialmente es importantísimo.*

E: ¿Por qué me dice “potencialmente”? ¿por qué me dijo “potencialmente” y “si se hiciera bien”?

Claudio: Sí, yo la verdad que desconozco el funcionamiento y por ahí te estoy prejuzgando viste, pero *me parece que falta, me parece que debería ser más eficiente la prevención.*

E: Ajá .

Claudio: Me parece.

E: ¿A qué llamaría eficiencia?

Claudio: Y, *a detectar esos casos* (de delito). [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Abril de 2011]

El PSPPC es valorado (y en este marco, lo son también los protectores) por tratarse de un instrumento presente, en contraste con la fuerza policial que constituye prácticamente una ausencia en la zona de residencia. Su importancia yace en las formas de presencia, mientras que la mirada positiva descansa en la cualidad de la tarea de vigilancia.

Esto se diferencia de las protecciones esperadas en términos de las faltas estructuradas (es decir, de la demanda general por mayor resguardo ante el delito). Los protectores no son considerados representantes o portadores directos de la seguridad, ni el PSPPC un complemento (y menos aún un sustituto) de la fuerza policial. Esto tiene que ver al menos con dos razones: el carácter disgregado de las protecciones -que no advienen como trama sino más bien como espasmos contingentes-, y la forma miniaturizada de las actuaciones -dada la falta de potencia y especialización resolutoria ante las situaciones de conflicto. De este modo, la extensión de

áreas a veces no cubiertas, de unidades individuales con funciones débiles, de la naturaleza de acciones no intervencionistas, son una constancia de caracterización.

En este orden, se verifica la elaboración de un sentimiento de confianza que se construye sobre el cumplimiento de expectativas. En la medida en que los asistidos efectúan las tareas asignadas de vigilancia, la sensación de presencia y cercanía corporal mitiga los miedos y la intranquilidad de no saber lo que sucede en el barrio o de no poder actuar ante determinadas circunstancias. Así se configura la imagen posible de un protector.

María: una vez me intentaron robar, me avisaron telefónicamente, trataron de evitar que ingresaran en la-, digamos, *por experiencia propia yo tuve buena respuesta de la gente de seguridad*.

(...) el hecho de cumplir la función de seguridad en las instituciones, como es una escuela, ha dado respuesta ¿pero por qué?, también depende del directivo y de seguir las normas que ellos tienen legalmente. Entonces ellos en la escuela en los tres turnos qué hacen: ingreso a la escuela, cuidar la entrada, cierto horario cerrar, a la salida ayudar y colaborar en lo que es la seguridad vial; digamos que los chicos crucen, y a la tarde también, la misma metodología, y a la noche la seguridad en la escuela. *Yo en cuatro años que estoy en la escuela nunca ha habido un robo de fuera de la escuela (...) es de gran apoyo en este momento porque es una escuela pública y no podés pagar seguridad*. [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]

Una buena experiencia de encuentro –aquí definida en términos de necesitar ayuda y recibir una adecuada respuesta– está relacionada con relatos más positivos, y viceversa.¹¹⁷ Las zonas pro-

117 Esto se verifica en los datos de la encuesta. Para determinar esta relación

tegidas (barrios, escuelas, casas) se ven fortificadas por la presencia de los asistidos. Esta experiencia genera un sentimiento de tranquilidad y protección, de saberse cuidado por alguien que “se encarga”. En este contexto, las personas encuestadas y entrevistadas reconocen la asimetría de capacidades entre ellas y los asistidos, en tanto las actividades de las rondas suponen un ‘estar ahí siempre presente’. De esta manera, quienes tienen conocimiento porque adquieren saber sobre el barrio y disponen igualmente de la posibilidad de actuar en tanto práctica preventiva, se diferencian de quienes no-están y no-ven (los vecinos), por lo que no-saben y no-pueden, y se oponen a quien está allí para hacer un perjuicio (el delincuente). *Ver permite hacer*, revistiendo en este caso la asociación de un sentido positivo.

Por lo visto, es posible apreciar que este relato se constituye en un espectro ampliado de relaciones que define variedad de prácticas y orientaciones de acción. En el escenario mentado encontramos tres (y no sólo dos) actores: trabajadores, vecinos y delincuentes. Al inscribirse los vecinos en una relación de víctima/sujeto pasivo, en oposición al victimario/sujeto activo, cobra sentido que los “vigilantes” sean concebidos como “protectores”; es decir, como “los ojos y los oídos del barrio” (siguiendo la nominación oficial) que atenúan el temor anclado en un tercero (que es un otro). Esto marca entonces las diferenciaciones y distancias entre cada rol ejecutado, de manera que en

partí de tres preguntas contenidas en el cuestionario: “¿Ha necesitado recurrir a las personas encargadas de la seguridad comunitaria?”, “¿Cómo califica el desempeño del personal?” y “¿Pudo resolver favorablemente la situación?”, en base a las cuales elaboré una variable suplementaria que registra la resolución positiva/negativa de la situación de encuentro. Sobre una población n=41, que corresponde a todos los casos identificados con solicitud de ayuda, existe un nivel de asociación V. de Cramer de 0.6 (60% de asociación) entre el tipo de relato y la resolución positiva/negativa de la situación, con un intervalo de confianza del 95%.

la tríada víctima-victimario-protector, existe una designación diferencial de potencias y de acciones.

Estoy más segura porque yo vivo sola y los chicos se juntan aquí; acá es el punto de encuentro, me siento acompañada, yo sé que si pasa algo ellos avisan. [Encuesta N° 45. Femenino, 65 años]

Uno cuando sale lo hace tranquilo, *confiado porque acá andan rondando* (sic) las chicas, vigilando. [Encuesta N° 153. Masculino, 75 años]

La impresión positiva tiene un núcleo fundamental: lo que se ve que hacen los asistidos, cuyo peso relativo se convierte en indicio de aquello que son. De este modo, el ‘ver hacer’ es uno de los elementos que totaliza este relato. Las diligencias de la acción visible estructuran la sensibilidad. “Responsables”, “serios”, “con bastante valor”, “de mucha confianza”, son vocablos que surgen de la encuesta y se refieren a la actitud que se imputa a los sujetos respecto a las tareas que ejecutan. En este sentido, el trabajo corporal que realizan nuclea los principales atributos valorados. A su vez, comportarse de manera “atenta”, “educada”, “cordial”, “ayudar”, aparecen como indicativos de ser “buena gente”; es decir, son actitudes de buen civismo que al mismo tiempo generan confianza. Entre tanto, el estar haciendo, el estar siempre ahí, como prácticas visibles, también forman parte de este fundamento, ya que delinean evidencias de la buena voluntad y la disposición hacia el trabajo.

María: como que por ahí se esfuerzan para que la gente confíe, por ahí, qué sé yo, la señora que cuida la escuela, que abre la-[puerta], que hace pasar a los niños, que para los coches para que pasen los niños; amorosa. *Yo la veo que ella*

quiere agradar y, “buen día”, saludar bien al papá y, qué sé yo, yo pienso que tiene que ver con que, con que siempre quieren demostrar que son (acentúa) confiables, porque se sienten así. [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]

Por esta vía, en los diferentes planos que evidencia la palabra, el buen comportarse en situación es la actitud valorada en tanto correcta y apropiada, por lo que la presencia de las cuadrillas de trabajo en las calles, en los barrios y en las esquinas es considerada positiva y –podríamos decir, incluso– una función productora de seguridad. Esta concepción construye un sentimiento de afinidad o estima en los vecinos.

La percepción de la buena voluntad en los sujetos también es asociada a su condición de clase. La expectativa de “no perder” el trabajo por relación con la “necesidad” en la que se encuentran, es un elemento explicativo de su deseo de cumplir y de hacer bien sus tareas. De este modo, la diferencia social que existe entre asistidos y vecinos no desaparece tras el sentimiento de afinidad, sino que más bien permanece obturada.

Son gente que quiere trabajar, son responsables, humildes y *no son ladrones*, son honestos. [Encuesta N° 46. Femenino, 33 años]

No los conozco, sólo al que los coordina. Con respecto a él todo bien, muy atento, siempre me saluda; en general parecen gente buena *que nos les queda otra salida y necesitan trabajar*. [Encuesta N° 473. Masculino, 27 años]

Desde el eje clasificatorio de lo bueno/lo malo, en que los ladrones aparecen como elemento de oposición, se comprende que las personas “de trabajo” son buenas personas y que los

pobres que trabajan son buenos pobres; pero esto se sostiene en las reiteradas distancias entre un nosotros y un ellos. En este sentido, la relación de afinidad está marcada por una ineludible diferencia de clase, mientras que los protectores, desde este relato, son representados como personas humildes, sin salida y que necesitan trabajar. Sujetos con escasas energías biológicas y sociales disponibles, destinados a actividades informales de trabajo, dan cuenta de no poder ser-ni-hacer mucho más que lo que hacen, en términos de acciones ceñidas y restringidas.

Por esta razón, otro elemento valorado es la capacidad del programa para brindar apoyo al sector desocupado y contener a los jóvenes ante situaciones de riesgo. Un espacio de trabajo, de capacitación y educación es un medio potencial para “sacar a los jóvenes de la calle” y guiarlos hacia la cultura del trabajo; del mismo modo que provee una oportunidad para que las personas honradas ganen “el pan” y “la moneda” –como indican los encuestados–, ya que la a-puesta corporal y el esfuerzo constituyen el medio legítimo de trabajo. Esta experiencia se impone por sobre los puntos débiles del programa, e incluso frente a las condiciones de trabajo precario en que se encuentran los sujetos y que son reconocidas como situaciones indignas de trabajo.

En definitiva, la distancia como posición social que asumen los vecinos implica un lugar otro en el que son ubicados los protectores, no sólo en términos de su pertenencia al programa sino en relación con su inscripción de clase, vinculada a su vez con la soportabilidad de la política compensatoria como mecanismo de contención y ayuda social.

María: es como que les da una posibilidad. [Entrevista. San Luis, Mayo de 2010. Barrio Telepostal]

Claudio: seis años atrás [2004] había más cantidad de robos me parece, y en el lugar que vivíamos que era justamente de aquella zona 'x', eeh, siempre pasaban vendiéndonos cosas robadas (...) porque había más, me parece, los jóvenes delinquían más, no había, no estaba el Plan de Inclusión; me parece que tiene que ver con eso, porque después los jóvenes tenían alguna actividad, y ya se tranquilizaban. [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Abril de 2011]

Según estas expresiones, la mirada positiva sobre las tareas de seguridad se extiende hacia los protectores. Dentro de un relato convergente con la afinidad -que implica la comprensión y la ayuda hacia los desocupados, así como la tolerancia y soportabilidad de su situación de expulsión-, los sujetos (pobres) pueden tomar 'asiento' en el barrio, volverse una pieza fija, como parte de un tipo de relación posible con la pobreza vuelta visible en la ciudad. Así, al examinar las consecuencias de este relato, se puede reconocer el modo en que habilita ciertas interacciones. No sólo autoriza implícitamente el funcionamiento de la política, en tanto abre un campo de legitimidad a las acciones emprendidas desde el programa, sino que concede a los expulsados la posibilidad de ocupar lugares en los que se sitúan los sujetos de clase media. Los espacios de circulación (sus espacios), aún definidos por ciertos elementos de frontera que afirman lo propio, son abiertos a la posibilidad de convergencia, pero sólo a partir de relaciones que de manera antecedente pueden ser definidas como seguras. Las proximidades físicas se vuelven situaciones de encuentro posible en lugares sociales comunes a ser habitados por un ellos y por un nosotros, consolidados sobre la sensación de no sentir riesgo o, incluso, de sentirse protegido.

El énfasis en un 'espacio libre' que es concedido a esos otros, habilitado y habilitante para las interacciones, no debe confundirse con una mirada de reconocimiento. La relación en-

tre vecinos y protectores se sostiene en diferencias sustanciales de clase, como distanciamiento que se actualiza en los momentos de interacción. En este sentido, la ‘política de los buenos sentimientos’ que está arraigada en la comprensión hacia la gente pobre y humilde, especifica la referencia de un relato que no es de identificación, sino de miserabilización. Los vecinos perciben que existe esfuerzo, voluntad, civismo, pero esta cercanía sólo sutura las distancias e invisibiliza los conflictos de clase. El disfraz de esta forma se vuelve evidente en la medida en que los sujetos son re-conocidos desde sus in-capacidades. El estereotipo del buen pobre se configura desde el estigma de la incompletud, en comparación a un nosotros total, y de este modo da cuenta de una inferiorización. Existen rasgos básicos y necesarios que esos sujetos no poseen, y por esto el programa funciona como una “posibilidad”, un dispositivo que “tranquiliza”, en tanto apacigua la pobreza y contiene el delito.

En todo caso, la formación de la confianza está relacionada con la certidumbre y las garantías que despierta la acción potencial de los asistidos. El poder identificar quiénes son y cómo son a través del comportamiento, articulado por valores y actitudes que aparecen como afines al nosotros, aumenta la tolerancia sobre la percepción de riesgo y los miedos que imponen las sombras de la ciudad, no sólo asociadas al delito común, sino también al propio programa. Tener confianza supone, en este sentido, saber que el otro no es un agresor al propio bienestar; pero esto se amplía doblemente en el marco de la propia política analizada, porque los sujetos cumplen la función de ser potenciales aliados contra el peligro. Se sintetiza, entonces, una relación social en la que disminuye la ansiedad sobre los posibles riesgos e igualmente aumenta las oportunidades para la experiencia y la acción entre protectores y vecinos.

B. Relato de invalidación sobre la gente pobre

En este caso, las piezas del relato son cuatro categorías principales que aluden a los protectores. A partir de ellas, son caracterizados como “gente pobre” de acuerdo con su inscripción social, a lo que se adhiere una calificación negativa de carácter cultural/identitario, por ser una “pobre gente”. Al destacarse su falta de capacidad para desarrollar las actividades de seguridad, son referidos también como personas “comunes”, sin destrezas especiales, mientras se desacredita su accionar como un-sin-sentido que no requiere esfuerzo (“no hacen nada”). A su vez, esto se conecta con dos categorías fuertes en la apreciación de actividades (“ineficiente-ineficaz” y “calificable como un no-trabajo”), y dos en la definición de externalidades (“manipulación/fin político” y “fomenta la vagancia/holgazanería”).

No detecté en este relato formas personalizadas de referencia, mientras que aparecen distintos ejemplos de identificación por emplazamiento espacial y de rotulación indirecta. Se apunta sobre todo a mujeres, descriptas por referencia a su edad (“viejas”, “mayores”, “grandes”) y, en algunos casos, mediante rasgos físicos que caracterizan la condición de su cuerpo en detención (“gordas”, “pesadas”); a su vez, se alude a la juventud (“chicas”/“chicos”) en condición de estática social, caracterizada por una menor “voluntad” de acción.

TABLA N° 4

RELATO 2. RESPUESTAS TEXTUALES REPRESENTATIVAS SEGÚN EL ANÁLISIS DE LA ENCUESTA	
DISPARADOR	
PA41. ¿Conoce a las personas del Plan de Seguridad Comunitaria? ¿Qué opinión le merecen?	PA42. ¿Qué opinión tiene del trabajo que realizan?

NODO PROBLEMÁTICO DESAGREGADO		
Caracterización	Actitud imputada	Acción referencial
Quiénes son	Cómo son	Qué hacen



<p>Cat1. <i>Gente común</i> (fr. 11). “Con solo andar no cumplen con el objetivo de seguridad, son gente como uno”, “no confío para nada, son personas, nada más, que se juntan y cumplen un horario”, “gente común, normal, no veo que sean diferentes, gente igual que nosotros, normal”.</p>	<p>Cat2. <i>Gente pobre</i> (fr. 35). “Esta gente pobrecita necesita trabajo”, “está dispuesta a hacer cualquier cosa para llevar el dinero a su casa”, “tiene que laburar, tienen chicos, familia. Hay que salir a buscar el pan. Peor sería no tener nada”, “Lo bueno es que llevan la comida a la casa; ponen el pecho a la crisis”,</p> <p>Cat3. <i>Pobre gente</i> (fr. 69). “Es gente que no conozco”, “son una pobre gente que no consiguen otra cosa y no le queda otra cosa que trabajar de lo que sea”, “son una pobre gente, sin educación”, “no son dignos de ser individuos, viven en una lumbre, no saben las consecuencias, si se van a jubilar o no”</p>	<p>Cat4. <i>No hacen nada</i> (fr. 104). “[S]e acomodan en la esquina y son dos o tres horas en la calle sin hacer nada”, “teóricamente deben patrullar la esquina pero charlan, venden productos, etcétera”, “en las libretas de trabajo hacen dibujos, escriben recetas de cocina, números de teléfono de amigos y en algún caso algún problema que haya detectado”, “a veces están trabajando pero no circulan. No hay control, no lo respetan al trabajo porque saben estar en la esquina tomando mate (...) ellos tienen que circular y eso es lo menos que hacen”, “no lo veo bien, están todo el día caminando y dando vueltas”, “No hacen nada; simplemente las ves pasar caminando, cuando se ven”.</p>
---	--	--

Apreciación de las tareas	Externalidades del programa
<p>- <i>Ineficiente-ineficaz</i> (frecuencia = 92). “No sirve; quizás es un buen plan pero está mal implementado”; “[e]s poco eficiente”; “[a]lgunas no tienen ni radio, ni celular, nada”; “no se han venido a presentar, no andan por la cuadra, vigilando (...) El sistema está mal, no les exigen para que hagan el trabajo. No hay control”; “[s]on poco eficientes en sus trabajos, nadie los controla (...) entonces hacen lo que quieren”; “no lo veo para nada productivo, rentable para la sociedad”; “[n]o es un trabajo que produzca algún bien, ni intelectual”; “[e]llos mismos nos dejan en la duda de la credibilidad del programa”.</p> <p>- <i>Calificable como un no-trabajo</i> (frecuencia = 20). “[N]o es un trabajo, dar vuelta la manzana, a veces están en las esquinas tomando mate”; “no producen nada”; “no es un trabajo deambular por la vereda, además vos los ves amontonados en una esquina tomando, fumando; así nadie puede confiar en algo tan arbitrario”; “[e]s una justificación; para lo que les pagan algo tienen que ponerlos a hacer”.</p>	<p>- <i>Fomenta la vagancia/holgazanería</i> (frecuencia = 13). “Aumentó la holgazanería”; “es un trabajo muy cómodo, pasan bastante tiempo que se reúnen entre ellas en las esquinas a charlar”; “toman mate en la esquina, fuman, están al cuete todo el turno que les toca”; “no tienen que hacer demasiado esfuerzo”; “deberían trabajar más”; “[t]endrían que producir algo, así se fomenta la vagancia”.</p> <p>- <i>Manipulación/fin político</i> (frecuencia = 13). “No estoy en contra del trabajo en sí; pero lo que sucede es que no está bien implementado, se los usa con otros fines políticos”; “creo que es como contener a toda esa gente que está desempleada. Para tenerlos haciendo algo”; “es un modo de ocultar la desocupación al igual que los pico y pala”; “es una fachada”; “[i]nútil, degradante; son personas que están cautivas, son una herramienta del gobierno”; “una manera de armar un ejército para sostén del gobierno”; “a mí no me engañan esos botones. Están para botoñar la vida nuestra al Alberto”.</p>

En este relato, es posible observar que la condición de quien no-tiene por referencia su estado material de vida, irradia su sentido hacia las ideas de necesidad e incapacidad, representadas como una falta o vacío en la disposición de vida. Las descripciones aluden a personas incapacitadas para actuar, que no cuentan con las habilidades físicas/culturales suficientes para desarrollar las tareas de protección y que, por lo tanto, deberían

realizar otra actividad y no estar en el programa. A su vez, los cuerpos aparecen como ‘manchas’ estáticas en el barrio (por tratarse de sujetos inactivos, tirados, juntados, que deambulan) que, lejos de mimetizarse con el paisaje, generan una sensación de contraste produciendo desagrado y rechazo.

Por un lado, lo que aparece como figuración es un estado de privación objetivo que remarca un estereotipo particular de la pobreza: gente que solo está en el programa “por lo que les pagan”, a pesar de ser un trabajo “sin dignidad”, porque “necesita” y para eso “hace lo que tiene que hacer”, según surge de las encuestas. Se dice de un padre de familia, de jóvenes sin trabajo, de mujeres jefas de hogar, que se disponen “a todo”, a hacer “cualquier cosa” con el propósito de “salir a buscar el pan”, “para llevar el dinero a su casa”, a los “chicos”, a la “familia”. La ausencia de trabajo, de alimentos, de dinero, componen algunas de las materialidades más claras que definen la inscripción objetiva de la pobreza como condición de vida. Esta figura se traduce en el semblante actitudinal del asistido, que en ciertos casos hace fuerza con su cuerpo (“pone el pecho”) como medio de vida (recurso para), buscando satisfacer una necesidad individual o colectiva; pero, también, en la figura de quien está allí sólo por la imposibilidad de hacer otro tipo de actividad.

El sentido que impone la segunda categoría puede ser entendido como un pliegue complementario de la anterior, puesto que acentúa la relación entre las materialidades de la pobreza y la condición de agencia. “Pobre gente” señala que la incapacidad es un rasgo imperante de la carencia en los individuos, en este caso entendida simbólicamente, porque viven “en una lumbre”, “sin educación”, “no conocen”, “no saben las consecuencias”. En el mismo sentido se orienta otra de las categorías identificadas, refiriéndose a “gente común”, que no es “diferente”. El ser pobre pero igualmente “normal” demarca, en este contexto, un atributo

negativo, porque se compara a los sujetos con un patrón de diferencia, remarcando la no posesión de capacidades/destrezas para cumplir con la función asignada. La impresión a los sentidos, que nos ubica en la puesta en juego con la experiencia, muestra que los vecinos sienten, ven y saben que la seguridad no consiste en “andar”, “juntarse” y “cumplir con un horario”. Así, debido a que los individuos, como sujetos asistidos, no tienen (privación material), no saben (privación simbólica) y no pueden (privación práctica), son caracterizables como gente “pobrecita”; esto es, como sujetos carentes tanto material como simbólicamente.

Amelia: *a mí me resultaba totalmente indiferente, no, no; nunca me sentí más segura porque estuvieran ellos. O sea, si el objetivo era brindar seguridad, para mí no, no, no me sentía más segura porque estuvieran ellos no, no, para nada.*

E: *¿y por qué no? Digamos, en ese sentido.*

Amelia: *porque, era como que no, yo no creía en el Plan; o sea los veía unas personas tan comunes, aparte están en otra cosa, que vos lo ves que están con el celular, sentados (...) es como que... sabés que es gente que no está preparada, ¿qué puede hacer más que vigilar? No, no sé, no conozco a ninguno de ellos, no he tenido problemas con ellos ni contacto con ellos viste, pero, pero no, para mí no, el Plan nunca resultó. [Entrevista. 48 años, docente, originaria de Mendoza. Mayo de 2010]*

En esta breve cita, la negación de la capacidad de los protectores es mencionada al menos en nueve oportunidades bajo los términos “no”, “nunca” y “para nada”. Esta inclinación pone de relieve las dificultades de los sujetos para cumplir con las acciones esperadas, pero enfatiza a su vez la imposibilidad de movimiento y la dilación de sus actitudes. Uno de los factores más importantes está relacionado con las disposiciones corporales de movimiento y reacción, dado por las características de

la edad, el género y la fisonomía; es decir, rasgos corporizados que dan cuenta de un estigma cristalizado en la rostricidad de la pobreza. Esto implica una toma de distancia por parte de los vecinos, de modo tal que la aceptación del programa, tanto como la tolerancia sobre la presencia de los protectores en el barrio, se reducen en comparación con el relato anterior.

No creo que sean malas personas, pero creo que no están capacitados para el trabajo que realizan, *muchas son mujeres o chicos jóvenes o personas de edad avanzada, por lo que no me dan seguridad, creo que ante un delincuente no pueden hacer mucho*. [Encuesta N° 486. Femenino, 23 años]

Pienso que una mujer de 85 kilos y 65 años no puede vigilar, *gente así tendría que hacer otro tipo de trabajo o quedarse en su casa*. [Encuesta N° 414. Masculino, 27 años]

Desde aquí es posible comprender la transmutación de sentido entre lo que efectivamente hacen los asistidos y lo que (en contraposición) parecen no-hacer. El primer factor se subordina al segundo, de modo que las evidencias de acción se muestran como pruebas de in-acción. Pasar caminando y dar vueltas, ir de esquina a esquina en grupo y anotar en la libreta de trabajo, permanecer en la esquina tomando mate, conversar; todos estos momentos se encuentran unidos por la representación del estar haciendo “nada”, considerados en un mismo sentido interpretativo, pese a sus importantes diferencias como práctica. De modo tal, aún cuando los protectores realicen su actividad en los términos institucionales demarcados, parecen ser negativamente calificados.

450 pesos por caminar o estar sentados no lo merecen, no sé si cobran 400 pesos o 300 pesos pero de todas formas es mucho para no hacer nada. [Encuesta N° 331. Masculino, 18 años]

No conozco a ninguno, lo hacen porque no les queda otra, no los veo interesados en su trabajo; además *pasear, tomar mate, no cumplen, así no funciona*. [Encuesta N° 382. Masculino, 21 años]

Es posible observar que la palabra “vigilar”, que estaba presente en el anterior relato, es sustituida o asociada con las acciones de “circular”, “caminar”, “pasear”, como actividades desvalorizadas y consideradas, desde este punto de vista, como “nada”. De manera similar, cuando el vecino ve “tomar nota”, no lo considera parte de la tarea asignada de registrar y reportar lo que sucede en el barrio, sino como un momento de distracción (anotar números de teléfono, recetas), mientras que el descanso reglamentado (de diez minutos cada cincuenta de caminata) se transmuta en la idea de incumplimiento y ocio. Incluso el desayuno y la merienda que se realizan en la calle (tomar mate) aparecen como un comportamiento inapropiado.

Etimológicamente, la desidia expresa precisamente el permanecer sentado. Con el ropaje de descalificaciones y tipificaciones estigmatizantes, se enuncia entonces la idea de vagancia (aunque no siempre de manera explícita como sucede en el último relato, en donde adquiere un sentido diferente) a través de expresiones que invisten a los protectores de características que deforman su humanidad y, de este modo, anclan prácticas de rechazo.

Creo que *hacen lo que se les da la gana*, debe haber de todo, es gente que necesita trabajo, pero tengo mis prejuicios, *los veo vagos*. [Encuesta N° 388. Femenino, 19 años]

Tienen un Coeficiente Intelectual que de cero a diez les pongo un dos. *Son incultos*, ¿cómo decirlo para no ser hiriente?... ignorantes, que no han estudiado. Toda la ciudad, el 20% es

culta, el resto... *es una mezcla de indio... son mestizos. Es un problema de cultura.* [Encuesta N° 253. Femenino, 36 años]

La figura del “mestizo” expone las relaciones entre lo impuro y lo profano en la ciudad del progreso, en conexión con el problema de la incapacidad de raciocinio. La forma de aquel que se rechaza asume un sentido corporal y cromático de mezcla que, tramado desde el punto de vista cultural, remite en forma subrepticia a una práctica de racialización. Lo impuro es, en este sentido, la afirmación y síntesis del lugar de clase que lleva a la clasificación distintiva entre vecinos y asistidos según el coeficiente del saber materializado en el cuerpo como cultura y color. Es sintomático que esta ecuación, se caracterice mediante porcentajes que explicitan el saldo de quienes permanecen expulsados por el capitalismo en los bordes de la sociedad; así, solo el 20% de la ciudad es culta, los demás son puros mestizos o indios.

Como proceso de metaforización pragmática, lo mestizo permite reconocer el lugar de la pobreza vinculada a la estructura de nuestras sociedades contemporáneas, por proximidad diagnóstica entre las formas originarias de la conquista de América y el lugar que ocupan las ciudades neo-coloniales en la estructura del capitalismo internacional.¹¹⁸ Alumbra así los procedimientos de representación conflictiva de lo expulsado dentro de la estructura del sentir vigente en asociación de lo socialmente inferior, indeseado e incluso amenazante, que abarca diversas formas de corporización en lo social; entre ellos, según estamos observando, la pobreza.

Un estudio del INADI indica que el 27,7% de los puntanos dicen haberse sentido discriminados alguna vez. Entre las principales razones ponderadas aparece, en primer lugar, el “nivel so-

118 Sobre las estructuras coloniales en el capitalismo latinoamericano, ver Scribano (2010, 2005); Scribano, Huergo y Eynard (2010); Scribano y Espoz (2010).

cioeconómico” (29,7%); en segundo lugar, el “color de piel” (15,6 %); y, en cuarto, el “aspecto físico” (8,2%), siendo las dos primeras formas de discriminación las más frecuentes que observan en la actitud de otros hacia terceros y vivencian a su vez como sujetos discriminados (INADI, 2009B: 6, 9, 18). El rostro, el movimiento, la piel, el vestir, exponen la materialidad del estigma y la denegación de clase, identificables en prácticas concretas de rechazo.

A su vez, la idea de liberación, de falta de ataduras y compromiso, se asocian en este caso con la vagancia. “Hacer lo que a uno le da la gana” reviste el sentido de la trasgresión. Lo que se infringe es la máxima de la ética del trabajo como precepto instituido, que a su vez fija los sujetos al espacio e instrumenta la figura del amo/patrón como modalidad de tutela (Bauman, 2000, 1997). No tener “vocación” evidencia a su vez una ausencia, explicando la actividad que realizan los protectores no en función de la voluntad o el esfuerzo por cumplir con obligaciones, sino por la sola necesidad de disponer de dinero. Como consecuencia, se percibe una falta de virtud en las tareas que ejecutan.

Claramente, no son ni la figura del mestizo ni la del vago las que importan para la relación comparativa en este caso, sino el sentido social que se otorga a sus figuras en términos simbólicos, en tanto existencias asociadas a la incompletud y lo inferior. De este modo, el sentido de la similitud por comparación yace en el re-ordenamiento semántico que permite expresar la estructura de posiciones sociales, implicando para ello una clara proyección valorativa. Ambas figuras implican culpabilización, ya que son esos otros quienes aparecen como responsables de su propia causación: los vagos- que hacen lo que se les da la gana- y los mestizos -ignorantes, que no tienen cultura.

Desde estas consideraciones conjuntas, una concepción de minusvalía se hace presente sobre la figura de los protectores. En primer lugar, en la situación que supone la pobreza, se in-

dica aquello que los sujetos tienen de incapaces, por imposibilitados, entramado en un no-saber asociado a un no-poder, evidenciados en la condición de clase. Igualmente, y en segundo lugar, queda acentuado aquello que resulta no-válido: sujetos socialmente vetados y negados no podrían ejecutar más que una tarea deficitaria, y por esta razón es que son invalidados sus esfuerzos al igual que sus capacidades para hacer.

Amelia: creo que es gente, gente sencilla, gente humilde, gente que sí, *quizás necesitaba el trabajo*, esteee, qué sé yo, *yo valoro que ellos tengan el trabajo, pero no sé si de esa manera, quizás podrían, qué sé yo, estar en una fábrica, estar produciendo*; estar, estar haciendo otro tipo de actividad, me parece a mí, viste. [Entrevista. 48 años, docente, originaria de Mendoza. Mayo de 2010]

En la falta de correspondencia entre las prácticas que se observan y la concepción del orden deseado, se inscriben las miradas de este relato. La funcionalidad del programa sería justificable en términos de un provecho real para la sociedad, mediante una relación industrial que efectivice movimientos encauzados y persistentes. En contraste, la falta de movimiento productivo, la presencia de un sujeto no-actuante, sólo caminante, genera la sensación de que lo que en realidad existe es un cuerpo que goza; que rompe de esta manera con aquello que organiza la familiaridad del sentido propio. Esta es precisamente la figura del “mestizo”, bruto y embrutecido. La verdadera productividad es entendida por fuera del Plan de Inclusión, en el contexto del mercado, y “no de esta manera”, como menciona la entrevistada en la cita anterior.

[Mi opinión] no es muy buena, siempre los veo en grupos, tomando mate, *se parecen a las caminatas que hacen las mu-*

jeros para adelgazar (ríe). Ellos tienen un sueldo por su trabajo y eso dignifica, pero el desempeño no es bueno, porque no están preparados para el tipo de trabajo que hacen. [Encuesta N° 269. Femenino, 32 años]

Además de la situación de relativo disfrute atribuida a ese otro, las ideas de incapacidad en la pobreza (el no poder y el no saber) son vinculadas a la imagen de un posible beneficio, dado que los asistidos parecen estar recibiendo dinero sin trabajar. Esta ‘utilidad de provecho’ es plenamente compatible con la concepción de que la actividad es un no-trabajo. Por lo tanto, lo anterior permite poner en cuestión el lugar que ocupan los sujetos en el programa; plantea especulativamente si la situación que viven no es el fruto de una elección, resultado de un no-querer, en tanto opción consciente (¿racional?) por no actuar de acuerdo con las expectativas sociales.

Charly: no tienen suficiente capacidad (...) corrieron a toda la gente mayor, que está en las parcelas que saben llamar ellos, los metieron toda a trabajar en eso (...) *Y la gente joven que metieron es gente que lo único que le interesaba era porque sabía que estaban cuatro o cinco horas y se iban a la casa y listo* (...) por eso te digo que he tenido [conocido] gente que ha trabajado dentro del plan, gente digamos que estaba, que manejó todo el sistema y gente que te dice “yo con tal de ir y cumplir las horas a mí lo que pase ahí qué me calienta”. [Entrevista. 44 años, empleado de industria, originario de Mendoza. Enero de 2011]

El no “calentarse” está relacionado con la falta de vocación hacia el trabajo y el desinterés por el vecino. En tal caso, la obtención de dinero es considerado como el verdadero interés que moviliza a los asistidos.

Todos estos elementos denotan la caracterización de individuos con profundas limitaciones para hacer, lo cual actualiza

la sensación de desamparo institucional. La falta de confianza mueve, de esta manera, el polo desde las acciones actuales y posibles desde los protectores -imposibilitados de dar seguridad- hacia la capacidad real de los vecinos para lograr que una trama de protecciones se constituya como tal. De allí que la seguridad se efectivice a través de otros recursos.

Ellos no pueden hacer nada. Los robos o la delincuencia van a seguir existiendo. *La seguridad a mí me la dan las rejas y estar atenta, pero ellos no.* [Encuesta N° 16. Femenino, 47 años]

En tal caso, la frase estampada en el uniforme de los protectores (“Te protejo... ¡¡¡Ayúdame!!!”) declara en sus términos de metáfora, pero igualmente como síntoma disfuncional, que la tarea de seguridad demanda un plus de potencia que los asistidos no poseen ni pueden adquirir. En este sentido se comprende el siguiente fragmento de un entrevistado, quien advierte que “con un dedo no tapas el sol”.

Charly: *Si acá hubiera realmente una necesidad social, tendría que haber dos personas por manzana, como mínimo o controlando lo que pase, conociendo al vecino; hoy están acá, mañana los trasladaban y los mandaban a otro lado, de ahí otra vez. Y el, digamos, el centinela, el que te controla tiene que ser la persona que vos conocés, la persona que sabés quién es, dónde vive, que te-, lo saludas todos los días y sabés el nombre o sabés qué sé yo, un montón de cosas. Y vos a esa gente, vos le preguntás “¿quién mierda es?” (esta persona), “qué sé yo”, “¿quién es este?”, “ay no sé” [...] son cosas que están mal implementadas, muy mal implementadas, logísticamente muy mal implementadas.* [Entrevista. 44 años, empleado de industria, originario de Mendoza. Enero de 2011]

Como se evidencia en esta cita, una de las principales críticas hacia el programa se refiere a su logística de diseño y coor-

dinación. Pero esto se conecta, igualmente, con el problema de las destrezas y capacidades de los asistidos, quienes parecen haber sido asignados a la ejecución de tareas que sobrepasan sus competencias. De hecho, la pertenencia de clase de los protectores es percibida como un obstáculo para el logro de la verdadera seguridad, planteando de esta manera una arista de desconfianza.¹¹⁹ Sujetos que carecen de las capacidades sociales mínimas no podrían ejercer más que una tarea ineficaz e improductiva, ejecutar acciones sin sentido y sin valor. Por lo tanto, la sensación es que no se puede confiar en ellos al momento de afrontar la delincuencia.

Amelia: no digo que no sean seguridad, digo que se capaciten si quieren hacer seguridad, ¿sí? Esteee, que seguridad no es estar en la esquina, sentado en la vereda, mandando mensajes de texto, ¿me entendés? O sea, si van a hacer seguridad que realmente esté, esté todo coordinado para brindar eso ¿entendés? y que no sea ponerse un chaleco y pararse en la esquina, ¿sí? [...] vos decís: podrían haber hecho algo más productivo, me parece ¿no? [Entrevista. 48 años, docente, originaria de Mendoza. Mayo de 2010]

En definitiva, en este relato se observa un juicio negativo sobre los asistidos, en donde adquiere peso relativo la incorrecta selección del personal (el “tipo de gente”) en referencia a las tareas de seguridad, lo cual convierte al programa estatal en un gasto y no en una inversión para la sociedad. La única concesión positiva que alcanza la política descansa en su capacidad para brindar ayuda social, arraigada en la consideración de que la gente pobre, que es pobre gente, incapacitada para actuar, precisa de cierta contención asistencial.

119 Veremos que esto es distinto al *miedo* que se visibiliza en el último relato, asociado a la idea de personas desconocidas, y que rebasa el problema de las capacidades y se adentra en las cualidades de los sujetos como potenciales delincuentes.

Creo que son personas que trabajan en ese plan porque no podrían ser aceptados en otro trabajo. *Es como el único recurso que tienen.* Me parece que no sirven para ese trabajo. [Encuesta N° 107. Femenino, 22 años]

Al ser el programa considerado ineficaz, y al visibilizarse una falta de competencia en los sujetos, se cuestionan las razones de su implementación como parte de la política de seguridad. De este modo, a diferencia del primer relato, en algunos casos existe un argumento de carácter conspirativo que explica su existencia. El “fin político” deslucen el interés que hasta cierto punto parece mostrar el gobierno hacia los desocupados, como si se tratara de una apariencia, un espejismo, un ‘como si’, que consagra la naturaleza instrumental del programa por el rédito utilitario que persiguen los sectores de poder. Desde este punto de vista, la aplicación de planes sociales y la ocupación de los sujetos en actividades precarias es una forma de “ocultar” las verdades de la desocupación, es un montaje, una fachada frente a la ciudadanía.

Charly: entonces no tiene sentido, por más que vos quieras, digamos, indagar y decir si el sistema sirvió o no sirvió, *porque es político*; entonces no podés dar un punto de vista digamos exacto de decirte yo a vos “sí, mirá, esto tuvo este punto débil o yo vi este punto...”

E: Claro

Charly: porque fue gente, fue puesta nada más; y *fue puesta al azar y por política, no fue por una necesidad social.* [Entrevista. 44 años, empleado de industria, originario de Mendoza. Enero de 2011]

Desde esta perspectiva, las arbitrariedades que llevaron a la implementación del programa como política de seguridad vuelven un sinsentido intentar entender el porqué de su estructura

y de sus objetivos de acción. Sujetos que ocupan los espacios de lo propio, estáticos en su acción y en movimiento infructuoso, contrastan con el paisaje de una ciudad productiva, como mancha que deslucen el lugar de un buen barrio de clase media. La construcción del otro y de lo otro según esta incapacidad constitutiva, nos indica desde aquí tanto las sociabilidades verosímiles como aquellas imposibles entre vecinos y asistidos. En este caso, la lógica de la seguridad no puede ser asociada con los sectores expulsados, que en términos corporales, culturales e intelectuales aparecen como incapacitados para hacer. De allí que los vecinos se vean en la necesidad de movilizar de manera autónoma instrumentos eficaces, o bien demanden reformas al Estado en función de un programa más eficiente.

C. Relato de barbarización y criminalización sobre la mala gente

En este caso las menciones revelan un fuerte rechazo hacia los protectores, constituyendo una contracara del primer relato. Las categorías permiten observar que, desde el punto de vista de los vecinos, existe una disposición negativa o falta de voluntad en los asistidos para cumplir con las tareas asignadas; es en este sentido que se los califica como “vagos e inútiles”. A su vez son considerados “gente mala”, que por encontrarse en una asimetría de posición para actuar, pueden ser figurados como vigilantes encubiertos o potenciales agresores. Esto se conecta con una categoría fuerte en la apreciación de actividades (“calificable como un no-trabajo”) y otra en la definición de externalidades (“fomenta la vagancia/holgazanería”).

Dentro de este relato, la identificación personalizada es la menos frecuente. Los momentos de interacción entre vecinos

y protectores son escasos, hasta donde se puede observar. La excepción más significativa se encuentra en una entrevista, en la que una vecina señala un vínculo laboral con una de las protectoras del barrio. Pero para la mayoría de los casos, la identificación por emplazamiento y rotulación indirecta son más comunes. El aspecto corporal, la exterioridad del semblante, configuran una rostricidad de clase que desde la posición 'en distancia' es percibida como conflictiva. Principalmente, los sujetos quedan inscriptos en la figura del delincuente para el caso de los hombres de edad media (vinculados a su vez a la figura del vagabundo), y en expresiones de barbarie e incorrección de la conducta si se trata de mujeres jóvenes. En la diferencia entre sexos, los varones despiertan mayor temor, en comparación a las mujeres, que generan rechazo.¹²⁰

TABLA N° 5

RELATO 3. RESPUESTAS TEXTUALES REPRESENTATIVAS SEGÚN EL ANÁLISIS DE LA ENCUESTA	
DISPARADOR	
PA41. ¿Conoce a las personas del Plan de Seguridad Comunitaria? ¿Qué opinión le merecen?	PA42. ¿Qué opinión tiene del trabajo que realizan?

120 La binarización de lo normal/patológico según figuras de género es parte constitutiva de la estructura del sentir que atraviesa a la historia del capitalismo occidental. En los prototipos lombrosianos del delincuente y la prostituta, por ejemplo, se codifica el sentido antagónico de la sensibilidad burguesa del siglo XVIII a partir de los rasgos, capacidades y energías atribuidas al cuerpo desde su anatomía biológica fundamental. El macho/masculino expulsado es asociado con la forma conflictiva del delincuente, mientras la hembra/mujer asume el papel discordante de la prostituta. En algunas entrevistas con protectoras esto se visibiliza bajo la forma de (mal)tratos que incluyen la mención de dichas etiquetas (Seveso y Vergara, 2014); sin embargo no aparecen en las entrevista con los vecinos ni en los casos de la encuesta.

NODO PROBLEMÁTICO DESAGREGADO		
Caracterización	Actitud	Acción imputada
<i>Quiénes son</i>	<i>Cómo son</i>	<i>Qué hacen</i>



<p>Cat1. Gente mala (fr. 20). “[H]ay que desconfiar porque hay gente buena y mala, uno nunca sabe, no son todos, pero esa misma gente roba”, “son sospechosos, no se sabe de dónde sacan a gente que trabaja en eso. Capaz que sean unos ladrones que ahora usan chaleco, nadie puede saberlo”, “a mí no me brindan seguridad, no los conozco, no sé qué hay detrás de ese uniforme”, “escucho que a la gente le roban. Uno ve a los de seguridad con una facha, uno los mira y le da como miedo”.</p>	<p>Cat2. Vagos e inútiles (fr. 20). “Me los cruzo, pero están vagueando, tomando mate (...)”, “les pedimos ayuda y no hicieron nada, o sea mi opinión es que son unos inútiles y vagos”, “es justo que a los desocupados se les de trabajo, pero en serio, que trabajen ganándose su sueldo, no vagueando como lo hacen los del plan”, “pondría un ente regulador para que controle a estos vagos... o también a la misma policía para que los vea”.</p>	<p>Cat3. Delincuente (fr. 14). “Creo que no hay que dudar que muchas personas realizan el trabajo con honestidad, pero es sabido que otras funcionan como vigilantes de quién entra o sale de una casa favoreciendo robos”, “manejan demasiada información y yo no confío en ellos”, “no sé si es más seguridad o inseguridad; espían todo, saben todos los movimientos, siempre se enteran de las cosas que tenemos”, “uno termina teniendo miedo, porque uno no sabe quiénes son ellos”, “miran las casas y no me genera confianza, nunca se presentaron, no sé de dónde son, ni nada, a mí me da miedo” (C; fr 14)</p>
--	--	---

Apreciación de las tareas	Externalidades del programa
<p>- <i>Calificable como un no-trabajo</i> (frecuencia = 16). “El trabajo es nulo, no cumplen ninguna función”; “no realizan ningún trabajo, se la pasan de ocio las 24 horas del día, y no se preocupan por cuidar”; “cumplen las horas nada más, no lo veo realmente un trabajo, para lo que implica la palabra trabajo”.</p>	<p>- <i>Fomenta la vagancia/holgazanería</i> (frecuencia = 10). “Me parece una apología a la vagancia”; “[t]iene que haber una cultura de trabajo (...) así se van a seguir cometiendo delitos, la base de todo es la educación”; “[h]ay que ponerlos en fábricas, que produzcan algo, no que anden de vagos por ahí sin hacer nada”; “para mí no sirven, esto embroma a la gente, les pagan pero no trabajan, fomentan la vagancia como Eva Perón”.</p>

Una pieza de este relato está constituida por el genérico desconocimiento individualizado, ya que los protectores no son identificados como personas conocidas o procedentes del barrio. Desde un punto de vista operativo, esto se relaciona con el hecho de que muchos protectores son asignados a zonas en las que no residen y rotados frecuentemente de sus puestos de tarea. Pero desde su inscripción sensitiva, implica su interpelación como forasteros artificialmente colocados en el barrio, identificados/identificables por su chaleco y por el rostro desconocido que portan; ambos como cifra de inscripción de clase, como señales exteriores que dan cuenta de su situación de vida. El giro en la sensibilidad actualiza en esta experiencia el sentirse rodeado por el temor y cercado por los riesgos de una ciudad en la que prima el radical desencuentro entre clases. Si no es posible saber de dónde vienen estos sujetos y quiénes son de manera personalizada, la portación de rostro los convierte en sospechosos y en un potencial peligro para la integridad física de los vecinos.

En esta vía, los riesgos que en principio pueden ser inscritos en un ‘afuera geográfico’ (más allá de las fronteras delimitadas como propias), también se hacen presentes en la cercanía física,

dada la presencia de un otro que acecha desde múltiples adentros: la política de seguridad, el espacio de residencia, el acontecer del nosotros y entre nosotros. Así, en una ciudad en donde los peligros permanecen muchas veces ocultos, desterrados por el efecto de límites físicos e institucionales, el mal retorna y se actualiza (tras la niebla que emana de la materialidad social) a través de una forma inverosímil como es el propio programa de Seguridad Comunitaria, vuelto amenaza paradójica y discordante.

Una de las figuras que revela esta experiencia es, como ya decía, la del delincuente. Las personas encuestadas y los vecinos entrevistados esgrimen argumentos para sostener que algunos de los sujetos asistidos realizan en forma oculta actividades criminales. Esta figura corresponde principalmente a protectores de sexo masculino, identificados por la “cara”, la “facha” o la “pinta” de su corporeidad.

Andan mujeres, como son mujeres, bueno les tengo más confianza que a los hombres que trabajan, *porque los hombres pasan y no me saludan y además tienen un aspecto muy sospechoso*, porque me da miedo porque están mirando las casas, más que vigilando la cuadra. [Encuesta N° 507. Femenino, 56 años]

Hay caras de que no son muy confiables, *en su mayoría son de bajos recursos, eso no quiere decir que sean ladrones pero honestamente hay caras que dan miedo*. [Encuesta N° 264. Masculino, 31 años]

No sé quiénes son. Sé que se juntan en una esquina. Yo cuando paso por ahí los cargo y les digo: “menos mal que están aquí para cuidarnos porque lo están haciendo muy bien”. *Si ellos están para defendernos, ¿quién nos defiende de ellos? porque tienen una cara*. [Encuesta N° 32. Masculino, 65 años]

La imputación de identidad es posible a través del rostro de peligrosidad que devuelven las marcas de la pobreza. El cuerpo revela

un alma, el siendo revela un ser, los cuales se perciben primera y genéricamente en las señales imborrables del hueso y la carne. El estereotipo del delincuente está anclado en una singular interpretación estética del semblante. La mirada se centra en señales externas, que revelan la presencia de un disfraz que configura la imagen de un protector tras el cual se oculta un delincuente. Tal como muestran las referencias anteriores, la cara es lo que permite primera y genéricamente realizar este acto identificatorio, porque remarca el origen social a partir de una señal incontrovertible.

En las referencias anatómicas están asentados los rasgos de la desigualdad y, particularmente, las marcas que infunden los procesos de expropiación de las energías corporales y la estetización del cuerpo como valor de cambio en la cultura de la imagen. La forma que adquiere el sujeto por sus condiciones de falta de bienes, servicios y accesos necesarios, genera rechazo ante la presentación de una exterioridad que contrasta y a la vez tensiona. La rostricidad de clase da cuenta del doblez entre el deber ser social y su discordancia con el modo como se-es-visto, anclado a las formas de configuración del cuerpo, a sus gramáticas de estar siendo en tanto forma y figura de clase. Implicando una lógica del mensaje de lo oculto en lo visible, que va desde afuera hacia el dentro, la identidad del sujeto 'se ve' en el rostro, en la vestimenta y en las formas del movimiento; es decir, en el complejo de la hexis corporal que (bajo la *fisonomía* de ser un pobre, un ladrón, un marginal) multiplica las distancias sociales y refuerza las murallas entre los sujetos. Sensibilidad y estructuración se convocan para constituir cuerpos socialmente clasificables, produciendo una inscripción de la identidad actual según la disposición del estado material de vida que se registra en la bio-grafía.

El chaleco, que como uniforme busca visibilizar a un individuo que sirve a la comunidad, así como las acciones de buen civismo que los asistidos ejecutan a fin de acentuar esta función, pueden ser considerados desde este punto de vista como elementos que encubren

las verdaderas formas sociales de los sujetos. Revelar este ropaje en el marco de la política como un disfraz, implica un doble juego de violencia simbólica: de descubrimiento de las caras ocultas y de ocultamiento de los otros rostros posibles, lo cual implica un mecanismo que esconde para mostrar y expone al invisibilizar. En definitiva, no hablamos en este caso de buenos pobres ni de pobres incapacitados, como en los otros relatos, sino de delincuentes ocultos.

No sé quiénes son, me generan dudas, *el que te ponga un chaleco no quiere decir seguridad*. A mí no me brinda seguridad, no los conozco, *no sé qué hay detrás de ese uniforme*. [Encuesta N° 97. Femenino, 37 años]

Norman: son, por decirlo, ladrones con guantes blancos, ¿no?, *que se ocultan detrás de un, de un, de un uniforme de seguridad*. [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

En el entramado de lo percibido y sentido ante este otro, se revierten los papeles que describía para el primer relato: quien vigila es sospechado y, por el juego de lo sensible, identificado como un ladrón en potencia. La acción positiva del vigilar o la forma negativa del vagabundeo (coincidentes respectivamente con el primer y el segundo relato), se trastocan de manera manifiesta como una acción peligrosa. El eje central radica en la capacidad asimétrica que los sujetos tienen para realizar una acción que se puede efectivizar como agresión. En este sentido, se imputa que poseen conocimientos y capacidades diferenciales con las que no cuenta el vecino, porque están siempre en el barrio y conocen cada movimiento.

Es significativa la caracterización de la actividad mediante la expresión “guantes blancos”. Esta nominación sintetiza un interesante momento de inversión en la sensibilidad clasista. En su uso coloquial, designa situaciones de delito ‘sin mancha ni huella’, para las cuales

no existe una figura penal concreta dado que pertenecen a la sofisticación criminal; a ‘métodos suaves’ que se utilizan para perpetrar movimientos ilegales relacionados con transacciones comerciales, incluyendo la malversación, el fraude y agresiones contra el medioambiente. Lo interesante es que esta caracterización originaria alude mayormente a sectores de clase alta cuyo castigo no suele volverse público, y por lo tanto evita el estigma. Los delitos de guante blanco son considerados una excepción frente a la tipología general del crimen, que toma como parámetro el comportamiento juvenil de clase baja inscripto en la grafía de la pobreza, asociada a su vez a patologías sociales. La noción clásica de desviación sintetiza esta referencia.¹²¹

Contrariamente, aquí los guantes blancos designan la capacidad de actuar con impunidad *desde la pobreza* debido a la falta de regulaciones y a la inexistencia de protecciones por parte del Estado. El contenido sustancial en esta idea remite a la estructura del sentir de la pobreza como un fantasma social que produce inseguridad, ante el cual debe emprenderse el cuidado, la protección o la eminente huida. El peligro está *allí*, en sujetos pobres que no pueden ser confrontados, ya que su presencia es facilitada por el Programa de Seguridad que los oculta como guantes blancos de la delincuencia.

Una figura que se conecta con la anterior, relacionada ante todo con la capacidad de ejercer acción de daño, remite a la figura de “el

121 “Los respetables hombres de negocios que violan las leyes raramente son pobres y raramente presentan patologías sociales y personales. La Compañía de la General Motors no viola la ley debido a un complejo de Edipo, ni la General Electric lo hace porque es emocionalmente inestable, la Anaconda Copper Company no viola las leyes porque tiene una sede en malas condiciones, ni la Armour&Company porque su ‘hogar’ está desestructurado, ni la Standard Oil porque carece de servicios recreativos, o cualquiera de ellas por una causa relacionada con la pobreza, tal como ésta es entendida habitualmente. Estas explicaciones no sirven para explicar estas violaciones de la ley, cuando las violaciones se consideran conductas de las compañías o de las personas que directamente gestionan las empresas” (Sutherland, 1999: 337)

vago”. Aunque la referencia puede ser vinculada en este caso a la falta de entrega al trabajo (como forma de vagancia, tal como veíamos en el relato anterior), también hace alusión al merodeo.

Me parecen unos vagos, no hacen nada y les pagan para eso. Te vigilan todo y seguro que de una u otra forma están involucrados en los delitos. [Encuesta N° 147. Femenino, 22 años]

Soledad: viste cuando uno sale, te vigilaban todo, *capaz que estaban observando qué hacías vos.* [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

Waldo: yo creo que más que seguridad comunitaria es, eeh, *es controlarte los movimientos que vos haces, lamentablemente (...) no sabes quién es, quiénes son esas... las personas que te están haciendo seguridad comunitaria.* [Entrevista. 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010]

La situación de ser observado pero no poder mirar, de sentirse objeto de acciones que no pueden ser controladas, lleva a la proyección e identificación de posibles amenazas vinculadas a la figura genérica de un oponente. Esa designación e imputación de sentido se construye desde los contornos de lo posible que dibuja la experiencia en una ciudad poblada de sombras, de oscuridades que imposibilitan ver, saber y actuar, instalando sentimientos de indefensión e impotencia frente a cuerpos peligrosos que relumbran por su condición de clase. El privilegio con el que cuentan en este caso tanto el delincuente como el vago es el de tener libertad de recorrido, favor posibilitado nada menos que por el mismo Programa de Seguridad Comunitaria.¹²²

122 Esto no es homologable, pero sí clarificador, en referencia a la clásica figura de los hombres sueltos del siglo XIII. “En Inglaterra, John Gore describió a los

En este relato el temor aparece entonces como una emoción central que, focalizada bajo el sentimiento de inseguridad, sintetiza y a la vez configura una relación de oposición entre vecino y asistido.¹²³

E: vos me decís bueno, también esto de que seguridad comunitaria en esto a vos no te afecta, es más, te genera una sensación de que no está tan bueno...

Waldo: de inseguridad, no seguridad; *inseguridad, esa sería la palabra justa*. [Entrevista. 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010]

Si en el primer y segundo relato la seguridad y la desconfianza son formas respectivas en las que se concreta la afectividad, aquí la sensación de peligro cristaliza la profundidad de la relación con los

vagabundos como desarraigados y peligrosos porque vivían sin Dios, magistrado ni amo; en Francia, Guillaume le Trosne los describió como una raza tan indisciplinada como peligrosa, comprometida en ‘*une rébellion sourde et continue*’. La nueva definición socialmente aceptada de los pobres se centraba en el oprobio moral asociado a la incapacidad de ganarse la vida. Lo que importaba no era tanto la influencia ennoblecedora del trabajo, como el hecho de que trabajar siempre implicaba tener un amo, pertenecer a una comunidad y mantenerse por otra parte a la vista, y por lo tanto bajo control” (Bauman, 1997: 63-64). “Tan numerosos eran estos vagabundos, que Enrique VIII de Inglaterra, para no citar más que a este monarca, mandó ahorcar 72.000. Hubo que vencer enormes dificultades y una larguísima resistencia hasta lograr que estas grandes masas de gentes llevadas a la miseria extrema se decidieran a trabajar” (Marx y Engels, 2004: 55).

123 Aquí sigo a Kessler en su distinción entre el miedo en tanto emoción de naturaleza dilatada y el sentimiento de inseguridad que es una forma de anclaje de la anterior, puesta en un contexto de significación e incluso racionalizada como factor cognitivo y evaluativo (Kessler, 2009: 53-36). En este camino, la categoría miedo/inseguridad que emerge en la base de datos como un patrón de respuesta regular (fr. 45) no ha sido abordada directamente, sino a través de las dimensiones problemáticas señaladas; quiénes son, cómo son y qué hacen los asistidos, muestran que las categorías bajo análisis se encuentran tramadas de manera ineludible con dicha emoción.

protectores. Una emoción que, en cualquier caso, toma forma en el marco de las interacciones que impone el diseño del programa, pero que actualiza a su vez los sentidos, creencias y experiencias relacionados con la ciudad, concretados en un muro de oposición entre potenciales víctimas y victimarios, entre ciudadanos apacibles e individuos hostiles.

Lo que se manifiesta como inseguridad no es sólo la anticipación a una amenaza futura, sino la escasa capacidad individual para manejar ese peligro dada la ausencia de estrategias adecuadas de afrontamiento. Ante sujetos en constante vigilancia y control, siempre presentes, que no pueden ser adecuadamente monitoreados en sus acciones, adviene un sentido anclado en los estereotipos y estigmas primigenios sobre la pobreza. Este 'gira' desde el ámbito de inscripción de la criminalidad, desplazándose como forma interpretativa y valorativa hacia los rostros y los cuerpos marcados por su condición de clase y que, en consecuencia, pueden ser acreditados como peligrosos.

Como en la caracterización de lo mestizo para el relato anterior, en este caso, la cromaticidad de la pobreza produce un anclaje básico de las relaciones conflictivas entre clases. La racialización es un indicio de las prácticas de rechazo hacia la pobreza, afirmada en el proceso de estetización del semblante expresivo.

No quiero parecer racista pero se nota que son personas provenientes de villas marginales por su aspecto, y lo que más miedo me da es que al ser carenciadas pueden aprovechar la oportunidad para robar... no sé, me despiertan desconfianza. [Encuesta N° 266. Femenino, 45 años]

Por otro lado, también puede situarse en este relato la figura de barbarización asociada a los y las protectoras. Esta forma es reconocida en los modos del hacer, tales como la capacidad de "hablar bien", según los parámetros culturales que son considerados apropiados.

Soledad: son marginados, *porque son mal hablados, porque viven en otro mundo, tienen otros códigos (...)* porque vos hablas con la gente del plan social, es diferente a hablar con la gente que vos te movés. [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

No les tengo confianza, *porque los hombres del Plan te dicen barbaridades, así que yo les tengo rechazo por eso.* [Encuesta N° 450. Femenino, 50 años]

Las posibilidades expresivas constituyen un camino posible para jerarquizar a los sujetos según sus capacidades. El tipo de sonido que produce una voz, su resonancia acústica, es señal de las habilidades comunicativas incorporadas como modo de vida. Las expresiones verbales –en confluencia a las formas faciales observables– componen una inexorable inscripción de la clase vuelta cuerpo, que permite descifrar aspectos de la interioridad bajo el criterio moral clasificatorio de la corrección/incorrección.¹²⁴ Así, en una de sus acepciones, el barbarismo supone el uso de un lenguaje incomprensible, proveniente de una cultura diferente, en directa conexión con lo expresado en la primera de las citas anteriores. El balbuceo hermético (*bar-bar*) es ejecutado por alguien ajeno, en conexión interpretativa con la falta de cultura, involucrando su jerarquización posible como inferior según los fundamentos de lo bueno/malo, lo central/periférico y lo alto/bajo. Finalmente, esto también remite a la figura de los posibles miedos, ya que lo barbárico es algo temerario que se impone por la

124 De acuerdo con Bourdieu, las distinciones y clasificaciones que se avivan en el lenguaje se desbordan por su inscripción en el cuerpo. “El sentido de aceptabilidad que orienta las prácticas lingüísticas se inscribe en lo más profundo de las disposiciones corporales” (2001: 51). Hablar constituye un problema de presencia, de postura corporal ante el mundo –en tanto estilo de vida vuelto carne– en el que se expresa “toda la relación del mundo social y toda la relación social instruida con el mundo” (2001: 60).

presencia de un salvaje.¹²⁵ “Vivir en otro mundo” (que no es el nuestro) supone la designación de aquello que se tensiona con la clase en su sentido material, cultural y actitudinal; este es un rasgo que caracteriza tanto al delincuente como al bárbaro.

En este contexto, el carácter cultural constituye una señal indicativa de la distancia social existente respecto a esos otros marcados por los procesos de estructuración. Sobre un abanico complejo de elementos, en esta figura las mujeres son representadas por relación con sus actitudes barbáricas esperables y posibles.

Soledad: [refiriéndose a una protectora que conoce] ella tiene un conjunto de gente que la, *en vez de crecer va para atrás* –E: Aja–, porque donde está también *el nivel de gente*, qué, qué amigas tiene ella. O *como se...viste pobrecita, porque son todas iguales. Se pelean por los muchachos, hacen desastres, eeeh... va la policía (riéndose) es una locura* (acentúa y ríe).

E: ¿Pero en dónde?

Soledad: *En los planes, esto trae, ha traído divorcios ¿vos viste lo que es?*

E: No, en realidad no sé lo que es.

Soledad: El plan social, como ellas cuentan, porque todo tiene una historia ella, vos te vas a dar cuenta, *vos charlas con las mujeres, con un grupo de mujeres y ahí te das cuenta. Vos decís, “pobrecitas”; no, huecas, huecas, huecas.* [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

Entre las geometrías del rostro y las incorrecciones del habla que evidenciaban fragmentos anteriores, los grotescos cortes de la vestimenta y los incivilizados modos del comportamiento que se revelan en esta última cita, ligados a su vez a las incontinencias sexuales y

125 “Barbarismo. 1- Error de la expresión que consiste en el uso de palabras o expresiones incorrectas o que previenen de otras lenguas; 2- barbaridad, dicho o hecho temerario; 3- falta de cultura” (Gran Diccionario Larousse, 2003).

a la ruptura de los lazos familiares (esto es, a la promiscuidad como práctica negativa que produce escándalo en la sensibilidad de clase), así como a ciertas actitudes de 'locura' y falta de inteligencia de individualidades 'desatadas y desenlazadas' socialmente, adviene el retrato de mujeres que son situadas en un nivel inferior y consideradas como impedidas de realizar cambios en sus vidas. La igualación clasificatoria de todas ellas, como nominación colectivizante, señala tensiones con la propia inscripción de lo familiar (moralmente apropiado), fundida en la tipificación barbarizada de la identidad de clase. En este sentido, las señales de lo incivil son tan claras que se desmorona el carácter escenificado de la política de gobierno y la exterioridad distintiva de ser un protector.

De cara a esta multiplicidad de rostros que revelan lo peligroso (el/la delincuente) y lo grotesco (el/la bárbaro/a), las expresiones van dando cuenta de que los espacios que han sido cedidos a los protectores deben ser recuperados. Restablecer el carácter de lo seguro implica poner límite a la capacidad de movimiento de esos otros de clase mediante modalidades de control. Como afirma De Certeau (2000: 129), la caracterización de un "lugar" propio determina un orden de relaciones de coexistencia del que debe ser excluida la posibilidad de presencia de lo ajeno. Ante la ley de la propiedad, debe primar la estabilidad de lo familiar y de la seguridad. Cuando el rostro de lo expulsado adviene como presencia continua, dando forma a un espacio que se abre a múltiples convergencias, se instala la sensación de lo inseguro. Las proximidades se vuelven situaciones de entrecruzamiento conflictual en la medida en que el lugar se convierte en un espacio habitado por otros; unos otros que, es importante recordar, no pueden ser desalojados represivamente porque se encuentran allí 'legítimamente', según viabiliza la tecnocracia gubernamental. Así se tensiona el sentido de lo legal-institucional con la sensibilidad de clase inscrita como norma, dando cuenta de aquello que en contextos ceñidos, en es-

cenarios de micro-nivel, se vuelve in-tolerable como condición para asegurar/preservar el bienestar. La sensación de ser vigilado, controlado, monitoreado en el propio lugar implica la imposibilidad de una salida segura hacia ese afuera que es el propio barrio, configurando una experiencia de encierro que a su vez lleva a una búsqueda por gestionar la situación de inseguridad, los miedos y peligros vivenciados.

Por eso, en este caso, las críticas a la implementación del programa no tienen tanto que ver con el tipo de diagramación de las tareas o la escasez de dispositivitos, sino en todo caso –y principalmente– con la selección de los individuos que integran la política de seguridad, puesto que (se afirma) tienen antecedentes o son conocidos por estar involucrados en actividades delictivas,¹²⁶ del mismo modo que no poseen las capacidades sociales necesarias para desempeñar las tareas. El inconveniente principal se encuentra en la inadecuada selección del tipo de gente y en la falta de control sobre las tareas que ejecutan. Los transgresores de fronteras, que atentan contra los lugares de lo propio, deben ser excluidos por lo tanto de esta forma particu-

126 De acuerdo con las referencias oficiales obtenidas, la expansión masiva del programa durante su segunda fase tuvo errores de gestión que posibilitaron el ingreso de personas con antecedentes. Los casos fueron reducidos y a partir de 2006 -conforme a los cambios de gestión y reducción del personal- se aplicaron mecanismos de depuración. Por ejemplo, según indica uno de los técnicos entrevistados: “teníamos un tipo con doble homicidio en el programa; doble homicidio calificado que había sido condenado, había cumplido parte de la condena, le habían dado libertad condicional creo, y estaba trabajando en el programa. Nadie lo quería notificar; malísimo encima. Entonces le dije ‘mirá, vamos a hacerla cortita, vos acá no podés estar, porque la ley dice que una persona con antecedentes no puede estar acá; cómo entraste no sé ni mi interesa, pero quedate tranquilo yo ya te he conseguido /.../ ¿a qué parcela querés ir?, ¿dónde queda más cerca de tu casa?’ (...) esa es otra de las cosas buenas también que se puede considerar que hicimos (...) hacer mucho más control del tema antecedentes, mucho más control del tema de los psicotécnicos” (Técnica del PSPPC. Entrevista, 2010).

lar de trabajo compensatorio que conforma al PSPPC, ya que ponen en riesgo las seguridades existentes.

Soledad: cuando no estaban jamás tuvimos problema. *Empezó los problemas cuando estos chicos estaban*, porque muuucha gente habló en la cuadra que ellos eran los entregadores de los robos. [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

Un dato importante a señalar es que en ninguno de los casos registrados en la encuesta encontré una referencia de primera mano a los aludidos actos delictivos. De este modo, el conocimiento de los hechos es siempre ‘tercerizado’, partiendo de un ‘dicen’ que ellos fueron e incluso de un ‘dicen que dicen’. A su vez, todos los entrevistados coinciden en afirmar que nunca tuvieron problemas de gravedad con los protectores; esto, dicho incluso por aquellos que más enfáticamente los criminalizan.

E: ¿vos personalmente has tenido alguna vez algún problema, con alguien ahí de Seguridad Comunitaria, algún cruce, no sé?
Norman: no, no, no, para nada, para nada, para nada; *no puedo decirte eso porque sería mentirte, inclusive las personas que han trabajado en mi cuadra ni siquiera las he conocido personalmente*, más que un, “buen día” “buenas noches, hasta luego”, nada más, nada más. [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

Soledad: a mí nunca me pasó, *pero es comentario de la gente*. [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

De esta manera, el miedo se instala como una existencia más allá de la experiencia personal del hecho delictivo, a la vez que supone un reconocimiento de lo que resulta legítimamente temible

como alusión a lo visible. De acuerdo con Gabriel Kessler, “es sobre la evaluación compartida, analíticamente previa a la emoción, que se funda el consenso de una realidad en común y la diferenciación entre miedos justificados e injustificados: si la evocación de una figura determinada causa temor, es porque se comparte el juicio de que tales hechos o sujetos suponen algún peligro” (2009: 40). Así, pues, es posible pensar que la peligrosidad no se desprende de un atributo o acción intrínseca a los sujetos, sino más bien de la adjudicación que los vecinos realizan en virtud del acervo de sentido que poseen y desplazan a los protectores como objetos de atribución. En tal caso, “el comentario de la gente” (del barrio) es representativo de uno de los discursos dominantes que se valida en la experiencia y el sentir compartidos en el marco de la ciudad. La creencia opera desde la distancia, incluso bajo la certeza de que no se conoce íntimamente a los protectores, ya que existen ciertas garantías de referencia que permiten realizar este desplazamiento perceptual y emocional en términos de las “caras”, “voces”, “vestimentas” y “actitudes” observables.

Lo importante, en todo caso, es que estas percepciones y emociones se afirman como plano de lo real, en verdades parciales representadas como prueba. Y, como bien sabemos, en este camino de lectura, el miedo implica una forma particular de aversión hacia su objeto de anclaje. De esta manera se van estructurando prácticas de evasión y evitamiento que modifican los hábitos de vida, que coartan las relaciones sociales, tal como expresan algunos encuestados.

Uno tiene miedo, no son garantía, *cuando salgo trato de que no estén ellos, tengo realmente temor de que me pidan entrar al baño*. Ellos están vigilando, ven quiénes viven en la casa, qué horarios tenemos, cuándo entramos, cuándo salimos, a mí me genera desconfianza. [Encuesta N° 139. Femenino, 57 años]

Y para mí no cambian nada, qué van a cuidar si están todos amontonados ahí en la esquina y vos no sabés. *Yo he tenido que cambiar mis hábitos, no salgo en el auto y esas cosas, los horarios, porque yo no sé qué clase de gente son, no sé si tienen una preparación, nada.* [Encuesta N° 160. Femenino, 54 años]

Waldo: normalmente *te tienen controlado, si vos entrás, salís.* Saben la casa de cada uno, que está uno, que está el otro, me entendés (...) *Yo prefiero que no haya Seguridad Comunitaria.* [Entrevista. 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010]

Como percepción asociada a una emoción, la carnadura imaginaria del sujeto peligroso (delincuente y bárbaro) dispara el miedo y la inseguridad que orientan la acción hacia la toma de distancia. La potencial amenaza se convierte en un razonable fundamento por el cual se evita entrar en contacto con el otro o se procura su eliminación. En este sentido, la trama cognitiva y afectiva da forma a prácticas de evasión por mediación a la impresión en la experiencia; desde allí, las potenciales relaciones se configuran como frontera, resultado de los muros mentales estructurados. Precisamente porque aparece este complejo entre cogniciones y afectividad, es que los vecinos apelan a una cadena de controles ampliada, no ceñida al círculo de vigilancia activa del programa (entre mediadores, protectores y jefatura). Ellos mismos se sitúan en actitud de alerta o bien remarcan la necesidad de que el accionar de los asistidos sea regulado, ya sea mediante una mejor coordinación o la presencia de la policía. Esto señala finalmente la imposibilidad de que para algunos vecinos exista seguridad entre sectores de clase, puesto que la defensa sólo puede advenir al costo de concretar una batalla sin cuartel contra los sectores expulsados que son el verdadero y central objeto de conflictos en la ciudad.

III. PARA UNA ABSTRACCIÓN EN TRES TIPOLOGÍAS

Las categorías emergentes de la encuesta, profundizadas a su vez por la información que proveen las entrevistas, permitieron tejer hasta aquí diferentes relatos que remiten a la sensibilidad que expresan los sectores de clase media sobre los protectores. Los esquemas clasificatorios observados (seguro/inseguro, bueno/malo, confiable/temible), las maneras de tipificación y nominación (buenos pobres trabajadores, individuos incapaces para la acción y sujetos virtualmente peligrosos) y los anclajes que adquieren estas formas en signos de lo visible (el cuerpo, la fisonomía, los movimientos, el habla), muestran diversos tipos de relaciones y vínculos existentes, entre circunstancias verosímiles/inverosímiles para el encuentro y concesiones/prohibiciones para la interacción y el uso del espacio.

Las referencias no son monolíticas, y es por esto que los relatos no puedan ser entendidos como compartimentos estancos. Existen ambivalencias y oscilaciones en las referencias encontradas, al igual que la consideración de casos de excepción entre los interlocutores encuestados y entrevistados, como referencias a sujetos que caen fuera del orden relacional establecido, de la trama que conecta la aparente coherencia de la totalidad bosquejada. Pero se trata muchas veces de excepciones que no revocan la regla, pues en cada relato existe un patrón que funde la heterogeneidad en la consideración de lo que se presenta como genérico. En este camino, las percepciones y emociones diferenciadas permiten dar cuenta de que el mismo fenómeno es vivenciado en forma diversa por los vecinos de la ciudad. Los protectores son objeto de atribuciones diversas por relación a la experiencia de indefensión e impotencia, ante la ausencia de armas para la defensa, actualizando sensibilidades que expresan una búsqueda por restaurar las seguridades perdidas. Desde allí se estructura un juego de roles

que comporta continuidades y discontinuidades múltiples. En tal caso, el dato de relevancia para determinar las diferencias entre cada uno de los relatos se encuentra en ciertos énfasis y contrastes que los caracterizan.

Las unidades de sentido encontradas me permiten destacar cuatro atributos preponderantes como síntesis interpretativa, que se superponen pero a la vez extienden las consideraciones que expresaba en el primer esquema de categorías contenido en este capítulo. Para cada uno de los relatos, en el siguiente cuadro resalto dos dimensiones perceptuales, una afectiva y una identificatoria-referencial, como resultado del proceso constructivista llevado adelante entre el análisis y la conceptualización.

TABLA N° 6

SÍNTESIS INTERPRETATIVA DE LOS RELATOS					
Relato	Dimensión				
	Caracterización	Acción imputada	Emoción	Signo de identificación	Práctica resultante
Afinidad	Ayudante (protector)	Capacidad de auxilio	Confianza	Acciones de buen civismo	Concesión al emplazamiento
Invalidación	Destinatario (incapacitado)	Dificultad de desempeño	Desconfianza	Desviación de responsabilidades	Seguridades autónomas
Criminalización/ barbarización	Oponente (delincuente)	Potencia de agresión	Miedo / desagrado \cong inseguridad	Fisonomía / actitudes discordantes	Negación de emplazamiento/ recuperar espacios

De acuerdo con la reconstrucción en este cuadro, los asistidos son caracterizados por su inscripción en el programa según: a) la consideración de su rol efectivo y potencial en el marco de la política, en tanto indicio de su forma de habitar el mundo de la expulsión; b) el tipo de acción y desempeño asociado a ello, particularmente referido a la respuesta que dan a las demandas/necesidades de los vecinos en términos de seguridad; c) la emoción que estas formas de caracterización/acción despiertan y avivan; y d) cierto factor de identificación (señal observable 'a plena vista') que opera como prueba de la relación existente entre las anteriores referencias. De este modo, la sensibilidad se sintetiza en forma dialéctica entre la calificación del sujeto, pasando por el juicio de sus actos y su carácter, tramándose con la afectividad y concretándose en indicios corporales. Esto implica a su vez ciertos resultantes en términos de práctica.

En la tríada identificada, es posible ir desde una posición que podríamos considerar más positiva hacia una más negativa. El primer relato se delinea por la figuración de los asistidos como protectores, su capacidad para brindar auxilio ante eventuales situaciones de conflicto y el sentimiento de seguridad que despiertan, viéndose anclado en las actitudes de trato gentil y en la predisposición de ayuda como formas de buen civismo. De este modo, la relación se elabora en torno a puntos de afinidad entre un nosotros y un ellos que concede posibilidades de interacción y emplazamiento. El segundo, parte de una caracterización de los sujetos como pobres-asistidos, su incapacidad para cumplir con las tareas requeridas y la falta de confianza cuando sobrellevan las acciones institucionalmente pautadas y socialmente esperadas, todo ello articulado en formas variables de lo que se entiende por inmovilidad (deambular, conversar, comer). Se establece así un punto de distancia entre protectores y vecinos, en referencia a sujetos incapacitados para realizar las tareas necesarias, vueltos meros receptores de la

asistencia estatal. Como resultante, esto implica una búsqueda por restaurar las seguridades de manera autónoma. El último relato se conforma a través de una mirada de suspicacia, puesto que se considera que los asistidos no solamente no cumplen con sus tareas sino que muchas veces las contrarían. Sobre esta figura se produce un sentimiento de inseguridad (sucedáneo de la incertidumbre y el temor), anclado en las señales que se exaltan a flor de piel: la pinta, la cara, la facha, entendidas como rostricidad de clase. Las señales de lo tensional se reproducen a su vez en la disonancia del sentido cultural, por las formas del comportamiento y el habla. La distancia en las relaciones aumenta y las posibilidades para la interacción disminuyen, en torno a figuras que personifican la delincuencia y la barbarie que se instalan como falla en el programa. Esto es lo que lleva a negar la posibilidad de emplazamiento de los asistidos y el deseo por recuperar los espacios cedidos.

En un escenario en el que vecinos, asistidos y delincuentes se sitúan de manera diferencial, cada relato va tomando forma por la tipificación de motivaciones y capacidades distintivas. Así, un asistido puede ser visto como un protector, un vago o un criminal; un vecino comportarse como un asociado contra el delito o convertirse en un atento vigilante de las formas de acción de esos otros; mientras un delincuente puede ser considerado un antagonista tanto para el vecino como para el protector o bien entendido como un “ladrón de guante blanco” que se sitúa en los múltiples adentros, oculto tras la máscara que proveen el uniforme y la institución. En este marco, lo que deben esperar y hacer los vecinos frente a los protectores está relacionado con el conocimiento que tienen de su referencia social de clase, de las actitudes y formas del hacer, y de lo que se puede esperar que hagan en el marco de los objetivos del programa.

Esto, a su vez, da cuenta de ciertas emociones, que no se muestran como una mera ‘reacción’ a las figuras de la pobreza o al es-

cenario de conflictos, sino como un sustrato inherente a las formas de caracterización; es decir, son un proceso afectivo que es constitutivo y a la vez se corresponde con las dimensiones cognitivas. Cada relato, bajo la adjudicación de papeles, actitudes e indicios diferenciales, se conforma y actualiza en la afectividad disparando representaciones y sentidos en un mapa de relaciones conjuntas y articuladas. Así, parafraseando a Williams, tanto el pensamiento como es sentido, como el sentimiento tal cual es pensado, convergen en la experiencia situada, volviéndose verosímiles en términos de los argumentos y relaciones que implican el conjunto de percepciones y emociones identificadas.

En el camino indagatorio de las tramas perceptivas y afectivas, las tipologías elaboradas dan cuenta con cierta suficiencia de lo que los vecinos dicen que piensan y piensan que sienten sobre los protectores, aconteciendo en todos los casos una imposición de máscara. Esto significa: una identidad in-fundida como acción social que desentraña al ocultar e invisibiliza al mostrar ciertos elementos salientes, poniendo entre tanto otras posibilidades de sentido en las sombras. Estos actos clasificatorios, tipificaciones y nominaciones, expresan las formas concurrentes e igualmente posibles de designar la experiencia situada de los vecinos. Su forma se va estableciendo a través de los diferentes giros que operan en la sensibilidad en torno a la realidad de la pobreza, en tanto expresiones del cómo se viven-perciben-sienten los procesos de expulsión desde el sentido del lugar, particular posición y condición de las clases medias. Así, la sensibilidad se expresa como vivencia de un mundo objetivado, partícipe de la dinámica intrínseca al sistema social, entre las tramas históricas del vivir y las prácticas cotidianas que se ejecutan.

Los diferentes relatos identificados alumbran a su vez el terreno de sujeción socialmente asignado a los asistidos, en tanto sujetos 'de la pobreza' en particulares condiciones de expulsión.

Esta operatoria se fundamenta en las relaciones de desigualdad que de manera mediada codifican, dando cuenta de las distancias materiales existentes y de las luchas simbólicas infringidas como relaciones de dominación de una clase sobre otra. Expresiones como las de ser un “vago”, un “inútil” o un “delincuente”, así como atribuciones de “no poder”, “no saber” y “no querer”, operan como referencias disposicionales que ponen en palabras las huellas de la dominación naturalizada como forma de ser, especificando por diversas vías el lugar en que se encuentran instalados los sujetos. No se trata de simples metáforas lingüísticas. Las mismas muestran su plena dimensión material cuando son puestas en relación con las condiciones de producción y reproducción que atraviesan aquellos que son objeto de las etiquetas y marcaciones. Se trata de sectores denegados simbólicamente, expulsados socialmente y segregados en la ciudad, cuya forma de vida porta los efectos de los procesos de expropiación estructural.

Finalmente, cada relato implica formas de caracterización que inferiorizan socialmente a los sujetos en comparación con las destrezas, emociones y/o saberes considerados normales; al menos por referencia a la construcción ideal de un ‘nosotros social’. En ellos, se puede reconocer cierto carácter de atribución simbólica que es excedentario y se instala como un disfraz sustantivo y sustancial sobre la identidad, el cual posee un carácter colectivizado en la medida en que el individuo es expuesto como un solo ejemplo de un colectivo mayor. Así, cada relato elaborado tiene la capacidad de actuar como mecanismo ideológico en tanto que, en su operatoria de invisibilización, limita el espectro de la mirada sobre las constituciones y actuaciones en el mundo, naturalizándose como lo real.

Como estados de la experiencia y el sentir, la ‘guerra de palabras’ que expresan estos relatos se ancla en la materialidad del mundo a través de las lógicas estructurales que las constituyen. En sus contenidos convergen y se sintetizan al menos tres procesos: la

historia sociocultural hecha-cuerpo, la experiencia (individual) de clase y las prácticas del hacer. En el próximo capítulo me propongo avanzar sobre este punto identificando las tramas existentes entre los relatos, reconociendo un telón de fondo desde el cual convergen y que desborda sus discrepancias: las estructuras del sentir en la vivencia, la determinación del mundo en la experiencia y el sentido social vuelto voluntad de acción en tanto práctica.

SENSIBILIDAD Y POBREZA ENTRE EXPERIENCIAS Y PRÁCTICAS CLASISTAS

Como observaba en el capítulo precedente, los relatos elaborados acerca de los protectores pueden ser entendidos como andares de la sensibilidad, inscriptos como abanico de las relaciones posibles entre dos sectores de clase. Los mismos dan cuenta de desplazamientos y oclusiones de sentido sobre las particulares formas de estructuración en contextos de expulsión.

En el presente capítulo, me detendré en las consecuencias que estos estados de la sensibilidad implican para el devenir de las prácticas. Para ello, seguiré la siguiente estrategia expositiva. En un primer momento, mostraré que más allá de las diferencias identificadas y descriptas, existe entre los relatos una convergencia de sentido conformada por la propiedad común de un sentir clasista. Esto supone observar la formación de la sensibilidad como cifra de la estructura de experiencia. Aun cuando los relatos difieren en la forma de caracterización de los protectores y en la referencia a su capacidad para brindar seguridad, es genéricamente reconocido y aceptado que el programa es un canal de movilidad social que a través del desarrollo de la capacidad de movimiento, la voluntad y el esfuerzo posibilita a los sujetos salir-se de su situación de pobre-

za. Esto lleva, a su vez, a la interpelación de los asistidos desde el sentido de la falta y la culpabilización, marcando un punto central de oposición entre el “nosotros” y el “ellos”.

En un segundo momento, quiero apreciar las relaciones que esta perspectiva concierne en tanto forma programática. Esto se fundamenta en las conexiones empíricas entre estados del sentir, soportabilidad social y prescripción de acciones. Ya que el mecanismo de movilidad es reconocido como un instrumento razonable y sensato en convergencia a una perspectiva del sacrificio, aquellos sujetos que pueden ser observados como permaneciendo fuera de la efectiva inclusión (en este caso, como asistidos anclados al programa) son considerados legítimos objetos de intervención del Estado; es decir, sujetos a quienes corresponde aplicar medidas de creciente control e intervención. Estas acciones se ven justificadas desde el doblez argumental que posibilita la existencia de los relatos: una concepción humanista y otra de criminalización.

De este modo, partiendo de la inquietud inicial que me orientó a dar cuenta de ‘qué se percibe’ y de ‘qué se siente’ sobre los protectores del PSPPC, se plantea la doble tarea de centrar la perspectiva que asumen los vecinos de la ciudad de San Luis y de evaluar sus consecuencias en el marco del contexto social al que se refieren. Para ello retomaré la información provista por el registro de las entrevistas, enfatizando las relaciones y correspondencias que se tejen entre los relatos identificados en el capítulo anterior.

I. EXPERIENCIAS Y SENTIRES DESDE LA SENSIBILIDAD CLASISTA

Como los relatos indagados se constituyen en torno a la experiencia de clase, en un contexto temporo-espacial definido y en asociación con un fenómeno concreto como es el Programa de Seguridad Comunitaria, resulta sensato pensar que, en principio,

existen entre ellos ciertas tramas. Las mismas se verían establecidas en virtud de la estructura del sentir de clase precipitada como sistema de significados y valores culturales, que define a su vez una perspectiva “en solución” (Williams, 2000) sobre los protectores.

En su aspecto más profundo, de acuerdo con la sensibilidad hegemónica, existe todo un aparato explicativo de lo que sucede con los sujetos y del porqué sucede de ese modo. Los sentidos y prácticas explicativas son naturaleza evidente para el observador (de clase) y, por lo tanto, funcionan de manera axiomática; forman parte del saber/sentir/hacer cotidiano anclado a la sombra de las pautas y valores del sistema sociocultural que resguardan las relaciones de dominación. En la convicción legitimadora que suponen, es impropio distinguir entre su realidad y ficción, ya que en la experiencia son vividos por los sujetos como algo activo, siendo creadores de la misma realidad a la que se refieren (en el sentido implicado en el teorema de William Thomas).

La sensibilidad de clase –expresada en un marco de sentido que organiza y a la vez permite la enunciación de la súbita revelación de un sujeto fraccionado, quebrado por los procesos de desposesión del capital– elabora explicaciones y sentidos más allá de la pluralidad de experiencias potencialmente asignables. La referencia a relaciones sociales bien fundamentadas (que resultan razonables y sensatas) muestra precisamente lo que constituye una relación de dominación, invisibilizada a los sentidos por la perspectiva de mundo que se impone en tanto verdad de una clase sobre otra. El carácter colectivizable de ese saber se nutre de la experiencia de ‘cada uno de nosotros’ en tensión con ‘cada uno de ellos’, estabilizándose en un saber reconocido como socialmente ‘común y válido para todos’. Es así que en las rendijas y pliegues que dejan entrever los diferentes relatos, existe una convergencia en un más acá de su diversidad, cuyo sentido anudado podemos observar en ciertas cifras transversales de homologación.

El estado del sentir sobre la política social aplicada es una forma posible de observar estas relaciones, como punto de tejido que une a los relatos más allá de sus particulares diferencias. El mismo da cuenta de la vigencia de un canal de movilidad ascendente que, mediado por el acto del sacrificio (voluntad, movimiento y esfuerzo), permite explicitar las diferencias entre quienes salieron y quienes permanecen en la política; y así, entre la condición contingente del 'estar pobre' como *coyuntura* y la realidad inherente, esencial y primaria de 'ser pobre' *siempre*.

En el escenario que impone la actual fase de desarrollo capitalista, la explicación común que asumen los estados de pobreza yace en la falta de optimización de la oferta de trabajo y la escasa movilización de los recursos personales (Leguizamón, 2001; Farah, 1990). Un discurso regido por los principios del individualismo metodológico, el mirar positivista y la perspectiva ahistórica sobre los procesos sociales recae sobre los sujetos, responsabilizándolos por sus situaciones de éxito o fracaso (Borón, 2000). Ante la primacía económica, las relaciones sociales se dicotomizan en un campo de ganadores y perdedores, observadas y observables como producto de aptitudes individuales, características culturales, saberes y prácticas que se vuelven fundamento explicativo (Pautassi y Rodríguez Enríquez 2007: 136). La desigualdad se convierte por este camino en paisaje, a la vez que la pobreza se naturaliza en la experiencia y el sentir cotidiano.

Así, reconociendo en el programa un canal meritocrático¹²⁷, la interpelación a los asistidos puede ser elaborada desde el sentido

127 En el contexto de la teoría sociológica, el enfoque de la meritocracia se sintetiza en los desarrollos efectuados por Kingsley Davis y Thomas Moore desde la corriente de análisis funcional, deudora de los trabajos de Talcott Parsons, actualizada a su vez en Argentina desde los clásicos estudios de Gino Germani. Una compilación de artículos que aclara los fundamentos de este enfoque puede ser encontrado en Sito (1970), marcando su etapa de mayor popularidad en los '60.

de la falta y la culpabilización, llevando a una imputación de identidad que establece sucesivas cercanías y lejanías en términos de la posición y condición de clase. Para dar cuenta de ello, voy a partir de tres ejes de lectura: teniendo en cuenta las críticas que los vecinos realizan a las tareas de naturaleza condicional, consideradas como un momento contingente de capacitación y/o trabajo; en contigüidad, mostrando las formas de clasificación y diferenciación que la instancia de movilidad produce y posibilita; y a su vez, reconociendo las diferentes modalidades de acción que esta sensibilidad justifica.

A. El mandato del sacrificio y las temporalidades del ser-pobre

Partiendo del primer eje de lectura, es posible observar que las actividades del programa son genéricamente desacreditadas, aun cuando en ciertos casos sean valoradas por su impacto positivo en la inseguridad/el delito o por su capacidad de contención de la pobreza. Esto está relacionado con la tensión manifiesta entre lo que es entendido como trabajo legítimo y la forma de la política pública, dado el carácter precario que revisten las tareas de naturaleza asistencial.

Charly - relato 1: lo que estamos hablando ahora que es la seguridad... es un plan social, y los planes sociales tienen un tiempo de ser y se terminan, y *la gente lo hace por una necesidad nada más, no lo hace ni por una vocación, ni porque les guste ni nada por el estilo*. [Entrevista. 44 años, empleado de industria, originario de Mendoza. Enero de 2011]

María - relato 1: pasantía, plan; *es un período y luego tratar de que se hiciera otro trabajo*. [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]

Norman - relato 3: todos sabemos bien que no es un trabajo, es un plan social y ahí se termina. *No tenés ART; si a uno de estos chicos tiene algún accidente o en el intento de evitar un robo o algo, les sucede algo, ahí se van a quedar*; no deja de ser un plan social. [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

Soledad - relato 3: *es una emergencia de la gente desocupada, pero no es un trabajo, y ellos lo han tomado como trabajo. [...] la gente creía que tenía un trabajo* y no es un trabajo, no es un trabajo, es... ¿cómo es que se llama?, ¿cómo es que le dicen ellos? o lo dicen, *es un trabajo de emergencia* ¿cómo es? Es porque te acordás que estaba en crisis todo el mundo, fue una emergencia de él (refiriéndose al gobernador) y me parece bárbaro. [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

Siguiendo estos fragmentos, a pesar de que las actividades del PSPPC se desarrollan en el marco de un régimen de trabajo con fines productivos (según apuntan los principios oficiales) y que, como ya veíamos, se valorizan en ciertos relatos las tareas des-empañadas, la estima general (des)acredita lo que socialmente es reconocido como un “plan social”, dirigido a gente “desocupada” y en condiciones de “emergencia”. La ausencia de resguardo (falta de cobertura para seguros colectivos o ART), así como de vocación que se imputa a los protectores (la necesidad de estar en el programa por las condiciones de emergencia), dan cuenta del carácter endeble de las tareas como perspectiva de un futuro y la ausencia del “gusto” que puede llegar a existir en lo que hacen. Esta construcción de lo precario (por inseguro) y de lo que no puede ser disfrutado (por la ausencia de agrado), remite a un momento fundamental de distinción entre la asistencia que ofrece el plan y el perfil que denota un verdadero trabajo.

La referencia negativa apunta a que las tareas no corresponden a una legítima actividad. Se describe la política como un recurso de necesidad surgido a partir de un contexto de emergencia, a la vez que se enfatiza la ausencia de cualquier tipo de relación formal entre Estado y asistido. Así, la falta de seguridades, la contingencia de la actividad y la ausencia de virtud en su realización, destituyen el valor de las acciones realizadas.

En este camino, es posible observar un deslizamiento crítico hacia las temporalidades del programa, en términos de los momentos y continuidades que explican su estructura como política social, relacionado con el lugar transitorio que en él deben ocupar los asistidos. Los entrevistados apuntan que existe “un período” dentro del cual la política adquiere sentido, debe ser aplicada y tiene valor. Es una modalidad reservada para situaciones de “emergencia” y “crisis”, lo cual señala un punto de cierre en su aplicación. El programa ha de ser un medio y no un fin, un tránsito y no una espera, implicando una plataforma para que luego de la “ayuda” otorgada a los sujetos se realice otra actividad; es decir, se asume que en algún momento los asistidos deben incluirse en el mercado. A través de este proceso se rompería presumiblemente su estado de coyuntura en la pobreza.

Como veíamos en el capítulo segundo, el Plan de Inclusión Social que enmarca al PSPPC opera bajo el supuesto de que el asistido es merecedor de la ayuda por contrapartida a la entrega de sus energías, en este caso dentro de un espacio de trabajo y productividad. El esfuerzo que se espera de él tiene un carácter dual: en primer término debe sostener su potencia como condición para acceder al beneficio y, al mismo tiempo, desarrollar competencias que redunden en su inserción futura en el mercado, considerado el espacio de inclusión por antonomasia. En comparación con la receta neoliberal de los '90, este tipo de políticas ‘dan la caña’ en distancia al método asistencialista de ‘dar el alimento’, suponiendo

un silogismo de eficacia práctica autorreferenciada, autogenerada, cuya fórmula podría ser sintetizada en una frase como la siguiente: «ayúdate a ti mismo».

De este modo, el tiempo (siempre) transitorio que se adjudica al beneficio asistencial está definido por una expectativa y una espera vueltas regla moral, de acuerdo con la cual debe existir un compromiso por parte del sujeto para que se inserte nuevamente en el mercado laboral. Aquel no puede (o al menos no debería) “creer” que la asistencia es un trabajo ni “tomar” la actividad como algo permanente. Las formas asistenciales –que no constituyen un verdadero trabajo– han de operar como un momento particular para la realización, entre la vocación y la entrega, el esfuerzo y el sacrificio hacia un nuevo impulso. Este dispositivo invita a pensar entonces en la responsabilidad que toca a cada sujeto en el acto de encontrar una salida, constituyendo el segundo eje de lectura sobre el que se asientan los dispositivos clasificatorios clasistas.

María- Relato 1: *el que quiere sigue, el que no quiere se queda ahí con una palita todo el tiempo. O sea que también tiene que ver con, con uno digamos.* [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]

Charly- Relato 2: esta piba que yo estaba saliendo digamos, tenía una carrera universitaria y en mente tenía eso y nada más (...) porque justamente, eh, por eso te digo; depende, *depende de cada persona, cada persona, ella por ejemplo no se quedó con eso* y aparte también uno la fue también viste... depende como te rodeás, *depende tu entorno social digamos.* Hoy por hoy ella creo que está en la parte de carga de datos, una cosa así en la casa de gobierno, pero *fue porque justamente no le gustó eso y quiso mejorar.* [Entrevista. 44 años, empleado de industria, originario de Mendoza. Enero de 2011]

Soledad- Relato 3: tenemos la facultad acá que, ¿cuánto tenés de gasto?, papeles nada más; *el que no estudia es porque no quiere (...)* si vos estudiás vas bien acá, allá, donde sea ¿sabías vos? Todo es estudio, es lo que, lo que querés hacer.

[...] cuando uno estudia es un sacrificio y después viene, *el sacrificio tiene los frutos*. [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

En estos fragmentos, que remiten a los diversos relatos identificados, el “querer” se repite de manera recurrente bajo diversas formas. El sentido de la voluntad, como una aspiración, como una búsqueda, constituye el activo central con el que cuentan los asistidos para el encuentro de un camino de salida a la pobreza, en donde el “seguir” para adelante y el “mejorar” se oponen al “quedarse”. El movimiento que rige la voluntad permite que su cuerpo cambie de posición en el espacio social, como sustancia para la alteración del estado de coyuntura en la pobreza. Esto se opone a su vez a la detención de un asistido anclado, detenido, en situación in-temporal, que “se queda ahí con una palita todo el tiempo”.¹²⁸

También es cierto, como mostraré más adelante, que esta condición del ‘permanecer’ no siempre asume las mismas connotaciones. Desde las sutilezas de la sensibilidad, se reconoce que la determinación de lo social sobre los sujetos (como “hecho social”

128 La expresión “palita” alude a los trabajadores de parcela del PIS; a los denominados “pico y pala”, frase utilizada coloquialmente para referir a los asistidos, que se originó en una expresión del gobernador Alberto Rodríguez Saá durante su discurso de asunción al cargo: “hemos armado más de cien parcelas y cada agrimensor, constructor, arquitecto ha hecho un proyecto y lo hemos coordinado (...) ahí vamos a incorporar a cada uno de los puntanos desocupados y vamos a ir todos a trabajar ahí con pico y pala, con pico y pala –aplausos– para tener autoridad de decir vamos a terminar con los ñoquis –aplausos– en San Luis se trabaja con pico y pala (...)” (discurso del Dr. Alberto Rodríguez Saá; Magistratura: 25 de Mayo de 2003).

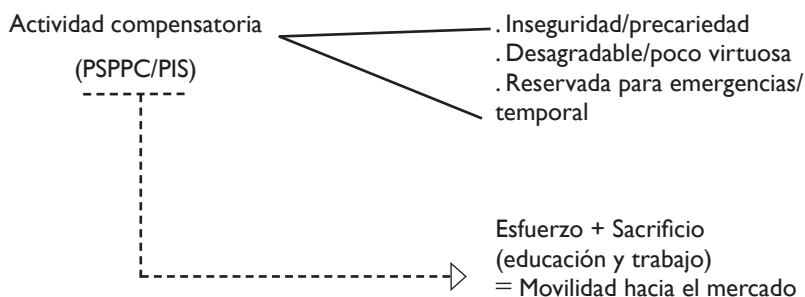
en el sentido durkheimiano) suele ganar en ciertos casos a la voluntad del movimiento por imposición.

Según la síntesis que propone Zygmunt Bauman, la ética del trabajo que atraviesa a las sociedades capitalistas puede ser entendida como una norma de vida compuesta por dos premisas explícitas y dos presunciones tácitas. De acuerdo con las dos primeras, la posibilidad de alcanzar la felicidad y satisfacer las necesidades implica ejecutar una actividad de valor, digna de un pago, a la vez que se considera moralmente incorrecto (y hasta perjudicial) conformarse con algo menos que un poco más. Desde este punto de vista, el trabajo es una actividad noble y jerarquizadora y el criterio de la posesión constituye un valor por sí mismo. A su vez, según las presunciones tácitas que movilizan este mandato, todo sujeto cuenta en su estado normal con cierta capacidad de trabajo para ser movilizado, y “sólo el trabajo cuyo valor es reconocido por los demás (...) tiene el valor moral consagrado por la ética del trabajo” (Bauman, 2000: 17-18).

Volviendo sobre las citas anteriores, es posible observar que en su calidad de arreglo a valores son precisamente el trabajo y la educación dos mecanismos que se consideran pertinentes para acceder a la promesa de un futuro mejor y a la estima colectiva; son recursos ‘de vida’ y ‘para la vida’ en camino a la funcionalidad social, al igual que medios legítimos para ganar cierto status colectivo. Su puesta en uso demanda una apuesta de los sujetos hacia la auto-superación, como capacidad de sacrificio, actualizada en los recursos otorgados y garantizados por el Estado a través de la política de inclusión social.

GRÁFICO N° 7

SENTIR SOBRE LA ASISTENCIA COMPENSATORIA EN TENSIÓN A LA REPRESENTACIÓN DEL TRABAJO ASALARIADO



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA

En estos términos, ya veremos que aquellos que superaron las barreras del Plan de Inclusión y llegaron ‘más allá’ mediante un plus de energías puesto en acción, pueden ser (re)presentados como merecedores del (re)conocimiento público, por su realización y adaptación conforme a las expectativas sociales; por haber demostrado que sí se puede, ya que –como afirmaban citas anteriores– los “frutos” “tienen que ver con uno”, “dependen de cada persona”. El mérito que se obtiene a través de un acto de obediencia a los criterios esperados, revela en este camino la existencia de un sujeto de valor y estima para la comunidad.

B. Tipos de gente: entre el estar pobre y el ser pobre

Puesto que las oportunidades de salida de la pobreza parecen equipararse gracias a la ayuda (laboral y educativa) que otorga el gobierno, las historias que los relatos cuentan sobre los asistidos

se ramifican de acuerdo con la imputación de capacidades y activos adquiridos; es decir, según la vocación, el compromiso y la acción que señala el destino social de los sujetos.¹²⁹ Aprovechar las oportunidades ofrecidas y sacrificarse constituyen la vía de acceso a la movilidad, frente a una política considerada contingente, desagradable e insegura, imposible de ser entendida en forma genérica como un trabajo.

Desde este segundo eje de lectura, es posible responder a ciertas preguntas de común sentido: ¿por qué los asistidos no aprovechan las oportunidades otorgadas?, ¿por qué no entienden que el Plan es sólo un recurso, una ayuda, un estado contingente?

María- Relato 1: *creo que el proyecto fue muy bueno, concientizar digamos, la cultura del trabajo (...) acordáte que se hicieron varios talleres, de pintura, de confección (...) De ese grueso muy pocos supieron aprovechar eso, que hoy están trabajando muy bien; trabajando... eeeh, cómo te puedo decir, uno de los chicos hizo un proyecto de desmalezado, fue comprándose máquinas (...) supo aprovechar esa posibilidad que le dieron.* Otra de las mamás que conozco, que es mamá de la escuela, licores finos, ella se puso una casa de licores finos. [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]

Soledad- Relato 3: te dice que no les aumentan, que tienen unos dramas de que están tiradas [refiriéndose a una beneficiaria del PSPPC que trabaja con ella] (...) Bueno, entonces ella se enoja porque me dice “bueno pero tampoco me dan opción”; y sí, pero

129 Así como indica el objetivo central de la política, “fomentar la cultura del trabajo” es concientizar a los sujetos sobre la importancia de ver y sentir el uso de su cuerpo como un “sinónimo de dignidad, confianza, capacidad de progreso, independencia y libertad” (Ministerio de la Cultura del Trabajo, 2005: 13); este momento de preparación para la dignidad y la libertad del mercado (flexible, precario e informal) es responsabilidad de cada uno de ellos.

tampoco lo busca, porque es el trabajo más fácil y piola porque no se sacrifican en nada (...) y sin embargo ella va el mes y se cobra sus seiscientos pesos. [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

No sacrificarse parece ser una de las exactas razones de ser un expulsado en la ciudad de la inclusión, en donde todos reciben ayuda por parte de un gobierno cuya política sustantiva es la de dar. Sin embargo, esto tiene una doble forma: existen quienes no quieren salir de su estado de pobreza, pero también quienes no pueden.

Tal como refieren las citas anteriores, la falta de esfuerzo, el no deseo, son un fundamento del fracaso, encontrando su carácter de prueba en el estado actual de quien continúa siendo un asistido. Dado que cada individuo es el autor responsable de su destino, es posible afirmar que quien se “sacrifica” y “supo aprovechar esa posibilidad que le dieron” ya no forma parte del programa. Esta es una concepción que refiere al sujeto económico moderno: diestro, racional, competidor y competente. El éxito define un estado de gracia en los sujetos, quienes en las tramas de la vida y del hacer vida muestran los marcos y límites de su corrección a partir de la exteriorización de aquello que han logrado.

El contraste con esta primera posición está presente en la imposibilidad de provecho de quien no puede o no quiere utilizar las oportunidades ofrecidas. Esto resulta un claro indicio de los condicionantes del ‘ser pobre’. En las siguientes citas se tensionan ambas situaciones.

María- Relato 1: Aquel que supo aprovechar esa posibilidad que se le dio hoy medianamente está bien, con un trabajo independiente, no siguió en el Plan. Muchos de los otros, por la viveza que tenemos los argentinos, nos pagan y no vamos a trabajar, ¿'ta? Esos son los que hoy están quedando sin ese Plan de In-

clusión. *Y te queda aquella otra gente que realmente necesita y no consigue por distintas circunstancias, porque o te piden cierta edad y no pueden ser incluidos en una fábrica.* [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]

Soledad- Relato 3: Porque es como que hay un, *no te digo todos, pero en general (acentúa) les gusta lo práctico, la plata fácil*, en vez de ir a robar (...) Que es la gente que (...) que vive, hoy, mañana Dios dirá (...) *porque ellos van y se gastan toda (acentúa) la plata en un día y después no tienen para la leche de los nenes.* No, no, pero hay mucha gente así (...) tienen a lo mejor, las computadoras esas [que financia el gobierno], tienen un plasma a lo mejor, *hasta tienen plasma, pero no tienen alimento, no tienen ropa, no compran una frazada, ¿me entendés?* [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

De acuerdo con estas citas, permanecer en la pobreza está relacionado con dos situaciones divergentes: por un lado, es asociado con la condición de quien no pudo aprovechar las oportunidades, por su edad o estado de necesidad (lo cual matiza las relaciones entre voluntad/movimiento y capacidad de éxito a la que me refería en el acápite anterior); y por otro lado, es vinculado con la falta de adaptación a los valores y pautas sociales, al facilismo individual y el desborde actitudinal (incivilizado) respecto a los propósitos de inclusión que la política estimula. En este último caso en particular, la situación de seguir siendo un asistido es percibida como un beneficio y no como una condición de expulsión. Poder recibir una paga sin esfuerzo es la trampa del facilismo, de vivir a costa de los otros en el día a día sin mesurar las implicancias morales y prácticas de las acciones; es usar “la viveza” para cobrar y no trabajar o gastar el dinero en bienes superfluos sin pensar en las necesidades básicas de consumo. Mientras tanto, en el primer caso,

existe énfasis en las determinaciones de lo social, que se imponen a los sujetos como “circunstancia” externa que impide su inclusión.

La *lógica del sacrificio* se define genéricamente por la entrega a un bien superior. En la ética del trabajo, el sentido simbólico es de vida (no de muerte, como supone la individualidad que se diluye en la concesión de la existencia para unos otros), ya que el acento está puesto en el renacer en lo social a partir de la entrega. Su elaboración lleva a la expiación cuando el sujeto se constituye como una mercancía (en tanto individuo productivo), que al darse puede borrar sus culpas, purificando y a la vez afirmando su individualidad, como ritual de la modernidad capitalista vinculada con un sentido moral. Por eso es que “concientizar”, “la cultura del trabajo”, el saber “aprovechar esa posibilidad que le dieron”, se antagoniza con lo “más fácil y piola” de “no sacrificarse en nada” y “cobrar seiscientos pesos”.¹³⁰ Esto tiene su conexión (ya veremos) con el sentido de la ‘limpieza institucional’ que demandan los vecinos frente a quienes permanecen en el programa de manera permanente, precisamente por no ceder a esta causa superior de entrega; lo cual, a su vez, no está lejos de la práctica estratégica que utiliza la dirigencia política para justificar la selección progresiva de determinados ‘perfiles’ para las tareas de seguridad.¹³¹

130 En las citas anteriores, pero particularmente en la segunda, se observa una clara tensión entre el ahorro ascético (y su gratificación futura) y el gasto festivo (como goce actual y efímero), poniendo en antagonismo el valor burgués de la vida con las formas del disfrute popular, que en tanto consumo ‘superfluo’ actualiza en los sectores expulsados las prácticas de destrucción de mercancías. Así se presenta nuevamente la sensibilidad clasista, como un *ethos* del ser capitalista que destituye el sentido de la vida de los otros, como una demanda de sacrificio a los sujetos para que cancelen sus deseos de consumo, aquí referidos como una pulsión irrefrenable, casi salvaje, atributo de la pobreza. Sobre las relaciones entre lo festivo, el consumo y lo popular, véase Scribano, Magallanes y Boito (2012).

131 Ya me referí a este punto en el capítulo segundo, cuando apunté las transformaciones del PSPPC entre los años 2003-2010, dando cuenta de los procesos

‘Los tipos de gente’ se hacen presentes de este modo como una perspicacia de la sensibilidad, a través de la cual se advierte que –al final de cuentas– no todos los asistidos son iguales. Por eso es que, en comparación a la primera concepción aludida, ligada particularmente a la lógica del sacrificio, es posible enfatizar, por otro lado, el sentido asociado a las condiciones de inmovilidad; en este caso, atribuido a los sujetos que yacen de manera persistente en el programa y que bien podrían ser entendidos como el conjunto de los ‘verdaderamente pobres’.

E- Relato 1: en general vos tenés una relación buena [con ellos]. ¿Qué tipo de gente es? Desde tu visión digamos; digo, porque además vos has tenido trato calculo con la gente de acá del barrio también, por eso entonces me podés tirar como una...

María: *encontrás de todo*, porque por ejemplo, me tocó en el 2004 en plena época (de crisis) y no en este barrio sino, eeeh, en el barrio “x”, *me tuve que hacer cargo de la escuela, gente con distinta categoría de, operarios calificados, albañiles, digamos que tenían un oficio o que habían estado trabajando en una fábrica y que no tenían la posibilidad de un trabajo (...) y excelentes personas donde trabajaban. Y tenés otro grupo, de los más jóvenes, que no se proyectan en más nada que eso, quedaron ahí; es el Plan de Inclusión.* [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]

Soledad- Relato 3: viste que él (refiriéndose al gobernador) metió a todos; no, no, no, y por eso *tendría que seleccionar más la gente*, porque esto es un plan que se podría, si lo lle-, si lo hubieran hecho, a ver, bien hecho, hubiera dado resultados *pero acá se metió todo por igual (...) se debe sacar el currículum de una persona, me imagino que sí, que ellos pueden, deberían seleccionar*, a mí me

de selección y “raleo” que sufrieron los protectores en sucesivas oportunidades.

parece que si se selecciona la gente andaría esto. [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

En estas citas, la experiencia laboral, para el primer caso, y el currículo de vida, en el segundo, constituyen un particular momento de diferenciación entre los ‘tipos de gente’ que formaron parte del programa. Los rastros evidentes de la edad y de la procedencia social, en los que se destaca un perfil adolescente (“jóvenes”) y otro marginal (codificado en el factor “curricular”), permiten evidenciar y a la vez exaltar las razones de la falta de compromiso de cierto grupo de individuos con las actividades del programa y, por añadidura, con la cultura del trabajo en general. Esta referencia desdoblada destaca a su vez las razones de quienes encontraron un punto de salida a su estado de desocupación y pobreza, vinculado con las ventajas que otorgan ciertas aptitudes particulares. Las diferentes “categorías” y el “currículum” dan cuenta de las trayectorias en marcha, de las carreras de vida, tanto como de los resúmenes de existencia que socialmente van tomando forma en las conexiones entre la política de inclusión, el esfuerzo individual y el movimiento.

En la primera de estas citas, la evidencia de la edad -que tensiona (podríamos decir) la cultura juvenil con la cultura adulta- parece desmentir hasta cierto punto la referencia de clase, puesto que como dimensión no es explicitada. En este sentido, la responsabilidad que sobrelleva la directora de escuela sobre los protectores que coordina parece duplicarse cuando hablamos de *jóvenes*, que “no se proyectan en más nada que eso”, en comparación a los viejos trabajadores “de categoría”. El problema se manifiesta como generacional. Pero es interesante observar la circunstancia de inversión que esto denota en la sensibilidad, como indicio de la oclusión de las condiciones vigentes de producción y re-producción. Los cortes generacionales, por edad, invisibilizan los quiebres de clase produci-

dos por los momentos de estructuración; es decir, por la transformación del modelo productivo entre un contexto de vida obrera en las décadas del '80/'90, que tomó forma a través de la ciudad industrial y moderna –junto a operarios y albañiles que (en su adolescencia) estuvieron incluidos en la dinámica económica–, y el momento actual de configuración de un mercado centrífugo, de una sociedad expulsógena, que no requiere obreros y albañiles, ni los de hoy ni los del ayer, ni tampoco a los jóvenes, destinados de este modo a un plan social como medio de vida. A pesar de la distinción generacional, es posible dar cuenta de condiciones comunes de clase para estos conjuntos de sujetos, cuya biografía implica el tránsito compartido hacia una zona de expulsión definida por la falta de trabajo.

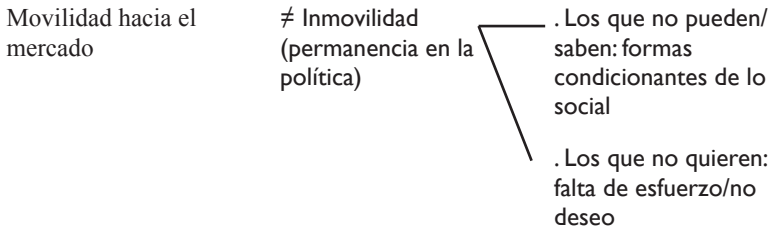
De todas formas, lo interesante a remarcar en esta conexión entre relatos es cómo adviene el sentido del ascenso social mediante la movilidad hacia el mercado: los jóvenes y los sectores marginales (dos formas en que se explicita la expulsión de clase) encuentran dificultades para su inclusión, pero existen aquellos que –mediados por la proyección personal– están en condiciones de realizar ese tránsito. El programa de gobierno en sí mismo implica un mecanismo que posibilita este proceso, al formar un canal de tránsito desde el 'estar pobre' hasta el salir-se de la pobreza. Quienes permanecen detenidos, inmovilizados en el marco de la política social, son los verdaderamente pobres: facilistas o incapacitados.

Si volvemos sobre las consideraciones anteriores, es posible comprender que la sensibilidad de clase implica un conjunto de razonamientos prácticos que designan los rasgos de la diferencia a partir de la proyección del propio sentido del mundo. Esto implica un acervo de sentidos construidos desde contrastes actitudinales y de comportamiento, de valores culturales y principios morales diferenciados, que como modos de vida codifican las distancias existentes entre cada-uno-de-nosotros en tensión con cada-uno-de-ellos. El singular punto de vista que se elabora desde la propia posición, que

es a la vez marco de sentido y pintura del mundo, delimita los contornos de lo posible, dibuja sus trazos de orden y colorea su gama de matices. De este modo, el juego de relatos que adviene en la relación entre vecinos y protectores parte en forma común de los momentos de hetero-referenciación que se establecen desde el yo situado, en un esquema relacional atravesado por el dispositivo clasificatorio “nosotros/ellos” (León, 2009), imponiendo la propia mirada en apelación a los otros rostros de lo social. El problema de la voluntad, el movimiento y el esfuerzo, en tensión con la pasividad, la detención y el facilismo, permitirían en este caso situar un punto de observación sobre el que se elabora la distinción y clasificación de los protectores.

GRÁFICO N° 8

CLASIFICACIÓN DE LOS POBRES EN EL MARCO DE LA ASISTENCIA COMPENSATORIA



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA

Desde el complejo relacional descrito, es posible distinguir entre aquellos asistidos que supieron utilizar el recurso de movilidad otorgado por el Estado en contraste con aquellos que no pudieron/ no quisieron hacerlo por incapacidad/facilidad. Desde este punto de vista, los sujetos concurrieron al programa a partir de dos estados diferenciales: desde el ‘estar pobres’ y desde el ‘ser pobres’; los primeros afectados por momentos particulares, contingentes y de tránsito, y los segundos por su instancia de pertenencia inherente

a un estado de falta condicionante. En este último caso, existen dos formas variables (los que no pueden/saben y los que no quieren) que permiten advertir cómo el juego de la mirada remarca las condiciones de inferioridad (en consecuente correlación al plano de superioridad del observador hablante) como momento de caracterización de una identidad estigmatizada, deshumanizada. La subclasificación bajo esta forma permite dar cuenta, a su vez, de dos estados diferenciados: la pobreza como situación de padecimiento y la pobreza como circunstancia de elección. Es decir, la ‘verdadera pobreza’ y la ‘falsa pobreza’ y, por lo tanto, el estado de quien merece ser ayudado (porque no posee otra alternativa más que la asistencia) y de quien por otro lado debe ser excluido (porque se encuentra allí por facilismo). Veremos a continuación que esta diferencia implica formas particulares de intervención, como condición de lo posible y lo deseable sobre esos otros que no encuentran una salida a la pobreza.

C. Limpiar o potabilizar el programa, pero sin discriminar

Ya veíamos que bajo la mirada de los entrevistados la política de inclusión asume genéricamente un carácter de oportunidad, operando hasta cierto punto como un marco re-socializador de la identidad para quienes cayeron o están en situación de pobreza. Entre tanto, la “viveza” y la “practicidad” (resaltadas en citas anteriores) se tensionan con el criterio moral del esfuerzo, elaborando causas explicativas volcadas sobre los sujetos; dando cuenta de que existen aquellos que no pueden salir de su condición y aquellos que no desean hacerlo. En ciertos relatos, las percepciones se cierran de este modo sobre emociones, de forma tal que los enojos y las broncas se presentan como parte de la experiencia disonante de clase, como afecciones ligadas a un sentimiento de ultraje que cementa el rechazo.

Amelia- Relato 2: Solamente digamos, esta sensación que yo creo que nos pasa un poco a todos viste, *de verlos, de verlos sentados ahí esperando que pase el tiempo*; que sé yo, *te da un poco de... no sé si bronca o que...* qué decirte no sé, que sé yo; que vos decís: podrían haber hecho algo más productivo, me parece, ¿no?

E: ¿Y bronca en relación con qué? Digo, sea bronca o sea como algo parecido.

Amelia: Sí, sí, sí.

E: ¿Pero en relación con qué digamos?

Amelia: No sé a la... por eso te digo, *a la situación de que es gente que no está preparada, que la ponen ¿para qué?, ¿para brindar seguridad?* No, no brindan seguridad. [Entrevista. 48 años, docente, originaria de Mendoza. Mayo de 2010]

Waldo- Relato 3: ¿quiénes son los que pagan el plan de inclusión?, *los que laburamos, los que aportamos con los impuestos, pero es como tirar la plata a un tacho sin fondo*. [Entrevista. 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010]

Soledad- Relato 3: para la gente que trabajamos *nos enojamos ¿o no?* O para la gente que estudia (remarca) y a veces no consigue trabajo. [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

Bronca y enojo se procesan como resultado de la tensión entre las formas aceptadas, válidas del obrar, vinculadas al trabajo y al esfuerzo, y aquello que se percibe en los asistidos como una transgresión a dichos códigos. La clase media, en movimiento, se reconoce como parte de la dinámica productiva, siendo la que soporta la carga impuesta por el plan mediante el trabajo cotidiano. Existe de este modo un sentimiento de agravio asociado a ese “tacho sin fondo” que constituye el Plan de Inclusión, adjudicable del mismo modo a

los asistidos que a plena vista permanecen “sentados ahí esperando”. El tiempo de vacío es una tesitura que de manera incisiva agita el malestar de quien se esfuerza y aún, a pesar de todo, “a veces no consigue trabajo”. Expresadas como un estado personal e interno, esas afecciones elaboradas ‘a flor de piel’ no sólo sostienen las percepciones negativas sobre los asistidos facilistas, sino que además les dan su forma cabal. En estos términos, operan como un elemento activo que regula las interacciones posibles al organizar la orientación y el sentido de las prácticas. Producen realidad, porque de manera colaborativa organizan acciones ‘hacia el fuera’, al momento de confrontar las circunstancias a las que se refieren.

Precisamente en la correspondencia entre este tipo de perceptibilidad y emocionalidad, los entrevistados acentúan la importancia de ciertos mecanismos para limpiar aquello que ha decantado hacia el “tacho sin fondo” del programa. La mención del factor curricular que hacía notar en una cita anterior, no es menor en este sentido. Seleccionar a los sujetos es fundamental para lograr que la política de seguridad funcione adecuadamente o, al menos, no se convierta en un potencial riesgo para el vecino. De allí es que se alude a un conjunto de acciones como la sobrerregulación de los cuerpos, la búsqueda de capacitación constante, el achicamiento presupuestario y la cesantía masiva aplicada en el programa, blanqueadas por lo tanto como formas justas de intervención.¹³²

María- Relato 1: *se está limpiando y está quedando esa gente potable.*

E: Digamos, vos decís potable como gente que trabaja y...

132 Remarco que en sus orígenes (2003) el número de asistidos por el Plan de Inclusión Social superaba los 38 mil; esto es, un 26,1% de la población en condiciones de trabajar en la provincia. El número actual es de unos 9.700, de los cuales 1 mil pertenecen al PSPPC, lo cual se vincula con la instrumentación de múltiples mecanismos de recorte y compresión que fueron ejecutados por la dirigencia política.

María: *Gente potable* [acentúa]; *potable, bueno, digamos, no discriminemos, si no que realmente necesita trabajar, que cumple, y aquella que se-, que era la cultura del trabajo, la está cumpliendo con un horario; un horario de entrada, un horario de salida, con responsabilidades.* [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]

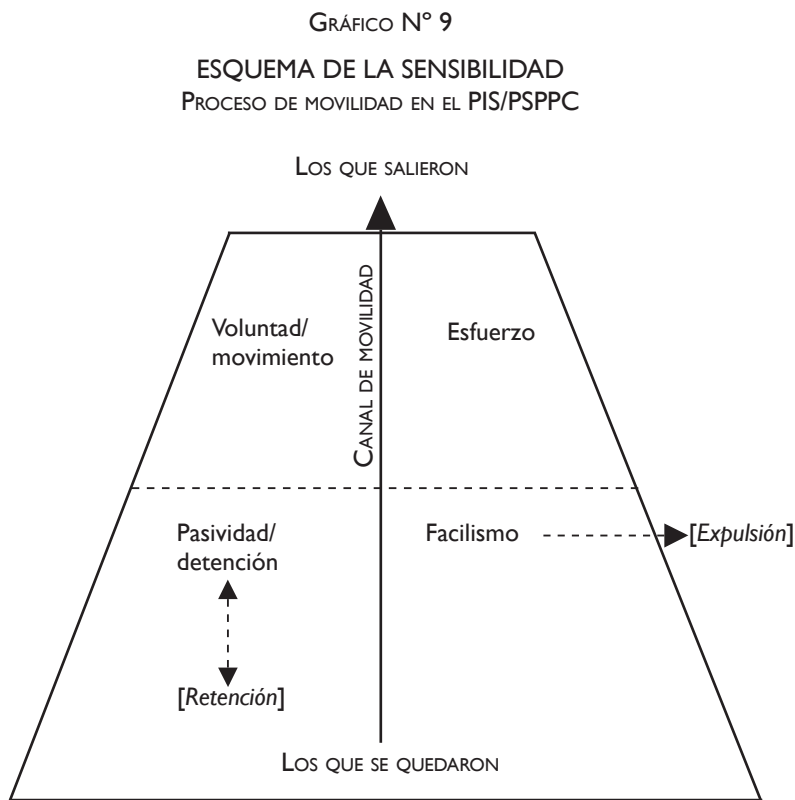
Soledad- Relato 3: *A ver si nos entendemos, yo creo que la gente que realmente necesita es la que queda* [esta quedando]. Dios quiera, que es la que va hacer el pedido para comer; esta gente no, la gente que la está sacando [el gobernador]. [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

Si para los vecinos la presencia de cierta categoría de sujetos constituye un problema fundamental, el factor de “selección” o “potabilización” comporta por otro lado un mecanismo necesario, como forma de purga para que la política funcione adecuadamente. Como bien busca justificar una de las entrevistadas, esto no implicaría en principio una práctica de “discriminación”, sino la base necesaria para que el objetivo de la inclusión llegue a quien “realmente” lo necesita y, en el mismo camino, quede asegurado el cumplimiento de la responsabilidad hacia los vecinos.

Conocer para separar y separar para reconocer, implican (el deseo de ejercer) un trabajo de selección sobre las gentes que deberían permanecer por dentro de la política y aquellas que tendrían que estar fuera; entre quienes merecen ser reconocidos como sujetos aceptables (laboriosos y no riesgosos, aunque no necesariamente aptos y competentes para brindar protección), y quienes deben ser desalojados de cualquier estrategia inclusiva. De esta manera, como remedio adecuado para inmunizar el riesgo de unos otros inciviles y/o peligrosos, el dispositivo de selección, purga y limpieza, es legitimado como un levantamiento de fronteras para contener a ciertos sujetos

merecedores. Lo rechazable o externalizable respecto al resguardo, quedaría por lo tanto desatado del Estado y sus protecciones, sin contención social, y por lo tanto dispuesto para la represión.

Retomando los contenidos presentados en este capítulo, el siguiente gráfico permite establecer un esquema de las relaciones explicitadas.



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA

En síntesis interpretativa, es posible observar que los relatos se conectan en la voz de los vecinos a través de dos fundamentos: partiendo de los criterios socialmente válidos que nos indican qué debe entenderse y cómo debe distinguirse entre un trabajo real y un programa de asistencia y, en su argamasa, según la razón actitudinal/moral que señala quiénes tienden efectivamente a permanecer por fuera y por dentro de cada una de esas formas. Este hecho se vuelve claro a través de un conjunto de elementos de clasificación, asociados a su vez a argumentos explicativos, que plantean la cercanía/distancia entre los unos y los otros. Una vez atravesadas las “emergencias” que justifican la ayuda contingente del Plan de Inclusión, ya no existirían razones para sostener a los sujetos dentro de la política, salvo por la existencia de individuos que no tienen posibilidades de salir-se de su estado de inmovilidad o de quienes no atienden los criterios esperados socialmente. En este sentido el programa es uno de los dispositivos de movilidad para la pobreza en la ciudad de la inclusión. Arriban a su salida los sujetos aptos, mientras que son los inhábiles, los inútiles, los vagos, quienes permanecen vetados; y así, la condición de los sujetos no exitosos es caracterizada como un estado deficitario. Esto se corresponde, a su vez, con la legitimación de una lógica de purga institucional, fundada en la selección de los sujetos (acorde con la lógica de las relaciones sociales) bajo el propósito de mejorar/optimizar la política de seguridad.

En este caso, señalé tres criterios que configuran la sensibilidad en forma compatible con esta perspectiva: el lugar inclusivo que por antonomasia constituye el trabajo (incluso en su configuración informal, contingente, precaria); la aceptación de que existe un marco general de ayuda que puede incluir a los expulsados, siempre y cuando sepan aprovechar las oportunidades que se les otorgan; y finalmente, desde allí, la vigencia de un mecanismo meritocrático asentado en el propio-esfuerzo, tal como es el Plan de Inclusión.

El hecho de que las necesidades sean definidas como temporales y a la vez exista un canal de movilidad para la inclusión de todos, supone una naturalización de la expresión conflictual que esta concepción implica. En sí misma contribuye a que la experiencia de la pobreza se vuelva soportable y la expulsión sea justificada, dado que en la articulación entre percepciones y emociones las relaciones sociales se explican a través de la razonable adquisición de competencias, saberes y destrezas. Para superar las necesidades se debe hilvanar sentido moral, fuerza actitudinal y a-puesta corporal.

Por lo tanto, los criterios anteriores suponen un efecto de triple jugada ideológica. La aceptación de la fantasía inclusiva, que se refiere al Estado como un actor presente, invisibiliza la ausencia de los derechos-ciudadanos y consagra las condiciones de dominación política; la verdad meritocrática, que apunta al mercado como un espacio de competencia válido y justo, ocluye la naturaleza centrípeta de la competencia laboral tanto como la situación de expropiación de energías corporales que efectiviza el programa; y la vigencia de la ética del trabajo, que remite a las cadenas de relación oportunidad-esfuerzo-inclusión y Estado-sujeto-Mercado, desplaza el cruce entre expulsión social y sistema productivo.

En estos términos, se invierten las relaciones de causalidad, puesto que el problema no es puesto ni en los procesos ni en el contexto actual que delinear los mecanismos de expulsión operantes, sino en la 'sustancia de vida'. El conflicto se acentúa sobre los sujetos, no en el orden social, porque de acuerdo con la estructura del sentir vigente la razón de la inclusión se encuentra en la fuerza del yo-actuante, del individuo diestro, racional, competidor y competente. Allí se trasluce la vivencia de la pobreza como diferencia y distancia entre un nosotros y un ellos, manifestada desde el lugar común de la experiencia y la sensibilidad de clase. El clima de época define la experiencia de una ciudad inclusiva, con oportu-

nidades presentes a la vista, utilizada como forma explicativa de la detención y del no-trabajo de ciertos sujetos, codificada en saberes, capacidades, comportamientos y posibilidades. Así, se acepta y a la vez se da por sentada la universalidad de los valores que dicta la propia posición, como *habitus* de clase, denotando las razones de incapacidad y elección de los sujetos.

Las causas profundas de los estados de expulsión y precariedad quedan invertidos en las 'sublimaciones de la conciencia' (los relatos se producen como mirada de clase en sintonía con el sistema social), imposibilitando ver y sentir la existencia de muros mentales. Esto configura una implícita (y a veces explícita) política de la identidad que expone a los sujetos como realizadores de su existencia y no a la sociedad como productora de su presencia. Se observan procesos de desplazamiento perceptivo y de descarga emocional (Hochschild, 2008; Reguillo, 2006; Luna Zamora, 2005; Kessler, 2009; Entel, 2007), que tienden a operar desde las posiciones dominantes hacia las posiciones dominadas, lo cual se fundamenta en términos de la desigual posesión de capitales y situaciones de poder (Bourdieu, 1990); de sujetos expulsados enmudecidos en su palabra, negados de escucha, a la vez nombrados y dichos por otros. El objeto propio de esta sensibilidad evocada, es decir, la representación sensible del otro en tanto sujeto de una otredad, supone la oficialización de una representación que implica una serie de coerciones y censuras, de usurpación y apropiación del sentido de la vida que está siendo nombrada.

El temor, la bronca, el enojo, hacia quien ha sido investido de la tarea de protección, expresan desplazamientos del mirar clasista, que no sólo invisibilizan las condiciones de desigualdad sino que además imponen un disfraz sobre la identidad. En su correspondencia, la perceptividad de los sujetos como criminales, incapaces, inútiles, pobres gentes y humildes, expresa de manera mediada las situaciones de falta que generan los procesos estructurales, que

no son nominadas como formas de injusticia, apropiación diferencial de recursos, desigualdades de clase, procesos expropiatorios o depredatorios. Estos se desdibujan, porque no hay palabras que los nombren, porque no hay emociones sustantivas que se asocien con ellas; es decir, porque no hay punto de visión posible sobre esa realidad desde la experiencia situada de clase. Es así que, junto con los principios que dicta el sentir estructurado, se elabora un objeto social dispuesto de manera conveniente para la intervención, que 'merece' ser regulado bajo diversas modalidades de acción, ya sean asistenciales o represivas. Este es el eje de lectura sobre el que tratará la próxima sección del capítulo.

II. PRÁCTICAS SOCIALES Y AFECTACIÓN DE REALIDAD

Desde el punto de vista de los vecinos, ciertas características imputables a la política de gobierno operan como un dispositivo de selección que separa la paja de la pobreza, intratable e infructuosa, del trigo que conforma a individuos de voluntad y sacrificio. La vigencia del canal de movilidad, las temporalidades de duración en la política y las instancias de purga, implican un consecuente proceso de separación, pero también de conjunción, porque todos aquellos que no superaron las barreras circunstanciales de 'estar pobres' quedan reunidos y a la vez sometidos al amparo de la asistencia estatal (por 'ser pobres').

Ciertamente, es reconocido que el programa ha contenido a personas 'de toda clase y de todas las clases', arrastrados por las circunstancias excepcionales que implicó la crisis del año 2001 y sus efectos de largo plazo. Trabajadores y parados, competentes e inhábiles, mano de obra calificada y no-calificada, e incluso sujetos con buenas y malas intenciones, han convivido en un mismo

espacio de tareas.¹³³ Pero más allá de la contingencia de la crisis, la prueba del tiempo ha dejado claro que todos los sujetos que *actualmente* forman parte de la política comparten ciertas características en común; de hecho, que se encuentren contenidos por el programa es una primera prueba de ello.

Ya veíamos en este sentido que un conjunto de individuos no integrados, que carecen de los modos apropiados del hacer, son los que componen y explican genéricamente la perennidad del Plan de Inclusión en la ciudad inclusiva. Son las faltas del ser las que entranpan y determinan, explicando el estado actual y la temporalidad inmanente de vivir en los bordes exteriores del mercado laboral o, más genéricamente, de permanecer pobre. En este sentido, si se observa que la privación material está fundada en la insuficiencia de activos considerados básicos y necesarios, también se reconoce que la aprehensión de “la cultura del trabajo” (según dictamina el juicio oficial) o de la voluntad y el esfuerzo (según invocan los entrevistados), son el factor que impulsa la movilidad. Esta perspectiva es la que, más allá de sus diferencias, desfragmenta la división clasificatoria entre los relatos identificados y así permite conectarlos como diferentes hilos de una madeja de experiencia y sentir de clase.

En el entramado de esta sensibilidad y sus relatos, se establecen ciertas guías que prescriben acciones, como retículas que habilitan y dan concesión a formas específicas de intervención. Entre estados del sentir y soportabilidad, la perspectiva de mundo asumida se vuelve arquitecta de lo social, concertando diseños programáticos y formas de acción específicas. Por un camino posible, en

133 Entre otras citas ya referidas, algunos entrevistados expresan: “no podemos mezclar todo en una misma bolsa” [María, 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]; “hay gente muy buena, hay honesta, como hay gente de cuarta porque realmente es así la historia” [Waldo, 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010].

una asimetría de sujeción, se busca grabar ‘carácter moral’ a quienes se considera que no saben, no pueden o no entienden qué y cómo deben comportarse en el marco de las actividades de trabajo inclusivo. La referencia sobre ello es doble: los propios vecinos estiman necesario marcar los cómo y los porqués de un tipo de hacer específico, e imputan a su vez que la institución estatal debe actuar en la misma dirección. Esto está atravesado por un discurso humanista hipertrofiado, como muestran algunas de las entrevistas realizadas.

María- Relato 1: yo como directivo de una institución [una escuela] creo que *primero es el trato que se les da a la gente, más allá de que estén en Seguridad Comunitaria, en Parcelas, son seres humanos* y donde por situaciones de cómo está la parte económica, tienen que llegar a esos lugares porque no hay trabajo (...) *Como por ahí también les he dich... había una canilla, es función de ellos si hay una canilla abierta y está perdiendo agua; decirles, “chicos, es función de ustedes, llamar y decirle, “señora está perdiendo agua” o llamar y comunicarse con SERBA [Dirección General de Servicios Básicos - San Luis], pero también importa mucho el trato que se la da a la gente.* [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]

Charly - Relato 2: en la organización de un tipo de seguridad como ésta que se armó, tiene que haber un, *una persona digamos que socialice, una persona encargada de psicológicamente que los analice, una persona que los prepare digamos, para poder dar una respuesta o poder dar un, digamos, o poder cubrir alguna inquietud de cualquier otra persona que venga, que pregunte algo, y eso no tenemos, porque falta cultura, y éste es un problema no de ahora si no de años y no es solamente de acá, del país mismo.* [Entrevista. 44 años, empleado de industria, originario de Mendoza. Enero de 2011]

Soledad - Relato 3: A mí me ha costado horrores [haciendo referencia a una protectora que trabaja con ella], desde, desde la presencia, desde hablar, desde pararse (...) hay mucha gente mala y *deberíamos ayudarlos porque son seres humanos y, y desgraciadamente deberíamos trabajar para ellos; viste como yo tengo una. [...]* *Que a esta gente las pongan /.../ les enseñen a trabajar* porque son, no saben lo que es un régimen de trabajo, no tienen ni idea, porque buscan lo fácil, y debe haber, *se debe enseñar ¿o no? me parece (...)* yo creo que hay que hacer capacitaciones, que... *meterlas en un lugar y decirles “esto es así, esto es”, enseñarles cómo se cuida.*

E: Viste que los han llevado más al centro.¹³⁴

Soledad: Y me parece bárbaro, sí, me parece bien. *Me parece bien porque, primero que están más controlados, por el tema que están metidos en el conjunto de gente que observás,* porque no es lo mismo que acá, están tirados, o sentados y chupando, allá no lo pueden hacer. *Están más controlados por la misma gente de ellos y están más controlados por la policía (...)* *Entonces los marcan, y me parece bien.*

E: ¿Los marcan quiénes?, ¿cómo?, perdón

Soledad: La policía a ellos, viste. *Les dicen “mira no vaya a ser cosa”, viste, “que no hagan esto, que fijáte, que mirá bien (...)*”. [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

En estos fragmentos, se remite a situaciones del obrar que en tanto falta (en el doble sentido que reviste esta palabra, como ausencia e incorrección) ‘bloquean’ las correctas (y buenas) maneras

134 Referencia a la modificación estratégica que sufrió el programa durante el año 2010, cuando debido a la reducción de protectores/asistidos la jefatura optó por concentrar las actividades en el área céntrica, lo cual implicó un sucesivo vaciamiento de la actividad en los barrios. Este proceso fue identificado como parte del momento cuatro dentro de las fases históricas del PSPPC, reconstruidas en el capítulo segundo.

de realización. Se trata de comportamientos y actitudes ante las cuales los vecinos consideran importante actuar –ya sea de manera personal, colectiva o institucionalmente–, indicando cómo y qué se tiene que hacer; analizando, preparando y enseñando a los fines de alterar el sentido de las prácticas tanto como los acervos culturales de los asistidos. Esto está vinculado en principio a maneras ‘suaves’ que sintonizan con el reconocimiento de la humanidad del otro, las cuales se refieren a la orientación en el trabajo, la corrección de las imposturas sociales, las maneras de erigir el cuerpo y las formas de expresar lo que se dice.

Esta mirada del quehacer social *apropiado* se conforma en la juntura entre mirada y sentimiento, percepción y emoción, ambas impostadas en el lugar de clase, organizando voluntades particulares de regulación. Existe por supuesto una diferencia analítica entre acción y sentido, práctica y representación. Pero también es cierto que la acción solo puede ser entendida a través del sentido de las prácticas (Weber); que toda representación implica una práctica con sentido (Goffman), y que todo sentido representado es una acción en tanto práctica (Bourdieu). Partiendo de estos principios, la mirada y el sentir comportan simultáneamente un aspecto cognitivo y evaluativo; y por lo tanto señalan también un tipo de orientación en el agente, ya sea como preludio o como sustituto de la acción. Así, la actitud se configura como ‘deseada’ en tanto que los asistidos *necesitan* ser apuntados en sus errores, una y otra vez. La demanda es para que ellos se sitúen en el papel asignado, adecuándose a los modos esperados del obrar.

En el conjunto de las discusiones presentadas en este capítulo y en el anterior, este impulso implicaría al menos tres formas diferenciales, aunque no por ello desarticuladas entre sí: la voluntad de colaboración y apoyo hacia ese otro; la aspiración correccionalista de sus imposibilidades e incapacidades; y el deseo asegurador ante los posibles riesgos que su presencia implica. En la experiencia y

el sentir de clase, estas tres formas conviven como argumentos convincentes de una voluntad de ‘hacer algo’ por el otro, en los cuales se retoman parcialmente (pero no siempre) las particulares diferencias que ya veíamos entre los relatos. Así, entre la vigencia de una afinidad depositada en sujetos acordes, las broncas contra quienes se considera que no se esfuerzan lo suficiente y los miedos ante quienes resultan peligrosos a la impresión, se estructuran campos de acción que transitan desde los incluidos hacia los excluidos, desde los vecinos en riesgo a los individuos peligrosos, sedimentándose en un deseo fundador, en la aceptabilidad de posibles ‘marchas’ para la realización de lo social.

Por uno de los caminos posibles, la buena dirección, el ordenamiento que implican formas asimétricas de acción, buscan formar (dar forma) al otro desde el aprendizaje ilustrado. El repetido punteo que se indica como técnica de instrucción (marcar cómo se debe hacer, cómo se debe vestir, cómo se debe hablar), constituye un acto civilizador que busca hacer entender al otro cuáles son los modos correctos mediante los que debe regirse, asimismo como un intento de conversión en tanto mandato moral del imperativo clasista. Entre quienes participan de esta experiencia, ese humanismo opera como expresión de un sentir que pareciera no político ni politizado, ya que opera a través de una sensación de buena voluntad.¹³⁵ Así, la máscara del sentir se construye desde miradas de aparente reconocimiento, a través de las cuales se obturan las relaciones de desigualdad y las prácticas de dominación de clase.

Esto vale por dos razones: el hecho bien justificado de que, al final de cuentas, se trata de “seres humanos” que necesitan ayuda, y de que existe cierta responsabilidad en quienes forma parte de (o

135 Eso “que aparece como reconocimiento puede ser interpretado como un ejercicio de adaptación, que supone la operación de un tipo de *crueledad de clase* que fagocita las desigualdades como diferencias” (Boito, 2010: 200).

tiene un lugar en) la sociedad inclusiva.¹³⁶ El sentir humanista retorna desde la conflictividad social como prescripción obligatoria de ‘hacer algo por alguien’, acompañado de buenos sentimientos que de manera reflexiva se sostienen. Esta política de la sensibilidad no sólo regula los conflictos de clase, sino que además invisibiliza el contenido fuertemente agresivo de las prácticas que prescribe.

Claudio- Relato 1: creo que si no se apunta a factores importantes, como *la educación*, se ha tergiversado todo en este último tiempo; la verdad que, *una degradación general de la sociedad que, que es complicado, es complicado*. [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Enero de 2011. Abril de 2011]

Soledad - Relato 3: *Yo creo que hay que educarla*, eeeh, darles trabajo, educación, trabajo, eeeh, *ponerla en un sistema ¿me entendés? Enseñarles*. [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

María - Relato 1: en su momento fue todo, fueron todos [aceptados en el Plan de Inclusión]; era una necesidad de crear un plan social por la necesidad de darles un trabajo. No se hizo una selección a aquella gente que iba a ir a cumplir la función de,

136 Esta referencia retoma desde otro lugar interpretativo la categoría “situación indigna”, que fue presentada en el capítulo IV y que de acuerdo con el gráfico-2 se conecta con todos los relatos. Podemos entender este sentimiento de afinidad sobre los protectores como parte de las denominadas “emociones morales”, según la clasificación propuesta por Jasper, las cuales dan cuenta de formas de aprobación o rechazo fundadas en principios (o intuiciones) morales, relacionadas a su vez “con la satisfacción de hacer lo correcto (o incorrecto), y también con la de sentir lo correcto (o incorrecto), como por ejemplo la compasión en torno a los desamparados o la indignación frente a una injusticia” (2012: 48).

Seguridad Comunitaria (...) no hay una política realmente que vos te diga que el que ingresó, y por más que tenga un certificado de buena conducta, sea real; lo mismo te pasa en la policía. *Entonces tendrían que buscarse otras herramientas para controlar ese personal, creo que eso es lo que pasó.* [Entrevista. 45 años, directora de escuela, originaria de San Luis. Mayo de 2010]

Waldo- Relato 3: yo estoy de acuerdo que ayuden a la gente, pero *ésta no es una manera de ayudar*; los planes de inclusión no es una manera de ayudar. Si vos vas al parque industrial tenés fábricas con todas las maquinarias adentro, yo no lo entiendo a eso, quisiera que alguien me lo explicara, están con toda las maquinarias adentro *¿Por qué no agarran a esa gente que está en la calle cortando el yuyo, le enseñan un oficio y que hagan algo que sea productivo?*, ¡eh! Ellos tienen las herramientas para exportar lo que hacen, que no hace falta ni exportarlo porque acá nomás, *¿me entendés?* Te vuelvo a repetir, el hospital no tiene ni sábanas, como no va a tener sábanas habiendo tantas fábricas cerradas textiles; *¿no se puede implementar un sistema donde esa gente esté trabajando ahí adentro y de paso aprenda un oficio?* [Entrevista. 45 años, transportista, originario de Mendoza. Noviembre de 2010]

Trabajo y oficio, educación y capacitación, son presentados como caminos dignos y saludables para que los sujetos modifiquen sus circunstancias de padecimiento. Se sitúa por delante a sujetos pobres y humildes (humanos al fin de cuentas), que encuentran en (nos)otros una manifestación y voluntad de ayuda. Así, como consecuencia de los muros mentales que impiden advertir las relaciones de estructuración existentes, adviene una voluntad de acción regida por una política de los buenos sentimientos que genera soportabilidad ante la expulsión. Apuntar las miras sociales para dar trabajo, enseñar un oficio, reabrir fábricas, crear un

sistema adecuado, son murallas construidas como sentido posible para contener a un conjunto de sujetos que sintomáticamente son nominados en relación con lo “tergiversado”, lo “degradado” y lo “no-productivo”. Esta condición se convierte en demanda y voluntad para actuar en nombre de ese otro.

Por otro camino, si los sujetos son cifrados como anómalos y carentes, pero además peligrosos (con prueba de hechos), quedan situados en un lugar de sujeción o periferia legítima de intervención. La necesidad de controlar aparece como permanente, implicando la consolidación de formas variadas de gestión, prácticas disciplinantes y rutinas cotidianas que buscan evitar daños potenciales. Es así que ante la posibilidad de riesgo, los vecinos señalan la necesidad de regular los actos de los asistidos ejerciendo actividad sobre sus rasgos de diferencia u otredad.

Claudio- Relato 1: cualquier trabajo que vos les des bien, bien orientado, antes que nada, antes que recibir asistencia por nada me parece que, que no está mal, no está mal. *El tema es cómo hace el Estado para controlar todo ese, todo ese grupo de gente que realmente cumpla con una función social, creo que hasta para la misma gente porque, depende de vos la gente como la acostumbres; pero me parece que es más digno realizar un trabajo aunque sea limpiar la banquina de la ruta que ir todos los meses a recibir la –E: plata– la plata, y me parece que hasta un tema de dignidad, y bien orientado es bueno.* [Entrevista. 47 años, empleado de industria, originario de San Luis. Enero de 2011. Abril de 2011]

Norman- Relato 3: *lo que falta para combatir la inseguridad es la educación, educar y el trabajo; el trabajo.* Hay gente que tiene trabajo y no lo sabe, no lo valora (...) porque si bien trabajo hay para hacer, hay un montón de cosas para hacer, *prefiere los planes sociales y como no les alcanza y no les gusta el trabajo de*

verdad salen a delinquir, así que en síntesis lo que falta es educación en la sociedad. [Entrevista. 25 años, comerciante, originario de San Luis. Noviembre de 2010]

Soledad- Relato 3: Cuando tengamos una gente, pueda ser que los capaciten ¿no? para llevarlos al centro (...) gente que realmente sea buena, porque vos en el sistema [refiriéndose a una computadora] sale lo que tenés o lo que no tenés ¿o no? Y bueno... *y la gente que ya no se puede corregir habría que ponerla en otro lado.* Debe haber ¿o no? lugares para esa gente que no se quiere... *debe haber un sistema para ellos, que va ser. Pero no anularlos, no ponerlos... no tirarlos, porque ahora qué hacen esa gente; la gente va a robar, me parece.*

[...] *¿por qué está preocupada la población hoy? porque toda esta gente que tiene, que tenía seiscientos pesos [se refiere a las bajas masivas en el programa], ya no los tiene; ya vas a ver cómo van a empezar el tema de los robos ¿me entendés?* [Entrevista. 43 años, estilista, originaria de San Luis. Abril de 2010]

Una de las debilidades y peligros que señalan los entrevistados sobre el programa es que su diseño institucional resulta insuficiente para someter a ciertos individuos. En primer lugar, no basta que se encuentren en situación de actividad, porque la demanda es siempre de doble apuesta, por una productividad mayor. Hacer ‘más y mejor’ implica una política del movimiento orientada a que los sujetos cumplan, ejecuten, y que de este modo el programa funcione y sea funcional para la sociedad. La educación, la capacitación y el trabajo constante cumplen este propósito. Pero en forma concurrente, esas regulaciones parecen insuficientes, porque el riesgo (la “preocupación de la población hoy”) es que las formas de la pobreza ganen sobre la virtud de la instrucción, ya que en ciertas ocasiones “no se puede corregir”. Por lo tanto, esto aclara la necesidad de ejercer un *plus* represivo institucional.

Es interesante notar que existe una relación de causa-efecto entre las formas apreciativas/valorativas sobre los protectores y las modalidades de gestión institucional asociadas a ellas. En la primera cita, “controlar” (como acción que se justifica en la búsqueda de la “dignidad” humana) se conecta con la importancia de garantizar la “función social” de los sujetos; en la segunda, bajo el fundamento de inscribir el “valor” al trabajo, “la educación” se imputa como un modo de garantizar el combate a “la inseguridad”; mientras tanto, en la última la “capacitación” y la selección se imponen como criterio para garantizar la presencia de “gente que realmente sea buena”, dando cuenta de la necesidad de diseñar sistemas alternativos para quienes pueden y no pueden ser “corregidos”. Acción y sentido, práctica y representación, se conectan en la búsqueda por la obtención de resultados (funcionalidad social, ética laboral, corrección). El fin es garantizar la elaboración de criterios morales en los otros (dignidad, valoración, bondad), a través de recursos instructivos que implican modos de regulación (educar, acostumbrar, capacitar), en conexión con ejercicios concretos de dominio (controlar, combatir, seleccionar).

Si la vagancia, lo bárbaro y lo delictivo son el modo habitual de ciertos sujetos en su existencia asociada a la pobreza; si lo práctico, la plata fácil, el vivir el hoy y no en el mañana son los claros indicios del desprecio hacia el trabajo y, por el mismo camino, la marca del ultraje a los principios morales de la sociedad; si en este sentido existen quienes como “no les gusta el trabajo de verdad salen a delinquir”, se impone la necesidad de un acto de regulación constante, de doble apuesta institucional. El principio humanista señala la importancia de contener a los sectores expulsados para combatir la exclusión, pero al mismo tiempo, luchar contra la inseguridad implica someterlos a un “sistema” de capacitación, educación o trabajo intenso, ya que individuos no-regidos son potencialmente peligrosos. El hecho de que no tengan ataduras es una cir-

cunstancia que infunde preocupaciones y miedos, por eso es que la consolidación de acciones de regulación, regulares y reguladas, se dirigen a la contención, a “ponerlos” en función de la sociedad o al menos evitar que se desborden hacia ella, demandando una vuelta de tuerca en una ingeniería social tendiente a dominar sus energías disponibles. En estos términos, se elabora el ya mencionado objeto que debe ser intervenido y que demanda el oportuno diseño de un “sistema para ellos” que garantice la continuidad industriosa de la ciudad en progreso.

Entre las trazas cognitivas, emocionales y evaluativas, toma forma entonces un tipo de orientación a las acciones, que sin ser la acción misma constituye una síntesis de soportabilidad, pretensión y demanda por mecanismos crecientes de control. Los vecinos están dispuestos a tolerar medidas que intensifiquen los actos de corrección sobre ese otro que encarna los miedos y las broncas que dominan la experiencia. Los sujetos potencialmente peligrosos, que se encuentran detrás de las murallas que la sociedad ha creado para contenerlos, dan origen al levantamiento de nuevos muros y fronteras como medida de corrección y resguardo.

Las normativas morales de trabajo y productividad (que son evidencia expresiva de la posición de clase, como experiencia común y conciencia cultural, moral e identitaria) no sólo separan de este modo a los pobres que merecen atención de los que no la merecen, sino que además llaman a un campo de intervenciones incrementado y extendido; lo cual, claramente, está muy lejos de cualquier indiferencia de clase. La proyección del orden sobre la conducta es la normativa regente. Supervisión, vigilancia y control se instalan como deberes y prácticas habituales de una sociedad cuya máxima posible y deseable es la de un orden reglado. La voluntad de colaboración y de apoyo solidarista, la aspiración correccionalista frente a la incapacidad, el deseo asegurador ante los sujetos peligrosos, conviven como argumentos convincentes,

solapados pero siempre tensionados en la experiencia y el sentir de clase: como una voluntad de actuar sobre los sectores expulsados.

Las percepciones y emociones más íntimas que se expresan al respecto, encaran la posibilidad de prácticas que realicen la materialidad de lo propio en la experiencia de los otros. Por eso es que la disposición de una ciudad segura se implica en un deseo y una voluntad de acción, constituidas desde los pliegues porosos e intersticiales de lo cotidiano.

De este modo, siendo coherentes con la configuración de sus formas, es posible afirmar que los mecanismos perceptuales, las reglas del sentimiento y la organización de la acción, puestas en palabras como sensibilidad, tienen importantes efectos de estructuración. En la medida en que éstas sintetizan relaciones conflictivas implicadas en su sentido, dan forma a situaciones de interacción fallida y prácticas de rechazo, operando a su vez como un gozne ineludible de los sistemas institucionales. La lógica del control, de la vigilancia y la represión se dialectizan y sostienen en los patrones de interacción-distancia y encuentro-desencuentro que se establecen entre los sujetos como práctica cotidiana, así como en la ductilidad de intervenciones sobre los sectores que son considerados alienados, disonantes y/o anárquicos. Esto sucede no porque las percepciones y las emociones determinen estrictamente la constitución de las estrategias implicadas, sino porque las condicionan, y sin ellas serían inconcebibles en la práctica e incomprensibles en el análisis.

CONCLUSIONES

“Lo más lejos a que puede llegar el materialismo contemplativo, es decir, aquel que no concibe lo sensorial como una actividad práctica, es a contemplar a los diversos individuos sueltos y a la sociedad civil”.

Carlos Marx y Federico Engels
Tesis 9 (2004 [Bruselas, 1846]: 589)*

“Contemplando las ruinas impresionantes de San José del Morro y la decadencia calamitosa de Renca, he meditado todo esto. Entonces he comprendido el porqué de la integridad de lo que fueron y al mismo tiempo encontré las raíces de nuestra asombrosa maleabilidad presente.

Con el comienzo del presente siglo se inicia el injerto de colonias italianas, sirias y españolas de baja calidad. Llega la resaca humana: llegan los aluviones de miserables sedientos de oro y trabajadores por necesidad - carentes de todo ideal nacional y racial - constituyen, con la crisis espiritual que han provocado en nuestro medio social, el problema más serio de la argentinidad (...) Aparecen entonces los primeros judíos en nuestro medio, y prosperan, denunciando las mismas condiciones de rapacidad y descubriendo la misma doblez y la misma repulsión universalmente conocida.

No obstante lo cual, en nuestro medio, el inmigrante no preocupa aun como cantidad ni como pensamiento. Es fácilmente dominado y absorbido. Esto ha salvado nuestro espíritu nacional, tan claramente argentino como el día de

la emancipación. (...) Nosotros no hemos experimentado las consecuencias de esta invasión de lo amorfo, de lo anárquico; condiciones propias de los factores sin arraigo. Sin duda alguna tendremos que afrontar el peligro”.

Víctor Saá

La Psicología del puntano (1992 [San Luis, 1937]: 73)

A lo largo de este trabajo, me ocupé de caracterizar la sensibilidad que los vecinos de San Luis expresan sobre los protectores del Programa de Seguridad Pública y Protección Civil. Para ello, atravesé cuatro momentos diferenciales de pesquisa: el conocimiento de la situación urbana y econo-demográfica de la ciudad, la configuración de la experiencia de clase, el sentir elaborado como relato del mundo y la prescripción de la mirada en tanto práctica. Estos momentos de indagación, íntimamente relacionados desde un punto de vista interpretativo, me permitieron contextualizar e interpretar tres relatos diferenciales a partir de los cuales se pronuncia la sensibilidad de clase, relacionados igualmente como tramas de una estructura del sentir.

El estudio tiene un propósito ilustrativo y mostrativo, orientado a ver y a hacer ver las diversas formas que adquiere la experiencia de la pobreza. La identificación e interpretación de múltiples bandas conectivas fue ineludible para desenredar (por lo menos en parte) la trama de su complejidad. Es por esto que expuse una transversalidad constitutiva. En primer lugar, fundamenté la lógica de producción mercantil que se conecta con la expropiación de las energías sociales disponibles y la configuración de la desigualdad.

* Se cita entre paréntesis la obra según la versión consultada y entre corchetes el año de redacción del manuscrito. La obra de Marx y Engels aparece por primera vez en Moscú en el año 1932, mucho tiempo después de su redacción. La obra de Víctor Saá que corresponde a la segunda cita se imprime como parte de los anales del Primer Congreso de Historia de Cuyo, publicados en el año 1938.

En segundo lugar, mostré cómo los procesos de expulsión atraviesan la construcción de los lugares de clase. Luego, describí el modo en que las políticas de contención y represión se asocian con la circulación de unos cuerpos y el encierro de otros. Por último, analicé la vivencia de la pobreza como naturaleza social y justificación de la reproducción de las expulsiones.

Mediante este recorrido, di cuenta de la profunda conexión estructurante entre el orden capitalista en la ciudad y las formas del percibir/sentir que expresan los sectores de clase media sobre los protectores, en tanto pista comprensiva de los relatos existentes sobre la pobreza en la actualidad.

En la primera parte del libro, me detuve en una serie de procesos e indicadores proyectivos para mostrar la organización general de la ciudad de San Luis, sustanciada durante las pasadas tres décadas en el régimen productivo neoliberal. El incremento de la pobreza y el desempleo, de la marginalidad y la fragmentación urbana, se presentan como reverso constitutivo y a la vez complementario de la consolidación de la economía industrial, digital y agroexportadora. La vulnerabilidad que experimentan las clases medias es, a su vez, un fragmento de las tensiones que el proceso de expropiación y depredación genera, revelando en la actualidad una compleja grafía de conflictos entre sectores expulsados e incluidos.

En conexión con lo anterior, se evidencia una profunda transformación en la experiencia. Desconocimiento y anonimato son indicios de los cambios en las condiciones de habitabilidad, en los procesos de interacción y en las situaciones de encuentro entre clases. El miedo, la bronca y la impotencia operan como reacción ante el paisaje amenazante de la ciudad, mientras la territorialización (plasmada en prácticas de afrontamiento individuales y colectivas) se levanta como respuesta contra el riesgo de la delincuencia. Del mismo modo, fronteras y muros son un dispositivo de defensa contra la sensación de disonancia cultural y degradación moral que desde el mundo de la po-

breza parece invadir y contaminar lo propio. Así es como los vínculos con la alteridad de clase, tanto efectivos como potenciales, dan lugar a situaciones de desencuentro y rechazo cotidiano.

En este contexto, como una de las vías orientadas a suturar las externalidades negativas de la dinámica del capital, es que la política estatal conjuga el brazo social y el brazo penal de las instituciones. Los planes sociales accionan una lógica de contención y distensión momentánea, mientras las prácticas de seguridad conforman acciones reticulares de vigilancia y lucha, conjuntamente estatales, privadas y civiles. A nivel local, esta vía estratégica encuentra una singular expresión (en tanto ensayo de articulación) en el Programa de Seguridad Pública y Protección Civil.

En este caso particular, el Estado pone cara a cara (confronta) a sectores que se encuentran posicionados de manera diferencial y anversa en la sociedad: clases altas/medias y clase bajas. Los estados cognitivos y afectivos que por este camino se actualizan como experiencia, no sólo revelan el nivel de incompatibilidad procedimental de la política, en tanto forma y objetivo, sino también explicitan los persistentes conflictos que anidan en las relaciones sociales, que el programa invisibiliza hasta cierto punto pero no resuelve. De este modo, cuando es analizada, la sensibilidad revela (corriendo el velo) al igual que devela (dejando al descubierto) un inscribiéndose y actuando de la conflictividad entre clases, como forma en que se vive-percibe-siente a los otros desde el particular espacio asumido como propio. En otras palabras, permite dar visibilidad a las distancias y tensiones entre dos sectores que se encuentran en permanente estado de conflicto.

El programa constituyó de esta manera un escenario privilegiado para indagar las conexiones entre situaciones de expulsión, estrategias de regulación y sentir sobre la pobreza, en correlación a las bandas conectivas antes aludidas. Mientras tanto, la sensibilidad resultó un campo productivo para dar visibilidad a ciertas claves del proceso de estructuración de nuestras sociedades contemporáneas.

Los relatos de afinidad, invalidación, barbarización y criminalización identificados, constituyen un fragmento de la sombra espectral que el cuerpo del capitalismo proyecta por la realización de sus procesos expropiatorios y depredatorios de (re)producción. En ellos se sintetizan las expulsiones actuales y pretéritas, las distancias y cercanías entre los sujetos de clase y, por lo tanto, también los padecimientos sociales, en este caso evidenciados bajo la forma de miedos persistentes y seguridades perdidas.

En tanto vías del sentir, las clasificaciones utilizadas, los rotulados asignados y las explicaciones fundamentadas, operan como mecanismos de jerarquización y espacialización que prescriben y a la vez elaboran las formas posibles de sociedad entre-clases-de-sujetos. No sólo especifican el lugar de sujeción e inferiorización de los expulsados (en su espacio de clase), sino que además lo confirman, lo re-hacen, al estructurar relaciones asimétricas de distancia y proximidad cotidiana. Con ellas, se ratifican las prohibiciones de permanencia o las posibilidades de tránsito en la ciudad, como estados de desencuentro y rechazo cotidiano, en torno a espacios que fueron confiscados para ser vividos/poseídos diferencialmente por unos y no por otros.

Se cierra de este modo un amplio círculo de dominación, que va desde la expropiación que produce el modo de vida material en la pobreza, pasa por la violencia simbólica ejercida sobre la identidad a través de las formas de clasificación y nominación, y finalmente se consagra en la justificación de la expulsión en tanto práctica de distanciamiento entre clases. Por eso es que el acto de imposición de estos relatos en tanto cara de lo real, como máscaras estigmatizantes que los otros portan para ser vistas, merece ser estudiado como una de las expresiones de las clases de lucha que se ocultan tras el sentido hegemónico del mundo.

Las disposiciones de la sensibilidad se configuran y pronuncian, nada menos, desde la línea de fuego de mayor firmeza que es la cultura, como proceso intangible y desapercibido que opera en el co-

tidiano acontecer. Esta moviliza un rasgo característico del sistema social capitalista: su capacidad de mostrar como nexo lo que es mero fragmento y como des-unión lo que en realidad se encuentra conectado. La inversión de las relaciones sociales (que bien es expresada en la teoría crítica como ideología, fetichismo y cosificación) es propiedad característica de las condiciones y posibilidades de hegemonía; las mismas que ocuyen y desplazan las relaciones conflictuales, como formas de observar, reflexionar y relatar el mundo.

Hace casi un siglo, Víctor Saá¹³⁷ interpretaba las causas del malestar en el medio social de la provincia de San Luis a la luz de las tensiones entre “el genio de la raza” criolla y las masas inmigrantes de baja calidad (Saá, 1992: 125). El problema más serio de la argentinidad, aseveraba, estaba conformado por la ruptura en “el ritmo de esa secular canción (...) que es la hispanidad”, debido a “desviaciones que importan costumbres, lenguas, religiones e ideas exóticas, cuando no más que esto, atentatorias en su orientación disolvente” (Saá, 1992: 72, 74). Era un malestar que el espíritu nacional proclamaba dominar y absorber o, en otras palabras, que procuraba intervenir para someter (y así fue). Todo ello comunicado en la obra sintética “La Psicología del Puntano”, que –además

137 Víctor Saá, vocero de los valores espirituales de la cristiandad hispánica, defensor de la conquista española y de la Santa Inquisición, antisemita y fascista declarado contra la impureza nacional. Su libro *La psicología del puntano* fue prologado por Alberto Rodríguez Saá (presunto pariente en octavo grado, gobernador de la provincia entre 2003 y 2011 y a su vez hermano de Adolfo, también gobernador entre 1983 y 2001). Él mismo distribuyó el ejemplar de manera gratuita a través de El diario La República, de su propiedad, y supo resaltar la sabiduría de “este genial puntano”, “uno de los más grandes pensadores que ha dado San Luis en este casi extinto siglo XX”, quien desde su parecer escribió “una de las obras cumbre del pensamiento de la provincia” (Prólogo, en Saá, 1992: 8-9). No es extraño encontrar algún ejemplar del libro empolvado en bibliotecas públicas y privadas de la ciudad, en donde queda expresado, en palabras del propio autor, “sintéticamente los rasgos psicológicos esenciales del puntano” (1992: 17).

de merecer una urgente crítica, inexistente hasta este día— objeto tanto a la Sociología como al materialismo histórico.

En esta mirada, fuera de su lugar, fuera de sitio, los individuos son convertidos en objetos extraños e inhumanos; merodeadores y delincuentes, vagabundos y canallas. Desprendidos de la realidad que los implica, son interpretados como sectores “sin arraigo” y artífices de su propia causación, como individuos cuyas determinaciones están ligadas a sí mismos. Así se revela de manera sensible la construcción de lo social como naturaleza desapercibida: *como inversión*. Se consagra este proceso mediante políticas que en tiempos de Víctor Saá buscaron dominar y absorber el malestar desde la cultura, embistiendo a los aluviones de miserables (“sedientos de oro”) para salvar el espíritu nacional. En términos de cierta estructura del sentir entonces vigente, ellos constituían el objeto fantasmático por excelencia. Pero se trataba de sujetos arrancados de su medio por la renovación destructiva del capital, por su destino asociado a los dominios de la guerra, por el espiral arrasador y expansivo de un nuevo mundo, que los convirtió en un instante de peligro para una sociedad ciega de sentido a sus formas.

Contra este tipo de interpretaciones, se levanta una sociología capaz de saltar las formaciones objetivadas, familiares y cristalizadas, orientada a identificar, describir y comprender la conflictividad que representa la “resaca humana” a la luz de los procesos de formación capitalista y sus contradicciones. El ejercicio de una Sociología reflexiva, como trabajo de crítica sobre lo real, se inició en este trabajo como un instante de batalla por restablecer el horizonte de relevancia del saber; pugnando precisamente por las interpretaciones de realidad construidas, tanto de sentido común, como burocráticas y científicas (todas ellas políticas), en una apuesta por comprender las relaciones de conflictividad entre clases desde un enfoque materialista del sentir. Esto significó, a su vez, sostener una interpretación relacional, reflexionando sobre la experiencia

sensorial como actividad práctica, concibiendo a los individuos implicados en sus relaciones complejas, reelaborando de este modo los marcos de observabilidad de lo social para revelar su textura.

El modo en que los relatos de la pobreza opera en nuestras sociedades, como parte de una estructura del sentir que moviliza percepciones, emociones y acciones precipitadas, se verifica tanto por su presencia en el acontecer cotidiano como por la forma en que afecta a las políticas estatales. Valiéndose del criterio de peligro que representa el expulsado para la sociedad, las instituciones extienden, por un lado, el accionar penal contra los riesgos, la aplicación de programas de acción integrando a la ciudadanía y al Estado, la vigilancia virtual en la extensiva trama urbana, entre otras. Y, por otro lado, justifican –y muchas veces con las mejores intenciones– la incorporación de los pobres a actividades formativas, la aplicación masiva de medidas de ayuda económica, así como la entrega de mercancías con fines educativos y culturales. En todos estos casos, lo invisible a los sentidos no sólo posibilita la gestión de la pobreza, sino que además garantiza la continuidad de los procesos expropiatorios y depredatorios que la producen.

Por lo tanto, es importante la crítica sociológica que se viene realizando al estado de criminalización de la pobreza en América Latina, en una disputa abierta por disociar la figura de la expulsión de las alarmas que convocan a la penalización y la represión. Las sensibilidades inscriptas en la doble forma del delincuente y del sujeto bárbaro constituyen la máxima expresión del rechazo social, llevando implícito el sentido de la lucha, ratificando la necesaria destitución del otro y convocando su destrucción como formas de socialidad posible.

La tarea de indagación realizada en este trabajo despierta a su vez los sentidos a otras formas de enmascaramiento, evidenciando las astucias de las estructuras del sentir en el capitalismo contemporáneo. Formas disociadas, que a veces parecieran tener poco que ver entre sí, actúan de manera permanente velando los procesos de expropiación

y depredación a la vez que justifican el ejercicio de la intervención sobre la vida de los otros. Por un lado, las relaciones de afinidad se hacen presentes como una instancia de encuentro entre clases, posible gracias a un sentir humanista que visibiliza en la pobreza una entidad vulnerada y en riesgo. Pero la misma actúa de manera parcial, es decir, en complicidad con el propio orden de relaciones hegemónicas, ya que tras la máscara de reconocimiento se mantienen operantes (y por lo tanto obturadas) las mismas relaciones de desigualdad y las mismas prácticas que dan lugar a la subsistencia deshumanizada de los sujetos y a los desencuentros entre clases. Por otro lado, lejos de fundamentarse en la crítica, la invalidación que recae sobre ellos convoca políticamente a su corrección inclusiva. Dar forma a los sujetos de acuerdo con los requisitos de la expropiación capitalista supone un intento por funcionalizar las expulsiones en relación a la productividad y la eficacia del mercado, sin reducir las injusticias o achicar las desigualdades; es decir, significa trazar un camino que no perturba absolutamente nada de lo que en realidad debería ser embestido.

De esta manera, la crítica del sentir social es pertinente para el análisis de las ciencias sociales, y particularmente para la Sociología, porque la construcción social de los otros como fantasmas se relaciona con la gestión de las expulsiones; es decir, con el modo en que se estructura la ejecución de prácticas que resguardan los procesos reproductivos de la desigualdad.

Por esto, fue oportuno religar interpretativamente aquello que se imputa como responsabilidades individuales en los sujetos con las causas sociales que las configuran, implicando una conexión entre las bandas de las relaciones inicialmente aludidas, pero también entre los relatos identificados, y de estos, a su vez, con las prácticas de contención y vigilancia que imponen las propias políticas estatales.

El análisis crítico a la sensibilidad permite desde este múltiple cuadro comprender el modo en que los relatos actúan en las porosidades de la costumbre como dispositivos de regulación del sentir.

En primer lugar, estos se producen como realidad incontrovertible inscrita en la sensibilidad. Su estabilidad y permanencia está asociada al grado de compatibilidad que sostienen con el sistema de valores vigente, el cual les otorga igualmente espontaneidad explicativa. Mientras tanto, su eficacia radica en que confirman la estructura del sentir de manera múltiple, es decir, actuando de manera recíproca y colaborativa, valiéndose de manera persistente y simultánea, pero también en forma desapercibida y variable, del sistema de valores y creencias que las acciona.

En segundo lugar, los relatos también dan lugar a la naturalización de las expulsiones. Estas se ven ocluidas, por un lado, tras un conjunto de mecanismos que parecieran actuar de manera transparente (entre los cuales identifiqué la ética del trabajo, la verdad meritocrática y la fantasía inclusiva), llevando a su comprensión como externalidad, justificada como un accidente del proceso social general. A su vez, y por otro lado, son igualmente desplazadas, puesto que los sujetos aparecen como artífices de su causación: individuos responsables y responsabilizables por oposición al conjunto de valores y creencias hegemónicas, que dan cuenta de sus faltas (de éxito, esfuerzo y motivación) inscritas como rasgos de una identidad/una cultura de clase.

En tal caso, si existen caminos para derribar los muros y fronteras que dividen los encuentros entre clases; si es posible despejar una mirada que no condene a los expropiados a una constante expulsión; si ha de prevalecer un modo de restaurar la confianza y derribar el miedo, entonces la disputa por los sentidos del mundo comporta una batalla central. Pero esta no acaba aquí. Las respuestas que de manera extensa se instalan hoy como forma de lucha contra la pobreza constituyen una farsa que necesita ser revelada; invertidas en cuanto tales, desplazan e invisibilizan las profundas raíces de la expulsión. Por lo tanto, si nos sometemos al uso de la terminología de moda que se impone al lenguaje de las ciencias so-

ciales, tendremos que reconocer que las posibilidades de inclusión, la cultura del trabajo, la restitución de la sensación de seguridad, se sofocan cuando quedan en manos de políticas suspendidas en una lucha sin causas, que sólo costuran las heridas de la agresión sistémica. Contra las formas que quiebran y escinden lo social, no es posible librar sino una batalla contra las bases que las sostienen.

Dos líneas iniciales de indagación se abren a partir de este trabajo.

Como hemos visto, la (re)presentación del otro expulsado implica tanto un proceso de expropiación material como un estado de usurpación del sentido de la vida que es nombrada. Así es como se configura una implícita (y a veces explícita) política de la identidad afirmada en la imposición del sentido del mundo, en coerciones y censuras que cercenan la posibilidad para la expresión de la palabra. Una forma de extender la batalla crítica desde las ciencias sociales es recuperar las voces de los sujetos que son negados en su escucha e invisibilizados en su accionar.

En este caso particular de investigación, sería necesario examinar la experiencia a partir de las múltiples murallas de regulación, enclasmiento y encierro que inmovilizan a los sujetos y movilizan a su vez sus (escasas) energías disponibles en confluencia al mercado. Las políticas compensatorias pueden ser reconocidas como intervenciones de carácter estratégico que diagraman las posibilidades de experienciación, que de la misma forma en que regulan cuerpos, estructuran percepciones y emociones sobre el mundo. Recuperar las experiencias y sensibilidades de los sujetos que permanecen desplazados y ocluidos tras los muros y fronteras que la sociedad capitalista construye para continuar con su proceso de expropiación, es un camino propicio para profundizar las relaciones entre estados de expulsión, estrategias de regulación y sentir en la pobreza. El mismo debe desarrollarse teniendo en cuenta al menos dos caminos: poniendo bajo crítica la política de los cuerpos y su discurso de inclusión como forma privilegiada de escenificación, y recuperando a

su vez las vivencias de mundo, los modos del hacer y del pensar, en términos de la posición y condición de clase.

Un segundo camino para la exploración se abre desde la relación entre las estrategias institucionales de seguridad y las sensibilidades con las que se asocian. Si las acciones implicadas en la lógica del control, la vigilancia y la represión no pueden ser pensadas sino a la luz de la organización de la experiencia y sus efectos de estructuración, así como en base a los esquemas perceptuales y reglas del sentimiento que se dialectizan con ellas, es pertinente profundizar en el modo en que la transformación de las sensibilidades contemporáneas está afectando la base institucional de las políticas represivas.

La línea que separa la posibilidad real del límite para la construcción de una sociedad capitalista asegurada, está marcada por la reproducción de los procesos de expropiación en base a las políticas que son desarrolladas para gestionar las expulsiones. El complejo entramado de represión y prevención, reactivo y disuasivo; las prácticas de vigilancia y protección que son ejecutados, por un lado, desde el Estado y, por otro, de manera 'autónoma' (como forma no institucionalizada) desde la ciudadanía, merecen ser estudiadas en mayor detalle desde su efectividad de acción, como 'cuerpos armados' desde lo social, en conexión a los estados del sentir sobre las alteridades de clase y las experiencias en la ciudad.

A partir de estos campos, se inicia un nuevo camino como parte del andar permanente de la vocación científica, que se sostiene en la aspiración de entender la actividad humana como actividad objetiva, y por la convicción de que la comprensión relacional de las estructuras sociales constituye una lucha política central para la construcción de una sociedad más justa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ABASCAL FERNANDEZ, Enrique, MARTIN DIAZ, Maria Dolores y DOMINGUEZ SANCHEZ, Javier (2004); *Procesos psicológicos*. Pirámide: Madrid.

ADASKO, ADAN (2011); “Las condiciones habitacionales y de acceso a bienes y servicios urbanos en la Argentina 2010. Urbanización y desigualdad estructural”, en Salvia (ed.) *Estado de situación del desarrollo humano y social. Barreras estructurales y dualidades de la sociedad Argentina en el primer año del Bicentenario*. Educa: Buenos Aires.

ADELANTADO, José y SCHERER, Elenise (2008); “Desigualdad, democracia y políticas sociales focalizadas en América Latina”, en Revista Chilena de Administración Pública, N° 11. Chile.

ALBERTI, Giorgio y MAYER, Enrique (1974); *Reciprocidad e intercambio en los andes peruanos*. Instituto de Estudios Peruanos: Lima.

ALEXANDER, Jeffrey (1992); *Las Teorías Sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*. Gedisa: Barcelona.

ALVAREZ LEGUIZAMON, Sonia (2001); “Capital social y concepciones de pobreza en el discurso del Banco Mundial, su funcionalidad en la ‘Nueva cuestión social’”, en Andrenacci, L. (Org.), *La cuestión social en el Gran Buenos Aires*. Documentos de Trabajo del Instituto del Conurbano - Universidad Nacional de General Sarmiento: Buenos Aires.

ANTUNES, (2003); *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*. Ediciones Herramienta: Buenos Aires.

AUYERO, Javier (1995), *Otra vez en la vía: Notas e Interrogantes Sobre la Juventud de Sectores Populares*. Espacio editorial- Cuadernos del GECUSO: Buenos Aires.

AZPIAZU, Daniel (1988); “La promoción a la inversión industrial en la Argentina. Efectos sobre la estructura industrial 1974-1987”, Documento de trabajo 27. CEPAL-Naciones Unidas: Buenos Aires.

BANCO MUNDIAL (2006); *Informe sobre el Desarrollo Mundial, Equidad y Desarrollo*. Banco Mundial: Washington DC.

BARBA SOLANO, Carlos (2008); “Las reformas económica y social en América Latina: regímenes de bienestar en transición” en Cordera y Cabrera (Coord.), *Política social experiencias internacionales*. UNAM: México DF.

BARTOLOME, Leopoldo J. (1984), “La familia matrifocal en los sectores marginados: desarrollos y estrategias adaptativas”, en revista *Runa. Archivo para las ciencias del hombre*, Volumen XIV. Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA): Buenos Aires.

BARTRA, Armando (2008) *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital*. Editorial Itaca: México D.F.

BAUMAN, Zygmunt (2007); *Miedo líquido*. Paidós: Buenos Aires.

----- (2000); *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Gedisa: Barcelona.

----- (1999); *La globalización, consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.

----- (1997); *Legisladores e intérpretes*. Universidad Nacional de Quilmes: Buenos Aires.

BENJAMIN, Walter (1994); *Discursos interrumpidos*. Planeta Agostini: Buenos Aires

BENNHOLDT THOMSEN, Verónica (1981); “Marginalidad en América Latina: una crítica a la teoría”, en *Revista mexicana de sociología*. UNAM: México.

BERGER, Peter y LUCKMAN, Thomas (1998); *La construcción so-*

cial de la realidad. Amorrortu: Buenos Aires.

BERTACCINI, Rina (2010); *Militarización imperialista y búsqueda de alternativas*. Cartago: Buenos Aires.

BLUMER, Herbert (1996); *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método*. Editorial Hora: Barcelona.

BOITO, Maria Eugenia (2010); “Exploraciones sobre las regulaciones del sentir/experimentar clasista ante expresiones de necesidad: la operatoria hegemónica de la sutura solidaria transclasista”, en *Sensibilidades en Juego: miradas múltiples desde los estudios sociales de los cuerpos y las emociones*, Adrián Scribano y Pedro Lisdero (Comp.). CEA/UNC-CONICET: Córdoba.

----- (2006); *El retorno de lo reprimido como exclusión social y sus formas de borramiento: identificación, descripción y análisis de algunas ‘escenas’ de lo construido hegemónicamente como ‘prácticas solidarias’*. (2002-2004). Tesis de Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea. CEA-UNC: Córdoba. Mimeo.

BOITO, María Eugenia, ESPOZ, María Belén (Comp.) (2014); *Urbanismo Estratégico y Separación clasista. Instantáneas de la ciudad en conflicto*. Puño y Letra: Rosario.

BOLTVINIK, Julio (2007), “Elementos para la crítica de la economía política de la pobreza”, en *Desacatos*, N°23, enero-abril. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social: México.

----- (2005), “Ampliar la mirada. Un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano”, en *Papeles de Población*, abril-junio, N°44. Universidad Autónoma del Estado de México: Toluca (México).

----- (1997), “Diversas visiones sobre la pobreza en México. Factores determinantes, Política y Cultura”, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, México.

BORON, Atilio (2006); “La mentira como principio de política ex-

terior de Estados Unidos hacia América Latina”, en *Foreign Affairs* en español, Vol. 6, Núm. 1.

----- (2000); “Quince años de la modernización y los sujetos de la democracia”, en *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. CLACSO: Buenos Aires.

BOURDIEU, Pierre (2007); *El sentido práctico*. Siglo Veintiuno: Buenos Aires.

----- (2001); *¿Que significa hablar?* Akal: Madrid.

----- (2000); *Los usos sociales de la ciencia*. Nueva Visión: Buenos Aires.

----- (1999); *La dominación masculina*. Anagrama: Barcelona.

----- (1994); “¿Cómo se hace una clase social? Sobre la existencia teórica y práctica de los grupos”, en *Poder, derecho y clases sociales*. Desclée de Boruwer: Bilbao.

----- (1993); *Capital cultural, escuela y espacio social*. Siglo XXI: México.

----- (1990); *Sociología y Cultura*, México: Grijalbo.

CAPOBIANCO, Laura (2005); “Sharpening de lens: private sector involment in crime prevention”. CIPC: Montreal.

CASTEL, Robert (2004), *La inseguridad social ¿Qué es estar protegido?* Manantial: Buenos Aires.

CARDOSO, Fernando Henrique y FALETTO, Enzo (1998), *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Siglo veintiuno editores: México.

CECEÑA, Ana Esther y MOTTO, Carlos Ernesto (2005); *Paraguay: eje de la dominación del Cono Sur*. Observatorio Latinoamericano de Geopolítica: Buenos Aires.

CEPAL (2010); *Panorama Social de América Latina*. CEPAL-Naciones Unidas: Santiago (Chile).

----- (2009), *Panorama Social de América Latina*. CEPAL-Naciones Unidas: Santiago (Chile).

----- (2007), *Panorama Social de América Latina*. CEPAL-Naciones Unidas: Santiago (Chile).

CEPAL-UNIFEM (2004), *Entender la pobreza desde la perspectiva de género*. CEPAL: Santiago de Chile.

CECEÑA, Ana Esther; (2004), “Militarización y resistencia”, en Revista OSAL N° 15.

----- (2000), “Revuelta y territorialidad”, en Revista Actual Marx, N°3.

CIPC-CENTRO INTERNACIONAL PARA LA PREVENCIÓN DE LA CRIMINALIDAD (2010); *Informe Internacional. Prevención de la criminalidad y seguridad cotidiana: tendencias y perspectivas*. Autor: Québec (Canadá).

COHEN, Ernesto y FRANCO, Rolando [Comp.] (2006), *Transferencias con corresponsabilidad. Una mirada Latinoamericana*, Cohen y Franco. FLACSO- SEDESOL: México DF.

COHEN, Néstor y ROJAS, Gabriela Gómez (2011), “Las tipologías y sus aportes a las teorías y la producción de datos”, en RELMIS, Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social, N1 “Abrir los posibles”... en torno a las Metodologías en Ciencias Sociales. Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (CIES): Buenos Aires.

CORPORACIÓN LATINOBARÓMETRO (2010); “Informe Latino-barómetro 2010. Banco de datos en línea”. Santiago de Chile: Autor. En: <http://www.latinobarometro.org/>

----- (2007); “Informe Latino-barómetro 2007. Banco de datos en línea”. Santiago de Chile: Autor. En: <http://www.latinobarometro.org/> Acceso: 02-03-2012.

CORREPI-Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional

(2010); *“Presentación del Archivo 2010”*. Autor: Buenos Aires. En: <http://www.correpi.lahaine.org/>

DE SENA, Angélica (2012); “Promoción de microemprendimientos y políticas sociales: ¿Universalidad, focalización o masividad?, una discusión no acabada”, en *Revista Pensamiento Plural*, Enero-Junio. En: <http://www.ufpel.edu.br/isp/ppgcs/pensamento-plural/edicoes/08/02.pdf>

DIRECCION PROVINCIAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS (2008), *Anuario 2008*. Autor: San Luis. En: <http://www.estadistica.sanluis.gov.ar/>

DIRECCION PROVINCIAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS (2008), *Informe: medios de comunicación e imagen institucional*. Autor: San Luis. En: <http://www.estadistica.sanluis.gov.ar/>

DUNCAN, Green (2008); *De la pobreza al poder. Como pueden cambiar el mundo ciudadanos activos y Estados eficaces*. Intermón Oxfam: España.

DUSCHATZKY, Silvia y COREA, Cristina (2002); *Chicos en Banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Paidós: Buenos Aires.

DURKHEIM, Emile (2003); *Las reglas del método sociológico*. Prometeo: Buenos Aires.

EASTON, David (1992); “Teoría e investigación de la conducta”, en *Revista de Ciencias Sociales*, N 6. Universidad Nacional de Quilmas: Buenos Aires.

ELSTER, Jon (1992); *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*. Gedisa: Barcelona.

----- (1997); *Juicios Salomónicos. Las limitaciones de la racionalidad como principio de decisión*. Gedisa: Barcelona.

EMMA, Jaime (1992), *San Luis. La cárcel de los Rodríguez Saá*. Edi-

ciones de la Urraca: Montevideo (Uruguay).

ENRIQUEZ, Pedro Gregorio (2007), “De la marginalidad a la Exclusión Social: Un mapa para recorrer sus conceptos y núcleos problemáticos”, en revista *Fundamentos en humanidades* N 15 de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de San Luis. San Luis (Argentina).

ENTEL, Alicia (2007), *La ciudad y los miedos. La pasión restauradora*. La Crujía ediciones: Bueno Aires.

FANON, Franz (2007); *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.

----- (1973); *Piel negra, máscaras blancas*. Abraxas: Buenos Aires.

FARAH, Ivonne (1990); *Las transformaciones de la pobreza*. Universidad Mayor de San Andrés: La Paz.

FERES, Juan Carlos y MANCERO, Xavier (2001); *Enfoques para la medición de la pobreza. Breve revisión de la literatura*. CEPAL: Santiago de Chile.

FERNANDEZ, Iglesias (1989); “Capitalismo, marginación y pobreza”. En: <http://www.rentabasica.net/>

FINE, Ben (2001), *Social Capital versus Social Theory*. Routledge: London.

FILGUEIRA, Carlos y PERI, Andrés (2004), *América Latina: los rostros de la pobreza y sus causas determinantes*. Naciones Unidas: Chile.

FUKUYAMA, Francis (2003), “Capital social y desarrollo: la agenda venidera”, en *Capital Social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe: en busca de un nuevo paradigma*, Atria, Siles, Arriagada, Robinson y Whiteford (comp.). CEPAL-Universidad del Estado de Michigan: Santiago de Chile.

FUNG, Archon y OLIN WRIGHT, Erik (2003); *Democracia en Profundidad. Nuevas formas institucionales de gobierno participativo con poder de decisión*. Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.

FRÜHLING, Hugo [Ed.] (2004); *Calles más seguras*. BID: Washington DC.

GANS, Herbert J. (1995); *The underclass and antipoverty policy*. Basic Books: New York.

GARCÍA CANCLINI, Néstor (2005), *Imaginario urbano*. Eudeba: Buenos Aires.

GARLAND, David (2005) *La cultura del control. Crimen y orden social en la sociedad Contemporánea*. Gedisa: Barcelona.

GAYOL, Sandra y KESSLER, Gabriel (2002); *Violencias delictivas y justicias en la Argentina*. Manantial: Buenos Aires.

GERMANI, Gino, (1970), *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Paidós: Buenos Aires.

GEZ, Juan W. (1996) [1916]; *Historia de la provincia de San Luis*. Talleres Gráficos de J. Weiss y Preusche: Buenos Aires.

GIDDENS, Anthony (2001), *Las nuevas reglas del método sociológico: crítica positiva de las sociologías comprensivas*. Amorrortu: Buenos Aires.

GOFFMAN, Erving (2006), *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu: Buenos Aires.

----- (1997), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu: Buenos Aires.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE SAN LUIS (2005); *San Luis Crea Trabajo. Plan de Inclusión*, video institucional. Autor: San Luis.

GUERRERO VALDEBENITO, Rosa María (2006); «Nosotros y los Otros»: *segregación urbana y significados de la inseguridad en San-*

tiago de Chile”, en *Lugares e imaginarios en la metrópolis*, Lindón, Aguilar y Hiernaux (coords.). Anthropos Editorial-UAM: México.

GUTIÉRREZ, Alicia (2003); “*La construcción social de la pobreza. Un análisis desde las categorías de Pierre Bourdieu*”, en *Anduli Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, Universidad de Sevilla.

----- (2004); “Recursos en la pobreza: redes y capital social en un barrio cordobés”, *VII Congreso argentino de Antropología Social*, Villa Giardino (Córdoba), 25 al 28 de Mayo de 2004.

GUTIÉRREZ CHAM, Gerardo (2006); “Metaforización como vehículo de representación discriminante. Ejemplos de prensa de Guadalajara (principios del siglo XX)”, en *Comunicación y Sociedad*, N.5, enero-junio. Universidad de Guadalajara.

HOCHSCHILD, Ariel Rusell (2008); *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Katz Editores: Buenos Aires.

IANNI, Octavio (1974), *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina*. Siglo Veintiuno Editores: México.

IBAÑEZ, Ileana y SEVESO ZANIN, Emilio J. (2010) “Políticas de encierro y regulación de las sensaciones. Un abordaje desde la vivencia de los pobladores de Ciudad de mis Sueños.” en *El purgatorio que no fue. Practicas profanas entre la esperanza y la soportabilidad*, Sribano y Boito (comp.). CICCUS: Buenos Aires.

INADI (2009A), *Hacia una Argentina sin discriminación. Informe de gestión INADI. Septiembre 2008-Agosto 2009*, Instituto Nacional contra la discriminación, la xenofobia y el racismo. Autor: Buenos Aires.

----- (2009B), *Mapa de la discriminación en Argentina. Experiencias, percepciones y representaciones. Investigación cuantitativa - Enero 2008. Provincia de San Luis 12*, Instituto Nacional contra la discriminación, la xenofobia y el racismo. Autor: Buenos Aires.

----- (2008); *Plan Nacional contra la Discriminación*. Autor:

Buenos Aires.

INDEC - Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (2010); “Informe de Avance del Nivel de Actividad”. Autor: Buenos Aires. En: <http://www.indec.mecon.ar/>

----- (2003), “Acerca del método utilizado para la medición de la pobreza en Argentina”. Autor: Buenos Aires. En: <http://www.indec.mecon.ar>

JASPER, James (2012), “Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación”, en RELACES año 4, N10, p. 67-77, Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social (CIECS/ CONICET): Córdoba. Disponible en: <http://relaces.com.ar/>

JAUME, Fernando (1989), “El concepto de marginalidad”, en *Cuadernos de Antropología Social* Vol. 2, N° 1, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Autor: Buenos Aires.

JEDLOWSKI, Paolo (2010); “Soggettività, interdipendenza e narrazione di sé”, en *Socioogia di confini. Saggi interno all'opera di Alberto Melucci*. Mimesis: Milano.

KAZTMAN, Rubén (1999), “Notas sobre la medición de la vulnerabilidad social”, en Documentos de Trabajo de IPES/Colección Aportes Conceptuales N°2. Universidad Católica del Uruguay: Montevideo. Disponible en: http://www.ucu.edu.uy/Facultades/CienciasHumanas/IPES/pdf/Laboratorio/AC_Numero%202.pdf

KESSLER, Gabriel (2009); *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Siglo veintiuno editores: Buenos Aires.

LECHNER, Norbert (1998); “Nuestros miedos”, en Revista *Perfiles Latinoamericanos*, diciembre, año/vol. 7, N13/, p. 179-198. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales: México.

LE BRETON, David (2012), “Por una antropología de las emociones”, en RELACES año 4, N10, p. 67-77, Programa de Acción Co-

lectiva y Conflicto Social (CIECS/ CONICET): Córdoba. Disponible en: <http://relaces.com.ar/>

LEFF, Enrique (2005) “La Geopolítica de la Biodiversidad y el Desarrollo Sustentable: economización del mundo, racionalidad ambiental y reapropiación social de la naturaleza”, en *Seminário Internacional REG GEN: Alternativas Globalização*. UNESCO. Río de Janeiro.

LEFEBVRE, Henri (1968); *El derecho a la ciudad*. Ediciones Península: Barcelona.

LEON, Arturo (2008); *Progresos en la Reducción de la Pobreza Extrema en América Latina. Dimensiones y políticas para el análisis de la primera meta del Milenio*. CEPAL-Naciones Unidas: Santiago.

LEON, Emma (2009); *Los rostros del otro. Reconocimiento, intervención y borramiento de la alteridad*. Anthropos: México DF.

LEVSTEIN, Ana y BOITO, María Eugenia (2009); *De insomnios y vigiliadas en el espacio urbano cordobés: lecturas sobre ‘Ciudad de mis Sueños’*. Jorge Sarmiento editor: Córdoba.

LEWIS, Oscar, (1969), *La vida*. Joaquín Mortiz: México.

LINDON, A, HIERNAUX, D y AGUILAR, M. (2006); “De la espacialidad, el lugar y los imaginarios urbanos: a modo de introducción”, en *Lugares e imaginarios en la metrópolis*, Lindón, Aguilar y Hiernaux (coords.) Anthropos Editorial-UAM.

LOMELI VANEGAS, Leonardo (2008), “Crisis y reforma a la seguridad social en América Latina” en Rolando Cordera y Carlos Cabrera (Coord.), *Política social experiencias internacionales*. México DF: UNAM.

LÓPEZ LEVI, L., MÉNDEZ SAÍNZ, E. y RODRÍGUEZ CHUMILLAS, I. (2006) Fraccionamientos cerrados, mundos imaginarios”, en *Lugares e imaginarios en la metrópolis*, Lindón, Aguilar y Hiernaux (coords.), Anthropos Editorial, México: UAM: México.

LO VUOLO, Rubén y GOLDBERG, Laura (2006), *Falsas promesas. Sistema de previsión social y régimen de acumulación*. Ciepp - Miño y Dávila editores: Buenos Aires.

LO VUOLO, Rubén, BARBEITO, Alberto, PAUTASSI, Laura y RODRIGUEZ, Corina (1999), *La pobreza... de la política contra la pobreza*. Miño y Dávila editores: Buenos Aires-Madrid.

LUNA ZAMORA, Rogelio (2010), “La sociología de las emociones como campo disciplinario. Interacciones y estructuras sociales”, en *Sensibilidades en juego: Miradas múltiples desde los estudios sociales de los cuerpos y las emociones*. CEA-CONICET: Córdoba.

----- (2005), *Sociología del miedo. Un estudio sobre las ánimas, diablos y elementos naturales*. Jalisco: Universidad de Guadalajara.

MACHADO ARAOZ, Horacio (2010) “La ‘Naturaleza’ como objeto colonial. Una mirada desde la condición eco-bio-política del colonialismo contemporáneo”, en *Onteaiken*, N° 11, Noviembre 2010. Programa de Estudios Sobre Acción Colectiva y Conflicto Social (CIECS-UNC/CONICET): Córdoba. En: <http://onteaiken.com.ar/>

MANRIQUE, Luis Esteban (2006); “Un poder paralelo: el crimen organizado en América Latina”, en *Análisis del Real Instituto Elcano (ARI)*, Núm. 84, 25 de Julio de 2006. Madrid.

MARONGIU, Federico (2007); “La promoción industrial durante el gobierno justicialista de 1973-1976”. University Library of Munich: Germany.

MARTEL, R. y BAIRES, S. (2006); “Imaginarios del miedo y geografías de la inseguridad: construcción social y simbólica del espacio público en San Salvador”, en *Lugares e imaginarios en la metrópolis*, Lúndon, Aguilar y Hiernaux (coords.), Antrophos Editorial-UAM: México.

MARX, Carlos (2003); *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Editorial Nuestra América, Treinta y Tres Orientales: Argentina.

----- (1999); *Manuscritos de economía y filosofía*. Alianza Editorial: Madrid.

----- (1965); *El Capital. Crítica de la Economía Política*. Tomo I. Ediciones Venceremos: La Habana.

MARX, Carlos y ENGELS, Federico (2004); *La ideología alemana*. Editorial Nuestra América: Buenos Aires.

MEDINA ECHEVERRÍA, José (1970), “Los diagnósticos”, en *América Latina. Ensayos de interpretación sociológico-política*, edición a cargo de Fernando H. Cardoso y Francisco C. Weffort. Editorial Universitaria: Santiago.

MILLS, Wright (2005); *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica: México.

MINISTERIO DE LA CULTURA DEL TRABAJO (2005), *Jurisdicción 40*, documento institucional del Gobierno de la Provincia de San Luis. Gobierno de la provincia de San Luis: San Luis.

MINISTERIO DE SEGURIDAD (2011); “Ministerio de Seguridad 10”, boletín institucional publicado en la edición de El Diario de La República, 02.01.2011. Gobierno de la provincia de San Luis: San Luis.

MINUJIN, Alberto (1995), “En la rodada”, en Minujín A. (Comp.); *Cuesta Abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Unicef/Losada: Buenos Aires.

OCAMPO, José Antonio (2003); “Capital social y agenda del desarrollo”, en *Capital Social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe: en busca de un nuevo paradigma*, Raúl Atria, Marcelo Siles, Irma Arriagada, Linda J. Robinson y Scott Whiteford (comp.). CEPAL-Universidad del Estado de Michigan: Santiago de Chile.

OLGUIN, Jorge R. y PÁEZ, Mónica (2005); “Incidencia de los planes sociales en los indicadores del mercado laboral San Luis 2003-2004, un caso paradigmático”, en VII Congreso Nacional de Estudios del

Trabajo, Facultad de Ciencias Económicas-Universidad Nacional de Buenos Aires.

OLGUIN, Jorge R., PÁEZ Mónica y BUSSETTI, M (2001); “San Luis, ¿provincia rica, población pobre?”, *V Congreso Nacional de Estudios del Trabajo - Pre Congreso ASET*. Río Cuarto/Córdoba.

ONU-HABITAT (2012); *Estado de las ciudades de América Latina y el Caribe 2012. Rumbo a una nueva transición urbana*. Programa de Naciones Unidas: Kenia.

ØYEN, Else (2005); *The polyscopic landscape of povert reserach. ‘State of the art’ in International Poverty Research*. CROP: Noruega.

----- (2003); “Investigación sobre la pobreza: los pobres merecen investigación de calidad”, en *El Rostro indígena de la pobreza*, Virgilio Álvares Aragón (Compilador). FLACSO: Guatemala.

PADUA, Jorge, INGVAR Ahman (2000); “El cuestionario”, en *Técnicas de investigación aplicadas a las ciencias sociales*. Fondo de Cultura Económica: México.

PAUTASSI, Laura y RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ, Corina (2006); “Ingreso ciudadano y equidad de género: ¿Modelo para armar? Una aproximación al caso latinoamericano” en Gerardo Pisarello y Antonio De Cabo (Eds.), *La renta básica como nuevo derecho ciudadano*. Trotta: Madrid.

PINHEIRO KOURY, Mauro Guilherme (2008); *De que João Pessoa tem Medo? Uma abordagem em Antropología das Emoções*. Editora Universitária da UFPB-GREM: João Pessoa.

PUTNAM, Robert (1994); *Para hacer que la democracia funcione. La experiencia italiana en descentralización administrativa*. Editorial Galac, Venezuela.

PNUD (2007), Informe sobre Desarrollo Humano 2007-2008. Lucha contra el cambio climático: Solidaridad frente a un mundo dividi-

do. Autor: Nueva York.

RANCIERE, Jacques (1996); *El desacuerdo, política y filosofía*. Nueva Visión: Buenos Aires.

REGUILLO CRUZ, Rossana (2007); “Retóricas de la seguridad. La in-visibilidad resguardada: Violencia(s) y gestión de la paralegalidad en la era del colapso”, *Seminario International Citizenship, ‘Rhetorics of Security’, and Vernacular Violence*, Social Science Research Council y Universidad de Bogaziçi. Estambul.

----- (2006); “Políticas de la mirada. Hacia una antropología de las pasiones contemporáneas” en *Educación la mirada: políticas y pedagogías de la imagen*, Inés Dussel y Daniel Gutierrez (comp.). Manantial: Buenos Aires.

----- (2000); “Los laberintos del miedo, un recorrido para fin de siglo”, en *Revista de Estudios Sociales* N 5, Facultad de Ciencias Sociales, UNIANDES/Fundación Social. Bogotá.

----- (1999) “Imaginaris globais, medos locais: a construção social do medo na cidade”, en *Revista Lugar Comun*, N°8, mayo-agosto. Brasil.

----- (1996A); “Los lenguajes del miedo ¿nuevos escenarios, nuevos?, en *Renglones* N 35, Agosto-Noviembre. ITESO: Guadalajara.

----- (1996B); “Los mitos gozan de cabal salud: el horizonte de las creencias colectivas en la ‘modernidad’ mexicana”, en *Comunicación y Sociedad* N27. DECS-Universidad de Guadalajara: Guadalajara.

ROCK, David (1999), *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*. Alianza Singular: Buenos Aires.

RODRÍGUEZ, Jorge y ARRIAGADA, Camilo (2004); “Segregación residencial en la ciudad latinoamericana”, revista EURE, vol. XXIX, N° 89). Santiago de Chile.

SAÁ, Víctor (1992) [1938], *La Psicología del puntano*. Instituto Científico y Cultural El Diario. Editorial Marzo: San Luis.

SAIN, Marcelo (2002) “Crisis y Colapso del Modelo Tradicional de Seguridad Pública” en Seguridad, Democracia y Reforma del Sistema Policial en la Argentina. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.

SANCHEZ ALBAVERA, Fernando (2003); *Planificación estratégica y gestión pública por objetivos*. ILPES/ CEPAL: Santiago de Chile.

SAS-SMALL ARM SURVEY (2001); *Small Arms Survey 2011. States of Security*. Autor: Suiza. En: <http://www.smallarmssurvey.org>

SCHVARZER, Jorge (1987), *Promoción Industrial en Argentina. Características, evolución y resultados*, Documentos del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (CISEA) N90. Autor.

----- (1996), *La industria que supimos conseguir*. Planeta: Buenos Aires.

SCRIBANO, Adrián (2011), “Vigotsky, Bhaskar y Thom: Huellas para la comprensión (y fundamentación) de las Unidades de Experienciación”, en RELMIS, Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social, N1, Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (CIES). Buenos Aires.

----- (2010) “Un bosquejo conceptual del estado actual de la sujeción colonial” en *Onteaiken. Boletín sobre prácticas y estudios de acción colectiva*, Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social, CIECS/UNC-CONICET. Córdoba. En: <http://onteaiken.com.ar/>

----- (2008A), “Llueve sobre mojado: pobreza y expulsión social”, en Bertolotto y Lastra (Org.) *Políticas públicas y pobreza. En el escenario post 2009*. Cefomar Editora-FSCS-UBA: Buenos Aires.

----- (2008B); *El proceso de investigación social cualitativo*.

Buenos Aires: Prometeo.

----- (2008C); “Fantasmas y fantasías sociales: notas para un homenaje a T. W. Adorno desde Argentina”, en *Intersticios: Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*. Vol 2 N° 2. Disponible en: <http://www.intersticios.es/issue/view/176>

----- (2007); “La sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones”, en *Mapeando interiores. Cuerpo, conflicto y sensaciones*, Scribano (comp.). Jorge Sarmiento Editor: Córdoba.

----- (2005); “La batalla de los cuerpos: ensayo sobre la simbólica de la pobreza en un contexto-neo colonial”, en *Itinerarios de la protesta y del conflicto social*. Córdoba: Copiar-CEA/UNC. SCRIBANO, Adrián y BOITO, Maria Eugenia [Comp.] (2010), *El purgatorio que no fue. Acciones profanas entre la esperanza y la soportabilidad*. CICCUS: Buenos Aires.

SCRIBANO, Adrián y FIGARI, Carlos [Comp.] (2009); *Cuerpo(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*. CICCUS-CLACSO: Buenos Aires.

SCRIBANO, Adrián, HUERGO, Juliana y EYNARD, Martín (2010), “El hambre como problema colonial: Fantasmas, Fantasías sociales y Regulación de las Sensaciones en la Argentina después del 2001”, en *El purgatorio que no fue. Acciones profanas entre la esperanza y la soportabilidad*, Adrián Scribano y Eugenia Boito (Comp.). CICCUS: Buenos Aires.

SCRIBANO, Adrián y ESPOZ, Maria Belén (2012); “El Animal que está en mí: La Zoomorfización como práctica ideológica asociada a las estructura de experiencias de jóvenes en situación de segregación”, en *Revista ALAS: Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, Vol. 4 N.6. Asociación Latinoamericana de Sociología.

----- (2011); “Negro de mierda, Geometrías Corporales y Situación Colonial” en Scribano y Ferreira, *Corpos em Concerto: diferenças, desigualdades, desconformidades*. Editora da Universidade Federal de Pernambuco: Recife (Brasil).

SCRIBANO, Adrián y LISDERO, Pedro [Comp.] (2010); *Sensibilidades en juego: Miradas múltiples desde los estudios sociales de los cuerpos y las emociones*. CEA-CONICET: Córdoba.

SCRIBANO, Adrián, MAGALLANES, Graciela y BOITO, María Eugenia (2012); *La fiesta y la vida: estudio desde una Sociología de las prácticas intersticiales*. Ediciones CICCUS: Buenos Aires.

SCRIBANO, Adrián y SCHUSTER, Federico (2004); “Cuidado, protestante a la vista: de la protesta social y su criminalización”, revista Encrucijadas N27. Universidad Nacional de Buenos Aires.

SCRIBANO, Adrián y SEVESO ZANIN, Emilio (2012), “La cabeza contra el muro. Geopolítica de la seguridad y prácticas policiales”, Revista de Ciencias Sociales, Universidad de la República. Facultad de Ciencias Sociales, Vol. 25, N.30. Disponible en: <http://www.fcs.edu.uy/archivos/Art%C3%ADculo%20Scribano-Seveso%20Zanin%20RCCSS%2030-4.pdf>

SEGOVIA, María Carolina (2010); *El desarrollo urbanístico y espacial de San Luis/Cuyo-Argentina en la segunda mitad del siglo XX: Hacia un modelo de diferenciación socio-espacial y funcional de una ciudad mediana*. Tesis Doctoral. Universidad de Barcelona: España.

SEN, Amartya (2008); “Prólogo”, en *De la pobreza al poder. Como pueden cambiar el mundo ciudadanos activos y Estados eficaces*, Duncan Green. Intermón Oxfam: España.

----- (2000A); *Nuevo examen de la desigualdad*. Alianza Editorial: Madrid.

----- (2000B); *Desarrollo y libertad*. Planeta: Buenos Aires.

SEN, Gita (1998); “El empoderamiento como un enfoque a la pobreza.”, en *Género y pobreza. Nuevas dimensiones*, ARRIAGADA, Irma y Carmen TORRES (eds.). ISIS Internacional-Ediciones de las Mujeres: Santiago de Chile.

SEVESO ZANIN, Emilio (2014); “Sobre los estudios de la pobreza en América Latina: hacia un examen holístico de las experiencias”. Pacarina del Sur, Revista de Pensamiento Crítico Latinoamericano, Lima (Perú), N°18. Disponible en: <http://www.pacarinadelsur.com/home/abordajes-y-contiendas/881-sobre-los-estudios-de-la-pobreza-en-america-latina-hacia-un-examen-holistico-de-las-experiencias>

SEVESO ZANIN, Emilio (2010); “Represivo contra colectivo. Los juegos de la seguridad como estrategia de un orden fundante” en *Onteaiken*, N° 9, Junio 2010, Programa de Estudios Sobre Acción Colectiva y Conflicto Social (CIECS-UNC/CONICET). Córdoba. En: <http://onteaiken.com.ar/>

----- (2009); “Inseguridad: El discurso de prensa en la constitución de sensibilidades”, en *Revista Perspectivas de la Comunicación*, Vol.2. N°2. Año 2009, Diciembre 2009. Universidad de la Frontera (Chile). Disponible en: http://www.perspectivasdelacomunicacion.cl/revista_2_2009.html

SEVESO ZANIN, Emilio y CABRAL, Ximena (2009); “*Contra la pared: los cuerpos del delito*. Descripción y análisis de algunas escenas de violencia policial”, en *XXVIII Congreso de ALAS. Latinoamérica Interrogada*, UBA. Buenos Aires.

SEVESO ZANIN, Emilio y VERGARA MATTAR, Gabriela (2014); “¿Qué ves cuando me ves? Percepciones y emociones sobre prácticas de denegación social en las ciudades de Córdoba y San Luis (Argentina)” en *Aposta, Revista de Ciencias Sociales*, N°61. Madrid. Disponible en: <http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/seveso1.pdf>

----- (2012); “En el cerco. Los cuerpos precarios en la ci-

udad de Córdoba tras la crisis argentina de 2001” en *Papeles del CEIC*, Vol. 2012/1, N°79, Marzo. Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva (CEIC) de la Universidad del País Vasco. En: <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/79.pdf>

SHUTERLAND, Edwin H. (1999); *El delito de cuello blanco*. La Piqueta: Madrid.

SITO, Nilda [Comp.] (1970); *Modernización y desarrollo social*. Nueva Visión: Buenos Aires.

SOJO, Carlos (2000); “Dinámica sociopolítica y cultural de la exclusión social”, en *Exclusión social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe*. FLACSO-Banco Mundial: Costa Rica.

SOUSA SANTOS, Boaventura (2005); *Reinventar la democracia. Reinventar el Estado*. CLACSO: Buenos Aires.

SOZZO, Máximo (1999); *Seguridad urbana, nuevos problemas, nuevas perspectivas. Pensar alternativas teóricas y políticas sobre la cuestión criminal*. Universidad del Litoral: Santa Fe.

SPENCER, Herbert (1980) [1884]; *El hombre contra el Estado*. Concourt: Buenos Aires.

SPICKER, Paul, ALVAREZ LEGUIZAMON; Sonia y GORDON, David (2009); *Pobreza. Un glosario internacional*. CLACSO-CROP, Buenos Aires.

SUAREZ GODOY, Enrique (2004); “San Luis... una política social diferente”. PAYNE S.A/Gobierno de la provincia de San Luis: San Luis.

SVAMPA, Maristella (2003); *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. UNGS – Biblos: Buenos Aires.

TAYLOR, S.J Y BOGDAN, R. (1987); *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Paidós: Barcelona.

TILLEY, Nick (2003); “Community Policing, Problem Oriented Po-

licing and Intelligence Led Policing”, en *Handbook of Policing*, Tim Newburn. Willan Publishing: Londres.

TORRADO, Susana (1981), “Sobre los conceptos de ‘estrategias familiares de vida’ y ‘proceso de reproducción de la fuerza de trabajo’: notas teórico-metodológicas”, en *Demografía y economía*, Vol. 15, No. 2. Colegio De México: México.

TROCELLO, Gloria (2008); *La manufactura de ‘ciudadanos ciegos’*. *Cultura política y regímenes neopatrimonialistas*. Nueva Editorial Universitaria - Universidad Nacional de San Luis: San Luis.

VALLES, Miguel S. (1999); *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Síntesis Sociológica: Madrid.

VASILACHIS, Irene [Coord.] (2006); *Estrategias de investigación cualitativa*. Gedisa: Barcelona.

----- (2003); *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Gedisa: Barcelona.

VERDERA, Francisco (2007); “Enfoques sobre la pobreza”, en F. Verdera, *La pobreza en el Perú: un análisis de sus causas y de las políticas para enfrentarla*. IEP-CLACSO-PUCP, Lima.

VIEYTES, Rut (2004); *Metodología de la investigación en organizaciones, mercado y sociedad. Epistemología y técnicas*. Editorial de las ciencias: Buenos Aires.

VUANELLO, Roxana (2005); “Violencia e inseguridad urbana: la victimización de los jóvenes”, en revista *Fundamentos en Humanidades* N° 11, de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de San Luis. San Luis.

----- (2003); “Exploración sobre el sentimiento de inseguridad en víctimas de delito contra la propiedad”, en *Capítulo Criminológico* Vol. 31, N° 1, Enero-Marzo. En: <http://revistas.luz.edu.ve/>

index.php/cc/article/viewFile/318/302

WACQUANT, Loïc (2010); *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Gedisa: Buenos Aires.

----- (2007); *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Manantial: Buenos Aires.

----- (2004); *Las cárceles de la miseria*. Manantial: Buenos Aires.

WEBER, Max (2001), “La ‘objetividad’ cognoscitiva de la ciencia social y de la política social”, en *Max Weber. Ensayos sobre metodología sociológica*. Amorrortu editores: Buenos Aires.

----- (1993); *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica: México.

WILLIAMS, Raymond (2000); *Marxismo y Literatura*. Ediciones Península: Barcelona.

----- (2001); *El campo y la ciudad*. Paidós: Buenos Aires-Barcelona-México.

WIGODSKI, Teodoro (2007); *Gestión Estratégica: síntesis integradora y dilemas abiertos*. Documentos de trabajo, serie Gestión. CEGES (Centro de Gestión)- Universidad de Chile: Chile.

WIÑAZKI, Miguel (1995); *San Luis y el caudillismo de los Rodríguez Saá*. Editorial Planeta: Buenos Aires.

WORTAMN, Ana (2007); *Construcción imaginaria de la desigualdad social*. CLACSO: Buenos Aires.

ZABALA ARGÜELLES, María del Carmen [Comp.] (2008); *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe*. Siglo del Hombre Editores y FLACSO: Bogotá.

ZVALETA MERCADO, Rene (1988); *Clases sociales y conocimiento*. Los amigos del libro: La Paz-Cochabamba (Bolivia).

ZIBECHI, Raúl (2010); *Política y miseria. La relación entre el modelo extractivo, los planes sociales y los gobiernos progresistas*. Lavaca: Buenos Aires.

----- (2008); *Territorio en resistencia, cartografía política de las periferias urbanas*. Lavaca: Buenos Aires.

OTRAS FUENTES CONSULTADAS

Agencia de Noticias San Luis, online. En: <http://agenciasanluis.com/>
Departamento de Estadísticas y Censos-San Luis (DPEyC-San Luis). En: <http://www.estadistica.sanluis.gov.ar/>

Diario La Gaceta Digital <http://lagaceta-digital.com.ar>

Diario La Nación, online. En: <http://www.lanacion.com.ar/>

Diario La República, versión papel y online. En: <http://www.eldiariodelarepublica.com/>

Diario San Luis24, online. En: www.sanluis24.com.ar

Diario Turismo53, online. En: <http://www.turismo530.com/>

Diario Washington Post, versión papel.

Gran Diccionario Larousse de la lengua española (2003).

Discursos de gobierno, Dr. Alberto Rodríguez Saá. En: [http://www.albertorodriguez Saá.com.ar/](http://www.albertorodriguezsaá.com.ar/)

Gobierno de la Provincia de San Luis, información varia. En: www.sanluis.gov.ar/ y <http://www.hacienda.sanluis.gov.ar/>

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). En: <http://www.indec.mecon.ar/>

ILEA - Academia Internacional para el Cumplimiento de la Ley, Boletín informativo Julio 2010 y comunicado Institucional 9/11/2011. En: <http://www.ileass.org.sv>

iProfesional, <http://www.iprofesional.com>

Leyes y decretos provinciales, varios. En: <http://www.diputados.sanluis.gov.ar>

Ministerio de Seguridad de la Provincia de San Luis, información varia. En: www.seguridad.sanluis.gov.ar

Organización de Naciones Unidas, información varia. En: <http://www.onuhabitat.org>

Periodistas en la red, online. En: <http://www.periodistasenlared.info/>

Universidad Nacional de La punta, páginas institucionales. En: <http://www.ulp.edu.ar> y <http://www.atlasdesanluis.edu.ar/#>

Vecinos en Alerta, plataforma virtual. En: <http://www.vecinosenalerta.net>

ANEXO TÉCNICO

I. INSTRUMENTOS DE RECOLECCIÓN DE DATOS Y PROCEDIMIENTO DE APLICACIÓN

En este apartado, especifico las características de los instrumentos utilizados para la recolección y el tratamiento de los datos de investigación. La sección debe ser leída en correspondencia con los aportes del capítulo primero, en el que indico el camino metodológico seguido, tendiente a identificar y tipificar los relatos sobre los asistidos del PSPPC desde un diseño cuali-cuantitativo, fundamentado en el análisis descriptivo-interpretativo.

En la línea que propone el objetivo general de la investigación, considero como unidad de análisis a los vecinos de la ciudad de San Luis, asumiendo una estrategia de indagación que toma por base dos fuentes: una encuesta de naturaleza secundaria que fue realizada en el año 2004 por la Cátedra de Psicología de la UNSL y una serie de entrevistas semi-estructuradas de naturaleza primaria, realizadas entre Abril de 2007 y Abril de 2011. Por ambas vías, considero a la palabra como sentido significado, a través de la cual es posible reconocer la inscripción de los estados del sentir/de la experiencia vinculadas a las condiciones y procesos de estructuración de la ciudad. Desde el uso de la base de datos, busqué establecer algunas categorías nucleares y representativas, mientras que la entrevista, por su parte, constituyó una vía privilegiada para profundizar sobre los ejes temáticos emergentes. A continuación, detallo las consideraciones específicas para cada una de las fuentes.

A. Descripción y tratamiento de la base de datos secundaria

En esta sección describo dos elementos centrales: validez y uso de la fuente secundaria, y características generales del instrumento.

En primer lugar, es posible apuntar tres consideraciones que validan el uso de la base de datos para el caso de investigación.

1. Accedí a la información que revela las condiciones de elaboración, aplicación y método de administración del instrumento. Se constata que su diseño y coordinación estuvo a cargo de un equipo de especialistas.¹³⁸

2. La información fue producida con fines académicos-pedagógicos (no como un servicio técnico-comercial a terceros), lo cual efectiviza su potencial uso analítico.

3. La unidad de análisis es equiparable al objeto de investigación. A su vez, la información es pertinente en relación con el período de trabajo considerado (2004-2010), al universo muestral (ciudad capital de San Luis) y al tipo de población en la que se focaliza el estudio (estratos medios).

La encuesta es de naturaleza semi-estructurada. Fue elaborada, dirigida y coordinada por Mercedes Loizo, Roxana Vuanello y colaboradores de la cátedra de Psicología Jurídica de la Universidad Nacional de San Luis (Facultad de Ciencias Humanas). La aplicación del instrumento ad-hoc buscó determinar la opinión general que tenían los vecinos de la ciudad respecto al programa y algunos de los efectos que (a criterio de los encuestados) estaba generando en sus condiciones de vida.

138 En lo que refiere a la reconstrucción de la estrategia metodológica que fue utilizada para la elaboración de la encuesta original, existieron consultas presenciales y por correo electrónico con la coordinadora general Dra. Roxana Vuanello.

En su instrumentación, adquirió centralidad la noción de “inseguridad”, manteniéndose diferenciadas las dimensiones de *ocurrencia del delito*, entendida como estado de victimización objetivo, y el sentimiento de inseguridad, como forma putativa/subjetiva atravesada por el miedo al delito (Vuanello, 2005, 2003). El instrumento tuvo como principal propósito establecer un registro del impacto que el PSPPC estaba generando en la segunda de las dimensiones aludidas.

El relevamiento de datos fue realizado por estudiantes de quinto año de la Licenciatura en Psicología entre los días 1/06/2004 y 9/06/2004, de manera domiciliaria, cara-cara, sobre una muestra intencional administrada por cuotas de sexo (masculino/femenino) a personas de entre 18 y 99 años. A cada encuestador se le asignó una manzana para que aplicara ocho encuestas en total, preferentemente dos por cuadra y equilibradas según sexo. Aunque la investigación no consideró entre sus variables la identificación del estrato socio-económico, el análisis espacial efectuado por Segovia (2010) permite constatar que la zona centro de la ciudad que comprende los datos de la encuesta coincide con estratos medios-altos y medios, de acuerdo con las condiciones de habitabilidad, tipo de residencia, ingreso, entre otras dimensiones.¹³⁹

139 Para determinar el desarrollo físico-social y las diferencias socio-espaciales intraurbanas, Segovia parte de la información socioeconómica censal referida a ocupación, ingreso y educación, vinculando a su vez la urbanización y características de la vivienda (servicios, materiales, forma de ocupación y tenencia). “Esta elección parte de la premisa de que existe una relación entre los niveles socioeconómicos de la población, los grados de urbanización y las condiciones habitacionales” (Segovia, 2010: 42). Para la diferenciación socio-espacial por estratos (altos, medios-altos, medios, medio-bajos y bajos), citada específicamente en este trabajo, la autora tiene en consideración los materiales de la vivienda (ladrillo, bloque, mixto), aspecto de la edificación (muy bueno, bueno, regular, malo), áreas con/sin servicios o escasez de los mismos (Segovia, 2010: 49). Algu-

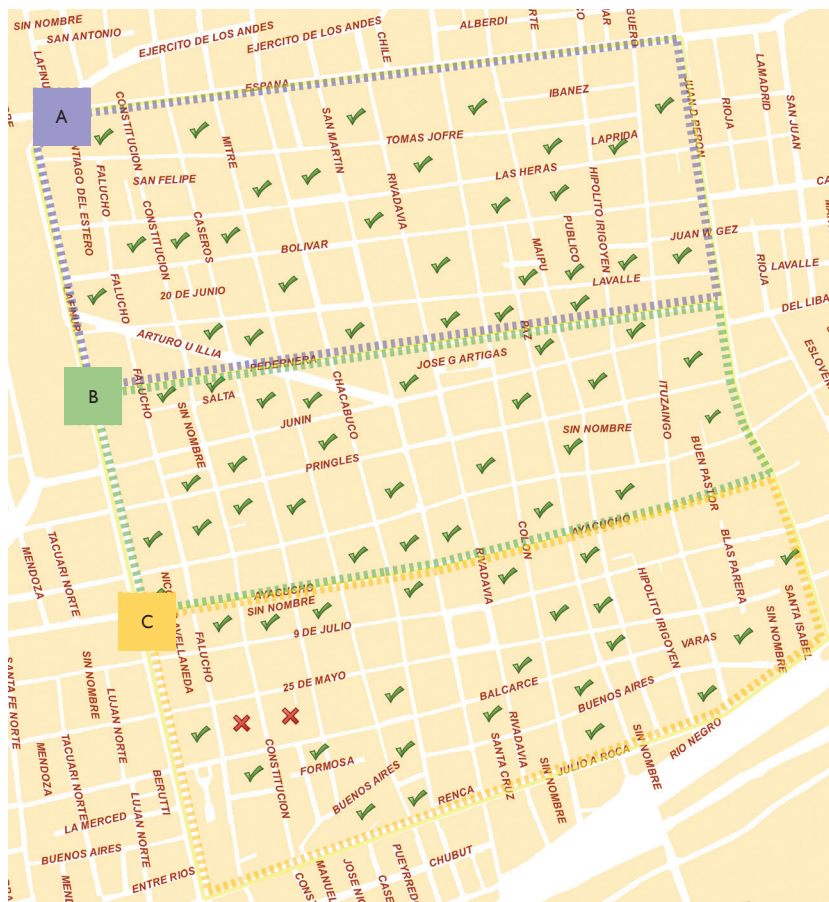
La muestra de datos consta de 637 casos, distribuidos en 81 puntos, comprendidos entre las Avenidas España, Presidente Perón, Julio A. Roca y Lafinur, dividida a su vez en tres sub-zonas muestrales (A, B, C). Las razones de esta aplicación focalizada obedeció a que, en aquel momento, las actividades del programa estaban contenidas especialmente en esta área, según identifique en la historización del programa en el capítulo segundo.

PUNTOS MUESTRALES Y ZONAS - ENCUESTA UNSL/2004

- Zona A: 29 puntos muestrales referenciados, 220 casos, en el radio comprendido entre Av. España, Av. Presidente Perón, Av. Lafunir y calle Pedernera.
- Zona B: 27 puntos muestrales referenciados, 217 casos, en el radio comprendido entre Av. Presidente Perón, Av. Lafunir, calle Pedernera y calle Ayacucho.
- Zona C: 25 puntos muestrales (solo 23 referenciados)¹⁴⁰, 200 casos, en el radio comprendido entre calle Ayacucho, Av. Presidente Perón, Av. Julio A. Roca y Av. Lafinur.

nos de estos mapas son presentados, con otros propósitos analíticos, en el tercer capítulo de la tesis. Es importante indicar que antes de utilizar este antecedente cartográfico realice búsquedas de información en fuentes oficiales sin éxito, elevé una carta al Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC/ DPEyC-San Luis) desde el CIECS/UNC-CONICET para acceder al material en bruto (sin obtener respuesta) y sostuve encuentros con Laura Puertas y Mónica Neme. La información finalmente provista fue el mapa en bruto de la ciudad (render), que bajo el criterio de reserva y 'secreto estadístico' no brindaba ningún tipo de información.

140 Dos de los puntos muestrales no fueron espacializados en la imagen debido a que en los registros originales la variable correspondiente no cuenta con datos. Los mismos son señalados con cruces rojas sobre cuadrantes arbitrarios de la zona correspondiente.



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A INFORMACIÓN DE LA ENCUESTA

En términos de una configuración posible, se pueden identificar en el cuestionario diferentes secciones: 1) datos de identificación (calle/lugar en que se realizó la encuesta, nombre del encuestador); 2) información demográfica de la persona encuestada (sexo/edad); y 3) preguntas de carácter cerrado y abierto. Entre estas últimas pueden diferenciarse a su vez tres sub-tipos: A. preguntas que abordan las condiciones de victimización (ocurrencia y tipo de delito durante el último año); B. estimación de impacto del PSPPC en la zona de residencia (sensación de seguridad que produce/efecto sobre la ocurrencia de delitos); y c. opinión sobre la aplicación del programa, de acuerdo con: a. valoración declarada sobre los trabajadores y las actividades que realizan, b. valoración sobre las condiciones de implementación. Según puede observarse en la reproducción de la encuesta presentada a continuación, los ítems 2, 6 y 7 están referidos con especificidad al Programa, mientras que los ítem 3, 4 y 5 refieren centralmente a los agentes comunales y a su desempeño.

*Encuesta: Cátedra de Psicología Jurídica, UNSL- San Luis 2004
(reproducción)*

ENCUESTA SEGURIDAD COMUNITARIA

Estimado señor o señora: somos alumnos de la carrera de Psicología de la Facultad de Ciencias Humanas de la U.N.S.L y estamos realizando una investigación respecto a la seguridad comunitaria en la ciudad de San Luis. Por tal motivo solicito su colaboración para contestar la presente encuesta.

No hay respuestas buenas ni malas, todas son válidas y las mismas son anónimas.

Desde ya agradezco su disposición para colaborar, la que resulta de inestimable valor en la investigación emprendida.

Sexo: Edad:

1- ¿Usted o alguna de las personas que vive en este domicilio, en el presente año sufrió algún tipo de delito?

- Si - No

En caso de contestar de manera afirmativa señale cual/les de los siguientes delitos:

- Hurto - Violación

- Robo - Abuso sexual

- Lesiones - Estafa

- Homicidio - Otros

2- Desde que se implementó el Plan de Seguridad Comunitaria en su zona de residencia Ud. se siente:

Más seguro

Menos seguro

Igual de seguro

De razón de su respuesta

3- ¿Estima Usted que se han producido cambios en la seguridad de los vecinos del barrio?

Se redujo el número de delitos

Aumento el número de delitos
Se mantuvo el número de delitos
De razón de su respuesta
4- ¿Conoce a las personas del Plan de Seguridad Comunitaria?
¿Qué opinión le merecen? (comentario)
¿Qué opinión tiene del trabajo que realizan?
5- ¿Ha necesitado recurrir a las personas encargadas de la seguridad comunitaria?
- Si - No
En caso de responder afirmativamente conteste las siguientes preguntas.
¿Cuál fue la situación?
¿Cómo califica el desempeño del personal?
¿Pudo resolver favorablemente la situación? (comentario)
6 - ¿Qué opinión le merece la implementación del Plan de Seguridad comunitaria en la ciudad? (comentario)
Muy bueno ¿Por qué?
Bueno ¿Por qué?
Regular ¿Por qué?
Malo ¿Por qué?
7 - ¿Si estuviera dentro de sus posibilidades, introduciría modificaciones al plan vigente? ¿Cuales?

A través de un primer contacto con los docentes de la cátedra de Psicología Jurídica-UNSL, tuve acceso a la totalidad de los registros de la encuesta en bruto. Con el propósito de sistematizar el análisis, este material fue oportunamente examinado, cotejado y cargado en una base de datos tipo PASW/SPSS.

Tal como expongo en el capítulo cuarto, en el que sintetizo los resultados del análisis, la tarea de pesquisa implicó un procedimiento estandarizado,¹⁴¹ mediante un mapeo inicial de los contenidos en base a una sección de los datos (220 casos), la identificación de patrones de respuesta regular y, a partir de ello, la codificación del resto de los casos (637). Para determinar las relaciones posibles entre las categorías encontradas, busqué establecer distancias y cercanías mediante una serie de procedimientos recursivos, no secuenciales.

B. Diseño e implementación de entrevistas (instrumento primario)

Siguiendo guías estandarizadas, diseñé un instrumento basado en la técnica de entrevista semi-directiva o semi-estructurada (Scribano, 2008: 71; Guber, 2007: 75; Sautu, et.al, 2006: 47; Vieytes, 2004: 643; Valles, 2002, 1999: 180; Quivy y Compenhoudt, 1999: 183; Sabino, 1996: 167; Taylor y Bogdan, 1987: 100).

Con el propósito de acercarme a la complejidad del objeto de estudio, sostuve entrevistas con diversos actores involucrados en la política: vecinos, técnicos y protectores. En total realicé 29 registros de entrevistas pautados, a las cuales se suman diversas conversaciones informales, registros de observación y

141 En líneas generales, según el procedimiento recomendado por Padua e Ingar (2000).

notas de campo. En el marco del análisis expuesto en este libro, solo utilicé registros de los vecinos de la ciudad (de los cuales seleccioné sólo aquellos que corresponden a los estratos medio y medio-alto) y, eventualmente, fragmentos aclaratorios al pie de página que retoman el relato de los técnicos entrevistados. La información disponible sobre los protectores forma parte de una segunda investigación en curso, extensiva de la presente.

El objetivo de realizar los encuentros aludidos con técnicos y vecinos estuvo guiado por dos nodos de interés.

1) Reconstruir el origen y el proceso de transformación del PSPPC desde el punto de vista de su política social y de seguridad entre los años 2003 a 2010, en correspondencia con la información recaba a través de medios de comunicación, leyes, documentos institucionales y material audiovisual. Para esto, pauté encuentros con técnicos del Plan de Inclusión Social y del Programa de Seguridad Pública y Protección Civil.

2) Profundizar en las sensibilidades existentes sobre los protectores, reconociendo el plexo de percepciones y emociones que denotan la construcción de diferencias y distancias de clase. En este caso, tomé por centro el punto de vista de los sectores de clase media en correspondencia con las exploraciones iniciales realizadas a partir de la encuesta. Particularmente en este caso, los encuentros se fundamentaron en un diálogo poco directivo, centrado en aquello que los sujetos concebían y asignaban como relevante y de valor para ser escuchado, en tanto principio de identificación de sus experiencias y sentires.

Como instrumento de orientación y modulación de los encuentros utilicé el siguiente guion de trabajo.

GUIÓN DE ENTREVISTA		
EJES DE INDAGACIÓN	UNIDAD DE RECOLECCIÓN	TÓPICO DE LA ENTREVISTA
1. Reconstrucción de la política en su doble dimensión: como plan social y como política de seguridad.	Técnicos del Programa	A. Origen del PIS / PSPPC B. Transformaciones que sufrió a lo largo del tiempo.
2. Escenario de implementación de la política. 3. Relevancia y apreciación imputada como política de seguridad.	Técnicos del Programa y vecinos de la ciudad	A. La vida en el barrio / la ciudad; transformaciones a lo largo del tiempo. B. Condiciones de criminalidad y delito. Estrategias que son pertinentes para abordarlo. C. Impacto e influencia del PPSPC en la ciudad/ el barrio/ la vida personal; el Programa como una solución/ un problema.

Los técnicos fueron contactados de acuerdo a un diseño intencional, ponderando su figura de relevancia en puestos de jefatura durante los años 2003-2010. En total se realizaron seis (6) entrevistas entre Mayo de 2007 y Mayo de 2011, con una duración promedio de 55 minutos, en un rango de 23 a 108 minutos; tres (3) en referencia al Plan de Inclusión Social y tres (3) relativas al Programa de Seguridad Pública y Protección Civil, distribuidas según los momentos de origen de implementación (2 entrevistas), período intermedio (2 entrevistas) y fase final (2 entrevistas). Todos los encuentros tomaron lugar dentro de los marcos institucionales, lo cual sitúa a los técnicos como porta-

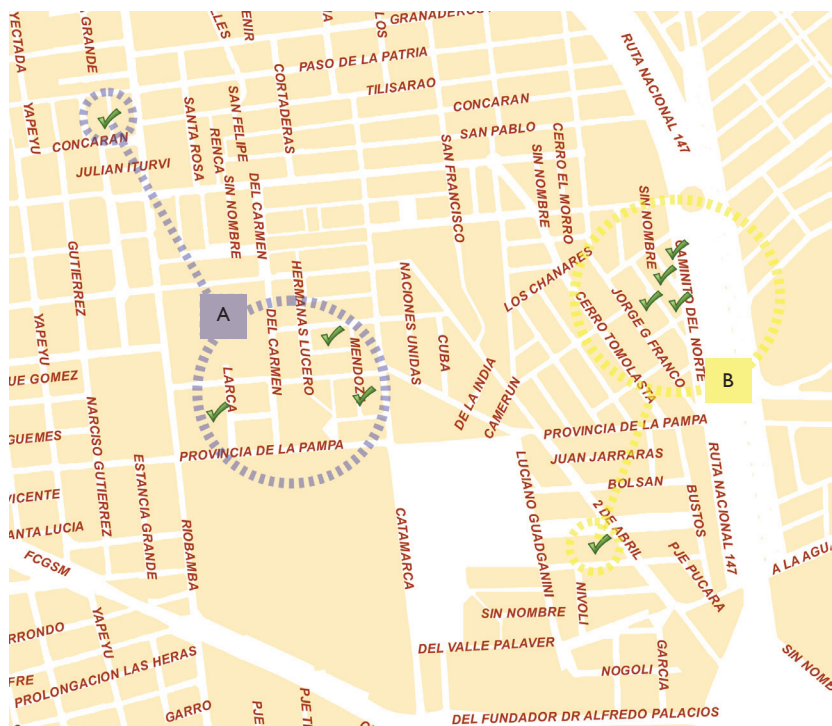
voces de la institución. El material resultante para el análisis consta de 102 fojas. Si bien las entrevistas no son retomadas directamente para el análisis durante la investigación, permitieron comprender de manera más afinada la historia y contexto de aplicación del PSPPC.

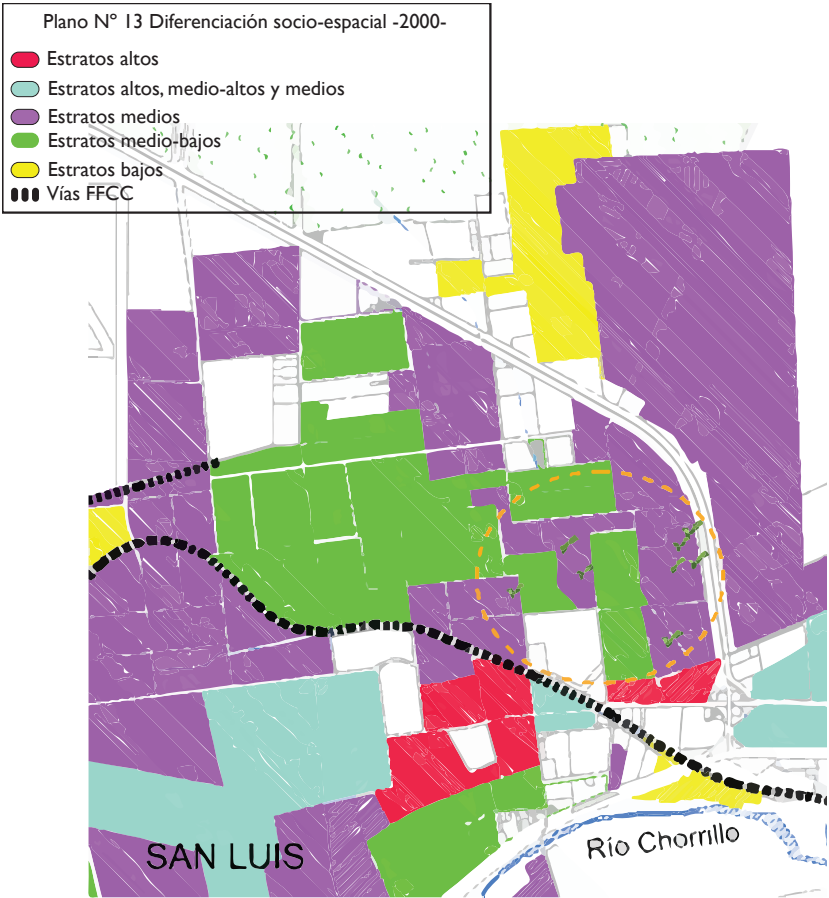
Los vecinos fueron contactados entre los meses de Abril de 2010 y Abril de 2011 a través de una técnica de muestreo teórico y de tipo bola de nieve (cadena). Se realizaron 8 (ocho) entrevistas con estratos medios, con un promedio de duración de 45 minutos, en un rango de 32 a 69 minutos. El material de análisis se compone de 116 fojas, y se complementa con notas de campo, en las que se sintetizan los registros de contexto, memorandos sobre los encuentros e impresiones personales que surgieron durante la entrevista.

En el mapa que presento a continuación, están señalados los lugares en donde tomaron sitio las entrevistas, situadas al noreste de la ciudad, en barrios próximos entre sí (Amppya, Malvinas Argentinas, Juan Domingo Perón y Telepostal). La condición de estrato medio es imputada siguiendo tres criterios: la identificación realizada por Segovia (2010) en su trabajo de investigación socio-espacial de la ciudad capital, la indicación realizada por el informante precedente (según el criterio de selección intencional que proporciona el método cadena) y la confirmación del dato con el entrevistado al momento de pautar el encuentro y desarrollar la conversación.

Para realizar las entrevistas, sostuve un primer contacto con personas que conocía en zonas cercanas al barrio, solicitándoles que sugirieran a dos posibles entrevistados, un hombre y una mujer de entre 18-65 años, que vivieran en la zona y no formaran parte del Programa de Seguridad Comunitaria. Como puede observarse en el mapa, se iniciaron dos cadenas en áreas próximas. La elección final de los sujetos estuvo definida por el área geoespacial coincidente, el criterio de referencia del informante anterior, la disposición a participar en la entrevista y la distribución equitativa de edades/géneros.

REFERENCIA GEOGRAFICA DE LAS ENTREVISTAS





FUENTE: FRAGMENTO DE CARTOGRAFÍA SELECCIONADO, SEGÚN LA ELABORACIÓN EFECTUADA POR SEGOVIA (2010: 353)

La elección del área geográfica coincidente entre los vecinos obedece a un criterio de método, tendiente a normalizar el espacio social de anclaje y minimizar la heterogeneidad de referencias en las entrevistas. Sin ser la única con estas características, la zona escogida tiene una serie de ventajas: 1/ los barrios comprendidos poseen características similares, tanto en términos de su estructura urbana como en los rasgos demográficos de la población, lo cual acota por un lado la posibilidad de realizar generalizaciones teóricas, pero conforme a la lógica de la técnica de entrevista concentra y enriquece los resultados; 2/ los barrios tienen entre dos y tres décadas de antigüedad, lo cual implica que muchos de sus habitantes son residentes antiguos que experimentaron la dinámica de cambio en la ciudad y de su propio barrio, teniendo a su vez un conocimiento amplio del espacio físico y social en el que viven; 3/ finalmente, son zonas en las que se ha desarrollado activamente la tarea de protectores y mediadores (aun cuando el recorrido de vigilancia no coincide siempre ni exactamente con los hogares de los entrevistados), por lo que sus pobladores tienen ‘algo que decir’ al respecto. Por este camino, es posible recuperar cierto sentido de pertenencia territorial en los sujetos fundamentado en el emplazamiento sobre lo común, lo conocido y lo compartido.

Al momento de presentar los fragmentos de entrevista para su análisis, utilicé un alias e indiqué al final de cada cita la edad de la persona y su actividad laboral. En la tabla que se observa a continuación, presento una serie de datos socio-demográficos complementarios sobre los vecinos entrevistados. Se evidencia cierta homogeneidad en el estrato socio-económico y las edades, y cierta proporción según sexos.

VECINOS ENTREVISTADOS

<i>Nombre</i>	<i>Primer contacto</i>	<i>Sexo</i>	<i>Edad</i>	<i>Barrio de residencia</i>	<i>Procedencia</i>	<i>Años en SL</i>	<i>Educación máxima</i>
Soledad	21/04/2010	F	43	Telepostal	San Luis	//	Sec. completo
Maria	16/05/2010	F	45	Telepostal	San Luis	//	Univ. completo
Amelia	29/06/2010	F	38	Telepostal	Mendoza	8	Univ. completo
Waldo	09/11/2010	M	45	Malvinas Argentinas	Mendoza	22	Sec. completo
Norman	09/11/2010	M	25	Telepostal	San Luis	//	Sec. completo
Charly	11/01/2011	M	44	Ampyya	Mendoza	23	Univ. completo
Claudio	23/04/2011	M	47	Ampyya	San Luis	//	Terc. completo
Enrique	25/04/2011	M	59	Juan D. Perón	San Luis	//	Superior

VECINOS ENTREVISTADOS

<i>Ocupación</i>	<i>Ingreso del hogar declarado</i>	<i>Hijos</i>	<i>Inscripción imputable en la escala de ingresos*</i>	<i>Posicionamiento ideológico</i>	<i>Afiliación-simpatía partidaria</i>	<i>¿Apoya al gobierno local?</i>
Estilista	5000	3	Medio Pleno	Derecha	No	Si
Directora de escuela	7000	3	Medio Alto	Derecha	Justicialismo (militante)	Si
Docente	10000	1	Medio Alto	No definida	No	No
Transportista	7000	2	Medio Alto	No definida	No	Si
Comerciante/ vendedor independiente	S/d	0	(Medio Pleno)**	No definida	No	No
Empleado de Industria	4000	3	Medio en riesgo	Centro	Radicalismo (ex-militante)	No
Empleado de Industria	5500	2	Medio Pleno	Centro izquierda	Radicalismo (simpatía)	Si
Comisario (R)	4000	2	Medio Pleno	No definida	Radicalismo (simpatía)	Indiferente

* Para la estimación de la escala de ingreso tuve en cuenta el registro de la Línea de Pobreza al momento de realizar la entrevista, a partir de la canasta básica para el adulto equivalente valuada en \$411.49 según datos oficiales (Febrero 2011, INDEC). Se considera que un grupo familiar hasta 0.6 LP es indigente, 0.61 a 1.2 pobre, 1.21 a 1.8 hogar medio en riesgo, y superior a 1.81 medio y medio alto.

** Estimado en forma indirecta, por la referencia del informante clave.

II. CUADROS Y CIFRAS REFERENCIALES

A. Indicadores demográficos, económicos y sociales

ESTRUCTURA SECTORIAL DEL PRODUCTO GEOGRÁFICO BRUTO EN LA PROVINCIA DE SAN LUIS

Año	Sector de la economía		
	Primario	Secundario	Terciario
1980	28,9%	21,8%	49,3%
2000	6,8%	54,3%	38,8%

FUENTE: TROCELLO (2008: 265)

SAN LUIS 1869-2010 POBLACION EN CIUDAD CAPITAL, TOTAL PROVINCIA, RURAL Y URBANA

Censo	La Capital	%	Total provincia	Tasa de variación	Total rural	%	Total urbana	%
1869	7,049	13.2%	53,294	x	41,091	77.1%	12,203	22.9%
1895	9,826	12.1%	81,450	16,4	58,667	72.0%	22,783	28.0%
1914	N/d	N/d	116,266	18,9	70,347	60.5%	45,919	39.5%
1947	25,147	15.2%	165,546	10,8	100,877	60.9%	64,669	39.1%
1960	48,761	28.0%	174,316	4	84,084	48.2%	90,232	51.8%
1970	59,113	32.2%	183,460	5,1	78,374	42.7%	105,086	57.3%
1980	80,094	37.4%	214,416	15,6	64,246	30.0%	150,170	70.0%
1991	121,004	42.2%	286,458	27,8	54,058	18.9%	232,400	81.1%
2001	168,771	45.9%	367,933	25,3	47,421	12.9%	320,512	87.1%
2010	204,512	47.4%	431,588	N/d	N/d	N/d	N/d	N/d

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A DATOS DEL INDEC/ DPEyC-SAN LUIS

PRODUCTO GEOGRÁFICO BRUTO E INDUSTRIA MANUFACTURERA
A PRECIOS DE MERCADO
SAN LUIS - SERIE: 1993-2003
(MILLONES DE PESOS CORRIENTES)

	PGB	Industria Manufacturera	Participación Relativa
1993	2,615	1,231	47.1%
1994	3,068	1,530	49.9%
1995	3,125	1,589	50.8%
1996	3,265	1,751	53.6%
1997	3,440	1,825	53.0%
1998	3,481	1,762	50.6%
1999	3,213	1,438	44.8%
2000	3,207	1,440	44.9%
2001	3,061	1,266	41.4%
2002	4,161	1,958	47.5%
2003	4,641	2,244	48.9%

FUENTE: DPEYC-SAN LUIS, ANUARIO 2008: 160

TOTAL DE POBLACIÓN EN HOGARES CON NECESIDADES BÁSICAS
INSATISFECHAS (NBI)
SAN LUIS Y TOTAL DEL PAÍS
SERIE CENSAL: 1980, 1991 Y 2001

Censo	Jurisdicción	Población total	Población con NBI	%
1991	Total del país	32,245,467	6,427,257	19.9%
	Provincia de SL	286,458	61,057	21.3%
2001	Total del país	35,927,409	6,343,589	17.7%
	Provincia de SL	367,933	57,072	15.5%

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A DATOS DEL INDEC/ DPEYC-SAN LUIS

**TASAS DE EMPLEO Y DESOCUPACIÓN.
SAN LUIS Y TOTAL PAÍS - SERIE: 1983-2007 (BIANUAL)***

Año	Empleo		Desocupación		Subocupación**	
	San Luis	Total país	San Luis	Total país	San Luis	Total país
1993	36.2	37.4	7.2	9.9	8.6	8.8
1994	36.1	36.7	7.6	10.7	6.4	10.2
1995	34.6	34.8	10.3	18.4	10.6	11.3
1996	33.4	34.0	12.7	17.1	11.1	12.6
1997	33.7	35.3	11.8	16.1	12.1	13.2
1998	34.4	36.9	8.7	13.2	10	13.3
1999	33.9	36.6	7.3	14.5	12.6	13.7
2000	32,5	35,9	7,5	15,4	16	14,5
2001	36.5	35.8	10.7	16.4	20.6	14.9
2002	29.5	32.8	15.9	21.5	15.4	18.6
2003	33.9	36.9	11.7	19.1	16.5	14.8

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A DATOS DEL INDEC

**PERSONAS BAJO LA LÍNEA DE POBREZA Y LÍNEA DE INDIGENCIA
SAN LUIS Y TOTAL PAÍS - SERIE: 2001-2003*****

Año	LP – Total País	LP – San Luis	LI – Total País	LI – San Luis
2001	40.2	35.9	12.6	11.6
2002	54.8	53	23.3	24.8
2003	63.2	54	33.1	27.7

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A DATOS DEL INDEC

* El período 1983-2002 registra datos de Mayo para 28 aglomerados censales; 2003-2006 datos pertenecientes al primer semestre; desde el 2° semestre de 2006 los aglomerados pasaron a ser 31.

** Pertenece a datos sobre subocupación total, demandante y no demandante.

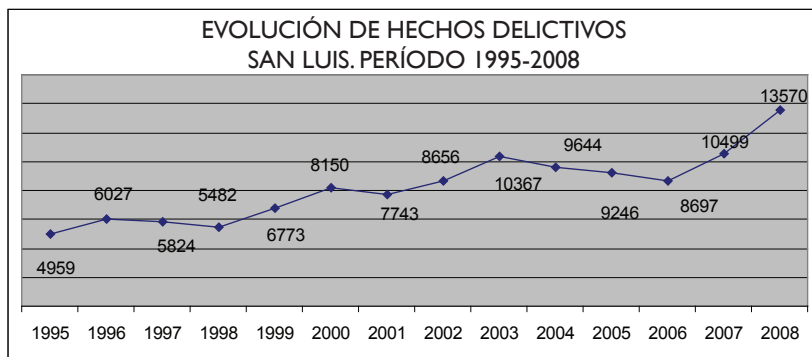
*** Para 2001-2002 los datos pertenecen a Mayo; para 2003 al primer semestre.

INGRESO MEDIO, BRECHA DE INGRESO Y DISTRIBUCIÓN POR
DECIL DE LA OCUPACIÓN PRINCIPAL
(EN PESOS Y PORCENTAJES)

Deciles de Ingreso	1992-Octubre			1999-Mayo		
	Ingreso (\$)	Porcentaje del ingreso	Acumulado	Ingreso (\$)	Porcentaje del ingreso	Acumulado
1	120	2.77	2.77	79	1.61	1.61
2	195	4.5	7	179	3.65	5.26
3	236	5.45	12.7	252	5.14	10.40
4	280	6.47	19.19	305	6.22	16.62
5	300	6.93	26.12	368	7.51	24.13
6	353	8.15	34.27	401	8.18	32.31
7	403	9.31	43.58	473	9.65	41.96
8	487	11.25	54.83	554	11.31	53.27
9	638	14.74	69.57	707	14.43	67.70
10	1317	30.42	100	1582	32.29	100.00
Ingreso medio		433			491	
Brecha de ingreso		10.9			20	

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A DATOS PUBLICADOS EN OLGUÍN, ET. AL. (2001: 7)
(INDEC)

B. Condiciones delictivas y política de seguridad



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASES A DATOS DEL DPEYC-SAN LUIS (2008)

PRESUPUESTOS COMPARATIVOS POR AREA DE GOBIERNO (EN PORCENTAJES)

Año	Presupuesto total	Seguridad	Trabajo	Promoción y Asistencia Social	Plan de Inclusión Social
2004	789.171.967	4,0%	22,5%	1,8%	22,5%
2005	1.064.835.424	18,6%	18,6%	2,2%	18,5%
2006	1.241.122.531	6,6%	17,9%	2,2%	17,8%
2007	1.694.031.693	5,6%	13,0%	0,7%	14,2%
2008	1.930.755.378	7,2%	13,2%	0,8%	14,1%
2009	2.448.815.296	6,5%	10,1%	0,6%	10,5%
2010	2.727.192.782	7,4%	8,1%	0,6%	8,3%

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A SUÁREZ GODOY (2004:56), PRESUPUESTOS DEL GOBIERNO DE LA PROVINCIA 2004-2009 Y MINISTERIO DE INCLUSIÓN SOCIAL 2010

C. Períodos de gobierno y dirigencia política

PERÍODOS DE GOBERNACIÓN Y VOTO POPULAR 1983-2011				
Gobernador representante	Período y porcentaje de votos obtenidos	Representación política	¿Mayoría?	
			Diputados provinciales	Senadores provinciales
Adolfo Rodríguez Saá	1983/1987. 40,5%	Partido Justicialista	1983. Si	-
	1987/1991. 52,1%		1985. No	-
	1991/1995. 50,6%		1987. Si	1987. Si
	1995/1999. 71,5%		1989. Si	1989. Si
	1999/2001. 54,9%		1993. Si	1993. Si
			1995. Si	1995. Si
		1997. Si	1997. Si	
Alicia Lemme (Vice gobernadora)	2001/2003. Interina	Partido Justicialista	2001. Si.	2001. Si
Alberto Rodríguez Saá	2003/2007. 90,1%	Partido Justicialista	2003. Si	2003. Si
	2007/2011. 86,2%		2005. Si	2005. Si
			2007. Si	2007. Si
			2009. Si	2009. Si

ELABORACIÓN PROPIA, EN BASE A DATOS DEL ALTAS ELECTORAL TOWSA

[HTTP://WWW.ANDYTOW.COM/](http://www.ANDYTOW.COM/)

D. Evolución del PIS y del PSPPC en cifras

Las siguientes tablas permiten observar el proceso de expansión y sucesiva retracción del programa a través del presupuesto asignado y el número de beneficiarios implicados.

PRESUPUESTO ASIGNADO AL PROGRAMA SOBRE EL TOTAL ANUAL			
Año	Presupuesto total en pesos	Destinado al PIS/PSPPC	Destinado al PIS/PSPPC % del total
2004	789,171,967	177,350,000	22.5%
2005	1,064,835,424	196,949,500	18.5%
2006	1,241,122,531	220,482,400	17.8%
2007	1,694,031,693	241,117,639	14.2%
2008	1,930,755,378	272,108,336	14,1
2009	2,448,815,296	256,405,625	10.5%
2010	2,727,192,782	225,937,520	8.3%
2011	4,010,647,480	169,561,714	4,2%

FUENTE: 2003, SUÁREZ GODOY (2004:56), 2004 A 2009 PRESUPUESTOS PUBLICADOS EN LA PÁGINA OFICIAL DEL GOBIERNO, 2010 Y 2011 LA GACETA DIGITAL (29/04/2011)

EVOLUCION EN EL NÚMERO TOTAL DE BENEFICIARIOS: 2003-2011

DISTRIBUCIÓN GEOGRAFÍA DE LOS BENEFICIARIOS 2003 Y 2011 - (EXCLUYE PSPPC)			DISTRIBUCION DE LOS BENEFICIARIOS SEGUN ACTIVIDAD - ABRIL 2011		
Departamento	2003	2011	Actividad	Cantidad	%
Ayacucho	3.076	1152	Trabajador de campo	4.818	35.4%
Belgrano	596	171	Seguridad	2.615	19.2%
Capital	17.424	4799	Dependencia del Estado	2.218	16.3%
Chacabuco	2.126	639	Convenios	1.466	10.8%

 EVOLUCION EN EL NÚMERO TOTAL DE BENEFICIARIOS: 2003-2011

DISTRIBUCIÓN GEOGRAFÍA DE LOS BENEFICIARIOS 2003 Y 2011 - (EXCLUYE PSPPC)			DISTRIBUCION DE LOS BENEFICIARIOS SEGUN ACTIVIDAD - ABRIL 2011		
Dupuy	1.221	340	Talleres	1.048	7.7%
Junín	1.501	470	Obras	917	6.7%
Pedernera	9.746	2409	Empresas	491	3.6%
Pringles	1.789	562	Mini-emprendimientos	24	0.2%
San Martin	951	440	Total	12.165	100.0%
Total	38.430	10.982			

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A INFORMACIÓN CONTENIDA EN SUÁREZ GODOY (2003: 63), GACETILLAS DE GOBIERNO Y EL INFORME DE GESTIÓN DEL DÍA 28/04/2011

E. Cargos de jefatura en el PSPPC

En el primer cuadro de esta sección, detallo los cargos en jefatura del Programa de Seguridad Comunitaria y Protección Civil, reconstruidos a partir de decretos, entrevistas e información de medios. Sólo contemplo el tiempo de ejercicio exclusivo en el cargo, sin atención al plazo para otras tareas realizadas en otras áreas de gobierno. Se destaca en este sentido la alta renovación de cargos, con personal rotativo en el mismo programa para diferentes puestos o que es traspasada a programas paralelos del gobierno.¹⁴²

142 Por ejemplo, el Comisario (R) Mario Alfredo Barloa figura al 14 setiembre de 2004 en el cargo de Jefe del Subprograma Coordinación de Movilidad, dependiente del Programa Asistencia General de la Gobernación y Control de Gestión del Ministerio de la Legalidad y Relaciones Institucionales; a noviembre del 2006 como Jefe de la Oficina Coordinación de Movilidad; al 10 de diciembre de 2007, como Jefe de la Oficina de Coordinación de Movilidad dependiente de la Secretaría de Estado General, Legal y Técnica. Elvecia del Carmen Gatica figura al 13

PSPPC - JEFES DE PROGRAMA SEGÚN PERÍODO DE EJERCICIO

SERIE 2003-2007*

Año	Ministro en función	Jefatura	Profesión	Tiempo en ejercicio	Agentes en función
[Tiempo 1] 2003	Dr. Ángel Rafael Ruiz	Sra. Mariana Giunta de Salonia	-Agosto 2003-/ Diciembre 2003	5 meses	900 (solo en capital, zona centro) [Agosto]
2004	-	Sra. Petrona del Carmen González	Diciembre de 2003/- Julio 2004-	8 meses	-
	-	Mario Alfredo Barloa	-Julio 2004-/ Septiembre de 2004	3 meses	-
2005	-	Elva Dora Sánchez de Chediak	Septiembre de 2004/ Julio de 2005	12 meses	-
[Tiempo 2] 2006	-	Alberto E. Camps	- Julio 2005-/ Enero de 2006	6 meses	-

de enero de 2009 como Jefe del Subprograma Desarrollo de la Industria Cinematográfica dependiente del Programa Cine del Ministerio de Turismo, Cultura y Deporte; al 16- 03-2010 como Jefa del Programa San Luis Cine (SLC). Walter Gustavo Berlo al 2010 era diputado representante nacional por el PJ saaista. La lista puede ser continuada extensamente considerando a otros funcionarios que también estuvieron a cargo de la jefatura del PSPPC; es de suponer que para otros puestos (como subjefatura, dirección de personal, entre otros) la situación se repite.

* Las fechas indicadas constan por decreto, excepto aquellos que figuran entre guiones; en estos casos se indican por aproximación utilizando como referencia notas de prensa del gobierno, entrevistas o medios periodísticos.

Año	Ministro en función	Jefatura	Profesión	Tiempo en ejercicio	Agentes en función
	-	Elvecia del Carmen Gatica	Marzo de 2006/- Diciembre 2006-	9 meses	-
2007	-	Walter Gustavo Berlo	Enero de 2007/ Febrero de 2007	1 mes	-
	Coronel (R) Guillermo Gustavo López	Mónica Evelyn Garcetti	Septiembre de 2007/ Diciembre de 2007	3 meses	6.590 en la provincia, 3.500 en la capital [Septiembre]
2008	-	Mario Vera Aráoz	-Diciembre 2007-/ Septiembre de 2008 (deceso en función)	10 meses	-
-	Daniel Poder (periodista y ex-concejal)	Rosa Blanca Correa	-Septiembre 2008 [(Interino, Jefe de Subprograma)**] / Diciembre de 2008	3 meses	-
[Tiempo 3] 2009	-	Gustavo Melian	- Diciembre de 2008 -/ Septiembre 2009	9 meses	-

** Sin modificar su cargo como Sub-Jefa de Programa, asume en dirección ante el deceso de Mario Vera Aráoz.

<i>Año</i>	<i>Ministro en función</i>	<i>Jefatura</i>	<i>Profesión</i>	<i>Tiempo en ejercicio</i>	<i>Agentes en función</i>
2010	Coronel (R) Edgardo Osvaldo Amieva Saravia	Lic. Juan Carlos Federico Etcheves	Septiembre de 2009/ Mayo de 2010	8 meses	5 mil (aprox.) en toda la provincia [Noviembre]
[Tiempo 4]	José María Emmer (Interino) / Dra. Berta Arenas	Héctor Miguel González	-2010 -	Vigente a Marzo de 2011	2.615 en toda la provincia [Abril]

